

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA E HISTORIA

---

EL  
POLO SUR

La expedición antártica del «Fram» de 1910 a 1912

POR

R. AMUNDSEN

TRADUCCIÓN

POR

P. A. MARTÍN ROBLES

Profesor en el Instituto de Tarragona.

---

TOMO II

---

Precio: SEIS pesetas.

---

LA ESPAÑA MODERNA  
MADRID

755/2

# LIBROS PUBLICADOS POR "LA ESPAÑA MODERNA"

que se hallan de venta en su Administración,

calle de López de Hoyos, 6, Madrid.

- Aguanno.**—La Génesis y la Evolución del Derecho Civil, 2 tomos, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación Civil (segunda parte de La Génesis), 4 pesetas.
- Albert.**—La Prosa, 6 pesetas.
- Amiel.**—Diario íntimo, 9 pesetas.
- Amundsen.**—El polo Sur, 7 pesetas.
- Andrieux.**—Los Aborcadors, 3 pesetas.
- Anónimo.**—¿Académicas?, 1 peseta.—Currito Albornoz, 1 peseta.
- Antoine.**—Curso de Economía social, 2 tomos, 15 pesetas.
- Arenal.**—El Derecho de Gracia, 3 pts.—El vitador del preso, 3. El Delito Colectivo, 1,50.
- Arnó.**—Servidumbres rústicas y urbanas, 7 p.
- Asensio.**—Vida de Fernán Caballero, 1 peseta.—Pinzón, 3 pesetas.
- Asser.**—Derecho Internacional privado, 6 pts.
- Audinot.**—Derecho Internacional privado, 2 tomos, 12 pesetas.
- Bagehot.**—La Constitución inglesa, 7 pts.—Leyes científicas del desarrollo de las naciones, 4 pesetas.
- Baldwin.**—Elementos de Psicología, 8 pts.
- Balzac.**—Eugenia Grandet, 3 pesetas.—Papá Goriot, 3 pesetas.—Ursula Mirouet, 3 pesetas.—César Birotteau, 3 pesetas.—La quiebra de César Birotteau, 3 pesetas.
- Barbey d'Aurevilly.**—El cabecilla, 3 pesetas.—El dandismo, 3 pesetas.—Venjanza de una mujer, 3 pesetas.—Las diabólicas, 3 pesetas.—Una historia sin nombre, 3 pesetas.—La Hechizada, 3 pesetas.
- Barthelemy-Saint-Hilaire.**—Buda y su religión, 7 pts.
- Becerro de Bengoa.**—Vida de Trueba, 1.
- Bergeret.**—Vida de Mouton (Méritos), 1 pta.
- Berzevicy.**—Beatriz de Aragón, 7 pts.
- Boccardo.**—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, 10 pts.
- Bolsler.**—Cicerón y sus amigos, 8 pts.—La Oposición bajo los Césares, 7 pesetas.
- Bouchot.**—Historia de la literatura antigua, 6 pts.
- Bourget.**—Vida de Taine, 50 céntimos.
- Breal.**—Ensayo de Semántica, 5 pesetas.
- Bredif.**—La elocuencia política en Grecia, 7.
- Bret Harte.**—Bloqueados por la nieve, 2 ps.
- Bry.**—Derecho Internacional Público, 5 pts.
- Bryce.**—La República Norteamericana, dos tomos, 13 pts.—El gobierno de los Estados en la República Norteamericana, 7 pts.—Los partidos políticos en los Estados Unidos, 6.—La opinión pública, 5 pts.—Las Instituciones sociales en los Estados Unidos, 6 pts.
- Brooks Adams.**—La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos, 7 ps.
- Bunge.**—La Educación, 12 pts.
- Burgess.**—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, dos tomos, 14 pts.
- Burnouf.**—Las religiones, Literatura y Constitución social de la India, 7 pesetas.
- Caylla, Neumann, Kleuwachter, Narse, Wagner, Mithof y Lexis.**—Economía política, 2 tomos, 10 pesetas.
- Caillaux.**—Los impuestos en Francia, 3 tomos, 18 pesetas.
- Cambrenero.**—Las Cortes de la Revolución, 4 pts.—Crónicas del tiempo de Isabel II, 7 pesetas.
- Campe.**—Historia de América, dos tomos, 6 p.
- Campoamor.**—Vida de Cánovas, 1 peseta.—Ternezas y flores: Ayes del alma: Fábulas, 3 pesetas.—Doloras y humoradas, 3 pesetas.
- Carlyle.**—La Revolución francesa, 8 pts., 24 ps.—Pasado y presente, 7.—Epistolario, 6.
- Caro.**—Filosofía de Goethe, 6 pesetas.—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Costumbres literarias, 3 pesetas.
- Castro.**—El Libro de los Galicismos, 3 ps.
- Champ communal.**—La Sucesión Abintestato en Derecho Internacional privado, 10 pts.
- Chassay.**—Los deberes de la mujer en la familia, 3 pesetas.
- Cherbuliez.**—Miss Rovel, 3 pesetas.—La tumba de Juan Tozudo, 3 pesetas.—Amores frágiles, 3 pesetas.—Paula Meré, 3 pesetas.—Meta Holdenis, 3 pesetas.
- Colombey.**—Historia anecdótica del duelo, 6
- Collins.**—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.
- Comte.**—Principios de Filosofía positiva, 2.
- Coppée.**—Un idilio, 3 pesetas.
- Couperus.**—Su Majestad, 5 pesetas.
- Darwin.**—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, dos tomos, 15 pesetas.
- Daudet.**—Jak, dos tomos, 6 pts.—Novelas del lunes, 3 pts.—Cartas de mi molino, 3 pesetas.—Cuentos y fantasías, 3 pts.
- Delorme.**—César y sus contemporáneos, 8 p.
- Deplioje.**—El conflicto de la Moral y de la Sociología, 7 pesetas.
- Deschanel.**—Lo malo y lo bueno que se ha dicho de las mujeres, 7 pesetas.
- Döllinger.**—El Pontificado, 6 pesetas.
- Dorado Montero.**—Vida de Concepción Arenal, 1 pta.
- Dowden.**—Historia de la literatura francesa, 9 pesetas.
- Dumas.**—Actes, 2 pts.
- Flitzbacher.**—El Anarquismo según sus máximas ilustres representadas, 7 pesetas.
- Ellen Key.**—El amor y el matrimonio, 6 p.
- Ellis Stevens.**—La Constitución de los Estados Unidos, 4 pesetas.
- Emerson.**—La Ley de la vida, 5 pts.—Hombres simbólicos, 4.—Ensayo sobre la Naturaleza, 3,50.—Inglaterra y el carácter inglés, 4.—Los veinte ensayos, 7.—Epistolario, 6.
- Engels.**—Anti-Dühring o revolución de la ciencia, de Eugenio Dühring, 7 pts.
- Fagnet.**—Los amo de literatos célebres, 8 pesetas.—Leyendo a Nietzsche, 5 pts.—El Anticlericalismo, 6 pesetas.
- Fernández Guerra.**—Hartzenbusch, 1 p.
- Fernán-Flor.**—Vida de Zorrilla, 1 peseta De Tamayo, 1 peseta.
- Ferrán.**—Obras completas, 3 pesetas.
- Ferraz.**—Filosofía del deber, 3 pesetas.
- Finot.**—Filosofía de la longevidad, 6 pts.
- Fisher.**—Economía política y geométrica, 8 pesetas.
- Flitzmaurice-Kelly.**—Historia de la Literatura española, 10 pesetas.
- Flaubert.**—Un corazón sencillo, 3 pesetas.
- Flournoy.**—Espíritus y Mediums (Metapsíquica y psicología), 2 tomos, 13 pts.
- Filut.**—La Filosofía de la Historia en Alemania, 7 pesetas.
- Flournoy.**—Espíritus y Mediums (Metapsíquica y Psicología), 2 tomos. Tomo I, 7 pesetas; tomo II, 6 pesetas.
- Foucher de Careil.**—Hegel y Schopenhauer, 6 pesetas.
- Fouillée.**—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pts.—La Ciencia social contemporánea, 8 pts.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pts.—La Filosofía de Platón, 2 tomos 12 pts.—Compendios de los grandes filósofos, 2 tomos, 12 pesetas.
- Fournier.**—El Ingenio en la Historia, 3 pts.
- Framarino.**—Lógica de las pruebas, 2 tomos, 15 pesetas.
- Fromentin.**—La Pintura en Bélgica y Holanda, 6 pesetas.
- Gabba.**—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pts.
- Garnet.**—Historia de la Literatura italiana, 3 pesetas.
- Garofalo.**—La Criminología, 10 pesetas.—Indemnización a las víctimas del delito, 4 pesetas.—La superstitión socialista, 5 pts.—El delito como fenómeno social, 4 pesetas. Justicia y Civilización, 4 pesetas.
- Gautier.**—Vida de Heine, 1 peseta.—Las bombas prusianas, 3 pesetas.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madame de Girardin y Balzac, 3 pesetas.
- Gay.**—Los salones célebres, 3 pesetas.
- George.**—Protección y librecambio, 9 pts.—Problemas sociales, 5 pesetas.
- Girard.**—La elocuencia ática, 4 pts.—El sentimiento religioso en la Literatura griega, 7 pesetas.
- Ghuriati.**—Los errores judiciales, 7 pesetas.—El Plagio, 3 pesetas.

dit-126 510  
CB-347607

DEP-755/2

2257



## BIBLIOTECA PUBLICA DE PALENCIA

Conforme a lo que dispone el Reglamento de préstamo, este documento debe devolverse en la última de las fechas que constan a continuación.

08 SET. 2005

23 SET. 2005

01 FEB. 2011

## OBRAS DE DERECHO INTERNACIONAL publicadas por LA ESPAÑA MODERNA

- ASSER.—Derecho Internacional privado, 6 pesetas.  
AUDINET.—Derecho Internacional privado, dos tomos, 12 pesetas.  
CHAMPCOMMUNALE.—La sucesión en Derecho Internacional privado,  
10 pesetas.  
MARTENS.—Derecho Internacional, cuatro tomos, 30 pesetas.  
NEUMANN.—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.  
SUMNER-MAINE.—La guerra, según el Derecho Internacional, 4 ptas.

## OBRAS DE RICCI

**Tratado de las pruebas**, en Derecho civil y criminal, dos tomos, 20 pesetas.

### **Derecho civil, teórico y práctico.**

- Tomo I.—Publicación, interpretación y aplicación de las leyes, 6 pesetas.  
Tomo II.—De las personas, 6 pesetas.  
Tomo III.—Derechos y deberes inherentes al matrimonio; De la filiación; De la patria potestad, 6 pesetas.  
Tomo IV.—De las personas; De la menor edad; De los estados de incapacidad absoluta o relativa en que puede encontrarse el mayor de edad; Del registro de tutelas de los menores y de los interdictos y de la cura de los emancipados o inhabilitados; De las actas del estado civil, 6 pesetas.  
Tomo V.—De los bienes; De la propiedad y de sus modificaciones; Clasificación de los bienes; La propiedad y accesión; El usufructo, el uso y habitación, 7,50 pesetas.  
Tomo VI.—De los bienes; De la propiedad y de sus modificaciones; De las servidumbres, 7,50 pesetas.  
Tomo VII.—Sucesiones: De la sucesión legítima; De las sucesiones testamentarias, 8 pesetas.  
Tomo VIII.—Sucesiones: De la sucesión legítima; De las sucesiones testamentarias, 10 pesetas.  
Tomo IX.—Adquisición de la herencia; De las particiones, 8 pesetas.  
Tomo X.—De las particiones (continuación); De las donaciones, 6 ptas.  
Tomo XI.—De la Comunidad; De la Posesión, 6 pesetas.  
Tomo XII.—De la prescripción; De la ocupación, 6 pesetas.  
Tomo XIII.—De los contratos; De los quasi-contratos; De los delitos y quasi-delitos; Diversas clases de obligaciones, 6 pesetas.  
Tomo XIV.—Extinción de las obligaciones; De la prueba de las obligaciones y de la de su extinción, 6 pesetas.  
Tomo XV.—Del contrato del matrimonio; De la compra-venta, 8 ptas.  
Tomo XVI.—De la compra-venta (continuación); De la permuta; De la enfiteusis, 7 pesetas.  
Tomo XVII.—Del arrendamiento, 8 pesetas.  
Tomo XVIII.—Del contrato de sociedad; Del mandato; De la transacción; De la constitución de renta; Del juego y de la apuesta; Del comodato; Del mutuo; Del depósito y del secuestro, 8 pesetas.  
Tomo XIX.—De la prenda; De la anticresis; De la fianza; De la inscripción; De los privilegios e hipotecas; De los privilegios, 8 pesetas.  
Tomo XX.—De las hipotecas; De la publicidad de los registros y de la responsabilidad de los registradores. Índice de materias de la obra completa, 6 pesetas.

Precio de los veinte tomos, 140 pesetas. Se venden también los tomos sueltos a los precios marcados en cada uno.

R. 5230

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA E HISTORIA

---

EL  
POLO SUR

La expedición antártica del «Fram» de 1910 a 1912

POR

**R. AMUNDSEN**

TRADUCCIÓN

POR

**P. A. MARTÍN ROBLES**

Profesor en el Instituto de Tarragona.

**TOMO II**

LA ESPAÑA MODERNA

**MADRID**

Es propiedad.

R. 5230

# EL POLO SUR

## Tomo II

### CAPITULO X

#### PARTIDA PARA EL POLO

Al fin salimos el 19 de Octubre. El tiempo en los anteriores días no había sido del todo seguro: tan pronto ventoso como tranquilo; unas veces nevando, otras sereno, o, lo que es lo mismo, tiempo de primavera ordinario. El día indicado aún continuaba inconstante; había nieblas espesas por la mañana, y no auguraban nada bueno para aquel día; pero a las nueve y media sobrevino una brisa ligera del Oriente que despejó en un momento la atmósfera.

No había necesidad de hacer prolijos interrogatorios para conocer el parecer de la compañía. «¿Qué queréis que hagamos? ¿Partir?» «Ya lo creo, no perdamos tiempo», era la respuesta de todos. Aparejamos nuestros tiros en el acto, y con ligera inclinación, como quien dice «hasta mañana», nos pusimos en marcha. No creo que Lindström se asomara siquiera a la puerta para vernos marchar. «Es cosa de todos los días, ¿a qué viene armar ruido por ello?» Debí pensar.

Eramos cinco: Hanssen, Wisting, Hassel, Bjaaland y yo. Teníamos cuatro trineos con trece perros para cada uno. Al comienzo iban ligeros, porque habíamos de cargar provisiones en el depósito del paralelo 80° S., donde habíamos de encontrar cajas que aguardaban nuestra lle-

gada. Así, pues, montamos en nuestros trineos y esgrimimos nuestros látigos con aire arrogante. Yo iba a horcajadas en el trineo de Wisting, y cualquiera que nos viera lo satisfecho que íbamos, no podía menos de reputar por muy atractiva una excursión al Polo.

En el mar de hielo quedaba Prestrud con el cinematógrafo, al que puso a funcionar al pasar nosotros por delante de él. Cuando subimos a la Barrera, aún estaba dando vueltas al aparato sin cesar. Lo último que vi al remontar la pendiente y perderse de vista todos los otros objetos que acostumbrábamos a tener siempre delante, fué el cinematógrafo: avanzaba tierra adentro a toda marcha. Yo, que por precisión había de mirar hacia adelante, quise volver una vez la cabeza para mirar en derredor y percibir por última vez aquel lugar que significaba para todos lo más grato del mundo, y ¿qué creeréis que vi? Pues el cinematógrafo. «¡Ahora apenas podrá impresionar otra cosa que el aire! Apenas.» Por fin se dejó de ver bajo la línea del horizonte.

La marcha era excelente, pero la atmósfera se hacía más lóbrega según nos internábamos tierra adentro. Las primeras doce millas desde la margen de la Barrera, yo iba sentado en compañía de Hassel; pero viendo que los perros de Wisting podían llevar el trineo con dos personas mejor que los demás, me fuí a él. Hanssen era el que guiaba delantero, sirviéndose por necesidad de la brújula por la mucha obscuridad del tiempo. Detrás de él iba Bjaaland, luego Hassel, y, por último, Wisting y yo. Acabábamos de remontar una pequeña cuesta cuando vimos que al otro lado se formaba otra bastante pronunciada; el descenso no podía ser de más de veinte varas. Yo estaba sentado de espaldas a los perros, contento con su vigoroso tirar. De repente noto que al costado del trineo se abre de repente en el suelo un tajo perpendicu-

lar que muestra un negro abismo, entreabierto lo suficientemente ancho para tragarnos a todos y a algunos más que fuesen. Unas cuantas pulgadas que nos hubiéramos ladeado, y hubiera llegado al fin nuestra expedición polar. Comprendimos, por lo accidentado de aquel suelo, que nos habíamos desviado mucho al Este, y así cambiamos nuestro rumbo más hacia Oeste. Cuando vimos que el suelo era más regular, aprovechándome yo de la ocasión, me calcé mis patines y guíé en esta forma, con lo que el peso quedó mejor distribuído. No tardó mucho en despejarse el tiempo, y vimos una de nuestras banderas de señales que se erguía ante nosotros. Dirigímonos a ella; muchos recuerdos revoloteaban en torno; los tremendos fríos, las matanzas de perros: allí fué donde matamos tres cachorros en nuestra última excursión.

Habíamos adelantado diez y siete millas, y plantamos las tiendas, bien satisfechos del primer día de nuestro viaje largo. Mi persuasión de que si nos sirviéramos todos de una sola tienda nos las arreglaríamos mucho mejor para acampar y hacer los demás preparativos, se vió plenamente justificada. La tienda se alzaba como si brotara de la tierra, y todo tan bien dispuesto, que revelaba nuestra práctica consumada. Vimos que nos proporcionaba amplio espacio, y todo se arreglaba maravillosamente. He aquí cómo procedimos. En el sitio que hicimos alto pusimos todos mano en la erección de la tienda. Clavamos los garfios que sujetaban el reborde de la tienda, y Wisting, deslizándose dentro de ella, plantó el mástil mientras los demás estirábamos los cables. Hecho esto, entré yo y los demás me alargaron todos los objetos que había de introducir en ella: sacos, camas, cacerolas, víveres, etc. Todo se acomodó en su lugar; encendimos el Primus y llenamos una cacerola de nieve. Mientras tanto, los otros daban de comer a los perros y los desenganchaban. En vez

de la «defensa» que solía cercar a la tienda, amontonamos nieve en derredor de ella, pues era bastante así para protegerla y los perros no se atrevían a pasarla. Tomamos los herrajes de nuestros patines y los colocamos entre los demás objetos sueltos de la caja de víveres, o los colgamos con las guarniciones en la punta de los skis, que estaban sujetos en la parte delantera de los trineos. La tienda resultó a satisfacción; su color oscuro moderaba la claridad ambiente y la hacía agradable.

Neptuno, hermoso perro que tuvimos que dejar suelto en el campo, apenas recorridas seis millas, estaba tan gordo que no se podía levantar. Teníamos, por cierto, que nos seguiría, pero no pareció más, por lo que supusimos que se había vuelto a sus ollas de Egipto; pero, lo que es bien extraño, tampoco regresó a casa. Lo que fué de él es en absoluto un misterio. Rotta, otra magnífica perra, fué también puesta en libertad. No era a propósito para el viaje, y volvió a casa. Ulsik empezó por tener que llevarle en el trineo; más tarde se restableció. Björn venía cojeando tras el trineo; Peary estaba inútil; se le dejó también suelto, y por algún tiempo nos siguió; pero luego no se le volvió a ver. Cuando la partida del Este visitaba el depósito del paralelo 80° S., le encontró allí en buenas condiciones. Estaba indómito como al principio, pero poco a poco se fué dejando acercar y poner las guarniciones. Después de esto realizó muy buen servicio. Urano y Fuchs fueron inútiles ya desde el primer día, pero todos los demás valieron su peso en oro.

Durante la noche sopló una brisa del Este que se aplacó a la mañana siguiente, de modo que a las diez ya pudimos salir. Pero no se sostuvo mucho el tiempo. El viento volvió a soplar con fuerza renovada del mismo cuadrante, acompañado de espesos ramalazos de nieve. Sin embargo, continuamos bien y no dejábamos de ver las

banderas de señales. Después de recorrer diez y nueve millas y cuarto, llegamos a una almenara de nieve que había sido erigida en los comienzos de Abril, y había resistido durante siete meses; permanecía sólida y en perfecto estado. Esto nos dió mucho que pensar, porque se veía que podíamos contar, seguramente, con estas almenaras y que no habían de derrumbarse. Con esta experiencia tan ventajosamente adquirida, edificamos en lo sucesivo un sistema completo de ellas que conducían hasta el Sur. Durante el día cambió el viento a Sureste; no dejó de soplar; pero, por fortuna, la nieve cesó. La temperatura fué  $-11.5^{\circ}$  F., y más cruel aún por el viento. Cuando a la noche nos detuvimos y plantamos la tienda, encontramos cabales las huellas de nuestra última excursión; eran profundas y claras, aunque ya tenían seis semanas. Mucho nos alegramos de encontrarlas, porque no habíamos visto ninguna bandera en aquella ocasión, y empezábamos a estar cerca de un barranco espantoso, a cuarenta y seis millas y media de la casa y que habíamos encontrado en el último viaje de instalación de depósitos, con lo que teníamos que ir con cuidado.

Al día siguiente, 21, apareció tiempo muy foseco, con brisa fuerte del Sureste y ventisca de nieve; día bien impropio para franquear el barranco mencionado si no hubiéramos podido ver nuestras pisadas. Cierto, que no se veían muy lejos, pero se conocía su dirección. Por tanto, para ir con toda seguridad hice ahora rumbo al Nordeste Este (nuestro primitivo viaje era éste, directo). Por la comparación de nuestras huellas antiguas, comprendimos que habíamos acertado, pues el nuevo camino era considerablemente más tendido al Este que la dirección de las pisadas. Miramos por última vez el lugar donde habíamos acampado, por ver si se nos olvidaba alguna cosa, y luego vuelta a sumergirnos en plena tempestad. Hacía tiem-

po realmente malo. De encima nos venía la nieve y de tierra la cellisca, así es que íbamos como ciegos de todo punto. No podíamos mirar a lo lejos, pues muchas veces los que íbamos en el último trineo apenas si veíamos al primero. Bjaaland iba delante de nosotros. Por largo tiempo habíamos ido descendiendo francamente, y esto no estaba en armonía con nuestros cálculos; pero con tiempo como aquel no hay que hacer mucho caso de cálculos. Habíamos pasado muchas veces por sobre hendiduras del terreno, pero ninguna de extensión. De repente vimos el trineo de Bjaaland que caía. Él salta y aferra las riendas. El trineo cae de costado por unos cuantos segundos, luego empieza a bajar más y más, y finalmente del todo. Bjaaland ha logrado sujetarse en la nieve, y los perros, allí echados, clavan sus uñas en ella. El trineo iba cayendo cada vez más. Todo esto sucedía en pocos minutos. «Ya no puedo sujetarme más...» Wisting y yo subíamos en aquel momento. Bjaaland aseguraba con todas sus fuerzas, convulsivamente, pero no le servía; el trineo iba cayendo pulgada a pulgada. Los perros parecían comprender también la gravedad de la situación; estirados sobre la nieve, seguían clavando en ella sus uñas y resistiendo con toda su fuerza. Pero el trineo no dejaba de caer hacia el abismo; Bjaaland tenía razón cuando decía que no podía resistir más. Pocos segundos más, y el trineo con sus trece perros hubiera desaparecido para siempre. En aquel momento fueron auxiliados. Hanssen y Hassel, que iban un poco adelante cuando esto ocurría, arrancaron una cuerda alpina de un trineo y vinieron a dar ayuda. Sujetaron fuertemente la cuerda a las riendas, y dos de nosotros, Bjaaland y yo, pudimos con vigoroso tirón mantener el trineo colgante; lo primero entonces fué retirar los perros; después se dió la vuelta al trineo de Hassel y se colocó, cruzando la parte más estrecha de

la barranca donde se había visto que las orillas eran más sólidas. Luego, mediante esfuerzos combinados, el trineo que se balanceaba en la profundidad fué levantándose hasta que pudimos agarrarle y sujetarle al trineo de Hassel con las guarniciones de los perros. De este modo podíamos ya aflojar y soltar; un trineo con su peso equilibraba al otro, y nosotros pudimos respirar con alivio.

Después había que poner derecho el trineo, y para manejarlo descargarlo previamente. Uno tenía que bajar por la cuerda, desatar las ligaduras de las cajas y atarlas de nuevo para subirlas. Todos estaban prestos a hacerlo; pero fué Wisting quien lo llevó a término. Se ató una cuerda alpina alrededor de su cuerpo y bajó. Bjaaland y yo nos establecimos en nuestros primeros puestos y servimos de áncoras; mientras tanto, Wisting nos informaba de lo que veía allí abajo. La caja del hornillo estaba colgando de su última cuerda; la sujetó bien y la retornó a la luz del día. Hassel y Hanssen aguardaban para izar las cajas que Wisting tenía ya dispuestas. Estos dos camaradas se desenvolvían en el mismo filo del precipicio con una serenidad que no pude menos de alabar. Yo admiro el valor y el desprecio por el peligro, y la manera como mis compañeros lo demostraban era admirable: diríase que jugaban al escondite con el Hado. La noticia que Wisting les daba desde abajo, de que el reborde en que se sostenían no tenía más que algunas pulgadas de espesor, parece que hizo en ellos efecto insignificante; por el contrario, parecía que así estaban más seguramente.

«Hemos tenido suerte—decía Wisting;—este es el único sitio en que la barranca es lo bastante estrecha para sostener un trineo de través. Si vamos un poco más a la izquierda» (y Hanssen miraba afanosamente en aquella dirección), «ninguno de nosotros hubiera escapado. No hay suelo bastante; es una costra delgada como un pa-

pel. No dan muchas ganas de bajar aquí; inmensas agujas de hielo se levantan por dondequiera, que os harían pedazos antes de que tuvierais tiempo de llegar al fondo.»

La descripción no era muy atractiva, y menos mal que habíamos encontrado «tan buen sitio». Ya Wisting había terminado su faena y lo subimos. Cuando le preguntamos si se hallaba satisfecho de haber vuelto a la superficie, nos respondió sonriendo: «Estaba tan limpio y abrigado allí...» Levantamos el trineo luego, y por algún tiempo caminaron bien las cosas. «Hay que andar con cuidado—decía Hassel—para andar por aquí, porque he estado a punto de caer ahora mismo cuando Hanssen y yo subíamos el trineo.» Y se reía como al recuerdo de una aventura feliz. Hassel había comprendido que lo mejor era andar con cuidado. No había necesidad de mirar a las hendiduras del terreno, porque se puede decir que no había otra cosa que ver.

No podía pensarse seguir adelante por aquel suelo tan falso; pues ya hacía tiempo que habíamos conocido que, a despecho de todas nuestras precauciones, habíamos llegado a un sitio espantoso. Buscamos lugar para nuestras tiendas, pero era más fácil de decir que de lograrlo. No se encontraba extensión suficiente para la tienda y para las cuerdas de retenida; plantámosla en un sitio de poco espacio y fijamos las cuerdas en las mismas hendiduras por varias partes. Empezamos a familiarizarnos con aquel suelo. La barranca se desparramaba por todas partes con persistente monotonía.

Entretanto, habíamos llevado las demás cosas bien lejos, adonde estuvieran más seguras; los perros quedaron allí sin desaparecer, para no correr el riesgo de que se perdieran. Wisting había vuelto a subir a su trineo (ya lo había hecho muchas veces antes), cuando de repente

desapareció de mi vista todo él, no siendo cabeza, hombros y brazos, que sobresalían en la nieve. Se había dado una caída, de que se salvó extendiendo al punto los brazos. El precipicio a cuyo borde estaba era profundísimo, como todos los demás. Entramos en la tienda y preparamos una comida caliente, dejando al mal tiempo el cuidado de arreglárselas como pudiera, sin preocuparnos más que de nuestra comodidad. Era la una de la tarde, y ya el viento había cedido mucho desde que entramos en la tienda, y antes de que nosotros lo advirtiéramos, ya había calma completa. Empezó a clarear un poco a eso de las tres, y salimos para ver.

El tiempo había mejorado, sin género de duda, y en la parte Norte del horizonte se veía algún trozo del azul del cielo; hacia el Sur estaba aturbonado. Más lejos, adonde la niebla se hacía más espesa, podíamos ver vagamente el perfil de una elevación en forma de cúpula, y Wisting y Hanssen salieron a examinarla. La cúpula aquella resultó ser una de aquellas pequeñas formaciones que ya habíamos visto antes en el mismo paraje. Pegaron en ella con sus palos, y tal como se habían figurado, el sonido a cóncavo reveló la existencia de un abismo interior terrible. Hanssen sentía alborozo al contárnoslo, y Hassel no pudo menos de dirigirle una mirada envidiosa.

A las cuatro de la tarde estaba el día claro, y un pequeño grupo explorador, compuesto de tres individuos, salió para encontrar un camino que nos llevara fuera de aquel sitio. Yo fui de la partida; llevábamos una larga cuerda alpina, pues soy partidario de evitar una caída cuando tan a poca costa se puede hacer. Dirigímonos al Este, y ya con este rumbo habíamos salido otras veces del terreno quebrado, sin que tuviéramos que andar muchos pasos para vernos en suelo firme. Había claridad bastante para mirar en derredor nuestro. Nuestra tienda

se alzaba en el ángulo Noreste de un paraje que estaba lleno de montículos; podíamos afirmar, sin temor a equivocarnos, que allí estaba la temerosa barranca. Continuamos un poco más hacia Levante, hasta que vimos nuestro camino claramente, y luego regresamos al campamento. No tardamos mucho en poner todo en orden y dejar aquel lugar. Era un alivio verdadero volver a vernos otra vez en terreno seguro, lo que nos animó a abreviar nuestro viaje al Sur acelerando el paso.

Aún no estábamos del todo libres de la zona peligrosa, como lo indicaba una serie de pequeñas prominencias que se alzaban hacia el Sur y se extendían a través de nuestro camino cortándole en ángulos rectos. También lo demostraban unas cuantas grietas largas y estrechas que hubimos de salvar, manteniéndonos en continua vigilancia. Cuando alcanzamos las inmediaciones de la hilera de montículos que atajaba nuestro camino, nos detuvimos y deliberamos sobre lo que había que hacer. «Ahorraríamos mucho tiempo—decía Hanssen—yendo a derecho por aquí mismo, y no dando la vuelta.» Así me pareció a mí, pero el peligro, en cambio, era mucho mayor. «Pero probemos—proseguía él;—si se puede, se puede.» Yo me ablandé y me dejé persuadir, y nos encaminamos por entre las cadenas de montículos. Bien veía lo que esto entusiasmaba a Hanssen; había acertado con sus gustos. Ibamos cada vez más aprisa, y, lo que es de notar, pasamos por entre muchas de aquellas prominencias sin advertir el menor riesgo, por lo que empezamos a creer que pasaríamos sin dificultad. Mas de súbito, los tres perros guías del tiro de Hanssen desaparecieron, y los otros se detuvieron en el acto. Levantólos sin gran dificultad y siguió. Nosotros, que íbamos detrás, pasamos sin ningún accidente, pero ya parecía más dudoso nuestro avance, porque a los pocos pasos volvieron a caer los mismos tres

perros. Estábamos en el mismo lugar exactamente que antes; por todas partes se veían barrancos que daban a la superficie el aspecto de un espejo roto. Yo estaba harto y no quise tomar parte en esta carrera de muerte. Anuncié con decisión que volveríamos atrás siguiendo nuestras huellas, y daríamos un rodeo. Hanssen parecía contrariado enteramente. Decía que yendo directamente saldríamos pronto de aquel lugar, pero a mí me pareció preferible rodear. A él le atraía la aspereza de aquel suelo, y principalmente una altura de forma particular con quien quería poner a prueba su vigor. Era una mole, debida a la compresión de los hielos, que se hubiera podido tomar por un témpano flotante. Parecía que estuviera compuesta de cuatro enormes pinjantes de hielo unidos por un extremo. Sin más examen, conocimos que cobijaba un abismo imponente. Hanssen dirigió una mirada con pesadumbre a aquel sitio, y nos volvimos.

Ya podíamos ver con toda claridad el paisaje que nos rodeaba. Era una inmensa garganta: rodeámosla toda, y llegamos a su parte meridional sin contratiempo. Al llegar, vimos una de nuestras banderolas situada al Este nuestro, lo que confirmaba nuestras sospechas de que nos habíamos desviado en demasía hacia el Oeste. Aún tuvimos que pasar por terreno abrupto, debiendo franquear algunas grietas y una hoya descomunal; pero todo resultó bien, con la alegría de volver a tener hielo firme bajo nuestros pies. Hanssen, sin embargo, no se satisfizo hasta que pudo mirar al interior de la hoya. Por la tarde llegamos a las dos casas de nieve que habíamos construído en el último viaje, y acampamos allí, a veintiséis millas del depósito. Las chozas estaban tapadas de nieve, por lo que no las utilizamos, y estando el tiempo tan benigno y bueno, preferíamos la tienda.

El día había sido fecundo en sucesos, y con toda ra-

zón nos alegrábase de haber salido con bien tan fácilmente. La marcha había sido buena, y todo había pasado como jugando. Cuando a la mañana siguiente salimos, hacía nublado y fosco, y aun antes de que hubiéramos progresado mucho nos envolvió la niebla de un Suroeste, con nieve tan espesa, que apenas podíamos ver a una distancia mayor diez veces que la longitud de un trineo enfrente de nosotros. Nos habíamos propuesto llegar al depósito aquel día, pero si continuaba en aquella forma, era más que dudoso que lo encontráramos. Echamos a andar, pues había mucho camino por delante y no había cuidado que lo pasáramos tan pronto. Aún había algún claro en el cenit, y no habíamos perdido la esperanza de que el viento y la nieve cesaran. Pero no tuvimos tal suerte; más bien arreció. Nuestra mejor medida de trineo, la única de que podíamos fiarnos, estaba en el trineo de Wisting, y él era quien tenía que verificar los recorridos. A la una y media me hizo señal de haber caminado la distancia prefijada. Llamé a Hanssen para que mirara y aprovechara su envidiable poder de vista cuanto pudiera. En aquel mismo momento apareció el depósito a unos cuantos espacios de trineo, ofreciéndose a nuestros ojos como un bien construído palacio de nieve en el aire brumoso. Era una verificación segura del taquímetro del trineo y la brújula. Encaminámonos hacia el depósito, e hicimos alto. Tres puntos importantes había que conseguir en nuestro camino al Sur. Uno de ellos había sido hallado con gran alegría de todos.

Las noventa y nueve millas desde Framheim a este punto habían sido cubiertas en cuatro jornadas, y ya podíamos dar descanso a los perros y toda la carne de foca que pudieran comer. En este viaje, la salud de los animales había sido buena, si se exceptúa la de uno, llamado Urano, al que nunca habíamos podido poner un poco de

grasa sobre sus huesos, y así perseveró flaco y demacrado aguardando su muerte, que aconteció poco después, al llegar al paralelo 82° S. Si Urano era magro, no se podía decir otro tanto de Jaala. ¡Pobre animal! A pesar de su estado, se esforzaba por mantenerse derecho con todo empeño. Si no lograba reducir sus carnes antes de salir del paralelo 82° S., de seguro acompañaría a Urano al otro mundo.

Las cajas de provisiones y demás avíos que habíamos dejado allí en el último viaje estaban enteramente cubiertas de nieve; pero no nos costó mucho desembarazarlas de ella. Lo primero que hicimos fué cortar foca para los perros. Aquellos pedazos grandes de carne con la grasa adherida no habían menester ser distribuidos entre los animales; que ellos ayudaban de muy buena gana según los íbamos cortando, y cuando acababan no tenían reparo en atacar el corte mismo del trozo que nos quedaba en las manos. Era un contento el verlos, echados en aquel sitio, gozando del placer de la comida; todo procedía con tanta paz y concordia al empezar... Estaban todos muy hambrientos, y no se acordaban de otra cosa que de acallar sus estímulos del momento; pero al satisfacer lo más violento de su apetito cesaba la tregua. Hai aún no había acabado la mitad de su ración, y ya se creyó en el caso de ir adonde estaba Rap y robarle el trozo que éste comía. Todo esto no podía suceder sin alboroto grande, que tuvo que notar Hanssen, pues estaba presente; Hai tuvo que contentarse con lo suyo. Era Hai un perro hermoso, pero terriblemente terco: como se le metiera una cosa en la cabeza, difícilmente se le lograba disuadir de ella. En uno de nuestros viajes a los depósitos ocurrió que estaba yo dando de comer a los perros de Hanssen. Hai en un momento había despachado su ración de pemmican, y miraba en torno suyo por ver si había más. Vió que Rap estaba re-

galándose con la suya, y ¡para qué quiso más! En un soplo se fué sobre él para obligarle a que le cediera su parte, y ya estaba para apropiárselo. Yo, que presenciaba la escena, sin que Hai lo notara me eché encima de él. Le golpeé con el mango del látigo en la nariz e intenté quitarle el pemmican, pero no era cosa fácil. Ninguno de los dos cedíamos, y pronto se nos vió rodando por encima de la nieve a los dos, a ver quién podía más. Triunté, pero después de ardoroso combate, y así volvió a Rap su comida. Cualquiera otro perro, al ser golpeado en la nariz, la hubiera soltado, no siendo Hai.

Fué un verdadero regalo poder refugiarnos en la tienda, pues el día había sido cruelísimo. Durante la noche sopló viento del Norte, y toda la nieve que en aquella dirección se había acumulado el día anterior, con el viento que en ella había soplado quedó barrida, dejando el camino libre. Aprovechémonos lo mejor que pudimos de esta coyuntura; no veríamos a la mañana siguiente ventisqueros. Solamente podíamos permanecer donde estábamos y consolarnos con el pensamiento de que poca diferencia había entre parar un día más o menos. Pero el estar todo el día dentro de una tienda es poco divertido, sobre todo cuando la necesidad obliga a estar todo el tiempo metido en el saco-cama. Se cansa uno de conversar en seguida, ni tampoco se puede estar todo el día escribiendo. El comer es buena manera de pasar el tiempo, si hay qué, y lo mismo el leer; pero la minuta de manjares que se puede llevar es muy limitada, y la biblioteca, por regla general, harto deficiente en los viajes en trineo, con lo que estos dos remedios tienen poca eficacia. Una cosa hay de la que se puede hacer uso conveniente en estas circunstancias, sin escrúpulo ninguno, y es echarse una buena siesta. Feliz la persona que puede dormir a cual hora del reloj en días como estos; pero éste es dón no

concedido a todos, y los que lo poseen no lo confiesan. Yo he oído roncar a algunos sujetos hasta hacerme temer que iban a dar con la cabeza en el suelo, y no se les podía hacer confesar que se dormían; eso, nunca. Algunos de ellos han tenido el desparpajo de decir que padecían insomnio: nada de esto rezaba con nosotros.

Durante el día cesó el viento y salimos para trabajar algo. Trasladamos el antiguo depósito al nuevo; ya teníamos en él la carga completa de tres trineos, para los que no era necesaria y, por consiguiente, la dejábamos detrás de nosotros. La compañía de exploración del Este se aprovecharía de parte de estas provisiones en su viaje, pero no mucho. Este depósito es muy grande y puede ser útil aún, si alguno proyecta explorar la región Sur de la tierra del Rey Eduardo. Pero nosotros no teníamos necesidad de él por entonces. Empaquetamos luego los trineos, y cuando se hizo noche ya estaba todo pronto para nuestra partida. Para ello no nos habíamos dado mucha prisa, pues nos íbamos a detener un día más; pero en estas regiones se adquiere pronto el convencimiento de que no hay cosa mejor que aprovecharse del buen tiempo cuando lo haya, pues nadie sabe lo que puede durar. Nada hubo, sin embargo, que cambiara al día siguiente nuestro plan primitivo. Podíamos permitirnos el gusto de dormir cuanto se nos antojara; pero no se interrumpió, a pesar de ello, la regularidad de nuestro trabajo. Los perros mascaban y mascaban para almacenar fuerzas que gastar en su sazón.

Vamos ahora a nuestros trineos cargados, a ver lo que contienen. El primero que se ofrece es el de Hanssen, situado hacia el Sur; luego vienen los de Wisting, Bjaaland y Hassel. Todos parecen bien colmados, y en cuanto al género de provisiones, viene a ser lo mismo en unos que en otros.

Caja num. 1: contiene más de 3.500 galletas, y pesa 111 libras.

Caja núm. 2: 112 raciones de pemmican para perros; 10 sacos de leche seca, chocolate y galletas. Pesa 177 libras.

Caja núm. 3: 124 raciones de pemmican de perros; 10 sacos de leche seca y galletas; peso total, 161 libras.

Caja núm. 4: 39 raciones de pemmican de perros, 86 raciones de pemmican para hombres; 9 sacos de leche seca y galletas; peso total, 165 libras.

Caja núm. 5: 96 raciones de pemmican de perros. Peso, 122 libras.

Peso neto total de provisiones por cada trineo, 668 libras.

Con el equipo y peso del trineo mismo, el total llegaba a muy cerca de 880 libras.

El trineo de Hanssen se diferenciaba de los demás en que tenía ajustes de aluminio y no de acero, y no llevaba taquímetro de trineo; de modo que fuera de la brújula no había en él nada de hierro. Cada uno de los tres llevaba taquímetro y brújula; de modo que llevábamos entre todos tres taquímetros y cuatro brújulas. Los instrumentos que tomamos eran dos sextantes y tres horizontes artificiales, dos de vidrio y uno de mercurio: un hipsómetro y un aneróide. Para observaciones meteorológicas: cuatro termómetros, y también dos pares de anteojos binoculares. Cogimos además una cajita-botiquín de Burróghs Wellcome y Compañía, para viaje. Los instrumentos quirúrgicos no eran muchos; una tenaza de dentista y... unas tijeras para la barba. Nuestros avíos de costura eran muy abundantes. Llevábamos de reserva una tienda pequeña y ligerísima; se destinaba para si alguno de nosotros se veía obligado a tener que volver. Llevábamos también dos hornillos Primus. La provisión de

parafina era muy abundante: veintidós galones y medio, distribuidos en los tres vehículos. La llevábamos en las vasijas usuales, pero resultaron poco resistentes, y no es que perdiéramos parafina ninguna; pero Bjaaland tenía que estar constantemente soldándolas para que pudieran aguantar más. Teníamos un aparato de soldar excelente. Cada uno de nosotros llevaba su saquito personal en que guardaba ropa de mudar, diarios y libros de notas. Nos proveímos de gran cantidad de correas sueltas para los herrajes de patinar. Teníamos sacos-camas dobles para la mayor parte del tiempo; aquellos que constaban de uno interior y otro exterior. De relojes teníamos cinco, entre todos, de los cuales tres eran cronómetros de bolsillo.

Nos habíamos propuesto recorrer la distancia, entre el paralelo 80° y el 82° S., en marchas diarias de a diez y siete millas. Podíamos haber andado más del doble; pero como lo que nos interesaba era llegar y no mostrar gran velocidad, limitábamos la distancia; fuera de que entre los depósitos conservábamos suficiente cantidad de víveres para caminar con esta calma. Teníamos gana de saber qué tal se portarían los perros con los trineos cargados. Mucho esperábamos, pero lo que hicieron excedió a nuestras esperanzas.

El 25 de Octubre dejamos el paralelo 80° S. con brisa Noroeste y tiempo claro y apacible. Fuí a ocupar mi puesto delante de los trineos, y me coloqué unos cuantos pasos enfrente del de Hanssen con mis skis, señalando derechamente al Sur. Miré por última vez detrás de mí, pregunté: «¿Está todo?», y eché a andar. Yo pensaba... ó, mejor dicho, no tuve tiempo de pensar en nada, porque apenas quise darme cuenta, fuí lanzado por los perros al aire. En la confusión que siguió a esto se detuvieron, por fortuna, pues de otra manera no sé si me hubiera librado

a tan poca costa. Para decir verdad, yo estaba incomodado, pero conservé juicio suficiente para comprender la situación ya de suyo cómica, que se haría doblemente ridícula si me atrevía a mostrar alguna irritación, y así, prudentemente, me contuve. Y, después de todo, ¿de quién era la culpa? A nadie más que a mí podían culpar, porque, ¿a qué fin era darme tanta prisa? Ahora cambié radicalmente mi procedimiento, y no hay por qué avergonzarme de ello, cuando se trataba de dirigir a mi impetuosa cuadrilla. En vez de hacer sólo la pregunta: «¿Está todo?» Añadí: «En marcha.» Y así lo hicieron. El primero, Hassen, que salió como un meteoro; tras de él, muy cerca, Wisting, y luego Bjaaland y Hassel. Todos iban con patines y guiaban con una pértiga. Cobré ánimos para seguirles a su paso, pues pensaba que los perros no lo mantendrían mucho tiempo; pero pronto me harté. Hicimos primeramente seis millas y cuarto en una hora. Pensé que para mí ya había bastante, y así fui hacia donde estaba Wisting, até una cuerda a su trineo y allí seguí hasta que alcanzamos el paralelo 85°, 5' S., trescientas cuarenta millas. Sí; era una sorpresa agradable. Nunca habíamos soñado nada parecido. ¡Ir en patines al Polo! Gracias al brillante talento de Hanssen como conductor de perros, podía hacer esto con facilidad. Los dirigía maravillosamente y les hacía conocer que era su amo. Sabían que en el momento en que faltaban a su deber se les obligaría a caminar derecho, y no sabían donde esconderse. Por lo demás, como de ordinario acontece, la Naturaleza es la mejor maestra; pero «una confirmación» oportuna evitaba que se repitiesen las faltas por mucho tiempo. La jornada se completó de esta manera, y pudimos acampar pronto.

Al día siguiente se nos presentaron a la vista los montículos del Este que habíamos visto por primera vez en

el segundo viaje a los depósitos entre los paralelos 81° y 82° S., lo que indicaba que la atmósfera debía estar muy despejada. No vimos, sin embargo, más cantidad que la vez anterior. Por lo que habíamos experimentado con las almenaras de nieve, comprendíamos que si edificábamos otras ahora en nuestro viaje al Sur, nos servirían de magníficas señales a nuestro regreso; decidimos, pues, adoptar este sistema de señales hasta donde pudiera ser. Entre todas edificamos 150 de seis pies de altura, y empleamos en su construcción 9.000 bloques, extraídos de la nieve con cuchillos a propósito. En cada una depositamos un papel con el número y posición de la almenara, y en que se indicaba la distancia y la dirección que había de tomarse para llegar a la más cercana, camino del Norte. Podrá aparecer que mi prudencia era exagerada, mas yo he juzgado siempre que no está de más ninguna previsión en esta superficie interminable, uniforme. Si nos extraviáramos allí, hubiera sido en gran manera difícil volver a casa. Además de esto, la erección de tales almenaras tenía otras ventajas que todos podíamos ver y apreciar. Siempre que nos deteníamos a ver una, proporcionábamos algún descanso a los perros, que no les venía mal si queríamos caminar a buen paso.

Alzamos la primera a los 80°, 23 S. Para empezar nos conformamos con ponerlas a cada 13 o 15 kilómetros. Al llegar a la 29.<sup>a</sup> matamos el primer perro, uno de Hanssen, que se llamaba Bone. Era demasiado viejo y no servía más que de estorbo. Lo dejamos en el depósito bajo una almenara, y fué gran contento para nosotros, o más bien para los perros, hacer aquel alto.

El mismo día alcanzamos el segundo punto importante, o sea el depósito del paralelo 81° S. Nuestro camino seguía muy levemente desviado de él hacia el Este. Los trozos pequeños de cajas que nos habían servido de seña-

les a un lado y otro del depósito, continuaban viéndose aún por largo trecho. Al examinarlos vimos que no presentaban señales de haber caído nieve. Estaban como los habíamos colocado. En la proximidad del depósito cruzamos dos barrancas de consideración; estaban al parecer llenas, y no nos produjeron molestia. Llegamos al depósito a las dos de la tarde; todo estaba en óptimo estado. La bandera ondeaba como si apenas hiciera un día que la habíamos plantado, cuando ya habían pasado ocho meses que la dejamos allí puesta. Los cúmulos de nieve que había alrededor del depósito eran de una altura de pie y medio próximamente.

El día siguiente fué espléndido, despejado y tranquilo. El sol tostaba la piel del rostro, por lo que sacamos todos nuestros vestidos de piel a secar, pues siempre se forma en el fondo de los sacos-camas alguna cantidad de escarcha. Aprovechámonos de la ocasión que se nos ofrecía para determinar nuestra posición y verificar nuestras brújulas, que resultó funcionaban bien. Reemplazamos las provisiones que habíamos consumido en el camino, y volvimos a ponernos en marcha el 31 de Octubre.

La mañana siguiente se nos apareció muy brumosa y con tiempo muy desagradable, y quizá nos lo pareció más por haber sido el del día anterior tan hermoso. Cuando pasamos por aquel sitio la primera vez yendo hacia el Sur, los perros de Hanssen se habían caído en una grieta, pero no fué accidente de importancia; lo menos que nos podía suceder. Ahora esperábamos caminar sin contra-tiempo; pero en aquellas regiones lo que menos se espera sucede frecuentemente. Caía la nieve suelta y el caminar se hacía pesado, pues de cuando en cuando teníamos que franquear barrancas angostas. Una vez vimos a través de la niebla un vasto agujero abierto; no deberíamos estar muy lejos de él, pues con las nieblas que había, a estar

menos cerca, no hubiéramos podido verle. Proseguimos perfectamente hasta recorrer las trece millas y media. En este punto Hanssen tuvo que salvar una grieta de una yarda de anchura, y al saltar lo hizo con tan mala suerte, que enredó la punta de su ski en las guarniciones del último perro, y cayó derecho a través de la grieta, situación desagradable, los perros habían saltado y estaban a una distancia de un pie o dos del lado opuesto; pero el trineo se mantenía derecho al borde de la barranca y se había ladeado al caer Hanssen, de modo que con un poco más toma la dirección de la barranca y, por supuesto, todos nos precipitamos en ella. Los perros, que olieron inmediatamente la imposibilidad en que aquel accidente colocaba a su amo, para administrarles «una confirmación», no se dejaron escapar ocasión tan valiosa. Como una manada de rabiosos tigres se lanzaron unos contra otros, y se pelearon hasta que salieron por los aires mechones de pelo. Esto, naturalmente, ocasionaba repetidos tirones de las riendas, que hacían ladear cada vez más al trineo, y al mismo tiempo los perros, en el ardor de la lucha, se iban acercando cada vez más al precipicio, y de seguir así, todo se hubiera irremisiblemente perdido. Uno de nosotros saltó la barranca, se metió en mitad de los luchadores, y por fortuna logró aplacarlos. Al mismo tiempo Wisting echó una cuerda a Hanssen y lo levantó, sacándole de su incómoda posición. Aunque a veces me preguntó: ¿no estaría Hanssen en sus glorias? Extendido al borde de un abismo vertiginoso, con la perspectiva de caer en él, ¿no era esto lo que a él le gustaba? Pusimos en salvo el trineo, completamos nuestras diez y siete millas y acampamos.

Desde el 81° S. empezamos a levantar almenaras a cada nueve kilómetros. Al día siguiente observamos la temperatura más baja de todo aquel viaje: — 30°-1°, F. El

viento era Sur-Sureste, pero no muy fuerte; con todo, nada propio del verano. Entonces adoptamos la costumbre que observamos en le sucesivo durante todo nuestro viaje al Sur, de almorzar al mismo tiempo que erigíamos la almenara que situábamos á mitad de cada jornada. El almuerzo no era opíparo: tres o cuatro galletas de harina de avena, y nada más. Si queríamos beber, mezclábamos nieve con las galletas y teníamos una dieta «a pan y agua», que no suèle tener muchos admiradores en nuestras latitudes; pero esto de la latitud produce extremadas diferencias en el mundo. Si alguno nos ofreciera más «pan y agua», ¡con qué gusto lo hubiéramos aceptado!

Aquel día atravesamos la última barranca que en mucho tiempo tuvimos ocasión de ver; no tenía sino unas cuantas pulgadas de anchura. Ante nuestra vista se mostraba una inmensa superficie que se desarrollaba en vastas y casi insensibles ondulaciones. Apenas las podíamos advertir sino por la rapidez con que las almenaras desaparecían de nuestra vista.

El 2 de Noviembre tuvimos ráfagas del Sur con recia nevada. El suelo estaba muy yerto, pero los perros tiraban de los trineos mejor de lo que habíamos calculado. La temperatura subió como de costumbre con vientos de este cuadrante:  $+ 14^{\circ}$  F. Era una delicia viajar con tal temperatura, aunque soplabá algo de viento. Al día siguiente tuvimos brisa ligera del Norte. El camino enojoso del día anterior se había modificado favorablemente. En su lugar teníamos la superficie que más nos convenía y que permitía a nuestros perros galopar animosamente. En este día teníamos que llegar al depósito del paralelo  $82^{\circ}$  S., pero como había mucha niebla, se disminuían mucho nuestras probabilidades de lograrlo. En el curso de la tarde completamos la distancia, pero no veíamos el depósito. No podíamos ver más que a una distancia equivalente a una

fila de diez trineos; no era mucho. Lo peor es que tuvimos que acampar en tales circunstancias y aguardar a que el tiempo aclarase.

A las cuatro de la mañana siguiente salió el sol y rasgó la niebla. Tendríamos, pues, calor y claridad, y en consecuencia, salimos; qué deliciosa mañana radiante y serena. A un lado y otro y ante nuestra vista aparece el imponente desierto blanco y llano sin interrupción. Mas no; que en lontananza se interrumpe la llanura con un toque de color en la blanca superficie. Es el tercer punto importante de nuestro viaje; el último punto avanzado de la civilización. Tenemos a la vista nuestro último depósito. Ello nos fué de inexplicable alivio. Ahora nos pareció que habíamos triunfado en la mitad de la empresa. A causa de la niebla nos habíamos desviado unas tres millas y media demás hacia el Oeste; pero ahora vimos que si hubiéramos continuado nuestra marcha el día antes, habríamos seguido en derechura la línea de las banderas. Estas se alzaban enhiestas; su pequeña banda de tela negra parecía ondear orgullosamente como si reclamaran aplauso por la manera como habían cumplido su deber. Aquí, como en el depósito del paralelo 81°, apenas se notaban señales de que hubiera caído nieve. La acumulada en torno al depósito alcanzaba la misma altura que en el otro, cosa de pie y medio. Se veía, pues, claramente, que dominaban idénticas condiciones de temperatura en toda aquella región. El depósito continuaba en la forma en que lo habíamos dejado, y el trineo igual. La caída de nieve y ventisqueros no había bastado a tapar a este último siquiera. La nieve acumulada ofrecía lugar excelente para emplazar la tienda por su firmeza y solidez. Inmediatamente nos pusimos a trabajar en lo que teníamos que hacer. Ante todo, mandamos a Urano al otro mundo, y aunque nos habíamos figurado que no tendría más que

huesos, tal era su delgadez, ahora se vió que no le faltaban sus reservas de grasa en los lomos. Cuando regresáramos por aquel sitio, no dejaríamos de mostrarle el debido aprecio. Jaala no parecía estar a punto; otra noche sería. El pemmican de perros que había en el depósito era suficiente para darles una buena comida y cargar de nuevo los trineos. Estábamos tan bien provistos de víveres, que podíamos dejarnos detrás cantidad considerable para cuando volviéramos.

El día siguiente permanecemos allí para dar a los perros un descanso de importancia por última vez. Aprovechámonos de la bondad del tiempo para secar nuestros avíos y contrastar nuestros instrumentos. Al llegar la noche ya estaba todo dispuesto, y ahora podíamos contemplar con satisfacción los frutos de nuestro trabajo de otoño; habíamos realizado plenamente nuestro designio, o sea trasladar completamente nuestra base de partida desde el paralelo  $78^{\circ} 38'$  al  $82^{\circ}$  S. Jaala hubo de seguir a Urano; a ambos se les colocó en lo alto del depósito, además de otros ocho cachorros que no llegaron a ver la luz del día. Durante nuestra estancia decidimos construir almenaras a cada cinco kilómetros, y fundar depósitos a cada grado de latitud. Aunque hasta ahora los perros habían tirado bien, comprendíamos suficientemente que en la larga caminata que les esperaba llegaría a hacerseles difícil arrastrar mucho peso. Cuanto más se les quitara y más pronto, mejor.

El 6 de Noviembre, a las ocho de la mañana, dejamos el paralelo  $82^{\circ}$  S. A nuestra vista empieza ahora lo desconocido; ahora comenzamos la tarea con ardor. La apariencia de la Barrera ha sido la misma en todas partes, llana, de plenitud extremada. Al erigir la primera almenara tuvimos que sacrificar a Lucía. Diónos tristeza tener que rematar a este animal hermoso, pero no podía hacer-

se otra cosa. Sus amigos Karenio, Sauen y Schwartz, aullaban al pasar delante de la almenara en que la habíamos puesto, pero el deber los reclamaba, y el látigo silbaba temerosamente a su alrededor, aunque parecía que ellos no lo oyeran. Habíamos ahora ampliado nuestras jornadas hasta veintitrés millas, y de esta suerte recorrimos un grado en tres días.

El 7 decidimos hacer alto para proporcionarnos un día de descanso. Los perros iban mejorando de día en día, y ya alcanzaban el ápice de su poder, según su salud y educación se aventajaban también. Con la mayor facilidad recorrieron su camino diurno a un paso de siete kilómetros y medio por hora. En cuanto a nosotros, no necesitamos mover un pie, sino dejarnos transportar. Aquella noche rematamos la última de nuestras perras, Else. Era el orgullo y la alegría del tiro de Hanssen, pero de nada le sirvió. Pusimosla también en lo alto de otra almenara.

Cuando pasamos aquella noche en el  $82^{\circ} 20' S.$ , vimos en el horizonte hacia la parte Suroeste varias masas pesadas de nubes de color ceniciento, como las que suelen verse sobre la tierra firme. Sin embargo, no la encontramos esta noche; cuando a la mañana siguiente salimos, y dirigimos nuestros anteojos hacia aquella parte, percibimos claramente a la luz solar de la mañana destacarse una tierra alta y bien delineada. Pudimos distinguir varias cumbres y determinar que correspondían a la tierra que se extiende en dirección Suroeste desde el glaciar de Beardmore a la tierra de Victoria del Sur. Nuestro camino, pues, seguía esta dirección sin variar.

Aquella misma noche, 8 de Noviembre, llegamos al paralelo  $83^{\circ} S.$ , según cálculos aproximados. La altura meridiana nos dio  $83^{\circ} 1' S.$  El depósito que allí alzamos contenía víveres para cinco personas y doce perros du-

rante cuatro días; lo hicimos cuadrado, de seis pies por cada lado, y empleamos cantos sólidos y duros de nieve. En lo alto pusimos una ancha bandera. Aquella noche nos ocurrió un extraño accidente: tres de los perros nos abandonaron, yendo hacia el Norte por el rastro de nuestras antiguas pisadas. Eran los predilectos de Lucía, y quizá se les había antojado al huir que debían asistir a su amiga. Fué una gran pérdida para todos nosotros, pero especialmente para Bjaaland; eran animales de clase superior, de lo mejor que teníamos. Tuvo, pues, que tomar prestado uno de los del tiro de Hanssen, y si no podía ya caminar tan ventajosamente como antes, pudo al menos continuar.

El 10 alcanzamos una estribación de la cordillera que se dirigía directamente al Sur por el lado de Poniente. Cada día nos acercábamos más al macizo montañoso, y cada vez percibíamos más distintamente sus pormenores: picos imponentes cuya elevación iba en aumento hasta alcanzar la de 15.000 pies. Lo que más nos extrañó era ver lo desnudas que aparecían aquellas montañas, pues nos habíamos figurado que estarían cubiertas de nieve.

El monte Fridtjof Nansen, por ejemplo, se nos aparecía como una masa de azul oscuro. Sólo en lo más alto de la cumbre se veía una ingente columna de hielo que brillaba a una altura no menor de 15.000 pies. Mas al Sur se levantaba el monte de Don Pedro Christophersen más vestido de nieve, pero su cumbre angulosa aparecía desnuda en una gran extensión. Aún más al Sur, veíamos los montes Alicia Wedel Jabsberg, Alicia Gade y Ruth Gade, todos nevados desde la cima a la base. No creo haber nunca visto paisaje más bello y a un tiempo más arisco. Desde donde estábamos nos parecía que sería fácil encontrar varios pasos que nos dieran acceso a aque-

llos lugares. Allí se ve entre otros el Glaciar de Liv (1), que sin duda ofrecería una subida cómoda y poco pendiente, pero queda demasiado hacia el Norte. Es de extensión enorme y resultaría interesante su exploración. Los montes del Príncipe Olav parecían prometer menos, y también están situados demasiado al Norte. Un poco hacia el Suroeste parece que se hallaría buena subida. Las montañas más próximas a la Barrera no parece que ofrezcan grande estorbo. Lo que pudiera encontrarse luego entre los montes Pedro Christophersen y Fridtjof Nansen, no era fácil de averiguar.

El 12 llegamos al 84° S. Aquel día hicimos el descubrimiento interesante de una cordillera que corre en dirección Este; según aparecía desde el lugar en que estábamos, formaba un semicírculo que se unía a las montañas de la Tierra de Victoria del Sur. Este semicírculo se halla en dirección rigurosamente meridional, por lo que dirigimos nuestra marcha directamente hacia él.

En el depósito 84° S., dejamos, a más de la acostumbrada cantidad de víveres para cinco hombres y doce perros, una vasija de parafina que contenía diez y siete litros. Teníamos abundancia de fósforos y podíamos distribuirla entre todos los depósitos. La Barrera ofrecía la misma superficie lisa de siempre, y nuestro viaje proseguía en condiciones inmejorables. Habíamos pensado que sería necesario conceder un día de descanso a los perros a cada grado de latitud, pero resultaba superfluo. Parecía como si ya nunca hubieran de fatigarse. Uno o dos habían dado señales de estar mal de los pies, pero ya estaban bien del todo; en vez de perder fuerza, parecían cada vez más fuertes y más activos. Ellos habían visto tam-

---

(1) Diósele este nombre en memoria de la hija del Dr. Nansen. (T.)

bién las tierras altas, y parecía que la negra masa del monte Fridjot Nansen les atraía especialmente. Hansen, muchas veces tenía que hacer grandes esfuerzos para sujetarlos en el camino debido. Sin detenernos, pues, más, dejamos el 84° S. aquel mismo día, y enderezamos nuestra marcha hacia la bahía que teníamos enfrente.

Aquel día anduvimos veintitrés millas en medio de una espesa niebla, y no vimos nada de las tierras altas. Era penoso tener que caminar a ciegas por una costa desconocida, pero lo hacíamos con la esperanza de que el tiempo abonanzaría. Durante la noche anterior habíamos sentido cierto ruido en el hielo, que podía presagiar cambio de tiempo; no era muy considerable y recordaba el tiroteo de la infantería diseminada; algún que otro tiro que se percibiera en las proximidades de la tienda a uno y otro lado, pero sin que hubiera aún llegado la artillería. No hicimos caso, aunque no faltó quien dijo: «Milagro si esta noche no nos despierta algún estallido.» Puedo asegurar que a este tal no le quitó el sueño temor semejante, pues había roncado a su sabor hasta hacernos casi evacuar la tienda a los demás. Aquella tarde cruzamos cierto número de grietas recientemente formadas, según parecía; la mayor parte sólo tenían una anchura de pulgada. Habíase producido un pequeño y limitado trastorno del suelo por la influencia de uno de los muchos glaciares de poca importancia que descendían de las montañas. A la noche siguiente reinó absoluta tranquilidad, y ni el menor ruido volvió a inquietarnos.

El 14 de Noviembre alcanzamos el 84° 40' S. Nos íbamos ya acercando con rapidez al macizo continental; la hilera de montañas del Oriente parecía dirigirse ahora hacia el Noreste. Nuestro rumbo de subida que habíamos escogido ya hacía tiempo, y en el que ahora teníamos fijos nuestros ojos al caminar, desviaría algo nuestra di-

rección Sur hacia Poniente; pero era una bagatela que no debía preocuparnos. El semicírculo que veíamos al Sur nos inquietaba más, y parecía que había de ofrecernos grandes dificultades. Al día siguiente empezaba á cambiar la manera de ser del suelo: grandes caballones parecían desarrollarse cada vez más arriba, según nos acercábamos al macizo montañoso, y en el intervalo que formaban dos de ellos encontramos grandemente alterada la superficie. En tiempos pasados y remotos, hendiduras y voráginas inmensas debieron hacer prácticamente imposible su paso; pero ahora estaban rellenas y no había ya dificultad para pasarla nosotros.

El 15 de Noviembre llegamos al 85° S., y acampamos en lo alto de uno de aquellos prominentes caballones. El valle que aquel día tuvimos que cruzar era espacioso y se levantaba considerablemente por la parte opuesta. Por el Oeste, en dirección de la tierra más próxima, la ondulación del terreno se levantaba a tal altura, que nos ocultaba gran parte de las montañas que teníamos enfrente. Durante la tarde fundamos el correspondiente depósito, y continuamos nuestro viaje al día siguiente. Como habíamos visto desde el sitio de nuestro acampamiento, era una ondulación inmensa la que teníamos que atravesar; la subida por la otra parte nos ocasionó mucho calor a causa del sol, que era muy fuerte, pero no tenía más que 300 pies de elevación, según nuestro aneroide. Desde la cima de esta loma se veía extenderse la Barrera ante nosotros, lisa como al principio, pero en la lejanía se divisaban prominencias en la superficie. Pensaba yo que ahora no nos faltaría diversión al remontar las tierras altas, pues parecía muy natural que si la Barrera era tan abrupta, mucho más lo fuese esta parte. Las alteraciones que habíamos visto consistían en algunas grietas grandes y antiguas, que en parte estaban ya colmadas de nieve y pu-

dimos salvar con facilidad. Ahora se nos presentó otra depresión profunda del terreno, a que respondía por la otra parte una altura equivalente. Subimosla jugando el todo por el todo; el suelo, absolutamente liso, sin el menor vestigio de grietas ni hoyos en parte alguna. Ya los veremos cuando estemos en la cima, pensaba yo. El subir era recia tarea por nuestra falta de costumbre en escalar pendientes. Yo estiraba el pescuezo más y más, a fin de ver algo. Al fin, ya estábamos arriba, y ¡qué vista más singular se nos ofreció! Ni una interrupción ni una prominencia alteraba la lisura del suelo, por donde seguimos ascendiendo tranquilamente. Creo que estábamos ya sobre tierra firme: las anchas hendiduras que habíamos tenido que salvar abajo constituían seguramente su límite con la Barrera. El hipsómetro señaló 900 pies sobre el nivel del mar.

Estábamos ahora muy poco por bajo de la cumbre, y decidimos finalmente completar la subida. Acordado esto, plantamos la tienda. Era aún muy temprano, pero teníamos todavía que arreglar muchas cosas. Teníamos que llevar hasta allí nuestra provisión completa de víveres; llevar con nosotros lo absolutamente necesario para el resto del viaje, y dejar lo demás en depósitos. Primero, pues, acampamos, observamos nuestra posición, dimos de comer a los perros, dejándoles en libertad, y luego entramos en la tienda a tomar un bocado y examinar nuestros libros de asiento de víveres.

Habíamos llegado a uno de los puntos más críticos de nuestro viaje. Nuestro plan ahora había de consistir en realizar, de la manera más cómoda posible, la ascensión, pero sin descuidar el verdadero objetivo. Nuestros cálculos habían de hacerse cuidadosamente y tener en cuenta toda contingencia. Cuando se tratara de cualquier cosa importante, había de someterse al juicio de todos. La dis-

tancia que aún nos faltaba, desde donde estábamos al Polo y regreso, era de 683 millas. Contando con la subida que veíamos ante nosotros, con estorbos imprevistos, y finalmente, con el factor de que la fuerza de los perros iría gradualmente reduciéndose a una parte de lo que ahora era, decidimos tomar víveres y aprestos para sesenta días en los trineos, y dejar las que restaban, que serían suficientes para treinta días, y todo lo demás en los depósitos. Contábamos, en vista de lo que habíamos experimentado, que podríamos volver con doce perros (teníamos entre todos cuarenta y dos). Nuestro plan era llevar los cuarenta y dos a la altiplanicie; allí sacrificaríamos veinticuatro, y continuaríamos el viaje con tres vehículos y diez y ocho perros. De estos últimos diez y ocho, sería necesario, a nuestro juicio, matar seis para poder regresar con los otros doce a este sitio. Según iría disminuyendo el número de perros se irían también aligerando los trineos, y cuando llegara la ocasión de reducir su número a doce, nos quedarían solamente dos trineos. Esta vez salieron también exactas, aproximadamente, nuestras cuentas; sólo en el número de días padecimos pequeño error: habíamos calculado ocho días menos de los que se necesitaron. El número de perros concordaba exactamente, pues con doce regresamos.

Después de haber discutido ampliamente esta cuestión, y dado cada cual su opinión, salimos a disponer en su última forma la carga. Fué dichosa coyuntura el que el tiempo estuviera bueno, pues de otra suerte el trabajo de empaquetar los víveres se nos hubiera hecho muy duro, pues todos venían distribuidos de suerte que no valía el pesarlos; era necesario contarlos. El pemmican venía en raciones de medio kilogramo. El chocolate estaba dividido en piezas pequeñas, como suele presentarse, y ya sabíamos lo que cada pieza pesaba. La leche en polvo venía

en sacos de 10  $\frac{1}{2}$  onzas, lo preciso para una comida. Las galletas lo mismo; había que contarlas, lo que era tarea prolija, pues eran bastante pequeñas. En esta ocasión teníamos que contar 6.000 galletas. Nuestros víveres eran sólo de estas cuatro clases, y su combinación nos resultaba suficiente. No teníamos que padecer necesidad de grasas ni de azúcar, siendo así que la falta de estas substancias se padece muy comúnmente en viajes como el nuestro. En las galletas teníamos un preparado excelente, que consistía en harina de avena, azúcar y leche seca. Dulces, jamón, frutas, queso, etc., lo habíamos dejado en Framheim.

Tomamos nuestros vestidos de piel de reno, de que aún no habíamos hecho uso en los trineos. Ahora íbamos a entrar en tierras altas, y podían muy fácilmente servirnos de excelente auxilio. No olvidábamos la temperatura de  $-40^{\circ}$  F., que Shackleton había experimentado en el  $88^{\circ}$  S., y si nosotros la encontrábamos semejante con los vestidos de pieles, podríamos resistirla mucho tiempo. Fuera de esto, poco más llevábamos en nuestros sacos. El único cambio consistió en ponernos estos vestidos, y los viejos los dejamos colgando al aire libre. Calculábamos que cuando estuviéramos de regreso, a los dos meses, habrían tenido tiempo de airearse bien, y nos los volveríamos entonces a poner. Por lo que puedo recordar, salió justa la cuenta. De lo que llevamos mucho fué de calzado; como los pies vayan bien protegidos, se puede aguantar mucho tiempo.

Cuando todo estuvo a punto, tres de nosotros tomamos nuestros skis, y nos acercamos a la parte de la tierra alta que primero se veía. Era un picacho, a distancia de una milla y tres cuartos, que llamamos el Monte Betty. No era muy elevado ni imponente; con todo, tenía sus 1.000 pies de altura sobre el mar. A pesar de su pequeñez, fué para nosotros muy importante, porque de él sacamos todos nues-

tros ejemplares geológicos. El correr con skis me producía cierta extrañeza aunque ya había corrido con ellos 385 millas; pero habíamos de andar en ellos todo el camino, y nos sentíamos algo desacostumbrados. Lo experimentábamos principalmente cuando se trató de escalar la pendiente esta tarde. Pasado el monte Betty, la subida se hizo algo difícil, pero el suelo era llano y se deslizaba uno perfectamente, de modo que avanzamos con rapidez. Primero subimos por una ladera suave, a una altura de 1.200 pies sobre el nivel del mar; luego a una pequeña meseta; siguió después otra pendiente suave como la primera, y luego se descendía a un pasaje largo y llano, que al poco tiempo empezaba a elevarse de nuevo, hasta que finalmente se perdía en pequeñas formaciones de glaciares. Nos aseguramos antes de que el camino era practicable, por lo que podía advertirse: habíamos andado como milla y media desde la tienda y subido a 2.000 pies. Al regresar, lo hicimos con soberbia maestría; las dos últimas pendientes que tocaban en la Barrera las pasamos en un soplo. Bjaaland y yo habíamos acordado dar una vuelta al monte Betty, para convencernos de que teníamos terreno efectivo bajo nuestros pies, cosa que desde que salimos de Madera, en Septiembre de 1910 (y estábamos ya en Noviembre de 1911), no habíamos vuelto a ver. Dicho y hecho. Bjaaland se dispuso a hacer un elegante circuito, y lo llevó a efecto de bella manera. No estoy seguro de lo que yo me disponía a hacer: lo que hice fué echarme a rodar, y por modo interesante. Pronto me puse en pie nuevamente y miraba para Bjaaland, que no sé si se dió cuenta de mi caída o no. Sin embargo, junté todos mis bríos, después de este ensayo algo desgraciado y pude confirmar que no es fácil olvidar lo que una vez se ha aprendido bien. Sin duda Bjaaland advirtió todo, pero fué lo suficientemente atento para disimular.

El monte Betty no presentaba tajos perpendiculares ni profundos precipicios que nos brindaran a trepar; no teníamos más que quitarnos los skis, y al punto llegamos a la cumbre. Toda ella estaba surcada por estrías, y no convidaba ciertamente a pasearla, sobre todo a quien mire por el buen estado de sus botas. Era un encanto posar el pie otra vez en tierra firme, y para gozar del paisaje sentámonos entre las rocas; mas no mucho tiempo; que su dureza se daba a conocer, y pronto nos levantamos. Retratámonos unos a otros en «actitudes pintorescas»; pusimos unas cuantas piedras a aquellos que no tenían suelo firme bajo sus pies, y nos ajustamos los skis. Los perros, que también habían ansiado llegar a la tierra firme, cuando por primera vez la divisaron, ya no sentían el más mínimo interés; se tumbaron en la nieve y no pensaron en acercarse a la cima. Entre la roca viva y la superficie nevada había un hielo nítido, de azul verdoso, que denotaba haber corrido algún tiempo el agua por allí. Los perros apresuraban su paso por seguirnos, pero pronto los dejamos atrás. Al volver, sorprendimos a nuestros camaradas llevándoles regalos del país, pero temo que no hicieran de ellos grande aprecio. A mis oídos llegaban palabras como éstas... «en Noruega.... piedras... a montones las hay...»; y combinándolas, saqué en consecuencia lo que significaban. Los «regalos» fueron puestos en depósito, como cosa que no era absolutamente indispensable en un viaje al Polo.

En este tiempo, los perros habían empezado a volverse muy tragones. Todo lo que encontraban en su camino desaparecía; látigos, guarniciones de patines, cuerdas, etcétera, era para ellos golosinas. Si se dejaba algo en el suelo, al momento dejaba de verse. La voracidad de algunos llegó a tal extremo, que hubo que encadenarlos.

## CAPÍTULO XI

### ENTRE MONTAÑAS

Al día siguiente, 17 de Noviembre, comenzamos la subida. Para proveer a cualquier contingencia dejé en el depósito un papel en que se informaba del camino que pensábamos seguir por entre las montañas, así como nuestro plan para lo porvenir, nuestros avíos, víveres, etc. El tiempo era hermoso, como de costumbre, y nuestra marcha buena. Los perros superaron nuestra esperanza. A trote menudo remontaron las dos cuestas regularmente pendientes de que he hablado ya. Empezábamos a pensar que no habría dificultad que no venciesen; las cinco millas, o cosa así, que el día antes habíamos explorado y que nos figurábamos darían de sí para un día entero, las recorrimos ahora en los trineos cargados en menos tiempo. Los pequeños glaciares más altos resultaron medianamente escabrosos, y en algunos sitios tuvimos que poner dos trineos en fila arrastrados por doble tiro. Estos glaciares tenían aspecto de muy antiguos, y de haber cesado enteramente en su movimiento. No había que ver en ellos nuevas hendiduras; las que presentaban eran anchas y profundas, pero sus bordes aparecían redondeados dondequiera, y las grietas rellenas casi totalmente de nieve. Por lo que, a fin de no caer en ellas al regreso, erigimos nuestras almenaras de modo que la posición de dos de

ellas cualesquiera nos indicara claramente el peligro. No era práctico trabajar con nuestros vestidos polares entre aquellos cerros; el sol, en lo más alto y con la atmósfera serena, nos ocasionaba un calor intolerable, y tuvimos que quitarnos mucha ropa. Atravesamos por entre varias alturas de 3.000 a 7.000 pies. La nieve tenía un color rojo oscuro bien marcado.

La distancia que recorrimos aquel día fué de once millas y media, a una elevación de 2.000 pies. Situamos nuestro campamento aquella noche en un pequeño glaciar entre enormes brañas; por tres puntos sobresalían otras tantas cumbres. Plantada nuestra tienda, nos distribuimos en dos partidas: una, formada de Wisting y Hanssen, tomó el camino que parecía más fácil desde la tienda, o sea el del glaciar; éste se levantaba rápidamente a una altura de 4.000 pies, y desaparecía en dirección Suroeste entre dos picachos. Bjaaland integraba la otra. Debió evidentemente parecerle esta subida demasiado fácil, y se dirigió por la parte más escarpada de la ladera, y le vi desaparecer como un relámpago. Hassel y yo nos dedicamos a las ocupaciones necesarias en la tienda y fuera de ella.

Estábamos sentados charlando, cuando de repente oíamos a alguien que llegaba silbando a la tienda. Mirámonos naturalmente; el otro acercóse, y no nos dió lugar a duda; era Bjaaland. Debía haber salido a refrescar antiguas memorias; traía una porción de cosas que contar nos, entre otras, que había hallado el sitio mejor para bajar. Qué quería decir con «mejor», no lo he podido averiguar. Si era tan bueno como la subida que había hecho, que me perdone. Luego oímos a los otros que venían, a los que escuchamos larga relación, pues también habían visto muchas cosas, sin contar con el «mejor sitio» de bajada. Pero ambas partidas convinieron en el triste acuerdo de que teníamos que ir nosotros a probar también. Ambas habían

observado el inmenso glaciar que se extendía ante nuestra vista, corriendo de Este a Oeste. Entablóse entre los exploradores una prolongada discusión, en que se mofaban mutuamente de los respectivos «descubrimientos». «Bien hemos visto --le decían a Bjaaland-- que desde donde estabais había un hueso duro de roer.» «¿Cómo? ¿si no podíais verme? Puedo aseguraros que a Poniente 'del pico que se ve al Sur del picacho que...» Me di por satisfecho para cortar que la discusión prosiguiera. La forma en que los unos y el otro habían desaparecido y vuelto a hacerse ver, me indujo a tener por mejor la ruta que habían emprendido los últimos. Agradecí a estos valerosos caballeros por su solícita porfía en pro de los intereses de la expedición, y me fui a dormir. Toda la noche me estuve soñando con montañas y precipicios, y me desperté a los silbidos de Bjaaland, que se me presentó como si bajara de los cielos. Le dije que tenía que cobrar ánimos para otra caminata, y me volví a acostar.

Al día siguiente discutimos el caso de si sería mejor, para empezar, llevar los trineos de dos en dos. El glaciar que teníamos que superar nos parecía demasiado áspero para exigir el uso de tiros dobles. A poca distancia se elevaba a una altura de 2.000 pies, pero quisimos ensayar primero con tiros sencillos. Los perros habían acreditado que su capacidad era superior a toda expectación; quizá pudieran llevar a efecto este ensayo. Empezamos a trepar al momento, lo que no era mal ejercicio para digerir nuestro frugal desayuno, consistente en un trozo de chocolate; no íbamos aprisa, pero hacíamos camino. A veces parecía que se atascaba un trineo, pero con un silbido del conductor y un chasquido del látigo se ponían los perros en movimiento. Empezamos bien el día, y cuando estuvimos arriba nos procuramos un descanso bien merecido. Luego nos encaminamos por el angosto pasaje para

salir al otro lado; desde allí se nos mostró un panorama realmente magnífico. Del paso por donde habíamos salido a una llanísima meseta, que a los pocos pasos se percibía, empezaba en vertiginosa pendiente un largo valle. A nuestro alrededor nos flanqueaban por todas partes cerros y más cerros. Ahora dejábamos detrás de nosotros vistas ya conocidas que podíamos relacionar mejor. Veíamos la parte meridional del inmenso monte Nansen, y dominábamos en su totalidad la ingente masa del Don Pedro Christophersen. Entre estas dos montañas seguíamos el curso del glaciar, que se alzaba formando altiplanicies a los costados de una y otra. Parecía espantosamente escarpado y abrupto, pero nos era posible seguir una como senda estrechísima que unía las numerosas hendiduras; comprendíamos que siguiéndole podíamos ganar mucho camino, pero también veíamos que el glaciar nos impediría utilizarla en toda su longitud. Entre la primera y segunda altiplanicie los hielos eran de todo punto inaccesibles, si bien no faltaba una cornisa llana en la falda de la montaña: *Don Pedro nos ayudaba a salir*. Al Norte, siguiendo el monte *Nansen*, no había otra cosa que el caos imposible en absoluto de franquear. Pusimos una gran almenara en el sitio en que nos detuvimos y notamos su posición con los datos de las brújulas.

Volví atrás para contemplar la Barrera por última vez. La nueva cadena de montañas se destacaba limpia y clara; veíamos cómo se volvía remontando hacia el Este-Noreste, y finalmente, desaparecía en el Noreste, hasta los 84° S. según nuestro parecer. Mirando al horizonte se creería que la cordillera se reanudaba más lejos. El hipsómetro marcaba para la altura de la meseta en que nos hallábamos 4.000 pies sobre el nivel del mar. De allí no había más que caminar hacia abajo, y así empezamos a hacerlo. Al verificar tales descensos con trineos cargados,

hay que usar de grandísimo cuidado para que la rapidez no aumente hasta el punto de hacer imposible el dominio del vehículo. Si tal acontece, hay peligro, no sólo de precipitarse sobre los perros, sino de chocar con el trineo inmediato y aplastarlo. Era, pues, lo de más importancia para nosotros, a cuyo efecto todos llevábamos taquímetros en los trineos. Para prevenir cualquier riesgo, poníamos frenos de cuerdas bajo las zapatas de los trineos cuando teníamos que bajar alguna pendiente; lo que se conseguía muy fácilmente sin más que rodear con una cuerda delgada cada una de las zapatas: cuantas más vueltas se le daba, claro es que era más potente el freno; el todo consistía en saber con precisión cuántas vueltas convendría dar, lo que no siempre se conseguía, y a consecuencia de ello, antes de concluir la bajada habíamos tenido varios choques. Uno de los guías particularmente dió muestras de no hacer mucho caso de los frenos a propósito, y esta es la causa de que se precipitara como un rayo, llevándose por delante al primero que se encontró. Con la práctica evitábamos esto, pero muchas veces las cosas se pusieron muy serias.

Del primer empujón bajamos 800 pies; luego teníamos que atravesar un gran pedazo de valle ancho y escabroso antes de empezar nuevamente a subir. La nieve que había entre las montañas era blanda y profunda, y hacía trabajar mucho a los perros. La subida siguiente había que verificarla por glaciares muy ásperos, el último de los cuales fué el trozo más difícil que hubimos de escalar en todo el viaje; tarea pesada aun para tiros doblados. Subir al frente de los perros por estas pendientes, era, a mi juicio, labor que Bjaaland podía realizar más ventajosamente que yo, y así le cedí mi puesto. El primer glaciar era abrupto, pero el segundo era liso como una pared de una casa. Era un encanto observar como Bjaaland, empleando

en él sus skis, parecía que ya había estado allí y que le era familiar aquella subida. Ni era menos interesante ver cómo subían los perros y sus guías. Hanssen guiaba un trineo solo; Wisting y Hassel, el otro. Iban a empellones, paso a paso y terminaron por escalar la cima. Los que iban detrás se aprovechaban más cómodamente de las huellas que dejaban los primeros.

Estábamos ahora a una altura de 4.550 pies, pues la última subida nos hizo remontar 1.250; habíamos llegado a una meseta, y después de hacer descansar a los perros, continuamos nuestra marcha. Según avanzábamos, se nos ofrecía una vista mejor del camino que seguíamos; pues antes las montañas próximas nos lo impedían. El glaciar gigantesco se abría ante nosotros, extendiéndose de modo bien visible en derechura desde la Barrera entre las altas tierras que corrían al Este y al Oeste. Por medio de este glaciar tuvimos que abrirnos paso hasta llegar a la meseta; claramente se veía. Antes de llegar a él aún teníamos que bajar de nuevo, y desde donde estábamos distinguíamos los bordes de algunas hoyas gigantescas por donde había que bajar, resultando prudente examinarlas bien primero. Como nos lo habíamos figurado, había allí un glaciar lateral, que se dirigía a aquella parte, formando anchas y espantosas barrancas en muchos lugares; pero no era tan malo que nos impidiese llegar adonde nos proponíamos, si se iba con cautela y se utilizaban bien los frenos. El objetivo era el gran campo de hielos del glaciar Axel Heiberg. Nos proponíamos abrirnos camino hasta el lugar en que el glaciar se levantaba formando masas abruptas entre las dos montañas. Nuestra tarea era más difícil de lo que habíamos pensado. En primer lugar, la distancia era tres veces mayor de lo que habíamos supuesto; y en segundo, la nieve era tan muelle y profunda, que se necesitó penosísimo trabajo para los perros después

de emplear todo su esfuerzo. Dirigimos nuestro camino a lo largo de la línea blanca que nos había permitido seguir por entre numerosas hendiduras a la primera meseta. De todos los lados de la montaña bajaban a este punto glaciares tributarios que se juntaban con el principal; por uno de estos cortos brazos llegamos directamente aquella noche a la base del Don Pedro Christophersen.

La montaña al pie de la cual pusimos nuestro campo estaba cubierta de un laberinto de enormes moles de hielo. El glaciar en que estábamos tenía en su superficie muchas grietas; pero, como las de todos los demás, se veía que eran antiguas, y casi todas colmadas de nieve tan blanda, que tuvimos que apisonarla bien para emplazar sobre ella nuestra tienda; el palo de ella entraba todo sin hallar resistencia; quizá fuera lo mejor buscar sitio más arriba. Por la noche salieron Hanssen y Bjaaland a reconocer el suelo, y hallaron que era tal como se nos había aparecido a lo lejos. La subida a la primera meseta fué fácilmente accesible: qué accidentes ofrecía el suelo entre ésta y la segunda meseta, aun lo habíamos de descubrir.

El trabajo del siguiente día para escalar la primera meseta fué en verdad recio. El ramo del glaciar que conducía arriba no era muy largo, pero era por extremo áspero y lleno de hondas simas; hubo de hacerse con relevos de dos trineos a cada vez. La marcha fué afortunadamente mejor que el día anterior, y el suelo del glaciar liso y duro, de modo que daba a los perros excelente sostén. Bjaaland subía adelante por este difícil glaciar, y su trabajo principal era dirigir, yendo él delante, a los fogosos animales. Nadie hubiera creído que estábamos entre los 85° y 86° de latitud Sur con el calor que hacía, verdaderamente incómodo, pues aunque íbamos ligeramente vestidos, sudábamos como cuando navegábamos por los trópicos. Íbamos subiendo rápidamente, pero a pesar del

repentino cambio de presión, no experimentamos dificultad al respirar, ni dolor de cabeza, ni otros efectos desagradables, pero estábamos seguros de que tales sensaciones no se harían esperar un día u otro. La descripción de Shackleton de su viaje por la meseta cuando los dolores de cabeza de la especie más violenta y dolorosa eran continuos, estaba bien presente en nuestra memoria.

En tiempo relativamente breve llegamos al borde del glaciar que desde lejos habíamos ya notado; no era enteramente plano, sino que se iba inclinando levemente. Cuando llegamos al sitio en que Hanssen y Bjaaland habían hecho sus reconocimientos la noche anterior, tuvimos una bella perspectiva del curso más remoto del glaciar. Continuar a lo largo de él no era posible, pues al llegar al paso entre dos montañas puede decirse que estaba todo él formado de trampales y simas, tan enormes y temerosos, que por fuerza había de tenerse por completamente cerrada su salida. Ni había paso por arriba del lado del Fridtjof Nansen, porque esta montaña se levantaba en esta parte a pico, y estaba en ciertos sitios toda desnuda y formaba con el glaciar una superficie tan áspera y pendiente, que al punto abandonamos toda idea de cruzar por aquella dirección el campo de hielos. La única probabilidad que nos quedaba era seguir en la dirección del Don Pedro Christophersen; aquí se veía que la unión del glaciar y del macizo ofrecía posibilidad de avanzar más. El glaciar se hundía sin interrupción en la falda de la montaña vestida de nieve, que se alzaba rápidamente hasta la cumbre despojada a trechos. Mas no era muy amplio nuestro horizonte, porque la parte anterior de la montaña estaba guarnecida de una hilera alta de montículos, que se dirigían a derecha y a izquierda, que mostraban de cuando en cuando disformes concavidades. Desde el sitio en que estábamos nos parecía que podíamos continuar nuestra

subida, arrimándonos a aquellos montículos, y salir así al otro lado del temeroso paso del glaciar. Quizá lo conseguiríamos, pero no nos dimos por seguros hasta llegar a la cadena de montículos misma.

Descansamos algo, no mucho, y luego partimos. Teníamos impaciencia por ver si encontrábamos camino para subir. Era ocioso discutir si podríamos llegar a la altura sin tiros dobles; primero teníamos que subir los trineos de Hanssen y de Wisting, y luego los otros dos. No nos placía mucho tener que andar el mismo camino dos veces, pero las condiciones del suelo así lo exigían. Más nos hubiera agradado ver que ésta sería la última ascensión que debíamos hacer con tiros dobles; pero no lo sabíamos ni osaba ninguno de nosotros esperar tal fortuna. El mismo trabajo penoso y la misma molestia para conseguir que los perros anduviesen a paso igual, nos sería indispensable para subir adonde comenzaban los montículos y sus entreabiertas simas. No había que pensar en seguir adelante sin examinar previamente y con cuidado el terreno. La marcha de aquel día no fué sin duda muy larga, pero el trozo que habíamos recorrido fué por demás fatigoso. Tuvimos, pues, que acampar y pusimos nuestra tienda a una altura de 5.650 pies sobre el nivel del mar.

Inmediatamente empleamos nuestros reconocimientos, siendo el primer objeto de nuestro examen el camino que habíamos visto hacia abajo. Iba en línea recta, es decir, en la misma dirección del glaciar de Este a Oeste, siendo, por consecuencia, el camino más corto. Pero no siempre el más corto es el mejor: aquí, por lo menos, había esperanza de que ofreciera mejores condiciones otro más largo. El primero era temeroso, quizá no del todo impracticable si no se encontraba otra cosa mejor. Primeramente teníamos que hacernos camino pasando una aguda y lisa pendiente que formaba un ángulo de 45 grados, y termi-

naba en un abismo desmesurado e insondeable. No era muy agradable pasar por allí con patines, y menos aún con los trineos cargados con mucho peso. La perspectiva de ver rodar trineos, guías y perros por aquel reventón, y desaparecer en el abismo, era considerable. Para pasar por allí nos pusimos todos los vestidos de piel; armamos los skis y continuamos nuestra exploración. La cuesta por donde subíamos se iba poco a poco estrechando entre vastas gargantas por arriba y por abajo, y finalmente, pasamos por un angostísimo puente, poco más ancho que un trineo, y entramos en el glaciar. A un lado y otro del puente veíamos hacia abajo una profunda y oscura vorágine. Pasar por allí no era cosa que nos seducía; sin duda, podíamos sacar los perros, izar los trineos, siempre que el puente resistiera, y salir así de apuros; mas para avanzar por el glaciar habríamos aún de encontrar muy variadas y desagradables sorpresas. Era muy posible que con tiempo y paciencia pudiéramos remontar la, al parecer, interminable serie de barrancas profundas; pero antes habíamos de ver si sería posible encontrar camino mejor en otra dirección. Volvimos, pues, al campamento.

Aquí ya estaba todo arreglado, la tienda emplazada y los perros racionados. Ahora se nos ofrecía el gran problema de averiguar qué había al otro lado de los montículos. ¿Existiría el mismo laberinto desesperante, o el suelo ofrecería más ventajas? Para verlo salimos tres de nosotros. La ansiedad se nos aumentaba según íbamos acercándonos, pues tanta consecuencia suponía encontrar un camino razonable. Un poco más, y ya estábamos arriba; valía la pena de habernos fatigado. A la primera ojeada vimos que por allí estaba el camino que debíamos tomar. La falda de la montaña se escurría suave y lisa, hasta la elevada cima del monte Don Pedro Christopher sen, que remataba en un picacho semejante al torreón

puntiagudo de una iglesia, y seguía la dirección del glaciar. Hasta veíamos el sitio en que con él se unía aquella superficie dilatada y lisa, que según toda apariencia no tenía nada de accidentada. Veíamos algunas grietas, sin duda, pero estaban muy apartadas, y no nos parecía que pudieran sernos de estorbo. Pero estábamos muy lejos para poder asegurar nada respecto a la constitución del suelo; por lo que nos acercamos hasta el fondo para poder examinarlo más atentamente. Su superficie estaba llana y la nieve muy profunda; para patinar, muy bien, pero trabajosa de pasar para los perros. Avanzamos rápidos, y pronto llegamos a las enormes barrancas; su grandeza y profundidad eran tremendas; pero estaban tan separadas unas de otras, que nos fué fácil encontrar camino entre ellas. El agadón entre las dos montañas estaba colmado por el glaciar Heiberg que se iba estrechando, estrechando hacia su extremo. Si bien las apariencias no podían ser más halagüeñas, temía yo encontrar alguna dificultad al llegar al punto en que se unen el glaciar y la falda de la montaña, pero mis temores resultaron infundados. Siguiendo en dirección rigurosa la base de la montaña, no encontraríamos estorbo, y en poco tiempo, con grande alegría nuestra, nos veíamos fuera de aquella parte laberíntica del glaciar Heiberg, que había impedido por completo nuestro progreso.

Allí todo estaba maravillosamente tranquilo; la ladera y el glaciar se fundían en una gran meseta, que mejor podría llamarse llanura sin el más leve asomo de esperanza. Se notaban, sí, depresiones en la superficie, en aquellos parajes en que antes habían existido grietas; pero ya estaban enteramente rellenas, y no se diferenciaban en nivel del resto. Ahora se podía ver perfectamente hasta el límite del glaciar gigantesco, y formarse idea de sus proporciones. El monte Wilhelm Christophersen y el de Engels-

tad lo limitaban; sus dos cumbres, de forma de colmena, enteramente cubiertas de nieve, se perfilaban airoosamente en los cielos. Comprendimos ahora que ante nuestra vista se ofrecía la última parte de nuestra subida, y que lo que veíamos a distancia entre estas dos montañas era la gran meseta misma. La cuestión era encontrar manera de subir, y superar este último estorbo de la manera más fácil. Con la atmósfera admirablemente serena percibíamos los más menudos detalles, sirviéndonos de nuestros prismáticos, y hacíamos nuestros cálculos con plena seguridad. Hasta nos sería posible escalar la misma montaña de Don Pedro, pues cosas no menos difíciles habíamos ya hecho. Ahora se trataba de escalar un reventón, regularmente pronunciado y lleno de descomunales brañas, y una imponente cantidad de moles de hielo gigantescas. Entre el Don Pedro y el Wilhelm Christophersen corría subiendo un ramo del glaciar hasta la meseta; pero estaba tan accidentado y abrupto que no se podía utilizar. Entre el Wilhelm Christophersen y el Ole Engelstad no había medio de pasar. Entre éste y el Fridtjof Nansen, en una nueva dirección, ya había más probabilidad; pero aún la primera de estas montañas nos impedía ver lo suficiente para aventurarnos a decidir nada. Estábamos los tres bastante cansados, a pesar de lo cual, acordamos continuar nuestra excursión, y descubrir lo que aún se mantenía oculto. El trabajo de ahora facilitaría en lo sucesivo nuestro viaje. Así, pues, proseguimos y enderezamos nuestro rumbo a lo más alto de la meseta regular que terminaba el glaciar Heiberg. Según avanzábamos, el suelo confinado entre Nansen y Engelstad se iba dilatando más y más, y sin necesidad de ir más lejos convinimos, por la manera de ser del suelo, que nuestro mejor camino se encontraba allí. Si la subida final al término del glaciar, que sólo en parte se veía, presentaba dificultades, podíamos

comprobar desde donde estábamos que sería posible sin gran molestia abrírnos camino por el extremo superior del monte Nansen mismo, que pasaba por aquí hasta la meseta, por un glaciar no muy áspero.

Ahora estábamos seguros que lo que teníamos a la vista era la gran meseta, y no otra cosa. En el paso entre las dos montañas, ya algo dentro de la meseta, nos señaló Helland Hanssen, para que lo contempláramos, un picacho curioso. Parecía enderezar como una nariz por encima de la planicie y sólo aquello; su forma era alargada, y recordaba especialmente la forma de la cumbre de un tejado. Aunque sólo se veía aquella parte del pico, se alzaba a una altura de 10.000 pies sobre el nivel del mar.

Después de haber examinado las condiciones de aquel sitio, y habernos convencido de que al día siguiente, si el tiempo no se oponía, podíamos llegar a la meseta, nos volvimos satisfechos del resultado de nuestra exploración. Convinimos todos en que estábamos cansados, y con ganas de llegar al campamento y comer alguna cosa. El lugar de donde volvíamos estaba, según las indicaciones de nuestro aneroide, a 8.000 pies sobre el nivel del mar; estábamos, pues, a 2.500 pies más altos que la tienda situada en la falda de la colina. El bajar guiándonos por nuestras mismas pisadas era más fácil, si bien el viaje de regreso fuera algo monótono. En muchos puntos, la pendiente era rápida, y dimos no pocos pasos en falso. Al acercarnos al sitio de nuestro campamento, es donde más pronunciado era el descenso, y acordamos, en vista de ello, no obstante nuestra temeridad, enganchar nuestras pértigas para formar con ellas sólida resistencia. Con todo ello, bajamos rápidamente. Al llegar a los montículos al pie de los cuales estaba emplazada nuestra tienda, se nos ofreció una vista grandiosa e imponente. Por todas partes la rodeaban enormes barrancas y abismos desgarrados.

No se puede decir que el emplazamiento de nuestro campo fuera muy atrayente. La aspereza del paisaje que desde este punto se veía es indescriptible; barrancas y precipicios en continua sucesión, flanqueados de enormes moles de hielo, desparramadas confusamente, nos hacían pensar que la Naturaleza aquí era demasiado poderosa contra nosotros. No había que pensar en adelantar por allí un paso. La penumbra que envolvía nuestra tienda en medio de aquel caos, nos daba la impresión de fuerza y poder. Sentíamos claramente que aquel lugar sería terrible si no pudiéramos pasar adelante, y tuviéramos que morar en él algún tiempo. Extraños y siniestros rumores y crujidos llegaban a nuestros oídos frecuentemente. Ahora provenían del monte Nansen, luego de los otros, y percibíamos también torbellinos de nieve que se alzaban en el aire. Sin duda los montes aquellos se estaban despojando de sus mantos invernales, y se ataviaban de otras galas más acomodadas a la primavera.

A paso raudo llegamos a la tienda donde nuestros compañeros tenían todo dispuesto admirablemente. Los perros dormían al calor del sol, y apenas consentían en moverse cuando pasábamos rozándoles. Dentro de la tienda dominaba un calor casi tropical. El sol daba de plano en su tela encarnada, caldeándola. El hornillo zumbaba y silbaba, y la olla de pemmican bullía hasta verterse por encima. Nada deseábamos con tanta ansia como refugiarnos, tumbarnos, comer y beber. Las noticias que llevábamos no eran insignificantes... al día siguiente llegaríamos a la meseta. Eran demasiado buenas para que al pronto las creyéramos; habíamos calculado que invertiríamos en llegar diez días, y ahora anunciábamos que nos bastarían cuatro. De esta suerte ahorrábamos una gran cantidad de comida para los perros, pues podíamos sacrificar los animales sobrantes seis días antes de lo que

habíamos contado. Aquella noche tuvimos una verdadera fiesta en la tienda; no porque comiéramos más que de costumbre (ni nos hubiéramos permitido semejante cosa) sino porque pensábamos en las chuletas de carne fresca de perro que nos esperaban cuando llegásemos a la cima, y se nos hacía la boca agua. Con el tiempo nos habíamos habituado de tal modo a la idea de esta próxima matanza, que ya no nos parecía tan horrible como de otra suerte la consideraríamos. Ya estaba la sentencia pronunciada, y hecha la selección de los que merecían prolongar su vida y de los destinados al degüello. Esto último era difícil de determinar, tal era el valer de todos.

Oyéronse toda la noche los ruidos, y un alud tras otro dejaban al descubierto partes de la montaña que habían estado cubiertas desde tiempo inmemorial. Al día siguiente, 20 de Noviembre, nos levantamos y salimos a la hora de costumbre, a eso de las ocho de la mañana. El tiempo estaba espléndido, claro y sereno. El subir a los trineos fué rudo comienzo de la jornada para los perros, que cumplieron excelentemente su oficio tirando con aparejo sencillo. El andar era fatigoso como el día anterior, y nuestro avance no podía ser rápido por la blandura de la nieve. No seguimos nuestras huellas como el día anterior, pero dirigimos nuestro rumbo al lugar desde donde habíamos decidido que comenzaría la subida. Al acercarnos al monte de Ole Engelstad, al pie del cual teníamos que pasar para meternos en el ramo del glaciar que lo separa del monte Nansen, se empezó a avivar nuestra ansiedad. ¿Cómo sería su final? ¿Resultará el glaciar de tan apacible curso hacia la meseta, o se convertirá en abrupto e inaccesible? Rodeamos aún más el monte Engelstad, y cada vez nos parecía que se ensanchaba más. El suelo era bueno por extremo según se iba haciendo más visible, y no

tuvimos que arrepentirnos de haberlo juzgado así tan ligeramente el día anterior. Por fin se manifestó el paisaje totalmente, y sin estorbo de ninguna clase se nos presentaba la última parte de nuestra subida. Por lo que podía verse, era larga y trabajosa, y así convinimos en reposar un poco antes de iniciar el ataque final.

Detuvimos camino del monte Engelstad en sitio bien abrigado y expuesto al sol, y nos concedimos el extraordinario de un pequeño almuerzo, cosa que hasta entonces no nos habíamos permitido. Sacamos la olla, el Primus empezó a zumbar, y sin tardanza preparamos el chocolate, bebida celestial para nosotros. Habíamos caminado sofocados del calor, y nuestras fauces estaban secas como yesca. Sirviéndonos Hanssen, que es el que hizo de cocinero, el contenido de la olla. De nada servía que le pidiéramos que tomara su parte; no quiso tomar sino la mitad de lo que le correspondía, convidando con el resto a sus camaradas. La bebida que esta vez preparó la llamaba él chocolate, pero es difícil creer que lo fuera, pues era muy económico Hanssen y no autorizaba despilfarros; podía pasar muy bien por chocolate del suyo a lo sumo. De todos modos, para gente acostumbrada a mirar como un lujo las comidas «a pan y agua», nos supo, como he dicho, a gloria. El extraordinario no consistió más que en parte líquida. ¡Si alguno hubiera osado pedir algo que comer, ya él estaba prevenido para no dar nada más; y por contento debió tenerse de haber así economizado algunas galletas de su desayuno!

Nuestro descanso no fué prolongado; pues sucede que, yendo vestido ligeramente con abrigo contra el viento solamente, no se puede estar parado en aquellos sitios sin sentir frío. Aunque la temperatura no era inferior a  $-4^{\circ}$  F., nos dió gusto volver a andar. La última subida fué excesivamente penosa, sobre todo en su primera mitad. No es-

perábamos darle cabo con tiros simples, pero lo intentamos, sin embargo. En este último esfuerzo merecen grandes loores los perros, así como sus conductores, pues unos y otros se portaron heroicamente. Me represento ahora con mucha claridad la situación. Los perros parecían comprender que era este el último esfuerzo de empeño que se les exigía; se aplastaban clavando sus uñas en el suelo y se arrastraban hacia adelante; pero tenían que detenerse a tomar aliento muchas veces y poner a prueba la fuerza del conductor. No es una friolera tener que poner en marcha a cada momento un trineo cargado. ¡Cuánto tuvieron que trabajar hombres y bestias en aquel reventón! Pero lo supieron pulgada a pulgada hasta que dejaron atrás la última parte de él. Ahora no quedaba sino una muy suave cuesta, por la que podía subirse sin la menor detención. No dejaba de ser penosa, sin embargo, y costó aún mucho tiempo llegar a la meseta por la falda meridional del monte Engelstad.

Teníamos curiosidad y afán por saber qué configuración sería la de la meseta. Esperábamos que fuera una llanura grande, nivelada, que se extendía indefinidamente hacia el Sur, pero nos engañamos. Hacia el Suroeste sí que parecía a nivel y llana, pero no era por allí por donde teníamos que ir. Hacia el Sur, la tierra seguía alzándose en largas lomas que corrían a Este y Oeste, continuando probablemente la cadena de montañas en dirección al Sureste o uniéndose con la meseta. Continuamos obstinadamente nuestra marcha sin rendirnos hasta encontrar la llanura. Nuestra esperanza se apoyaba en que los bastiones que se desprendían del monte Don Pedro Christophersen serían los últimos, y ya los teníamos a la vista. Entonces se operó una mudanza: la nieve blanda desapareció y sobrevinieron unas cuantas ondadadas de viento (*sastrugi*), que nos causaron fuerte molestia al lle-

gar al final de los montículos; arrastraban agujas de hielo, tan duras como pedernal y agudas como cuchillos, que seguían la dirección de Sureste a Noroeste. El caer en los depósitos que formaban hubiera tenido graves consecuencias, y puede cada cual figurarse que ya el trabajo de aquel día sería bastante a cansar los perros; pues a pesar de ello, en esta última parte donde acababan los montículos, no manifestaban molestia ni aun con aquellos ventisqueros de hielo. Caminamos animosamente montados en nuestros trineos hacia donde pensábamos que empezaba la meseta, e hicimos alto a las ocho de la noche. El tiempo se mantenía bueno, permitiéndonos ver una gran parte del camino. A lo lejos, extendiéndose hacia el Noroeste, se erguía una fila de picachos; era la cadena montañosa del Sureste, que ahora la contemplamos desde el lado opuesto. Cerca de nosotros, a la otra parte, no veíamos más que el dorso de las montañas tantas veces mencionadas. En lo sucesivo aprendimos cuántos errores padece la visión. Así que llegamos al lugar de acampar, consulté el anerode, que señalaba 10.920 pies, indicación que el hipsómetro confirmó. Todos los taquímetros marcaban diez y siete millas geográficas, o sea treinta y un kilómetros (diez y nueve millas y cuatro reglamentarias). Recorrer esta distancia con una subida de 5.750 pies da buena idea de lo que nuestros perros eran capaces de hacer bien dirigidos. Nuestros trineos aún iban considerablemente cargados, y es superfluo hacer más encarecimientos del valer de los animales después de exponer estos hechos.

Nos fué difícil hallar sitio a propósito para establecer la tienda; tan dura era la nieve que allí se había amontonado; por fin lo hallamos y en él la plantamos. Yo, como de costumbre, me encargué de los sacos camas y morrales que introduje en la tienda, donde dispuse todo en orden. También metimos la olla y las provisiones necesarias

para aquella noche y para el día siguiente; pero la parte de mi trabajo que primero realicé con mas prisa que de ordinario, fué hacer funcionar el Primus, inyectándole aire a alta presión. Lo hacía para producir ruido que amortiguara los tiros que yo sabía oiríamos pronto. Veinticuatro de nuestros bravos compañeros y fieles auxiliares estaban sentenciados a morir. Cosa dura, pero que había de hacerse. Habíamos acordado no retroceder ante ninguna cosa con tal de conseguir nuestro objeto. Cada individuo se encargaría de matar a sus perros en el número prefijado.

El pemmican hirvió con una prontitud notable aquella noche, y me figuré que anduve más activo de lo acostumbrado al prepararlo. Luego vino el primer disparo... no soy hombre nervioso, pero confieso que sentí un estremecimiento. Después continuaron los tiros que extendían sus ecos imprudentes por la gran llanura; a cada golpe un servidor leal perdía su vida; tardó no poco en venir uno a anunciar que ya había terminado el sacrificio; abriéronse en canal los perros, sacando ante todo las entrañas para no ensuciar la demás carne. Los compañeros de las víctimas devoraron estas entrañas humeantes en el mismo lugar del degüello; tal era la voracidad de todos. Suggen, de la jauría de Wisting, tenía singular predilección por esta comida; después de haber disfrutado de esta golosina, parecía como asustado y de muy mal humor; los otros perros al principio no quisieron tocarlas, pero pronto les acudió el apetito.

El humor festivo que se esperaba reinaría esta noche, la primera que pasamos en la meseta, no hizo su aparición: había como pesadumbre y abatimiento en el ambiente... ¡nos habíamos encariñado tanto con los perros! Llamamos a aquel sitio «el Matadero». Y había sido designado para descansar en él dos días y comer carne de

perro. Hubo más de uno entre nosotros, que al principio no quería ni aún oír hablar de tomar parte en el festín; pero como, según pasaba el tiempo, se aguzaba el apetito de todos, se modificó este parecer hasta que en los últimos días en que nos íbamos acercando al Matadero, ya no pensábamos en otra cosa ni de otra cosa hablamos que de chuletas de perro, magras, etc. Mas esta primera noche nos refrenamos algo; pensábamos que no era cosa de precipitarnos sobre nuestros amigos de cuatro pies, y devorarlos aún calientes.

Pronto nos dimos cuenta de que el Matadero no era un lugar hospitalario. Durante la noche bajó la temperatura, y ráfagas impetuosas de viento barrían la llanura; sacudían y azotaban la tienda, pero no era poderoso el viento a hacer presa en ella. Los perros pasaron la noche comiendo; no despertábamos un instante que no oyéramos el rumor de sus mandíbulas y el crujido que hacían los dientes. Al punto se hicieron sentir los efectos del cambio grande y repentino de altitud; cuando yo tenía que dar la vuelta en mi saco-cama, tenía que detenerme un poco para no quedarme sin aliento. Y que a mis camaradas les ocurría otro tanto, aunque no me lo dijeron, lo conocía yo bien por lo que les oía.

Cuando salíamos no hacía viento ya, pero la atmósfera no prometía nada bueno, según lo fosca y amenazadora que estaba. Pasamos la tarde desollando unos cuantos perros. Como ya he dicho, no a todos los sobrevivientes les parecía de igual modo la carne de perro, por lo que había de servírsela en la forma más apetitosa. Cuando empezó la tarea de desollar y descuartizar, pronto concurrieron todos; hasta los más escrupulosos dominaron sus ascos; pero sin quitar la piel, no había manera de persuadirles a comer nada aquella mañana; y quizá se debiera esta falta de apetito al olor particular apegado a las pie-

les, pues fuerza es confesar que no es muy atractivo. La carne limpia, después descuartizar, tenía buena apariencia sin duda alguna; ninguna carnicería ofreció nunca vista más linda que la que nosotros teníamos delante, acabada la obra de descuartizar diez perros. Grandes mazas de carne vistosa, roja, con abundancia de grasa, en alto grado apetitosa, se veían diseminadas sobre la nieve. Los perros se acercaban y la husmeaban, no sin esperanza alguna de atrapar un pedazo. Otros aún estaban digiriendo. Las personas tratábamos de juntar para nosotros las partes más tiernas y recientes. Wisting presidía toda esta faena de elegir y preparar las chuletas. Designó primeramente a Rex, magnífico animalito que formaba parte de su jauría, y con habilidad de hombre práctico, tajó y dividió la cantidad de carne que juzgó suficiente para una comida. Yo no separaba la vista de su trabajo; las delicadas chuletitas producían un efecto fascinador según las iba desparrramando una a una sobre la nieve. Evocaban recuerdos de antiguos días, en que las chuletas de perro serían sin duda menos atractivas que ahora, recuerdos de aquellos platos en que se disponían con primor las costilletas, con papel rizado alrededor de los huesos y con un lindo montoncito de guisantes en medio. ¡Ah! Mi pensamiento vagabundeaba aún más allá, pero esto ahora no nos importa ni tiene que ver nada con el Polo Sur.

Me despertó de mis meditaciones el ruido que hizo la segur de Wisting al clavarse en la nieve, como señal de que había concluido su trabajo, después de lo cual recogió las chuletas y entró en la tienda. Las nubes se habían escombrado algo, y de cuando en cuando se dejaba ver el sol, pero no ciertamente en su aspecto soberano. Logramos observarle en el tiempo preciso para determinar nuestra latitud, que era 85° 36' S. Nos dimos por satisfechos; no tardó mucho en soplar el viento del Este-Sureste, y

antes de que nos diéramos cuenta nos envolvía un turbión de nieve. Pero ya no nos importaba nada del tiempo; ¿qué más tenía que venteara hasta hacer silbar las cuerdas de la tienda y hubiera tempestad de nieve? De todas maneras, nos habíamos propuesto descansar allí algún tiempo, y teníamos comida en abundancia... Sabíamos que los perros podían pensar lo mismo. Mientras que tuviéramos que comer, ya podía el tiempo hacer lo que quisiera.

Dentro de la tienda Wisting estaba desempeñando á maravilla su tarea, según yo estaba pensando en estas cosas. Veíase la olla presente, que por el olor que despedía indicaba que la cosa estaba a punto. No pensamos en freir las chuletas, porque no teníamos sartén ni manteca. Claro que podíamos haber sacado algo de tocino del pemmican, y que nos hubiéramos ingeniado para improvisar una sartén en que freirlas si hubiera sido necesario; pero nos pareció más cómodo y rápido cocerlas, y de esta manera tendríamos excelente sopa por añadidura. Wisting entendía de este oficio divinamente; había echado en la sopa todas aquellas partes del pemmican que contenían más de legumbres y verduras, con lo que pudo servirnos una sopa de caldo de carne delicadísima y verduras. Pero el acontecimiento magno fué la aparición de las chuletas. Si hubiéramos sustentado alguna duda respecto a la calidad de tal manjar con este primer ensayo se hubiera dissipado. Estaban superiores, y desaparecían una tras otra con rapidez fulmínea. Debo confesar que nada hubieran perdido con ser algo más tiernas; pero no hay que pedir tanto a un can. En esta primera comida yo despaché cinco chuletas; y miré en la olla a ver si había más, pero en vano. Parece que Wisting no había pensado que tuvieran tan entusiasta acogida.

Empleamos la tarde en recorrer nuestra provisión de

viveres, y repartirla entre los tres trineos; el cuarto, que era el de Hassel, se quedaría allí. Repartiéronse los víveres en esta forma. El trineo núm. 1 (de Wisting), contendría:

Galletas, 3.700 (ración diaria: 40 por persona).

Pemmican de perros,  $277 \frac{3}{4}$  libras (a  $\frac{1}{2}$  kilogramo, o a libra y onza  $\frac{1}{2}$  por perro diariamente).

Pemmican de hombres,  $59 \frac{1}{2}$  libras (350 gramos, 12-34 onzas, por hombre y por día).

Chocolate,  $12 \frac{3}{4}$  libras (40 gramos o 1,4 onzas por hombre y día).

Leche en polvo,  $13 \frac{1}{4}$  libras (60 gramos o 2,1 onzas por hombre y día).

Los otros dos trineos contenían, aproximadamente, las mismas provisiones, y de esta suerte nos permitían, al dejar este sitio, ampliar nuestra marcha por un período de sesenta días con raciones completas. Los diez y ocho perros que sobrevivían se distribuyeron a seis por cada trineo. Según nuestros cálculos, podíamos llegar al Polo desde este sitio con los diez y ocho y salir de él con diez y seis. Hassel, cuyo trineo debía quedar allí, terminó de hacer la distribución, y los repartimientos de víveres se asentaron en los libros de cada cual.

Todo esto era la cuenta en el papel; quedaba por verificar el traslado efectivo de las provisiones, que se haría más tarde si no se oponía el tiempo. Salir aquella noche y hacerlo, no era obrar con prudencia. Al día siguiente, 23 de Noviembre, había girado al Noreste con tiempo relativamente tolerable; de modo que a las siete de la mañana empezamos a empaquetar los trineos, operación no muy gustosa por cierto; pues aunque el tiempo he dicho que era «relativamente tolerable», distaba mucho de ser apropiado para empaquetar las provisiones. El chocolate, que entonces estaba dispuesto principalmente en piezas pequeñísimas, había que sacarlo, contar éstas y distri-

buir las entre los tres vehículos. Lo mismo sucedía con las galletas; cada una tenía que sacarse y contarlas, y como tenía que hacerse esto con algunos millares, fácilmente se comprenderá lo que significaría hacer esto a — 4° F., y una racha de viento, la mayor parte del tiempo con las manos desabrigadas y enredadas en tan ingrata faena. El viento aumentó según estábamos trabajando, y cuando por fin hubimos acabado, la nieve era tan espesa que apenas podíamos divisar la tienda.

Nuestra primera intención de partir tan pronto como los trineos estuviesen dispuestos hubo de abandonarse. No se perdía mucho con ello; al contrario, en conjunto resultaba ventajoso. Los perros (que constituían el factor principal) tenían así un descanso completo y se les alimentaba bien. Habían sufrido cambio notable desde nuestra llegada al Matadero; se les veía ahora vagabundear, gordos, ágiles y contentos, desapareciendo del todo su anterior voracidad. Por lo que a nosotros se refiere, un día o dos más no suponían diferencia importante; el artículo principal de nuestro régimen alimenticio, el pemmican, puede decirse que no lo tocábamos, pues la carne de perro había hecho sus veces. De suerte que nadie se desalentó cuando, acabada nuestra obra, entramos en la tienda con la resolución de permanecer en ella algún tiempo. Al llegar yo pude observar a Wisting, casi arrojado en el suelo, ocupado en la operación de preparar chuletas, y los perros alrededor le contemplaban con interés. El viento Noreste silbaba y aullaba, el aire se cuajaba de copos de nieve, y Wisting... firme que firme en su puesto. No por ello dejó de llevar a efecto su trabajo con toda perfección, y nuestra comida fué tan buena como de costumbre. A la noche se aplacó algo el viento, y giró aún más al naciente; fuímonos a dormir con la esperanza de que el siguiente día mejoraría.

Llegó el sábado 25 de Noviembre, día grande en todos sentidos. Ya había yo visto en varias ocasiones demostraciones de lo que mis camaradas valían; pero su proceder en aquel día fué tal, que no podré olvidarlo por mucho que dure mi vida. Durante la noche el viento había vuelto a ser Norte, y se aumentó hasta convertirse en verdadera borrasca. Fué tanto lo que sopló y nevó, que al salir por la mañana no éramos capaces de ver los trineos; estaban medio cubiertos por la nieve. Los perros se habían acurrucado, protegiéndose lo mejor que pudieron contra el ventisquero. La temperatura no era exageradamente baja (— 16-6° F.), pero lo bastante para resultar molesta con aquel viento. Sañamos por turno á observar el tiempo, y nos sentamos en nuestros sacos-camas á discutir las dificultades de nuestra empresa, tan contrariada ahora. «Aquí en el Matadero, decía uno, hace un tiempo del demonio. Parece como si nunca hubiera de mejorar. Ya llevamos cinco días, y cada vez va peor.» Asentimos todos. «Nada peor que estar bloqueado con un viento como éste, continuó otro; se sufre más aquí echado que si estuviéramos campando de la mañana á la noche.» Por mi parte opinaba lo mismo. Un día puede parecer bien; pero dos, tres, cuatro y, por las trazas, cinco... eso ya no. Era cosa terrible. «¿Y si intentáramos...?» Apenas se insinuó la propuesta, la aceptamos unánimemente y con aclamación. Cuando pienso en los cuatro amigos que me acompañaron en el viaje al Sur, lo primero que me viene á la mente es el recuerdo de aquella mañana. Todas las cualidades que admiro más en los hombres se me manifestaron claramente en aquel trance: valor y esfuerzo indomable, sin pompa de palabras enfáticas. Entre chanzas y donaires, se aprestó todo, e inmediatamente nos lanzamos por entre los ventisqueros.

Era de todo punto imposible tener los ojos abiertos; el

sutil chaparrón de nieve penetraba por todas partes, y a veces le parecía a uno cegar. La tienda estaba no sólo cubierta de nieve, sino de hielo, y al recogerla había que andar con cuidado para que no se quebrase en pedazos.

Los perros no sentían muchas ganas de caminar, y costó trabajo ponerles las guarniciones; pero por fin se les enganchó. Dimos un vistazo final al sitio del campamento para asegurarnos de que no quedaba olvidado nada de lo que nos podía hacer falta. Los restos de los catorce perros se juntaron en un montón, y el trineo de Hassel fué colocado encima para que sirviera de señal. Las guarniciones innecesarias, algunas cuerdas alpinas y todos nuestros garfios para el hielo, que pensábamos no serían menester, quedaron allí también. Lo último que dejamos fué un ski roto, plantado al lado del depósito. Wisting lo hincó, pensando quizás que una señal más no perjudicaría. El porvenir mostró que había acertado.

Pusímonos en camino. La arrancada fué difícil para hombres y bestias, pues los *sastrugi* continuaban alzándose en dirección Sur, y agravaban las dificultades de nuestro avance. Los que tenían que dirigir trineos tenían que ir con mucha atención, y sujetarlos para que no se volcaran en los grandes remolinos, y los que no teníamos que guiar pasábamos mucho trabajo en guardar el equilibrio, pues no teníamos donde apoyar firmemente los pies. Así anduvimos lentamente; pero el caso era que avanzábamos. Parecíanos que el suelo se iba alzando, pero no mucho. El andar era muy penoso: era como arrastrarse por un arenal. Mientras tanto los *sastrugi* iban mermando, y por fin desaparecieron del todo, y la superficie se ofreció ahora lisa completamente. También mejoró la marcha, aunque no es fácil saber la causa, pues la tormenta seguía sin tregua y nevazos persistentes cada vez más espesos. Sólo el que iba á la cabeza de la comi-

tiva era capaz de ver á sus propios perros. La superficie, completamente á nivel, parecía á veces que bajaba, y esto parecía confirmar el movimiento de los trineos. De cuando en cuando arrancaban los perros á galope. El viento que soplaba por la espalda contribuía, sin duda, á acelerar la marcha, pero no bastaba á explicar la viveza de los cambios.

No me gustaba esta tendencia del suelo á bajar. A mi parecer, valía más detenernos una vez llegados á la altura en que estábamos; aun si fuera ascender una pendiente no muy acentuada, bien estaba, pero descender no. Esto no nos tenía cuenta. Si la bajada no era tan grande que llegara á causar molestia, podía pasar; pero si se convertía en un descenso rápido, lo mejor era detenernos y acampar. Bajar corriendo á todo galope á ciegas y sin conocer el terreno, era locura. Nos arriesgábamos á caer en algún precipicio sin tener tiempo de atajar la caída.

Hanssen, como de costumbre, abría la marcha. En rigor, era yo el que tenía que ir delante, pero la superficie escabrosa que encontramos al partir, y el paso acelerado de ahora me impedía andar tan aprisa como los perros. Así, pues, hube de marchar al lado del trineo de Wisting, con quien iba charlando. De repente vi que los perros de Hanssen salían como disparados, á paso rapidísimo, por la pendiente abajo, y Wisting tras ellos. Grité á Hanssen que se detuviera, y logró hacerlo dando la vuelta al trineo. Los otros que le seguían se detuvieron al llegar adonde él estaba. Nos encontrábamos en medio de una cuesta sumamente inclinada, y no era fácil asegurar lo que había más abajo, ni podíamos tratar de verlo con aquel tiempo. ¿Sería posible que nuestro camino volviera á ser otra vez entre montañas? Más probable parecía que se tratara de una de aquellas series de lomas que tan frecuentemente habíamos visto, pero no se podía afirmar

nada en lo que el tiempo no se despejase. Tanteamos el suelo para plantar la tienda en la nieve blanda, y pronto la tuvimos plantada. No era mucho lo que habíamos caminado aquel día, once millas y tres cuartos; pero nos habíamos alejado del Matadero, y esto era algo. El índice del punto de ebullición mostró que aquella noche estábamos a 10.300 pies sobre el nivel del mar, y que habíamos bajado 620 pies desde el sitio del Matadero. Volvimos a la tienda y nos acostamos. Luego que clarease, habíamos de estar prontos a salir y observar el tiempo, pues en estas regiones no hay que perder la más mínima ocasión. Descuidarla equivale a condenarse a una larga espera y a no pequeña pérdida. Dormíamos, por consiguiente, con un ojo abierto, y sabíamos bien que no ocurría nada afuera de que no nos diéramos cuenta nosotros.

A las tres de la mañana se abrió el sol paso entre las nubes, y nosotros por la puerta de la tienda. El hacerse cargo de la situación, no es cosa de poco. El sol aún se aparecía como un pequeño disco, sin fuerza para dispersar los espesos velos de la niebla; el viento había aflojado algo, pero aún continuaba bravísimo. Esto es después de todo lo peor que tiene esta incumbencia; levantarse del abrigado refugio de un saco-cama y estar levantado un momento, vestido a la ligera, para observar el tiempo. Sabíamos por experiencia que una claridad como aquella podía significar, que viniera súbitamente una bonanza del tiempo, y era necesario vigilarla. La claridad sobrevino; no duró mucho, pero sí lo bastante. El sitio en que estábamos era la falda de una loma que caía en rápida pendiente, sumamente abrupta hacia el Sur, pero hacia el Suroeste se mitigaba más y terminaba en una amplia extensión no accidentada. No se veían despeñaderos ni estorbos de ningún género; si bien no se podía percibir a larga distancia, sólo podíamos ver las cercanías. No se

veía tampoco ninguna montaña, ni el monte Nansen, ni el Don Pedro Christophersen. Satisfechos de esta exploración matinal, nos volvimos a dormir hasta las seis de la madrugada, en que empezamos las tareas propias de aquella hora. El tiempo, que había mejorado algo durante la noche, se había vuelto a embravecer, y el Noreste soplaba con más violencia que nunca. Mas no era el viento ni la lluvia lo que nos podía ya detener; una vez que conocíamos la naturaleza del sitio que nos rodeaba, si conseguíamos bajar a la planicie, estábamos seguros de que nuestro camino ya no se interrumpiría.

Después de poner frenos redoblados a las zapatas de nuestros trineos, bajamos por la pendiente en dirección Sureste. Verificóse la sospecha que habíamos tenido por la mañana respecto a las condiciones del paraje. Su descenso era fácil y suave hasta que alcanzamos la planicie sin impedimento alguno. Podíamos caminar cara al Sur y continuar resueltos hacia lo desconocido, con nieve apañada y la brisa aulladora del Noreste, que más bien nos ayudaba a andar. Volvimos a erigir almenaras que durante la subida no habían sido necesarias. Durante la tarde tornamos a pasar por una ringlera pequeña de colinas, última que encontramos. El suelo era ahora muy llano, como el de una sala, y sin señales de *sastrugi*. Si nuestro avance era, a pesar de todo, lento y difícil, se debía a lo blando del suelo, que nos causaba a todos verdadera tortura. Un viaje en trineo por el Sahara no puede presentar superficie más mala para andar por ella. Ahora los guías tenían que montar de cuando en cuando, y desde este punto hasta el Polo tuvimos que relevarnos Hassen y yo para este oficio.

El tiempo mejoró durante aquel día, y por la tarde, cuando acampamos, era sumamente plácido. Salió el sol, procurándonos delicioso calor después de tantos días

cruales; pero todavía no había claridad bastante para poder examinar las cercanías. La distancia que habíamos recorrido, según las indicaciones de los taquímetros, vino a ser de diez y ocho millas y media, que no es poco si se tiene en cuenta la dificultad de la marcha, por lo que con razón estábamos satisfechos. Nuestra altitud era de 9.475 pies sobre el nivel del mar, lo que equivale a un descenso de 825 pies en un día. Mucho me sorprendió esto. ¿Cómo era que, en vez de ascender gradualmente, íbamos bajando? ¿Nos aguardaba algo extraordinario más allá? Conforme a cálculos prudentiales, nuestra latitud era aquella noche de 86° S.

El 27 de Noviembre nos trajo el tiempo ansiado; por la noche soplaron algunas bocanadas del Norte; por la mañana cedió algo, pero acompañado de brumas y nevada que era para desesperarse, porque íbamos por tierra absolutamente desconocida sin ver nada. La superficie continuaba igual, tal vez algo ondulada. Prueba de que habría estado ventiscando y no sin violencia, lo mostraba el subsuelo, compuesto de *sastrugi* duros como el hierro. Afortunadamente, la nieve última los había tapado, ofreciéndose ahora una superficie regular. La marcha era trabajosa, aunque no tanto como los días anteriores.

Según avanzábamos a ciegas todavía y molestados con la bruma persistente, uno de nosotros exclamó de pronto: «¡Mirad!» Una cumbre brava y oscura emergía de la masa de nieblas hacia el Este-Noreste. No estaba muy lejos; al contrario, parecía que amenazaba con caer sobre nosotros derechamente. Detuvimos a contemplar aquella imponente mole, pero la Naturaleza no gustó de prolongar los espectáculos que nos interesaban. Cayeron nuevamente las nieblas densas, pesadas y oscuras, y la borraron de nuestra vista. Ya sabíamos que se nos preparaban sorpresas. Después de haber andado diez millas, se

levantó de nuevo la niebla por un momento, y vimos muy cerca, como a cosa de una milla, dos largas y estrechas hileras de montañas a nuestra derecha, que corrían de Norte a Sur, cubiertas enteramente de nieve. Estas montañas, que llamamos de Hellan de Hansen, fueron las únicas que vimos a nuestra derecha, durante la marcha por la meseta; tendrían de 9.000 a 10.000 pies, y nos servirían tal vez de excelentes señales para cuando volviéramos. No podía establecerse conexión entre estas montañas y las situadas al Este de las mismas; nos parecían cumbres enteramente aisladas, pues no advertimos ninguna sierra que se dirigiera de Este a Oeste. Continuamos nuestro camino, esperando constantemente encontrar alguna novedad más en nuestra ruta. El cielo en el horizonte frontero aparecía negro como la tinta, como si recatara alguna cosa. No podía ser una tempestad, que ya la tendríamos encima. Pero seguía, seguía y nada llegaba. Anduvimos aquel día diez y ocho millas y media.

Veo que mis apuntaciones del 28 de Noviembre no empiezan con muy buenos augurios: «Niebla, niebla y vuelta otra vez la niebla. Nevada penetrante también que hace imposible el andar. ¡Pobres animales, lo que han tenido que trabajar para arrastrar los trineos hoy!» Pero el día no se portó tan mal después de todo, pues en él salimos de nuestra incertidumbre y averiguamos lo que era aquello que había detrás de las nubes negras. Durante la tarde, volvió el sol y describió a los lados la niebla por un momento, lo que nos permitió ver al Sureste, no muchas millas lejos, una inmensa mole montañosa. Desde esta mole, cortando perpendicularmente nuestra ruta, corría un glaciar, grande y antiguo; el sol se reflejaba sobre él, y nos hacía ver una superficie llena de tremendas escabrosidades. En su parte más próxima a las montañas estas asperezas eran tales, que una rápida ojeada nos de-

mostró al punto que era imposible avanzar por este camino. Pero siguiendo en derechura nuestro camino en dirección al glaciar, parecía, por lo que se veía, que podíamos ir paralelamente a él. Tornó la niebla una y más veces, y teníamos que aprovechar los claros que dejaba para hacer nuestras observaciones. Lo mejor, sin duda, hubiera sido habernos detenido y plantado la tienda, para aguardar un tiempo mejor que nos permitiera examinar cómodamente el terreno y escoger el mejor camino. Seguir adelante sin saber cómo sería, no resultaba muy agradable. Pero ¿cuánto tiempo habríamos de esperar para que clarease? Esta pregunta no tenía respuesta; tal vez una semana y hasta medio mes, y no teníamos tiempo para aguardar tanto. Lo mejor, pues, era seguir, y aguantar lo que sobreviniera.

Lo que podíamos ver del glaciar era enormemente abrupto; pero ello se refería únicamente a la extensión confirmada entre Sur y Sureste, bajo el nuevo macizo que la niebla, de vez en cuando despejada, nos permitía ver en parte. De Sur a Oeste la niebla era tan espesa como engrudo. Los descomunales precipicios quedaban tapados por ella, pero que el glaciar resultara hacia esta parte no nos importaba, pues nuestro rumbo había de ser hacia el Sur, punto hacia el que podíamos avanzar algo por entonces. Continuamos nuestra marcha hasta que empezaron a mostrarse señales del glaciar en la forma de pequeñas barrancas, y entonces nos detuvimos. Nuestra intención era aligerar nuestros trineos antes de tantear el glaciar; por lo poco que pudimos ver de él, nos convencimos suficientemente de que se nos aparejaba ruda tarea. Era, por consiguiente, importante llevar el menor peso posible en los trineos.

Al punto nos pusimos a trabajar para construir el depósito; la nieve que allí había servía admirablemente a

este fin, pues era dura como hielo. En breve tiempo levantamos una inmensa construcción de bloques diamantinos, en que acomodamos víveres para cinco hombres durante seis días, y para diez y ocho perros durante cinco. También dejamos allí cierta cantidad de artículos de menor cuantía.

Mientras nos ocupábamos en esto, iban y venían las nieblas con varias alternativas; en algunos intervalos se despejaba por completo la atmósfera, proporcionando una observación perfecta de la parte más próxima de las lomas. Al parecer, estaban completamente aisladas y formaban un grupo de cuatro montañas, separada una de ellas, el monte Helmer Hanssen, de las demás. Las otras tres, Oscar Wisting, Sverre Hassel y Olav Bjaaland, estaban apiñadas. Detrás de este grupo, la atmósfera seguía siendo pesada y oscura, lo que indicaba que detrás había tierras altas. De repente, en uno de los intervalos de más claridad, se descorrió el velo de vapores, dejando ver las cumbres de una mole colosal montañosa. Nuestra primera impresión fué que aquella montaña, nombrada de Thorvaldo Nislen, debía pasar de los 20.000 pies de altura. Pero no tuvimos de ella más que una visión fugitiva, pues inmediatamente se adensó la niebla una vez más. Habíamos conseguido obtener mezquinas percepciones de las diferentes cumbres del grupo más próximo, y resultó de ello que el emplazamiento del depósito quedaba tan bien determinado, que convinimos en que sería imposible no advertirlo, pues estaba situado en la base misma del glaciar.

Acabada esta edificación, que se erguía a una altura de seis pies, pusimos en su cima una caja oscura que contenía víveres, para poder verla aún más fácilmente al regresar. La observación que se nos ocurrió hacer mientras llevábamos a efecto la obra, nos dió la latitud de  $86^{\circ} 21' S$ . No estaba de acuerdo con la que habíamos obtenido a

bulto, que resultaba de  $86^{\circ} 23'$  S. En tanto, la niebla se adensaba aún más, envolviendo todo, y caía una nieve sutil y ligera. Tomamos punto de referencia de la línea del glaciar que estaba más libre de grietas, y nos encaminamos en tal dirección. Pasó algún tiempo hasta que notamos el glaciar bajo nuestros pies. Sus grietas en aquella parte no eran muy amplias, pero así que empezamos a subir empezó el tráfago. En verdad era poco prudente este avance completamente a ciegas, con precipicios y derrumbaderos a un lado y otro. De cuando en cuando examinábamos la brújula y caminábamos con precaución.

Hassel y yo íbamos delante con una cuerda; pero esto, después de todo, no servía de gran cosa a los que iban montados, pues es natural que con nuestros skis pudiéramos deslizarnos por sitios en que los perros fácilmente podrían caer. Esta parte inferior del glaciar no estaba enteramente exenta de peligro, porque las grietas aparecían completamente disimuladas por una tenue capa de nieve. Con tiempo despejado no es tan apurado caminar por una superficie semejante, pues los efectos de luz y sombra acusan ordinariamente los bordes de estos barrancos insidiosos; pero en días como éste, cuando todo se confunde, el paso es arriesgado. Wisting estuvo próximo a precipitarse con trineos, perros y todo lo demás, en uno de estos peligrosos abismos, pues el paso que bordeaba iba a parar en él, pero gracias a su serenidad y a su rapidísimo movimiento—cuestión de suerte lo llamarían algunos,—pudo salvarse. De esta manera adelantamos unos 200 pies, pero luego entramos en tal laberinto de profundos derrumbaderos y simas fragosas, que no podíamos seguir. No podíamos hacer otra cosa que encontrar el lugar más seguro e instalar nuestro campamento en él.

Inmediatamente Hanssen y yo nos pusimos a explorar; íbamos sujetos a una cuerda, y de esta manera más a sal-

vo. No se requería pequeño examen para encontrar de desenredarnos del laberinto en que nos habíamos metido. Hacia el grupo de montañas anteriormente descritas que ahora teníamos al Oriente, se había despejado la atmósfera lo bastante para poder observar la naturaleza del glaciar en aquella dirección. Ahora comprobamos lo que habíamos visto desde lejos. La parte que se extendía hasta las montañas era tan elevada y abrupta, que indudablemente no se encontraba en ella sitio donde pudiéramos detenernos. Parecía como un campo de batalla en que las moles de hielo hubieran servido de municiones. Gracias a Dios que no nos había tocado estar allí, cuando la batalla tuvo lugar, pensaba yo, considerando aquel campo que traía a la mente algo así como el día del Juicio, y no con escasas proporciones. Caminar en aquella dirección era excusado; mas esto poco importaba, puesto que nuestro rumbo era al Sur. Hacia este punto no podíamos ver nada, por la niebla densa y pesada. No había más remedio que tratar de seguir, y a ello nos pusimos escalando la altura.

Al dejar la tienda, lo primero que tuvimos que hacer fué cruzar un puente de nieve relativamente estrecho, y luego continuar a lo largo de la serie de lomas formadas por compresión, interpoladas de brañas ampliamente desgarradas a un lado y otro. Estas lomas conducían a un caballón de hielo de unos 25 pies de alto, cuya formación era debida a que el impulso de la masa de hielos había cesado antes de que tuviera tiempo para agrietar más la superficie, determinando una serie de montículos. Bien veíamos que era aquel paso difícil para trineos y perros, pero no habiendo otra cosa mejor, había que intentarlo. Desde lo alto de esta ondulación podíamos percibir abajo a la otra parte, lo que hasta entonces se había mantenido invisible. La niebla nos impedía divisar más allá, pero las cercanías bastaban para mostrarnos que yendo

con cuidado podíamos seguir adelante. Desde donde nos hallábamos era preciso precaver que se torciese el rumbo a otra parte en que la ondulación terminaba en una hondonada lo suficientemente espaciosa para abismar a cualquier guía, trineo o perro que diera algún paso en falso.

La exploración que Hanssen y yo habíamos llevado a efecto resultó sin provecho, pues no se veía absolutamente nada; nuestro objeto no fué más que dejar señaladas nuestras huellas para seguirlas al día siguiente. Las referencias que acerca del glaciar pudimos dar al volver, no eran del todo satisfactorias; teníamos que hacer infinitos ensayos para obtener algo. Para encontrar camino de una yarda hacia adelante, estoy seguro que teníamos que andar diez a los lados, por lo menos. ¿Podrá nadie sorprenderse, en vista de esto, que llamáramos a aquel paraje el Glaciar del Diablo? Por lo menos, nuestros compañeros, reconociendo lo apropiado del nombre, lo aceptaron unánimemente cuando le hablamos de él.

Hanssen y yo nos detuvimos a la Puerta del Infierno, que estaba formada de una manera singular; el glaciar había acumulado aquí una larga hilera de montículos de unos 20 pies de altura; luego, en medio de esta muralla, se abría una hendidura como puerta de entrada de cerca de seis pies de ancho. Este accidente, como cualquier otro del glaciar, era seguramente muy antiguo, y en su mayor parte lo tapaba la nieve; desde este punto del glaciar hasta donde alcanzaba la vista en dirección al Sur, era cada vez mejor el suelo; en consecuencia, dimos la vuelta, siguiendo nuestras pisadas con la persuasión alentadora de que al fin nos sería dable continuar.

Nuestros compañeros igualmente se alentaron con los informes que habíamos obtenido de nuestro examen. La altitud del lugar en que aquella noche nos encontrábamos era de 8.650 pies sobre el nivel del mar: a la base

del glaciar habíamos llegado a 8.450 pies, lo que equivalía con relación al Matadero a un descenso de 2.570. No sabíamos exactamente si nos sería preciso hacer esta subida nuevamente, o quizá mayor, cosa que a ninguno entusiasma. Veo en mi diario que la jornada finaliza con estas palabras: «¿Cuál será la novedad próxima? Me maravillaría que no se presentase alguna.»

Era, en efecto, extraordinario el viaje que habíamos emprendido a través de regiones desconocidas, montañas nuevas, glaciares y demás, sin poder ver nada, y era natural que estuviésemos preparados para cualquier sorpresa. Lo que menos me placía, por lo que iba viendo en nuestro viaje de ida entre tinieblas, es considerar lo difícil, difícilísimo que nos sería poder reconocer nuestras pisadas a la vuelta, pero con el glaciar que nos acompañaba siguiendo nuestro mismo rumbo y con las numerosas almenaras que habíamos erigido, recobrábamos la seguridad sobre este particular. Muy mal sería que nos extraviásemos al retorno. Lo principal consistía, claro está, en encontrar la manera de bajar hasta la Barrera, pues un descuido nos podía costar caro. Ya se verá en el curso de esta narración que mis temores de que no atináramos a reconocer nuestra ruta, no estaban del todo desprovistos de fundamento. Las almenaras que habíamos edificado nos valieron de mucho, y nuestro éxito final debe inmensa gratitud a la prudencia y reflexión que nos sugirieron este expediente.

La siguiente mañana, del 29 de Noviembre, mejoró considerablemente el tiempo y nos permitió examinar muy bien nuestra posición. Ahora podíamos ver que las dos series de montañas que se unían en el 86° S. continuaban en una ingente cordillera que corría hacia el Sureste con cimas de 10.000 a 15.000 pies. El monte Thorvaldo Nilsen era el más meridional que podíamos ver desde allí. Los

montes Hanssen, Wisting, Bjaaland y Hassel, en conformidad con lo que el día anterior nos habíamos figurado, formaban un grupo aparte y destacado de la cordillera principal.

Los conductores tuvieron aquella mañana muy diligente faena. Tenían que guiar con gran cautela y paciencia para vencer las dificultades del suelo por donde pasamos; el más mínimo error hubiera bastado para enviarlos con perros y trineos al otro mundo y en un instante. Sin embargo, se recorrió en poquísimos tiempo la distancia del trecho que habíamos explorado la noche antes; sin darnos cuenta estábamos ya en la Puerta del Infierno.

Bjaaland sacó una excelente fotografía de este sitio, que da idea acabada de las dificultades que ofrecía el viaje por él. En ella se aprecian las vueltas y revueltas del paso de los trineos por la nieve, los abismos sin fondo y lo accidentado de la superficie.

No fué mucho lo que pudimos andar aquel día: nueve millas y cuarto en línea recta; pero si se tienen en cuenta los rodeos que tuvimos necesidad de dar, no resulta tan escasa. Instalamos nuestra tienda en cimientos excelentes, sólidos, y quedamos bien satisfechos de la labor de aquel día. La altitud era de 8.960 pies sobre el nivel del mar. El sol se veía en el Oeste reverberando sobre las gigantescas masas de las montañas. Era un paisaje mágico, en que el azul y el blanco, el rojo y el negro se asociaban en combinaciones que desafían a toda descripción. Mas a pesar de aquella claridad, aún comprendíamos que no estaba el tiempo tan bueno como fuera nuestro deseo, pues hacia el Sureste lejano se perdía el monte Thorvald Nilsen en nubes oscuras e impenetrables, que hacían pensar si aún se prolongaría, pero sin proporcionar certeza.

El monte Nilsen. Nunca vi cosa más bella, aunque éntre en la comparación todo lo que he visto. Picachos de

formas variadísimas, irguiéndose en los aires medio tocados con densas nubes. Habíalos aflados, pero los más de formas amplias y redondeadas. Acá y allá se divisaban deslumbradores glaciares, precipitándose raudos por las pendientes laderas, sumergiéndose en las honduras con espantosos remolinos. Pero el más insigne de todos era el monte Helmer Hanssen; era torneado como el asiento de un ánfora y cubierto de un bizarro manto de hielo tan fragoso y accidentado, que las agujas de hielo emitían destellos en todas direcciones como las púas de un puercoespín. Brillaba y ardía en la soleada con gala triunfal. Con sólo esta montaña teníamos bastante para orientarnos; no había yerro posible cuando al regresar lo viéramos, aunque las condiciones de la luz variaran completamente.

Después de acampar, salimos dos a explorar el terreno, lo que se veía desde la tienda no nos daba grandes ánimos; pero quizá encontraríamos las cosas mejor de lo que creíamos. Fué mucha suerte encontrar que la marcha por el glaciar era cómoda: nos habíamos dejado los garfios de alpinismo en el Matadero, y si hubiéramos hallado hielo duro, en vez de la nieve firme y lisa por donde andábamos, hubiéramos pasado mucho trabajo. Subíamos y subíamos por entre monstruosas brañas, algunas de ellas de centenares de pies de anchura y tal de millares de profundidad. Nuestra esperanza de adelantar iba en disminución; en lo que la vista alcanzaba, siguiendo nuestro rumbo, aparecía una inmensa cordillera y luego otra más alta, celando en sus senos abismos descomunales que era preciso esquivar. Seguíamos adelante, a toda prisa, pues rodear hubiera sido dilatorio y yendo sin llevar cuerda ninguna entonces, ya que las desigualdades eran tan leves que era difícil tropezar en ellas. Mas en algún paraje llegamos a creer que no hubiera estado demás llevar

alguna cuerda. Estábamos precisamente atravesando uno de los numerosos montículos cuya superficie parecía perfectamente regular, cuando se agrietó un gran trozo de él, cayendo por bajo la mitad trasera del ski de Hanssen. Miramos con satisfacción el agujero que se había formado, proponiéndonos huir de aquel lugar cuando volviéramos con nuestros perros y trineos.

Todos los días teníamos ocasión de bendecir nuestros skis. Muchas veces nos preguntábamos qué hubiera sido de nosotros sin estos excelentes instrumentos, y la contestación era que nos hubiéramos hundido en el fondo de alguna braña. Cuando por primera vez leímos las diferentes narraciones en que se daba cuenta del aspecto y naturaleza de la Barrera, se nos representaba claramente a nosotros que habíamos nacido y medrado con los skis puestos, que habían de sernos indispensables. Esta idea se nos confirmaba y corroboraba de día en día, y no exagero la importancia de nuestros skis cuando afirmo que desempeñaron no ya un papel importante, sino el más importante de todos en nuestro viaje al Polo Sur. Muchas veces hemos pasado trayectos de terreno tan áspero y escabroso, que hubiera sido imposible hacerlo valiéndonos de los pies solamente. Apenas necesito insistir en las ventajas que prestan para andar por la nieve blanda y profunda.

Después de haber avanzado unas dos horas, decidimos volver. Desde la alta prominencia a que habíamos ahora llegado, parecía que la región que teníamos en el frente era de más favorable disposición; pero tantas veces nos había dado chasco el glaciario, que habíamos llegado a un escepticismo total. ¡Cuántas habíamos creído que al pasar tal o cual ondulación se acabarían nuestros esfuerzos quedando libre el camino al Sur...! Llegábamos allá y el suelo que se ofrecía era peor, si podía, que el que dejá-

bamos atrás, y que tanto nos había hecho bregar. Pero esta vez nos parecía que podríamos cantar victoria. La confirmación se presentaba tal, que así lo prometía, y sin embargo, ¡seríamos tantas veces chasqueados, que no pudiéramos permitirnos ya una idea lisonjera! ¿O era tal vez el instinto quien ahora nos hablaba? No lo sé; mas es lo cierto que Hanssen y yo, según estábamos discutiendo nuestras hipótesis, conveníamos en que detrás de la última serie de montículos que se veía a lo lejos triunfaríamos del glaciar. Sentíamos deseo febril de ir a examinarlo, pero el camino alrededor de las brañas era largo y, debo confesarlo, comenzábamos a notar cansancio. El regreso bajando la pendiente no nos llevó mucho tiempo, y pronto pudimos informar a nuestros camaradas de que el plan de viaje del siguiente día era en alto grado alentador.

Mientras nuestra ausencia, Hassel había medido el monte Nilsen, y hallado que su altura era de 15.500 pies sobre el nivel del mar. ¡Qué bien se me representa aquella noche, cuando contemplábamos el sublime espectáculo que la Naturaleza ofrecía, con tan grande claridad, que todo lo abarcaba la vista, aparecía con toda nitidez; y cuán se me representa asimismo aquel mismo pasaje completamente cambiado a nuestro regreso! Si no hubiera sido por el monte Helmer Hanssen, nos hubiera sido difícil saber dónde estábamos. La atmósfera en aquellas regiones suele jugar bromas muy pesadas; pues si aquella noche reinaba absolutamente claridad, más tarde resultó todo lo contrario. Hay que tener, pues, mucho cuidado con lo que se ve y con lo que deja de verse. En la mayor parte de los casos ha sucedido que los exploradores polares iban más dispuestos a ver demasiado que a admitir con reserva lo que veían. Nosotros, en cambio, si hubiéramos de consignar en un mapa este paraje cuando lo vimos por

primera vez, es seguro que hubiéramos omitido una gran parte de las montañas.

Durante la noche se levantó una racha del Sureste, soplando con tal violencia, que hacía silbar las cuerdas del amarre de la tienda, y gracias a que los ganchos sujetaban bien. Por la mañana, a la hora del almuerzo, continuaba soplando, y ya íbamos pensando en aguardar algún tiempo; pero de pronto, sin previo aviso, cesó el viento en términos que acabaron nuestras vacilaciones. ¡Qué cambio tan notable había producido aquel viento! La espléndida capa de nieve, que el día antes hacía tan cómoda la marcha con skis, había sido barrida ahora en grandes extensiones de la superficie, mostrando el suelo duro. Pensábamos sin remedio en lo que habíamos dejado atrás; los garfios para el hielo se me representaban adondequiera que volvía la vista, como si me reconvinieran y señalaran con los dedos. Pero el volver ahora al Matadero para ir a buscarlos, resultaba una excursión extraordinaria de no poca consideración.

Entretanto, cargamos lo que hacía falta, disponiendo cada cosa debidamente. Las huellas del día anterior no eran fáciles de reconocer; pero si de cuando en cuando las dejábamos de ver en la nieve las encontramos después en una ondulación nevada que había resistido a los ataques del viento. La tarea era dura y afanosa para los conductores. Los trineos se manejaban difícilmente en el hielo escurridizo y pendiente; a veces iban derechos, pero otras se torcían, requiriendo grande atención para que no se volcaran, cosa que había que evitar a toda costa, pues las delgadas cajas de víveres no resistirían muchos encuentros con el hielo; fuera de lo cual, era trabajo tan penoso volverlos a levantar, que aunque no fuera más que por esto, tenían que ir los conductores muy atentos. Los trineos experimentaron aquel día ruda prueba, a causa de

las muchas escabrosidades y duros estorbos con que chocaban en el glaciar, siendo maravilloso que salieran ilesos, lo que recomienda en gran manera el mérito del trabajo de Bjaaland.

Aquel día presentaba el glaciar la más enmarañada confusión que hasta entonces habíamos visto. Hassel y yo íbamos, como de ordinario, al frente, sujetos a una cuerda. El sitio adonde Hanssen y yo habíamos llegado la noche antes a explorar, presentaba una subida relativamente fácil; pues cuando se conoce que un terreno es practicable, se adelanta mucho por él. Después ya era peor, tan malo a ratos, que teníamos que detenernos mucho tiempo a tantear en varias direcciones para ver por dónde encontraríamos salida. Más de una vez hubo necesidad de usar el hacha para romper algunos obstáculos. Otras veces la situación adquiría gravedad, encontrábamos una braña tras otra, luego colinas tan altas y frías como verdaderas montañas. Al llegar allí nos pusimos a explorar en todas direcciones para encontrar por dónde pasar. Al fin hallamos un paso, si es que merecía el nombre de tal. Era un pontículo tan estrecho, que apenas permitía espacio a la anchura de un trineo. A cada lado se veía un espantoso abismo. El atravesar este puente hacía recordar a aquel funámbulo que pasó por encima de la catarata del Niágara. Mucho nos sirvió el que ninguno de nosotros era propenso al vértigo, y el que los perros no pudieran calcular las consecuencias de un paso en falso.

Al otro lado de este pontículo empezaba una bajada, y nuestra ruta seguía un largo valle flanqueado de estas ondulaciones. Avanzar por él ejerció rudamente nuestra paciencia, pues aquella cañada era larga y torcía fijamente al Oeste. Intentamos muchas veces dirigirnos al Sur y trepar por las laderas de aquellas ondulaciones de los flancos, pero no nos servía de nada; no había otro re-

medio que seguir el curso natural del valle hasta que nos condujera a algún paso orientado al Sur. Sobre todo, los conductores tuvieron que aguantar mucho; varias veces quisieron rodear para asomarse a lo alto de las colinas, no satisfechos con la exploración que Hassel y yo habíamos efectuado, pero el resultado siempre era el mismo: tenían que someterse a los caprichos de la Naturaleza y seguir nuestras huellas.

El camino a lo largo de esta cañada no estaba exento de obstáculos; grietas de varias dimensiones se atravesaban constantemente en nuestra ruta; la cadena de colinas u ondulaciones a cuya cima por fin llegamos, producía un efecto imponente. Terminaba por el Oriente en una rápida caída que llegaba al suelo del glaciar, y en aquel punto alcanzaba una altura de más de cien pies. Hacia el Occidente descendía paulatinamente a un terreno más bajo, en el que podíamos caminar mejor. Para completar nuestro conocimiento del paraje, subimos a la parte oriental y más elevada de esta cadena, y desde allí vimos que habíamos acertado en nuestras suposiciones del día anterior. La serrezuela que habíamos visto, y tras de la cual pensábamos encontrar un suelo más favorable, se divisaba enfrente, no muy cerca. Ante su vista palpitaron de gozo nuestros corazones. ¿Sería aquella nava grande, blanca, ininterrumpida, una realidad o una mera ilusión? El tiempo lo diría.

En tanto, Hassel y yo reanudamos la marcha, siguiéndonos los demás. Teníamos que pasar por muchas dificultades antes de llegar a aquel lugar; pero comparadas con todos los atolladeros pasados, las de ahora eran relativamente insignificantes. Al llegar a aquella nava, que tanto prometía, suspiramos con alivio. Su extensión no era muy grande, pero en este respecto no éramos nosotros muy exigentes, después de la marcha de aquellos últimos días

por la accidentada superficie. Mas al Sur se divisaban moles grandes amontonadas por la compresión, pero dejaban intervalos muy espaciosos y una superficie regular. Era, pues, esta la primera vez, desde que habíamos entrado en el Glaciar del Diablo, que podíamos caminar en toda derechura al Sur, durante algunos minutos.

Según avanzábamos, podía asegurarse que caminábamos por un suelo de especie diferente. Ahora no nos llevamos chasco; sin que esto quiera decir que el suelo aquel fuera completamente nivelado—mucho habíamos de tardar en encontrarlo así,—pero por lo menos podíamos caminar sin desviarnos durante largos trechos. Las breñas gigantescas iban siendo más raras, y tan colmadas hasta ambos bordes, que podíamos salvarlas sin tener que dar un rodeo. Aquello era una vida nueva para todos, hombres y animales, y nuestro progreso hacia el Sur era rápido; cuanto más adelantaba, más favorable era la situación. Podíamos columbrar a distancia algunas prominencias colosales en forma de cúpulas, que parecían destacarse en la atmósfera; luego resultaron ser el límite meridional de las enormes vorágines que determinaban la transición á la tercera fase del glaciar.

Escalar aquellas cúpulas fué obra de mucha dificultad, pues eran muy elevadas y escurridizas por efecto del viento que había llevado la nieve. Las encontramos al paso, y desde sus cimas proporcionaban hermosa vista. La superficie en que ahora entrábamos era del todo diferente de la situada al Norte de las cúpulas. En esta parte las grietas estaban enteramente colmadas de nieve y se las podía cruzar por dondequiera. Lo que más llamó nuestra atención fué un número inmenso de prominencias en forma de heniles. Grandes espacios de terreno estaban barridos por el viento y mostraban su hielo cristalino.

No cabía duda que estas variadas formaciones o fases

del glaciar eran debidas al terreno subyacente. El primer trecho que pasamos donde era tan extremada la confusión, debía ser la parte del glaciar más próxima al terreno primitivo; cuanto más se alejaba el glaciar macizo montañoso, aparecía menos accidentado. En la región de los heniles la perturbación del suelo no había llegado á producir fragosidades en el suelo que ofrecieran importancia; solamente repliegues en algún otro paraje. Pronto pudimos ver cómo se habían formado aquellos heniles y cuál era su configuración vistos por dentro. Era muy grato poder avanzar todo el tiempo sin tener que dar rodeos constantemente; sólo una vez o dos tuvimos que desviarnos a causa de unos heniles más vastos; fuera de éstos, no torcimos nada nuestro camino. Los espacios de terreno grandes y barridos por el viento estaban rajados en todas direcciones, pero sus hendiduras eran estrechísimas, media pulgada de ancho á lo sumo.

Nos costó dificultad encontrar sitio a propósito para poner la tienda aquella noche, y por fin tuvimos que plantarla en hielo desnudo. Gracias a que no era de la variedad lustrosa y acerada que otras veces habíamos encontrado, pudimos hincar los pernos de amarre sin que se quebrantaran; era, al parecer, más flojo y no tan duro, de modo que podíamos golpear en los hierros con el hacha. Dispuesta la tienda, salió Hassel, como de costumbre, a coger hielo para la olla. Generalmente, para hacer esto llevaba un largo cuchillo adecuado a la nieve; pero aquella noche salió armado de un hacha. Muy contento estaba con la abundancia y excelencia del material que tenía a mano; no había necesidad de ir más lejos; precisamente a la salida de la tienda, a distancia como de dos pies, se aparecía un pequeño henil muy lindo que había de servir muy bien a sus designios. Hassel alzó el hacha y dió en él un buen golpe en seco; el hacha no encontró resistencia y

se hundió hasta el mango. El henil estaba hueco; al sacar el hacha se abrió la parte de alrededor y se oyó caer trozos de hielo a través del oscuro agujero. Resultaba, pues, que a dos pies de la tienda poseíamos una excelente entrada a los sótanos. Hassel manifestábase muy satisfecho con aquello. «Está oscuro como boca de lobo», decía sonriendo. «No se le ve el fondo.» Hanssen también estaba gozoso; le hubiera gustado tener la tienda un poco más cerca. El material suministrado por el henil era superior y muy a propósito para las operaciones culinarias.

El día siguiente, 1.º de Diciembre, fué excesivamente fatigoso para todos nosotros. Desde muy temprano, una ventisca que cegaba arreció soplando del Sureste, acompañada de gran copia de nieve. El piso estaba pésimo, hielo resbaladizo. Yo me empujaba hacia adelante en los skis y, relativamente, descansaba algo. Los conductores tuvieron que quitarse los suyos y ponerlos en los trineos para caminar al costado de ellos, sujetarlos y ayudar a los perros cuando se llegaba a algún sitio dificultoso; y esto era muy frecuente, porque en aquella superficie escurrecida del hielo abundaban esparcidos los *sastrugi* formados por una especie de nieve, que recordaba más que nada la de cola de pescado, cuando los trineos chocaban con ellos. Los perros no podían sostenerse con sus uñas en aquel suelo. Y cuando el trineo entraba en una de aquellas recias encrespaduras, no podían arreglárselas para levantarlos por mucho esfuerzo que hicieran. Entonces el conductor tenía que acudir con todas sus fuerzas para evitar que el trineo chocase. Así es que en la mayoría de los casos era arrastrado por el esfuerzo combinado de hombres y perros.

Durante la tarde el suelo se iba apareciendo aún más trastornado, y atravesaban nuestra ruta de cuando en cuando grandes barrancas. Estas eran en realidad bas-

tante peligrosas; parecían inofensivas por estar colmadas de nieve; pero según las íbamos examinando más de cerca, empezábamos á comprender que eran de más cuidado de lo que nos habíamos imaginado al principio. Era el caso que entre la nieve blanda que las llenaba y los bordes de hielo recio había una oquedad espaciosa y abierta que conducía derechamente a lo profundo. La capa de nieve que la cubría era las más veces delgadísima. Al marchar al lado de una de estas barrancas, colmadas de nieve, no había cuidado que sucediera nada; pero cuando había que cruzarlas era caso de apuro, porque los perros, al querer trepar por la superficie resbaladiza de la otra orilla, no tenían aguante en las uñas para afianzarse, y tenía que ser el conductor el que proveyera a pasar el trineo. El fuerte empujón que tenía que dar entonces le hacía llegar a la capa delgada de la nieve, y para no caer se sujetaba firmemente a las correas del trineo o a una especial que se había puesto para casos de estos. Pero la familiaridad engendra el menosprecio aun en los más avisados, y algunos de los conductores estuvo más de una vez a dos dedos de ir a visitar «los sótanos».

Si esta parte del viaje fué de prueba para los perros, ciertamente no lo fué menos para las personas. Si el tiempo hubiera sido bueno de suerte que hubiéramos podido ver lo que teníamos alrededor, no nos hubiera dado tanto que pensar, pero con aquella atmósfera endiablada había poco motivo de contento. Teníamos que entretenernos mucho en frotarnos la nariz y las mejillas cuando amenazaban helarse, y todo esto sin detenernos, pues no había lugar para ello. Nos conformábamos con quitarnos un guante, y con la mano aún caliente tocar el sitio expuesto á helarse; cuando creíamos que se restablecía la circulación de la sangre por la sensación que se advertía, volvíamos a ponernos el guante, caminando al mismo tiempo

como he dicho, y cuidando de abrigar la mano en seguida, pues no se la podía tener mucho fuera con los grados bajo cero que marcaba el termómetro y la borrasca que nos azotaba. A pesar de tantas dificultades, caminamos mucho, pues los taquímetros aquella noche indicaban un progreso de quince millas y media. Bien satisfechos con el trabajo de aquel día, establecimos nuestro campamento.

Dirigimos una mirada a la tienda como estaba aquella noche. Al parecer, bastante abrigada. La mitad interior de la tienda estaba ocupada por tres sacos-camas, cuyos respectivos propietarios habían encontrado conveniente y cómodo utilizar inmediatamente, y ahora se dedicaban a redactar sus diarios. La otra mitad, que daba a la puerta, tiene sólo dos sacos-camas y ocupan el resto del espacio los aparatos de cocina de la expedición. Los propietarios de estos dos últimos sacos-camas aún están incorporados. Hanssen hace de cocinero, y no ha de acostarse hasta preparar y servir la comida. Wisting es su camarada y fiel ayudante, pronto a prestarle toda la asistencia necesaria. Hanssen muestra ser un cocinero diligente, y por las trazas, no gusta de que se quemé la comida, pues todo se le vuelve menear con la cuchara el contenido de la olla. Cada uno tiene su taza servida cuando le corresponde, llena de un sabrosísimo caldo de legumbres. Está caliente, que abrasa, según puede conjeturarse por la expresión de los rostros, pero aun así desaparece con celeridad instantánea. Vuelta á llenar las tazas, y ahora con algo más sólido, con pemmican. Con una prisa digna de loa desaparece una vez más, y tórnasen a llenar las tazas. Enjúganse con cuidado, y se procede a otra operación que no da menos placer, a juzgar por el que se pinta en las caras de todos, como si se hubiera ideado el más exquisito manjar. Este es galletas mojadas en agua. Parece como si las acariciaran antes de comerlas. El agua todos piden la

fría; recién derretido el hielo, proporciona, por los datos que me han servido hasta ahora para estos juicios, un placer más refinado que el que procuraría el vino más generoso, y la consumen también en grandes cantidades. El hornillo zumba apaciblemente durante la comida, y la temperatura de la tienda es muy agradable.

Acabada la comida, uno de la compañía pide tijeras y espejo, y luego es de ver a los exploradores polares arreglarse el pelo para el sábado próximo. Todas las noches de semejantes días se hace este corte de barbas, no ya por motivos de vanidad, sino por consideraciones de utilidad y conveniencia. La barba atrae una acumulación de hielos, que muy frecuentemente resulta un estorbo. La barba en las regiones polares es, permítaseme la comparación, tan poco práctica e inelegante, como llevar un ancho sombrero en cada pie. Cuando el barbero y el espejo han terminado uno tras otro, desaparecen en sus sacos después de dar las buenas noches, y la tienda queda en silencio. El murmullo regular de la respiración indica pronto que el trabajo del día exigía su compensación. En tanto, aulla viento del Sureste y la nieve azota la tienda. Los perros se han acurrucado, y no parecen turbarse lo más mínimo con el temporal.

La tormenta continúa sin tregua al día siguiente, y a causa de la naturaleza peligrosa del suelo, decidimos esperar algún tiempo. Durante la mañana, ya cerca de medio día quizás, cesa el viento un poco, y salimos. El sol se asoma de cuando en cuando, y nos aprovechamos de tan feliz coyuntura para caminar algo, llegando a los 86°47' S.

En este campamento dejamos todos nuestros confortables vestidos de piel de reno, pues comprendemos que no habría necesidad de llevarlos siendo la temperatura más bien elevada; pero nos quedamos con los capuchones de nuestras casacas de reno, que habían de sernos útiles con-

tra el viento. La marcha de aquel día no fué grande; la pequeña disminución del viento del medio día no había sido más que una burla. Pronto acreció otra vez, acompañado de tempestad de nieve procedente del mismo cuadrante. Si hubiéramos conocido el terreno, quizás hubiéramos proseguido; pero con la borrasca y el nevazo, que nos impedía tener los ojos abiertos, de nada aprovechaba. Podía sobrevenir cualquier grave accidente que hiciera fracasar todo; así que no anduvimos en total más que dos millas y media. La temperatura cuando acampamos era de  $-5-8^{\circ}$  F. y la altura sobre el nivel del mar de 9.780 pies.

Durante la noche el viento varió de Sureste al Norte con claridad y tiempo despejado. Esto nos sirvió de mucho, y no nos demoramos en aprovecharnos de la buena ocasión. Una superficie helada, que se alzaba paulatinamente, se extendía ante nuestra vista brillante como un espejo. Como en los días anteriores, me eché a andar adelante, armado de mis skis, mientras los otros sin ellos habían de seguir y aguantar los trineos. El suelo presentaba aún ciertas grietas colmadas de nieve, aunque con menos frecuencia que antes. Al mismo tiempo se empezaban a notar pequeños manchones de nieve en la lustrosa superficie, que en seguida aumentaban en número y dimensiones, hasta que pronto se agrandaron para juntarse y cubrir el molesto hielo con una capa blanca y suave. Entonces se recurrió nuevamente a los skis, y continuamos nuestro viaje al Sur satisfactoriamente.

Estábamos todos gozosos de haber por fin triunfado del insidioso glaciar, y nos felicitamos de haber llegado por último a la nava. Por ella caminábamos contentos, como dije, cuando de pronto surgió ante nuestra vista una prominencia que nos avisaba de que quizás no habían terminado todavía nuestras penalidades. El suelo había co-

menzado a descender levemente, y según nos íbamos acercando advertimos que teníamos que cruzar una cañada ancha, mas no profunda, antes de llegar a la prominencia Grandes ringleras de montículos y de masas de hielo, en forma de heniles, se veían por todas partes; nos dimos cuenta de que había que caminar con toda vigilancia.

Luego llegamos á una formación del glaciar, que denominamos la Sala de Baile del Diablo. Poco a poco, las capas de nieve que habíamos celebrado con tanto entusiasmo desaparecieron, y se mostró a nuestra vista el ancho valle despojado de abrigo, desolado y reluciente. Al principio lo seguimos bien; como era cuesta abajo, andábamos a buen paso por la superficie helada. De pronto, el trineo de Wisting tropezó, y se inclinó de un costado. Pronto supimos lo que había ocurrido; una de sus zapatas estaba en un barranco. Wisting se puso a trabajar con la ayuda de Hassel, para levantar el trineo y sacarlo de su posición peligrosa; mientras tanto, Bjaaland había dispuesto su máquina fotográfica. Acostumbrados a tales accidentes, Hassen y yo observábamos la escena desde un sitio algo más adelante de donde había tropezado el trineo. Como la fotografía exigía tiempo, yo sospeché que la barranca estaba llena de nieve y no ofrecía peligro especial, y que Bjaaland quería tener un recuerdo en su colección de fotografías de las numerosas barrancas y situaciones apuradas a que nos veíamos expuestos. No hubo necesidad de preguntar si la barranca estaba o no colmada. Yo me acerqué a felicitarles y a saber cómo les iba. «Perfectamente—me contestaron;—ahora mismo acabamos.» «¿Qué tal es la barranca?» «Como de ordinario—exclamaron.» «No se le ve el fondo.» Hago mención de este pequeño suceso no más que para mostrar cómo se llega uno a acostumbrar a todo en este mundo. Dos individuos, Wisting y Hassel, al borde de un abismo insondable, es-

pantoso, que se están dejando retratar tranquilamente; ninguno parece figurarse lo grave de la situación. A juzgar por sus risas y chanzas, nadie hubiera pensado en que su posición era tan peligrosa.

Cuando el fotógrafo, con todo reposo y calma, hubo acabado su obra, que por cierto era una vista notable de la escena, los otros dos levantaron el trineo y continuó el viaje. En esta barranca que encontrábamos ahora empezaba la Sala de Baile del Diablo. Su suelo, en realidad, no era muy malo. Cierto que la nieve había sido barrida por el viento, lo que hacía difícil el avance; pero no se veían muchas quebradas. Había muchas masas formadas por compresión, como las ya mencionadas, pero en sus mismas cercanías poco se notaba de trastornos relevantes. La primera señal que el suelo aquel ofreció de ser más traidor de lo que parecía, fué el ver que los perros de Hanssen, que iban los primeros, se hundían en aquella superficie, al parecer sólida, y se quedaban colgando de las guarniciones, pero pronto se les libró del atolladero. Cuando miramos el agujero que habían hecho en la costra, no nos pareció que fuera de mucho peligro a dos o tres pies; por bajo de la costra exterior asomaba otro estrato, formado, al parecer, de hielo pulverizado. Creímos que la superficie interna era la sólida, y que, en consecuencia, no había que temer una caída en la superior. Pero Bjaaland pudo sacar una impresión diferente. Se había atollado en la primera, y sin dársele nada por ello, seguía caminando, cuando de pronto tuvo que agarrarse a un cabo de cuerda del trineo si quiso salvarse, como lo hizo en un abrir y cerrar de ojos. A veces se atollaban los perros y los hombres también. Consecuencia de aquel espacio vacío que había entre las dos costras, era el que el suelo, al andar, retumbase como hueco de una manera desapacible. Los conductores azotaban a los perros con

todas sus fuerzas, y con gritos para alentarnos corrían velozmente sobre la traidora superficie. Afortunadamente, aquella extraña formación no se extendía mucho, y pronto empezamos a notar que mejoraba según íbamos ascendiendo a los montículos. En seguida supimos que la Sala de Baile era la despedida que nos daba el glaciar. Allí cesaban todos los accidentes del suelo, y tanto éste como él, andar iban siendo cada vez más favorables, y en poco tiempo tuvimos la satisfacción de ver que por fin habíamos vencido todas aquellas penosas asperezas. La superficie era ya lisa y cómoda cubierta de un excelente manto de nieve en dondequiera, y por ella avanzábamos rápidamente, alentados por sentimientos de seguridad y salvación.

## CAPÍTULO XII

### EN EL POLO

En la latitud 87° S., conforme a cálculos prudenciales, vimos la última parte del macizo montañoso del Noreste. La atmósfera estaba entonces todo lo clara que, al parecer, podía estar, y creíamos que nuestra vista dominaba cuanta tierra podía dominarse desde aquel sitio; pero nos engañamos, como luego se demostrará. La distancia recorrida aquel día (4 de Diciembre) llegó á más de veinticinco millas; la altura sobre el nivel del mar era de 10,100 pies.

El tiempo no continuó bueno muchos días. El siguiente (5 de Diciembre) soplabá galerna del Norte, y tornó a verse la llanura cubierta de ventisqueros de nieve; siguiéronse copiosos nevazos que nos cegaban y dificultaban grandemente la marcha; pero, poseídos de cierta idea de seguridad, encontrábamós en ella esfuerzo para avanzar velozmente y sin vacilaciones, aunque no podíamos ver nada. Aquel día encontramos nuevos estorbos en el camino; aquellas grandes y recias acumulaciones de carámbanos que hemos llamado *sastrugi*. No tenía nada de grato andar por ellas, especialmente con la dificultad de verlas. No nos servía de nada a los que abríamos la marcha querer adelantar, pues era casi imposible afianzar los pies. Tres o cuatro pasos podíamos dar a lo sumo sin tropezar.

Los *sastrugi* eran muy elevados, y las más veces escabrosos; si chocaba uno con ellos, era menester poseer más agilidad que un acróbata para sostenernos. El remedio que encontramos mejor para esto fué encomendar a Hanssen que abriera él la marcha. No fué de mucho gusto esta misión, ni para él ni para los perros, pero resultaba así mejor. Era inevitable algún que otro choque, mas con un poco de paciencia se consiguió llevar derecho el trineo. Los conductores tenían mucho que trabajar para aguantar los trineos por entre los *sastrugi*; pero al paso que los sostenían, hallaban sostén para sí mismos. Peor era para los que íbamos a pie; pero siguiendo la pista de los otros, podíamos notar los accidentes del terreno y superarlos. Hanssen merece alabanzas especiales por el modo con que guiaba por un suelo y con un tiempo como éstos. Es cosa difícil hacer andar a los perros esquimales cuando no pueden ver; pero Hanssen se las arreglaba bien, no sólo en esto, sino en llevar la cuenta de la brújula. No parece posible hacer esta clase de observaciones cuando la desigualdad produce choques que hacen girar la aguja incesantemente, y apenas se ha detenido, vuelve otra vez al mismo baile; mas siempre que hicimos alguna observación, pudimos ver que Hanssen había aprovechado los mínimos instantes de reposo tan bien que coincidían sin discrepar apenas. A pesar de todos los obstáculos y de no ver nada, indicaron los taquímetros de trineo una marcha de veinticinco millas. El hipsómetro marcó 11.070 pies sobre el nivel del mar; habíamos llegado a mayor altura que la del Matadero.

El 6 de Diciembre, bajo el mismo tiempo: nieve espesa, cielo y llanura confundiéndose en uno, sin que pudiera distinguirse nada. Sin embargo, hicimos espléndidos progresos. Los *sastrugi* poco a poco se iban nivelando, hasta que la superficie resultó perfectamente igual, y nos fué de

gran alivio tenerla así una vez más. Aquellas irregulardades con que constantemente nos tropezábamos eran una gran molestia; si las hubiéramos encontrado en una altitud regular, no nos hubieran importado mucho; pero en aquellas alturas, donde teníamos que detenernos para tomar aliento, cada vez que las pasábamos, no nos daban ciertamente mucho placer.

Aquel día pasamos de los 88° S. y acampamos en los 88° 9' S. Gran sorpresa nos esperaba en la tienda aquella noche. Yo pensaba encontrar, como en la noche anterior, que el punto de ebullición descendería algo; o, en otros términos, que continuaría alzándose el terreno; pero, con gran asombro nuestro, no sucedió así. El agua hirvió exactamente a la misma temperatura que el día anterior. Traté varias veces de convencerme que habría algún error, pero siempre obtenía el mismo resultado. Esto nos causó gran placer a todos, porque manifestaba que habíamos llegado a la cima de la nava.

El 7 de Diciembre empezó igual que el día anterior, con tiempo absolutamente brumoso; pero, como de ordinario, era imposible saber qué día tendríamos antes de la puesta del sol, si vale la expresión, que, a pesar de ser inexacta, no sé con cuál sustituirla. Aunque durante varias semanas el sol no se ponía, pido a mis lectores no extremen su crítica hasta notarme de impropiedad. Con viento ligero del Norte íbamos hacia el Sur con notable velocidad sobre un suelo perfectamente llano y buena marcha. El trabajo de la subida había quebrantado a los perros, aunque no muy gravemente. Ahora se habían vuelto muy voraces, y el medio kilo de pemmican que constituía su ración diaria, no era bastante a satisfacer sus estómagos. Todo el tiempo se lo pasaban buscando que comer, cualquier cosa que fuera. Al principio, se contentaban con objetos que veían sueltos, como correas de

skis, látigos, botas y cosas parecidas; pero como sabíamos sus propensiones, procuramos cuidadosamente que no pudieran encontrar estos suplementos de alimentación. No paraba aquí la cosa. Llegaron a atacar las correas fijas de los trineos, y si les hubiéramos dejado, pronto hubieran desarmado los trineos en sus varias piezas. Este remedio encontramos para evitarlo: todas las noches, al hacer alto, enterrábamos los trineos en la nieve, de modo que quedaran ocultos los correajes. Diónos buen resultado, pues, cosa rara, no se atrevieron ante aquella protección de la nieve.

Puedo mencionar, como cosa bien extraña, que estos voraces animales, que comían todo lo que encontraban hasta los remates de ebonita de las pértigas de ski, nunca intentaron asaltar las cajas de víveres. Iban y venían alrededor de los trineos con sus narices a la altura de las rendijas de las cajas, viendo y oliendo el pemmican, sin atreverse siquiera a tocarlas. Pero si se levantaba la tapa de alguna, ya no se contenían; comían presurosos y en tropel en torno á los trineos, con la esperanza de obtener ración extraordinaria, aunque no fuera más que algunas migajas. Yo no podía explicarme su conducta; la timidez no estaba arraigada en sus naturalezas; estoy más que seguro de ello.

Durante la tarde, la cortina de nubes, densa y fosca, empezó a espesarse más en el horizonte, y por primera vez, después de tres días, conseguimos ver unas cuantas millas en torno nuestro. Sentíamos la impresión de uno que se despierta de una larga siesta y se frota los ojos para mirar a su alrededor. Nos habíamos acostumbrado de tal manera a la semioscuridad de aquellos días, que la luz nos deslumbraba ahora. En tanto, las capas superiores de la atmósfera continuaban como antes, impidiendo al sol mostrarse obstinadamente. Necesitábamos de cualquier mane-

ra obtener una altura meridiana para fijar nuestra latitud; pero desde los  $86^{\circ} 47'$  S. no habíamos podido hacer ninguna observación, y no era fácil decir cuándo podríamos hacerla. Hasta ahora el tiempo en la meseta no había sido de ninguna manera favorable para ello. Aunque las perspectivas no prometían gran cosa, nos detuvimos a las once de la mañana, y nos dispusimos a observar el sol, si era bastante amable que se dejara ver. Hassel y Wisting empleaban un sextante y un horizonte artificial; Hanssen y yo, los demás instrumentos.

No sé si alguna vez habré estado tan ansioso e impaciente, esperando la salida del sol, como en esta ocasión. Si lográbamos hacer ahora una observación que concordara con nuestros cálculos hechos a bulto, sería posible, por muy mal que fuesen las cosas, llegar al Polo, ateniéndonos en lo sucesivo a una estimación menos segura; pero si no lográbamos alguna, esta estimación a bulto no podía garantizarnos que se reconociera nuestro derecho de ser los descubridores del Polo. Fuera que mi ansiedad ayudara a ello, o no, es lo cierto que el sol apareció muy brillante al principio; pero acostumbrados como estábamos a servirnos de los más pobres recursos, fué suficiente. Al empezar a declinar, registramos todos su altura y la comprobamos. La cortina de nubes se fué describiendo más y más, y antes de acabar nuestra operación, o sea antes de alcanzar la mayor altura y comprobar que empezaba a descender, brillaba en toda su magnificencia. Dejamos los instrumentos, y, sentándonos en los trineos, nos entregamos a nuestros cálculos. Puedo afirmar que estábamos todos muy excitados. ¿Cuál sería el resultado después de caminar a ciegas por tan largo tiempo y en tal terreno como el que habíamos recorrido? Sumábamos y restábamos, llegando por fin a la solución del problema. Nos miramos unos a otros con visible incredulidad. El resultado

fué tan sorprendente, que parecía cosa de hechicería:  $88^{\circ} 16' S.$ , exactamente, sin discrepar un minuto de lo que habían arrojado nuestros cálculos a bulto:  $88^{\circ} 16' S.$  Si hubiéramos tenido necesidad de ir al Polo sin verificar observaciones rigurosamente exactas, el más exigente convendría en que teníamos poder para hacerlo. Anotamos nuestras observaciones en los libros respectivos, comiendo una o dos galletas, y proseguimos la marcha.

Aquel día teníamos que llevar a cabo importante tarea: nada menos que conducir nuestra bandera a una región más al Sur de la que hubiera pisado ninguna otra planta humana. Teníamos nuestra bandera de seda preparada; la habíamos sujetado a dos pértigas de patinar y acomodado en el trineo de Hanssen. Yo le había ordenado que así que pasáramos la distancia  $88^{\circ} 23' S.$ , que fué la más remota a que llegó Shackleton, fuera izada la bandera en su trineo. A mí me correspondía ir delante, y así lo hice. No me costaba mucha dificultad aguantar la carrera. Había ante mí el imán que con más fuerza podía atraerme, y ya todo funcionaba maquinalmente. Hassel y yo entonces abrimos la marcha, luego venía Hanssen, después Wisting y, por último, Bjaaland. El precursor que no estaba de turno iba donde quería; generalmente acompañaba a uno u otro de los trineos. Yo por entonces parecía sumergido en un ensueño, muy apartado de la escena en que me movía. No recuerdo en qué estaba pensando, pero me había olvidado enteramente de lo que había a mi alrededor. De repente fuí despertado de mi ensueño por un grito de júbilo seguido de alegres exclamaciones. Me volví en seguida para saber la causa de este inesperado suceso, y me quedé sin poder hablar y como encantado.

Considero imposible expresar los sentimientos que se apoderaron de mí en aquel entonces. Todos los trineos es-

taban parados, y en el más delantero de ellos flameaba la bandera noruega. Ondeaba y se conmovía de modo tal, que su seda fruncía; era un encanto verla en aquel aire claro y sereno, destacándose entre la blanca y brillante superficie. Habíamos pasado la latitud  $88^{\circ} 23' S.$ ; habíamos llegado más al Sur que ninguno otro sér humano. No hubo momento en todo el viaje que como éste me impresionara. Las lágrimas se esforzaban por salir de mis ojos; ¡no las podía reprimir! Era aquella bandera la que me subyugaba, así como a mi voluntad. Afortunadamente, yo estaba un poco más adelante que los otros, así que tuve tiempo de recobrarme y dominar los movimientos de mi ánimo antes de llegar adonde estaban mis compañeros. Estrechámonos todos las manos con mutuas felicitaciones; habíamos llegado tan lejos juntos, y juntos llegaríamos aun más adelante, hasta el fin.

No pasamos de aquel sitio sin rendir el más alto triunfo de admiración al hombre que, en unión de sus valientes compañeros, había plantado la enseña de su patria mucho más cerca del Polo, sin comparación que ninguno otro de sus predecesores. El nombre de Sir Ernesto Shackleton figura siempre escrito en los anales de la exploración antártica con caracteres brillantes. La audacia y la fuerza de voluntad siempre se imponen a la admiración de las gentes, y yo no conozco ejemplo que mejor las represente que lo que este hombre ha llevado a cabo.

No hay para qué decir que las máquinas fotográficas funcionaron en aquella ocasión, obteniendo una fotografía del pasaje que ninguno de nosotros olvidará jamás. Proseguimos un par de millas más adelante, hasta llegar a los  $88^{\circ} 25'$ , y allí acampamos. El tiempo había mejorado y siguió mejorando aún más. Ahora había calma perfecta, claridad espléndida y una temperatura propia enteramente de verano: —  $0.4^{\circ} F.$  En el interior de la tienda el

calor era demasiado. Más del que habíamos esperado.

Después de considerarlo y discutirlo mucho, habíamos llegado al acuerdo de que debíamos establecer otro depósito, el último, en aquel sitio. Las ventajas de aligerar los trineos eran tan grandes, que teníamos que aventurarnos a hacerlo. Ni habría gran riesgo, después de todo, pues habíamos adoptado un sistema de señales que podía servir para guiar en el viaje de regreso hasta a un ciego. Habíamos determinado marcar la ruta, no sólo en los ángulos rectos que formaba, o sea de Este a Oeste, sino poniendo además almenaras de nieve a cada dos millas geográficas recorridas hacia el Sur.

Detuvimos allí el día siguiente para preparar el depósito. Los perros de Hanssen se conducían maravillosamente; nada al parecer les hacía efecto. Habían adelgazado no poco, desde luego, pero continuaban tan fuertes como siempre. Se decidió, en consecuencia, no descargar el trineo de Hanssen, sino sólo los otros; los tiros de Wisting y de Bjaaland habían padecido, principalmente el del último. La disminución de peso que se obtuvo fué considerable, unas 110 libras en cada trineo; dejando así en el depósito 220. La nieve de aquel lugar no era muy a propósito para edificar, pero aun así erigimos un respetable edificio. Dejamos en él pemmican para perros, y galletas. En los trineos llevábamos para nosotros víveres que podían durar un mes próximamente. Si, en consecuencia, teníamos la desgracia de pasar de largo este depósito sin verlo, tendríamos, sin embargo, bastante probabilidad de encontrar el del  $86^{\circ} 21'$ , antes de que empezaran a escasear las provisiones. La señal del cruce del depósito la hicimos con sesenta astillas de la envoltura negra de las cajas colocadas a un lado y otro con intervalo de cien pasos. A cada una se le puso una cubierta de tela negra en la punta. Las astillas del costado oriental esta-

ban todas marcadas de modo que al verlas pudiéramos conocer inmediatamente de qué lado estaba el depósito. Las otras no las señalamos.

El calor de aquellos días parecía haber madurado nuestras heladuras y presentábamos un aspecto horroroso. Wisting, Hanssen y yo eramos los que habíamos sufrido más con las últimas ventiscas del Sureste. La parte izquierda de las caras era una llaga viva empapada en pus y suero. Teníamos el aspecto de vagabundos y rufianes de la peor calaña, y hubiera sido difícil a nuestros allegados el reconocernos. Estas llagas eran una gran molestia para nosotros durante la última parte del viaje. La menor ráfaga de viento nos producía una sensación parecida a la que produciría un cuchillo mellado arañando las caras.

Duraron mucho tiempo, y aún me acuerdo que Hansen se quitaba la última costra cuando íbamos a Hobart, tres meses después. En la obra del depósito tuvimos suerte por lo que se refiere al tiempo; el sol aparecía en todo su esplendor, y tuvimos ocasión excelente para hacer observaciones muy provechosas acerca de su altura vertical, que fueron las últimas que obtuvimos en el viaje.

El 9 de Diciembre llegó con tiempo igual y con la misma claridad solar. Cierto que sentíamos el dolor de las llagas más vivo aquel día, en que la temperatura llegó a ser de — 18-4° F. y brisa no muy fuerte, que nos azotaba, pero esto no podía remediarse. Al punto, empezamos a erigir almenaras, y esta labor proseguimos con toda regularidad hasta el Polo. Las que hacíamos ahora no eran tan grandes como las que erigimos en la Barrera, pues nos persuadimos de que lo eran bastante con una altura de tres pies, como era fácil de ver la más mínima irregularidad en aquella superficie completamente a nivel. Según trabajábamos en esta obra, nos íbamos familiarizando

por completo con la naturaleza de aquella nieve; y con frecuencia, con demasiada, por desgracia, en este punto de la meseta austral situado a los  $88^{\circ} 25'$ , nos era difícil encontrar nieve a propósito, es decir, lo bastante sólida para formar con ella sillares. La nieve que aquí había parece que había caído con mucho sosiego, durante brisas ligeras o calma absoluta. Pudimos hincar el palo de la tienda, que era de seis pies de largo, sin encontrar resistencia alguna, lo que probaba que no había estrato de nieve duro. La superficie estaba también perfectamente a nivel, sin que se encontraran señales de *sastrugi* en ninguna dirección.

Cada paso que ahora dábamos hacia adelante nos acercaba rápidamente a nuestro objetivo. Sentíamos seguridad de alcanzarle en la tarde del 14, y era muy natural que nuestra conversación recayese principalmente sobre la fecha de nuestra llegada. Ninguno de nosotros quería confesar que estuviese nervioso; pero yo me inclino a creer que el que más y el que menos estaba afectado de esta dolencia. ¿Qué veríamos cuando llegáramos? Una llanura vasta, interminable, que ningún ojo hubiera visto antes y que ningún pie hubiera pisado? ¿O...? Pero no; era imposible; con la rapidez de nuestra marcha teníamos que llegar primero que nadie, sobre esto no había duda. Y sin embargo, siempre hay algún resquicio por donde la duda penetra y atormenta sin dejar en paz a los pobres cuitados. «¿Qué es lo que olfatea en el suelo Uroa?» Tal observación hizo Bjaaland en uno de aquellos últimos días cuando yo iba al lado de su trineo en conversación con él. «Y lo extraño es, que husmea hacia el Sur. No podrá ser...» Mylius, Ring y Suggen manifestaban el mismo interés concentrado en aquella dirección; y era muy extraño ver cómo alzaban las cabezas, con muestras de curiosidad, y ponían la nariz al aire, olfateando en de-

rechura al Sur. No podía menos de pensarse en que allí había de encontrarse algo singular.

Desde los  $88^{\circ} 25' S.$ , el barómetro y el hipsómetro fueron indicando lentamente, pero con toda certeza, que la meseta empezaba a descender. Esto constituía una sorpresa agradable para nosotros; pues así habíamos hallado, no sólo la cima de la nava, sino también la pendiente que nos llevara al otro lado lejos. Sería también dato importantísimo para adquirir una idea de la construcción de toda ella. El 9 de Diciembre, nuestras observaciones y cálculos a bulto coincidieron con la diferencia de menos de una milla. El mismo resultado obtuvimos al siguiente día: las observaciones dieron 2 kilómetros menos que las cuentas a bulto. El tiempo y el suelo venían a ser igual que en días anteriores: brisa ligera del Sureste y temperatura de  $-18.4^{\circ} F.$  La nieve era suelta, pero los skis y los trineos se deslizaron bien sobre ella. Lo mismo el 11. La temperatura  $-13^{\circ} F.$  Las observaciones y los cálculos volvieron a convenir exactamente, dando como latitud  $89^{\circ} 15' S.$  El 12 llegamos a  $89^{\circ} 30'$ , siendo inferior el resultado del cálculo en 1 kilómetro. La marcha y el piso, tan buenos como los demás días. El tiempo espléndido, con sol. Las observaciones del medio día nos dieron el día 13  $89^{\circ} 37' S.$ , y los cálculos a bulto  $89^{\circ} 38.5' S.$  Detuvimos aquella tarde después de haber recorrido ocho millas geográficas, y acampamos a los  $89^{\circ} 45'$ , conforme a nuestra cuenta.

El tiempo por la mañana fué cabalmente tan bello como antes; por la tarde tuvimos algunas rachas de nieve del Sureste. Aquella noche, en la tienda estábamos como en vísperas de una gran fiesta. Sentíamos que teníamos cerca un gran acontecimiento. Sacamos la bandera y la atamos como antes a los dos palos de patinar. Luego la arrollamos así atada, dispuesta para cuando llegara la oca-

sión. Yo me desperté muchas veces durante la noche y tuve la misma ansiedad, por lo que puedo recordar, que la que suele sentir un niño en la víspera de Nochebuena: expectación intensa de lo que iba de suceder. Si no fuera esto, con ningún otro motivo hubiera yo dejado de dormir.

La mañana del 14 de Diciembre vino con tiempo bellísimo, como si lo hubieran hecho de encargo para nuestra llegada al Polo. No estoy seguro, pero me parece que dimos fin a nuestro desayuno más aprisa que de costumbre y estuvimos fuera de la tienda más temprano, aunque hay que confesar que siempre hacíamos ésta con notable prontitud. Salimos en el orden acostumbrado: el precursor Hanssen, Wisting, Bjaaland y el otro precursor de reemplazo. A medio día habíamos llegado a los  $89^{\circ} 53'$ , según el cálculo a bulto, y estábamos dispuestos a recorrer el resto de un tirón. A las diez de la mañana había empezado á soplar una ligera brisa del Sureste, que trajo nubes, lo que nos impidió tomar la meridiana, pero las nubes no eran espesas y de cuando en cuando asomaba el sol. La marcha aquel día fué algo diferente de lo que hasta entonces había sido; a veces, los skis se deslizaban bien, pero otras no, ni mucho menos. Adelantamos aquel día de la misma manera maquinal que antes; casi no hablábamos; queríamos mirar principalmente. El pescuezo de Hanssen se hizo dos veces más largo de lo que era, por su empeño de ver unas pulgadas más adelante. Antes de partir, le había yo pedido que observara hacia adelante todo lo que mereciera ser observado, y así lo hizo; que no parecía sino que se ven-gaba. Pero, por mucho que miraba, no podía ver otra cosa que una llanura infinita que se extendía ante nosotros. Los perros dejaron de olfatear, y parecía que habían perdido el interés que antes demostraban por las regiones que rodean el eje de la tierra.

A las tres de la tarde, un «alto» simultáneo partió de

cada uno de los conductores. Habían examinado con toda diligencia sus taquímetros, y todos indicaban la distancia total, el Polo, según nuestros cálculos. Habíamos llegado al objetivo de nuestro viaje, que dimos por concluido. No puedo decir, aunque esto sería de más efecto, que había alcanzado el ideal de mi vida. Esto sería fingir algo descaradamente. Es más justo y más recto confesar que nunca he sabido de hombre alguno que se haya encontrado en situación más diametralmente opuesta al objeto de sus deseos de lo que yo lo estaba en aquel momento. Las regiones alrededor del Polo Norte, sí. Esas, el Polo Norte mismo me habían atraído desde la niñez, y ahora me encontraba en el Polo Sur. ¿Puede haber cosas más antagónicas?

Calculábamos ahora que estábamos en el Polo Sur. Por supuesto, ninguno de nosotros ignoraba que no era así con fijeza absoluta; hubiera sido imposible verificarlo con tiempo como aquel y con los instrumentos que teníamos a nuestra disposición. Pero estábamos tan cerca, que las pocas millas que tal vez nos separaran de él no serían cosa importante. Nuestra atención era hacer una circunferencia alrededor de este campo, de un radio de 12 millas y media (20 kilómetros), y contentarnos con esto. Hecho alto, nos reunimos y nos felicitamos mutuamente. Teníamos buenos motivos para considerarnos unos a otros con lo que habíamos realizado, y esto creo que significaba el recio apretón de manos que cambiamos. Después de esto procedimos al acto más importante y solemne de todo el viaje: a plantar nuestra bandera. Orgullo y afecto irradiaban de los ojos que contemplaban la amada enseña al desarrollarse con un agudo crujir, y al ondear sobre el Polo. Yo determiné que el acto de plantarla, acontecimiento histórico verdaderamente, debían compartirle todos; no debía hacerlo uno solo, sino todos los que habían consa-

grado sus vidas en este empeño, y habían compartido penas y alegrías. Era ésta la única manera en que podía mostrar mi gratitud a mis camaradas en aquel paraje desolado. Veía que lo comprendían así, y lo aceptaban con el mismo espíritu con que se les ofrecía. Cinco manos ateridas, ensabonadas, agarraron el asta, levantaron la ondeante bandera al viento, y la plantaron de un golpe en el Polo Sur geográfico, diciendo: «Te plantamos, bandera querida, en el Polo Sur, y damos a la llanura en que está situado, el nombre de «Meseta del Rey Haakon VII». Ninguno de los allí presentes podrá olvidar nunca este momento.

En estas regiones se prescinde de prolijas ceremonias; cuanto más breve, mejor. En seguida se reanudó nuestra vida cotidiana. Cuando tuvimos levantada la tienda, Hanssen salió a buscar a Helge para sacrificarlo, y fué gran pesadumbre haber de deshacerse de su mejor amigo. Helge había sido un perro excepcionalmente útil y manso; sin la más mínima resistencia tiraba de la mañana á la noche del trineo, sirviendo de ejemplo magnífico a todos los otros perros de su tiro. Pero durante la última semana había decaído mucho, y al llegar al Polo no era Helge ya sombra de lo que había sido. Era un estorbo para los otros y no podía trabajar absolutamente nada. Un golpe en la cabeza, y Helge había cesado de vivir. «Lo que es muerte para uno es alimento a los otros.» Este dicho tenía su aplicación más completa en estas matanzas de perros. Helge fué descuartizado en aquel mismo sitio, y al cabo de un par de horas nada quedaba de él sino los dientes y el mechón de pelo en que terminaba su rabo. Este fué el segundo perro que perdimos de los diez y ocho que nos habían quedado. El otro, llamado Alcalde, uno de los más hermosos de Wisting, nos abandonó en la latitud 88° 25' S., y no se le volvió a ver. Estaba horriblemente

demacrado y debió perecer en su huida. Nos quedaban ahora diez y seis perros, que pensamos distribuir en dos tiros, dejándonos allí el trineo de Bjaaland.

No hay para qué decir que aquella noche celebramos fiesta en la tienda, no ciertamente con taponazos de Champaña y raudales de vino, sino que nos hubimos de contentar con un trozo de carne de foca cada uno, que nos gustó sobremanera y nos sentó bien. Ninguna otra señal de fiesta hubo en lo interior de la tienda, y a fuera los chasquidos de la bandera azotada por la brisa. Nuestra conversación fué animada y hablamos de muchas cosas. Quizá también nuestros pensamientos volaban, nuncios de lo que habíamos hecho, hasta la patria.

Todo cuanto teníamos lo marcamos con las palabras «Polo Sur» y la fecha, para que en lo sucesivo sirviera de recuerdo. Wisting era peritísimo grabador y dejó lindas muestras de su habilidad en multitud de objetos. El tabaco, reducido a humo, no había hecho aún su aparición en la tienda. A lo sumo veía que algunos tomaban un poco de rapé de cuando en cuando; pero ahora variaron las cosas. Yo había llevado conmigo una antigua pipa de madera de espino que tenía inscripciones de muchos lugares de las regiones árticas, y quise entonces marcar el «Polo Sur» en ella. Cuando la saqué para este efecto recibí un regalo inesperado; Wisting me ofreció tabaco para el resto del viaje; tenía algunas tortas de pasta de tabaco en su morral, que gustó de verme fumar. ¿Podrá alguno comprender lo que vale oferta tal en semejante lugar, para quien como yo, a decir verdad, le agrada fumar después de las comidas? No todos lo podrán comprender suficientemente. Acepté, pues, el ofrecimiento, brincando de alegría, y en el viaje de regreso ya no me faltó ningún día mi pipa de pasta de tabaco fresco y bien picado. ¡Ah! Wisting colmó la medida; no sólo me daba el

tabaco, sino que todas las noches, y debo confesar que tardé en rendirme algo a la tentación, tomaba sobre sí la ingrata labor de picar la pasta y llenar mi pipa, aunque hiciera el peor tiempo del mundo.

Pero nuestra conversación no llegó a hacernos olvidar otras cosas. Como no habíamos tomado ninguna meridiana, teníamos que intentar hacer las observaciones a media noche. El tiempo había vuelto a clarear, y parecía que la noche se prestaría a obtener buena observación. Metímonos, pues, en los sacos-camas para esperar con comodidad dormitando las horas que faltaban. Al tiempo preciso, o sea a las once de la noche, estábamos prontos a tomar la altura del sol; el tiempo era inmejorable y la ocasión propicia. Todos cuatro tomamos parte en la operación y estuvimos vigilando el curso del sol. Era un trabajo de paciencia, pues la diferencia de altitud era poco perceptible entonces. El resultado que alcanzamos era de gran interés, pues ponía de manifiesto cuán expuesta a error y sin valor es una sola observación de este género en aquellas regiones. A las doce treinta de la madrugada dejamos nuestros instrumentos, satisfechos de nuestra operación y plenamente convencidos de que habíamos tomado la altitud de la media noche. Los cálculos a que procedimos inmediatamente después, nos dieron  $89^{\circ} 56'$  S. Estábamos contentos de este resultado.

Decidimos entonces trazar alrededor de nuestro campamento una circunferencia con un radio de doce millas y media. Hacer este círculo no quiere decir que nos pusiéramos a recorrer esta curva; tal cosa nos hubiera entretenido algunos días. La manera como lo hicimos fué ésta: Tres hombres salieron en tres direcciones diferentes: dos formando ángulo recto con el camino que iniciaron, y otro había de seguir dicho camino más adelante. Para llevar a cabo esta operación elegí a Wisting, Hassel y

Bjaaland. Habiendo concluido nuestras observaciones, pusimos la cacerola al fuego para proporcionarnos un sorbo de chocolate; el placer de salir vestidos algo ligeramente no había contribuido a calentarnos. Estábamos entretenidos en tragar la ardiente bebida cuando Bjaaland, de pronto dijo: «Me gustaría empezar ahora mismo la operación esa del círculo. Tiempo sobrado tenemos para dormir cuando volvamos.» Hassel y Wisting opinaron exactamente lo mismo, y se convino que se pondrían a la obra en seguida. Otro ejemplo del buen ánimo que prevalecía en nuestra pequeña comunidad. Acabamos de hacer la tarea de toda una jornada, diez y ocho millas y media de marcha, y ya estaban pensando en que se les permitiera andar otras veinticinco millas. Parecían gente que no se cansaba nunca. Convertimos, pues, esta bebida en un pequeño desayuno; quiero decir, que cada uno añadió al chocolate su ración de pan, cuanta quiso, y luego empezaron la tarea. Primeramente se hicieron tres sacos de tela ligera impermeable, y en cada uno de ellos se puso un papel en que se indicaba la posición de nuestro campo. Luego, cada uno llevó un trozo de tela cuadrado del mismo material para hacer una banderola obscura, para que pudiera verse a distancia. Como astas se emplearon los cursores de respeto de los trineos, que eran de doce pies de largo y fuertes, y que además pensábamos quitar para aliviar de peso a los trineos todo lo posible en nuestro viaje de regreso.

Equipados de esta manera y con treinta galletas como ración extraordinaria, salieron los tres en las direcciones preñadas. Su marcha no estaba de ningún modo exenta de peligros, y honra grandemente a los que la emprendieron, no ya sin hacer la más mínima objeción, sino con la más viva diligencia. Consideremos un momento el riesgo que corrieron. Nuestra tienda, situada en una llanura in-

finita, sin señales de ningún género, venía á ser como una aguja en un pajar. De ella habían de partir tres hombres para una caminata de doce millas y media. Las brújulas eran buenas de llevar, pero las de los trineos eran demasiado pesadas e inadecuadas para su transporte. Cierto que contaban con el sol al salir; pero, ¿quién podía predecir lo que duraría? El tiempo era muy bueno, mas no era posible asegurar que no sobrevendría cualquier cambio repentino. Si, por desgracia, se ocultaba el sol, no podrían auxiliarse de la observación de sus pisadas; que confiar en éstas en tales regiones es cosa de peligro. Antes de darse uno cuenta de en dónde está, se puede convertir toda la planicie en una masa de nieve que borra toda huella en menos tiempo del que tardaran en formarse. Esto habíamos experimentado muchas veces con los cambios rápidos de viento; así es que no era ello imposible. No puede haber la menor duda de que aquellos tres hombres, al salir de la tienda a las dos y media, arriesgaban su vida, y bien lo sabían ellos; pero si alguien se figura que por tal causa se despidieron de nosotros con solemnes adioses, se engañan en gran manera. Ni pizca; cada uno se marchó en la respectiva dirección con risas y algazara.

Lo primero que Hanssen y yo hicimos fué preparar una porción de cosas de menor cuantía que no había que dejar para después, y principalmente teníamos que prepararnos para llevar a cabo entre todos una serie de operaciones, como determinar con el mayor esmero posible nuestra posición. La primera observación que hicimos nos indicó bien a las claras la necesidad de hacerlo, porque resultaba por ella que arrojaba, en vez de una altura mayor que la de las observaciones nocturnas, una menor, y se comprendía evidentemente que nos habíamos desviado del meridiano que creíamos seguir. Así que, ante todo,

teníamos que hallar la línea de Norte a Sur y determinar la latitud para poder fijar nuestra posición. Por buena ventura, el tiempo parecía con tendencia a sostenerse. Medimos la altura del sol de hora en hora, desde las seis de la mañana hasta las siete de la tarde, y de estas observaciones dedujimos, con cierto grado de certeza, nuestra latitud en la dirección del meridiano.

A las nueve de la mañana empezamos a esperar el regreso de nuestros camaradas; conforme a nuestra cuenta, debían haber recorrido la distancia fijada de veinticinco millas. No eran las diez cuando Hanssen percibió un primer punto negro en el horizonte y poco después los otros dos. Ambos dimos un suspiro de alivio al verlos llegar; y casi a un tiempo estuvieron los tres en la tienda. Dijimosles el resultado de nuestras observaciones efectuadas durante su ausencia; parecía que nuestro campamento estaba situado a los  $89^{\circ} 54' 30''$  S., y que el Polo efectivo quedaba incluido dentro del círculo trazado. Con este resultado podíamos darnos por satisfechos; pero como el tiempo era tan bueno y parecía que había de continuar lo mismo, y nuestra reserva de víveres examinada era muy copiosa, decidimos seguir los diez kilómetros que nos faltaban (cinco millas y media geográficas) y determinar con la mayor fijeza nuestra posición más cercana posible al Polo. Entretanto, los tres exploradores entraron en la tienda, no precisamente porque estuvieran cansados, sino porque se lo tenían bien merecido, y Hanssen y yo proseguimos nuestras series de observaciones.

Por la tarde volvimos a revisar cuidadosamente nuestro caudal de provisiones antes de discutir los proyectos para el porvenir. Resultaba que teníamos alimentos bastantes para nosotros, y los perros, por un período de diez y ocho días. Los diez y seis perros que quedaban los repartimos en dos tiros de a ocho, y el contenido del trineo

de Bjaaland lo distribuimos entre los de Hanssen y Wisting. El trineo abandonado lo pusimos cubierto sobre la nieve, sirviendo de señal inmejorable. El taquímetro del trineo lo atornillamos en él, pues con los otros dos teníamos suficiente para el viaje de regreso; todos habían funcionado muy bien. Un par de cajas de víveres vacías quedaron allí también. Escribí con lápiz en una tabla que nuestra tienda «Pohheim» se encontraría a cinco millas y media geográficas Noreste del cuadrante Oeste, marcado en la brújula del trineo. Arregladas todas estas cosas en el mismo día, volvimos a la tienda muy complacidos.

A la mañana siguiente temprano (16 de Diciembre), ya estábamos en pie otra vez. Bjaaland, que ahora dejaba de pertenecer a la compañía de conductores, fué recibido con júbilo en la de precursores, e inmediatamente se le confirió la honrosa misión de guiarnos a todos hasta el Polo Sur. Yo le conferí este honor como homenaje de gratitud a los valientes patinadores que tanto habían trabajado por el progreso de este ejercicio. El guía tenía que seguir en aquella razón una línea completamente recta, a ser posible, el mismo meridiano nuestro. Poco trecho después de Bjaaland, iba Hassel, luego Hanssen, después Wisting, y yo bastante más detrás. De esta manera podía verificar la dirección de la marcha con mucha precisión y ver que no se producían desviaciones considerables. Bjaaland, en esta ocasión, se mostró guía sin igual; todo el tiempo caminó en derechura sin inclinarse una vez siquiera a un lado o al otro y cuando llegamos al término que habíamos de alcanzar, podíamos ver aún con claridad el trineo que habíamos dejado erguido, sirviéndonos de punto de referencia, lo que indicaba que habíamos andado en dirección absolutamente invariable.

Eran las once de la mañana cuando llegamos al punto de nuestro destino. Mientras unos nos dedicamos a plan-

tar la tienda, los otros empezaron a preparar lo necesario para obtener las observaciones oportunas. Levantóse un pedestal de nieve sólido en que había de colocarse un horizonte artificial, y otro más pequeño para sostener el sextante cuando no hubiera que emplearlo. Distribuímonos en dos secciones: Hanssen y yo formamos una, Hassel y Wisting, la otra. Cuando los unos dormían, los otros tomaban observaciones, y las guardias eran de seis horas cada una. El tiempo era del todo magnífico, pero el cielo no siempre estaba perfectamente claro. Una cortina de vapores ligerísima y tenue se extendía de vez en cuando por el cielo, y luego, de repente, se desvanecía. Esta película de nieblas no era lo bastante espesa para ocultar el sol que podíamos ver constantemente, pero la atmósfera parecía perturbada. Como consecuencia parecía que el sol no modificaba su altura durante varias horas, y luego, de pronto, hacía como si saltara.

Ahora tomábamos las observaciones de hora en hora durante las veinticuatro. Era bien extraño entrar en la tienda a las seis de la tarde, y luego, a media noche, encontrar el sol al parecer a la misma altura, y otra vez, a las seis de la mañana, verlo aún bajo. Claro es que había cambiado la altura, pero tan levemente, que no podía percibirse a simple vista. Parecía como si el sol efectuase el mismo circuito a una altura exactamente igual siempre. Las horas que aquí se han dado están calculadas conforme al meridiano de Framheim; continuamos haciendo el cómputo en esta forma. Las observaciones nos mostraron en seguida que no estábamos en el Polo absoluto, pero sí tan cerca de él como podíamos lograr con nuestros instrumentos. Las hemos sometido al Sr. Antón Alexander, que las publicará, y su resultado aparecerá en este libro.

El 17 de Diciembre, a medio día, habíamos completado

nuestras observaciones, y estamos seguros de haber hecho cuanto podía hacerse. Para acercarnos si era posible algunas pulgadas más al Polo actual, Hanssen y Bjaaland salieron a recorrer cuatro millas (siete kilómetros) en la dirección del meridiano nuevamente hallado.

Bjaaland me llenó de sorpresa aquel día a la hora de la comida. Durante el viaje no se habían hasta ahora pronunciado discursos, pero entonces Bjaaland, sin duda, creyó llegada la ocasión, y nos llenó de admiración a todos con una oración verdaderamente bella. Mi estupor llegó al límite cuando, al concluir su perorata, sacó una caja de cigarros llena y nos ofreció una ronda de ellos. ¡Cigarros en el Polo! ¿Qué decís a esto? Pero no paró aquí la cosa. Cuando repartió la ronda aún quedaban cuatro cigarros en la caja. Yo me sentí muy conmovido viendo que me alargaba la caja y los cigarros, diciéndome estas palabras: «Guardadlos como un recuerdo del Polo.» Tomé la caja, que he conservado con gran solicitud siempre y que conservaré como una de las muchas pruebas venturosas de la amabilidad de mis compañeros en el viaje. Los cigarros los repartí después en la Nochebuena, que contribuyeron a solemnizar gratamente.

Terminada aquella comida de fiesta en el Polo, empezamos nuestros preparativos de regreso. Primeramente instalamos la tienda pequeña que habíamos traído para el caso de que fuera necesario dividirnos en dos grupos. Había sido confeccionada por nuestro hábil maestro de velas Rønne, y estaba hecha de tela gabardina muy delgada y resistente contra el viento. Su color oscuro la hacía fácilmente visible sobre la blanca superficie. Al mástil de la tienda se ató otro, con lo que su altura llegaba a unos 13 pies. En la punta sujetamos fuertemente una pequeña bandera noruega, y debajo una flámula en que estaba pintado el *Fram*. La tienda estaba bien amarrada con ca-

bles por todas partes. Dentro de la tienda, en un pequeño saco, dejé yo una carta dirigida a su Majestad el Rey con la relación de lo que habíamos llevado a cabo. La vuelta a la patria era larga, y podían pasar muchas cosas que nos impidieran dar cuenta de nuestra expedición. Además de esta carta, escribí una esquila para el capitán Scott, que pensaba yo sería el primero que encontraría la tienda. Las otras cosas que dejamos eran un sextante con un horizonte de cristal, una caja de hipsómetro, tres folgos de piel de reno, algunas zamarras y guantes.

Puestas todas estas cosas allí, entramos en la tienda uno por uno, y escribimos nuestros nombres en una tablilla sujeta a su mástil. En aquella ocasión recibimos los plácemes de nuestros compañeros por el feliz resultado, pues encontramos escritos en un par de tiras de cuero, cosidas a la tienda, los siguientes mensajes: «Felicidades» y «Bien llegados al 90°». Estas felicitaciones, que tan sin pensarlo encontramos, nos llenaron de buen humor. Las firmaban Rönne y Beck, que manifestaban así su fe en nosotros. Acabado esto, salimos y amarramos sólidamente la tienda para que no hubiera temor de que el viento prendiera en ella por algún sitio.

Adiós, pues, a Polheim. Momento solemne fué cuando nos descubrimos e hicimos nuestras despedidas de la tienda y de la bandera. En seguida preparamos la tienda del viaje y los trineos. Ahora iba a empezar nuestro regreso a casa; pero paso a paso, milla a milla, hasta recorrer toda aquella gran distancia. Buscamos nuestras antiguas huellas y nos encaminamos por su rastro. Muchas veces nos volvíamos para mirar a Polheim. Blancas capas de vapores se interceptaron luego, y al poco tiempo lo último que se veía de Polheim, nuestra pequeña bandera desapareció de nuestra vista.

## CAPÍTULO XIII

### VUELTA A FRAMHEIM

La marcha era excelente y nuestro ánimo lo mismo, así es que avanzábamos a buen paso. Casi podía creerse que los perros mismos sabían que regresábamos. Un viento benigno, como de verano, con una temperatura de — 2-2° F., fué el último saludo que nos dió el Polo.

Cuando llegamos a nuestro último campamento en que habíamos dejado el trineo, nos detuvimos y tomamos algunas cosas. Desde aquel punto caminamos siguiendo la ruta de las almenaras. Nuestras huellas eran ya muy confusas; pero Bjaaland, gracias a su vista excelente, las siguió muy bien. Mas las almenaras desempeñaban de tan perfecta manera su cometido, que casi sobraba la inspección de las pisadas. Aunque no eran de más de tres pies de altura, eran muy visibles sobre la nivelada superficie. Cuando el sol caía en ellos, brillaban como focos eléctricos; y cuando daba del lado opuesto, proyectaban sombras tan oscuras que se hubieran tomado por rocas negras. Propusimos en lo sucesivo viajar de noche, pues tenía esto muchas e importantes ventajas. En primer lugar, teníamos el sol a la espalda, lo que era un gran alivio para los ojos. Marchar contra el sol sobre una superficie nevada como aquélla, era infinita molestia para los ojos, aun cuando llevásemos buenas gafas contra la nie-

ve; pero con el sol detrás es cosa de poca importancia. Otra ventaja grande, de que por el pronto no nos dimos cuenta, era que el sol daba en la tienda en las horas más calurosas del día, y durante ellas teníamos ocasión de poner a secar nuestros vestidos húmedos, y así por este estilo. Esta última ventaja, sin embargo, era dudosa, como se verá a su tiempo.

Era de gran comodidad andar de espaldas al Sur. El viento, que hasta entonces había sido de este cuadrante, nos ocasionaba mucho dolor en nuestras caras llagadas; ahora lo tendríamos al revés, y de esta manera nos auxiliaría grandemente mientras llegaba el tiempo de curarnos. Otra cosa que nos hacía desear llegar pronto a la Barrera, es que allí podíamos respirar libremente; pues en aquellas alturas rara vez podíamos respirar con desahogo; si teníamos que decir *sí*, teníamos que hacerlo en dos esfuerzos. Las condiciones asmáticas en que estuvimos las seis semanas de nuestra estancia en la meseta, eran harto desagradables. Habíamos fijado en quince millas geográficas el recorrido diario de nuestro viaje de regreso. Teníamos, sin duda, muchas ventajas ahora, en comparación con el viaje anterior, que nos permitían realizar marchas más considerables que ésta; pero teníamos temor de cansar demasiado a los perros y de perderlos tal vez antes de ir muy lejos, si nos comprometíamos a marchas cotidianas mayores. Pronto se vió que habíamos calculado muy por bajo el poder de nuestros perros; la distancia mencionada la recorrían en sólo cinco horas, con lo que nuestro descanso era mayor.

El 19 de Diciembre matamos el primer perro en nuestro viaje de regreso. Era Lasse mi perro favorito, que estaba completamente estropeado, y no servía ya para nada. Dividióse en quince porciones las más iguales que se pudo, y se dividió entre sus compañeros. Estas comidas extraor-

dinarias, que tuvieron lugar de cuando en cuando en el viaje a casa, fueron no pequeña causa del fructífero trabajo que realizaron. Parecía aprovecharles notablemente este régimen de carne fresca, que los restauraba para varios días y les ayudaba a trabajar más fácilmente.

El 20 de Diciembre empezó con tiempo riguroso, brisa del Sureste, y nieblas y obscuridad. Perdimos el rastro, y muchas veces nos tuvimos que valer de la brújula. Pero, como de costumbre, aclaró de pronto, y nuevamente volvimos a tener ante nuestra vista la planicie despejada y cómoda. Hacía verdadero calor, como que tuvimos que quitarnos todo lo más del abrigo, y aun así, nos chorreaba el sudor. No estuvimos mucho tiempo sin orientarnos; nuestras excelentes almenaras nos servían admirablemente, y una tras otras aparecían en el horizonte, reflejando vivos destellos hasta conducirnos al depósito principal que habíamos establecido en el paralelo 88° 25' S. Ahora íbamos ascendiendo suavemente, pero de una manera tan insensible, que no lo advertíamos. El hipsómetro y el barómetro, sin embargo, no podían engañarnos, y ambos acusaron un descenso en el punto preciso en que el viaje de ida habían indicado subida. Aunque no lo hubiéramos advertido, ya nos lo parecía lo que puede ser obra de la imaginación, pero a mí se me figuraba notar la subida por la manera de respirar.

Nuestro apetito había aumentado de una manera alarmante en estos últimos días, y parece que los que íbamos en skis teníamos más ganas que los de los trineos. Hubo días (pocos se ha de decir) en que Bjaaland, Hassel y yo hubiéramos tragado guijarros sin pestañear. Los conductores no daban semejantes señales de gazuza. Quizá fuera esto debido, y tal se me ocurre creer, a que ellos podían apoyarse en los trineos, y de esta manera conseguir un descanso y auxilio del que nosotros teníamos que prescin-

dir. Parecía poca cosa descansar una mano en el trineo en marcha, pero al cabo de una larga caminata no deja de apreciarse algún alivio. Afortunadamente, íbamos tan bien provistos, que cuando nos sobrevinía esta sensación de hambre podíamos aumentar nuestras raciones diarias. Al volver del Polo aumentamos nuestra ración de pemmican, resultando que nuestros salvajes apetitos encontraron de su gusto un alimento grosero cada día más echado a perder. Nuestro programa cotidiano fué dispuesto de manera que empezábamos a desayunarnos a las seis de la tarde, y a las ocho estábamos, por lo general, prontos a emprender la marcha. A la una de la noche, poco más o menos, ya estaban recorridas las quince millas prefijadas, y podíamos otra vez instalar la tienda, aderezar la comida y reposar. Pero este reposo pronto se nos hizo insoportablemente largo, sin contar con el calor terrible (si se tiene en cuenta las circunstancias), que nos obligaba a salir de los sacos-camas y dormir sin abrigo ninguno. Estos descansos de doce, catorce y a veces de diez y seis horas, era lo que más apuraba nuestra paciencia en los primeros días de nuestro viaje de regreso. Bien se nos alcanzaba que tanto descanso era innecesario, pero seguimos de esta suerte en lo que no se terminara el viaje por las tierras altas. Nuestra conversación por entonces, las más veces, giraba sobre la manera de pasar mejor estas esperas innecesarias.

El 20 de Diciembre, el bueno, fiel y concienzudo Per quedó sin fuerzas tan por completo, que hubo que llevarle en el trineo hasta terminar la marcha de aquel día. Al llegar al sitio en que habíamos de acampar, se le dió su recompensa. Un golpe no muy recio con el revés del hacha fué bastante; sin producir el más mínimo rumor, el consumido animal expiró, perdiendo Wisting en él uno de sus mejores perros. Era un animal interesante; siempre se le

veía vagar tranquilamente, sin tomar parte nunca en las peleas de los otros; de su aspecto y conducta podía inferirse engañosamente que era un animal apocado, sin provecho para nada. Pero cuando le veíamos enganchado, ¡qué valientemente se portaba! Sin necesidad de gritos ni latigazos tiraba gallardamente de la mañana a la noche, y no había otro como él para el tiro. Pero, al igual que otros afines suyos en carácter, estaba destinado a no seguir más allá; flaqueó, fué muerto y comido.

La Nochebuena se acercaba velozmente. Para nosotros no había de figurar como fiesta especial, porque teníamos que trabajar cuanto las circunstancias nos lo permitieran. Aquella noche deberíamos llegar a nuestro depósito, en donde celebraríamos la Navidad con un plato de potaje. La víspera de la noche sacrificamos a Svartflekken, que no nos dió mucha pena. Svartflekken era uno de los perros de Hassel, que había merecido siempre castigos. Hallo en mi diario la nota relativa a esta noche, redactada en estos términos: «Sacrificado Svartflekken. Ya no podía hacer más, aunque ya se le veía en su aspecto. Mal carácter. Si hubiera sido hombre, hubiera terminado en un presidio.» Estaba relativamente gordo y fué devorado con satisfacción evidente. Llegó la Nochebuena; el tiempo estaba algo variable: tan pronto encapotado como claro cuando salimos a las ocho de la noche anterior. No teníamos que andar demasiado para llegar a nuestro depósito. A las doce de la noche llegamos con el tiempo más espléndido, sereno y cálido. Ahora teníamos por nuestra toda la Nochebuena, y podíamos disfrutar de ella a nuestras anchas. Tomamos todo lo que había en el depósito y lo repartimos entre los dos trineos. Wisting, que hacía de cocinero aquel día, recogió todas las migajas de galletas y las puso en un saco. Entróse en la tienda y lo machacó vigorosamente, obteniendo así una harina de galletas. Con esto, y una salsa

de leche seca, logró hacer Wisting un potaje exquisito, plato propio de la festividad. Dudo que haya habido quien saboreara en su casa su festín de Navidad tan regaladamente como nosotros el nuestro en la tienda. Uno de los cigarros de Bjaaland acabó de llenar de buen humor el campamento.

Otra cosa de la que hubimos de regocijarnos fué la de que en él llegamos a la cumbre de la nava, y después de dos o tres días más empezariamos a bajar, y finalmente, llegaríamos a la Barrera y a aquellos lugares tan frecuentados por nosotros. Nuestra marcha cotidiana había sido hasta entonces interrumpida no más que por uno o dos altos; deteniamonos para dar descanso a los perros y descansar nosotros mismos. En la víspera de Navidad establecimos un nuevo orden de cosas, y recorriamos la distancia total, quince millas geográficas, sin detenernos. Nos parecía mejor este arreglo, después de todo, y por lo visto, también a los perros. Por lo general, era dificultoso ponernos a andar de nuevo inmediatamente después del descanso; se emperza uno, quizá demasiado, y es preciso recobrar la agilidad.

El día 26 pasamos el 88° S. con buena marcha. El suelo denotaba haber estado expuesto a la poderosa radiación solar después de haberlo dejado nosotros, pues había quedado completamente liso. El andar por aquella superficie bruñida era como deslizarse por el hielo mismo, pero con la diferencia ventajosa de que aquí los perros tenían donde afianzarse. Esta vez veíamos el macizo montañoso aun en los 88°, y nos tenía reservadas grandes sorpresas. Resultaba evidente que era la misma cordillera pujante que corre al Sureste que habíamos visto antes, pero esta vez se extendía considerablemente hacia el Sur. El tiempo estaba radiante de claridad, y podíamos notar que el campo de visión era muy grande. Cumbre tras cumbre, iba

extendiéndose la cordillera hacia el Noreste, hasta que gradualmente desaparecía; pero, a juzgar por la atmósfera, aún se prolongaba más allá de lo que nuestra vista alcanzaba en la misma dirección. De manera es que para mí está fuera de duda que esta cadena de montes atraviesa el continente antártico. Aquí encontramos un ejemplo indiscutible de cuán engañosa es la atmósfera en aquellas regiones. Un día que aparecía perfectamente claro habíamos dejado de ver las montañas del paralelo 87°, y ahora las veíamos con tanta nitidez como las que observábamos en el 88°. Decir que esto nos asombraba es débil expresión. Mirábamos y mirábamos incapaces enteramente de reconocer nuestra posición; poco esfuerzo de adivinación era menester para asegurarnos que la enorme masa montañosa que se erguía alta y brillante en el horizonte era el monte Thorvaldo Nilsen. Diferentísimo sin comparación se nos presentaba ahora de lo que lo habíamos visto cuando nos despedimos de él. Es entretenido leer mi diario de aquel tiempo, y ver la persistencia con que tomábamos referencias del país todos los días, y siempre lo encontramos cambiado. Ni éramos para reconocer aquella vasta montaña hasta que el monte Helmer Hanssen empezó a destacarse de la llanura.

El 28 de Diciembre pasamos la cumbre de la planicie y empezamos a descender. Aunque la inclinación no era perceptible a simple vista, podían advertirse sus efectos fácilmente en los perros. Wisting empleaba una vela en su trineo, y pudo aguantarle ayudado de Hanssen. Si alguno hubiera visto la comitiva que venía caminando por la meseta en aquella ocasión, apenas hubiera creído que por setenta días habíamos estado allí atascados. Habíamos tenido siempre el viento a nuestra espalda, con sol y calor todo el tiempo. Ahora no había que pensar ni en emplear el látigo; los perros estaban reventando de salud, y

daban recios tirones de los arrees para salir adelante. Ocasión trabajosa para nuestro digno precursor; tenía, en efecto, que aguijar para ir un trecho delante de los perros de Hanssen. Wisting, con la vela desplegada y sus perros aullando de alegría, venía inmediatamente detrás. Hassel también tenía faena con sólo seguirles, y yo, poco más o menos. El suelo estaba absolutamente bruñido, y durante largos trayectos teníamos que apoyarnos en nuestras pértigas. Los perros estaban completamente cambiados una vez que volvimos del Polo; por extraño que parezca, es, sin embargo, cierto que iban reponiendo carnes de día en día, y hasta engordando. Creo que el alimentarlos con carne fresca y pemmican obraba este milagro. Pudimos aumentar nuestra ración de pemmican desde el 28 de Diciembre, y la ración diaria era de una libra (de 450 gramos) por hombre, y no podíamos con más, por mi parte al menos.

El 29 de Diciembre descendimos aún más, cosa pesada para patinar. Los conductores iban airosoamente al lado de sus trineos, dejándose llevar por la llanura a un paso verdaderamente extraordinario. La superficie estaba colmada de *sastrugi* alternados de espacios compactos como hielo. ¡Dios me valga! ¡Y lo que teníamos que trabajar los patinadores para sostenernos en equilibrio. Bjaaland, como si tal cosa... Se deslizaba rapidísimo, por muy malo que estuviera el suelo. Pero con Hassel y conmigo ya era otra cosa. Yo veía como Hassel alargaba, cuándo su brazo, cuándo una pierna, haciendo esfuerzos desesperados para mantenerse en pie. Afortunadamente, a mí mismo no me podía ver; que si hubiera podido, bien creo que habría estallado en carcajadas. Aquel día, en las primeras horas, vimos el monte Helmer Hanssen. La tierra ahora se arrollaba en amplias ondulaciones, cosa que no habíamos advertido en nuestro viaje de ida, a causa de la niebla.

Tan altas eran aquellas ondulaciones, que pronto nos impidieron ver más allá. Lo primero que vimos del monte Hanssen fué desde la cima de estas ondulaciones enormes: asemejábase a la cumbre de un pequeño montículo que surgiera inmediatamente de la planicie. Al pronto no caímos en lo que era, sino hasta el día siguiente, que lo comprendimos con certeza, por las masas de hielo que revestían la cumbre de la montaña que teníamos enfrente. Como ya he indicado, sólo ahora teníamos certidumbre de ir por el verdadero camino; todo lo demás del país que veíamos era enteramente extraño para nosotros. Nada absolutamente reconocíamos.

El día 30 pasamos el 87° S., acercándonos así rápidamente al Salón de Baile del Diablo y al Glaciar. El día siguiente hubo tiempo bellísimo con temperatura de—2-2° F. y una excelente brisa a la espalda. Con gran alegría nuestra dimos vista a la tierra que rodea al Matadero. Aún estaba bien lejos, sin duda, pero favorecía su visión el espejismo del aire soleado y caliente. Mucha suerte tuvimos en el viaje de regreso, extraordinaria, escapando sin novedad de Salón de Baile del Diablo.

El 1.º de Enero debíamos, según nuestras cuentas, llegar al Glaciar del Diablo y afrontarlo. Podía verse a gran distancia; disformes prominencias y lomas de hielo culminaban en los aires. Pero lo que nos llenó de sorpresa fué ver que entre estas prominencias, y casi tocando a un lado y otro, se extendía un suelo llano inaccidentado enteramente, libre de trastornos en su superficie. Los montes Hassel, Wisting y Bjaaland allí estaban donde los habíamos visto antes; eran fáciles de reconocer según nos acercábamos a ellos. Luego, el monte Helmer Hanssen volvía a verse dominando el espacio, con destellos y reflejos de diamante al ser herido por los rayos del sol matutino. Pensamos que nos habíamos acercado más, en

este viaje que en el anterior, al macizo montañoso, y que por este motivo hallábamos el suelo tan cambiado. Cuando nos dirigimos al Sur, parecía realmente impracticable el paso entre las montañas; y, ¿quién podría dudarlo? Quizá en medio de aquella abrupta superficie que antes habíamos visto había algún trayecto llano que ahora teníamos la suerte de aprovechar; pero la atmósfera, en cambio, era la que una vez más nos había engañado como habíamos advertido el día anterior; porque en vez de estar cerca, como creímos, de la cordillera, estábamos, por el contrario, bien lejos, y esta fué la causa de meternos por buen espacio en el insidioso glaciar.

Aquella noche teníamos nuestro campamento en medio de una barranca enorme acogolmada de nieve. Algo nos preocupaba saber qué clase de terreno encontraríamos en lo sucesivo; pues pensar que el glaciar no nos presentaría más que estos pocos montículos y barrancas cegadas, era más de lo que osábamos esperar. Mas llegó el día 2 y no nos trajo ningún chasco. ¡Dios sea loado! Con increíble fortuna nos habíamos escurrido por todas aquellas partes tremendas, peligrosísimas, y ahora, antes de darnos cuenta del sitio que pisábamos, nos encontramos sanos y salvos en la planicie inferior del glaciar. El tiempo no era muy superior cuando partimos á las siete de la noche. Estaba muy nublado, y sólo apenas podíamos distinguir la cumbre del monte Bjaaland. Lo peor era que estábamos ya en las cercanías de nuestro depósito, y nos hubiera convenido tiempo despejado para encontrar su situación; pero en vez de despejarse, como esperábamos, era cada vez más fosco, y aún no habíamos andado seis millas y tres cuartos, estaba tan obscuro, que tuvimos por mejor detenernos y aguardar algún tiempo. Siempre habíamos tenido durante nuestra marcha la creencia errónea de que nos habíamos alejado en demasía

hacia el Este, es decir, más cerca de las montañas, y en tales circunstancias, aprovechando los escasos claros que se sucedían de cuando en cuando, no habíamos podido reconocer el suelo en que reposaba el glaciar. Conforme a nuestras ideas, estábamos al Este del depósito. Las referencias que habíamos tomado, con aquella atmósfera densa, y que habían de guiarnos entre las nieblas, no dieron resultado ninguno. No se pudo ver el depósito.

Acabábamos de tomar el grato y caliente pemmican, cuando de repente salió el sol. No creo que en ninguna otra ocasión hayamos levantado el campo con tanta presteza y empaquetado los trineos tan rápidamente. Desde el momento en que saltamos de nuestros sacos-camas hasta que los trineos estuvieron aviados, no pasaron más de quince minutos, rapidez que parece increíble. «¿Qué era aquella tierra que reverberaba por entre la niebla?» Tal preguntó uno de los compañeros. Las nieblas se habían dividido, e iban arrollándose a un lado y otro; en la orilla occidental, una cosa blanca y enorme asomaba en dirección de Norte a Sur, a modo de una crestería «¡El Helland Hanssen!»—gritamos con júbilo. No podía ser otro. Nuestra única señal en el camino del Oeste. Saludamos con alegría este antiguo conocido. Pero en la dirección del depósito la bruma seguía espesa. Tuvimos una pequeña deliberación y acordamos dejarlo, dirigirnos hacia el Matadero, y nos echamos a andar. De todas maneras teníamos comida suficiente. Y sin decir más, nos pusimos en camino. De pronto se despejó el cielo, y entonces en nuestro rumbo al Helland Hanssen, comprendimos que habíamos estado caminando, no muy hacia el Norte, sino demasiado al Oeste. Pero dar la vuelta y empezar a buscar el depósito, no era cosa que entrara en nuestros cálculos. Por bajo del monte Helland Hanssen caminamos a

buen paso por la alta serie de lomas. Hecha la distancia fijada, nos detuvimos.

Detrás de nosotros, con el tiempo claro y luminoso, veíamos el glaciar como lo habíamos encontrado en nuestro viaje al Sur: abundancia de grietas y quebradas. Pero en medio de todos estos trastornos del suelo, se percibe como un sendero blanco y llano, el mismo en que habíamos estado y contemplado unas cuantas semanas antes; y sabíamos que abajo, en derechura de aquella senda blanca, con absoluta seguridad se encontraría nuestro depósito. No pudimos menos de expresar nuestro disgusto por habernos dejado escapar el depósito tan fácilmente, y hablábamos de lo grato que nos hubiera resultado encontrar todos los que habíamos diseminado por la llanura. Pero muertos de cansancio como estábamos aquella noche, «yo no tenía el menor deseo de volver a recorrer las quince millas que nos separaban de él. Si hubiera alguno que consintiera en hacer aquella excursión, se le agradecería infinito». Todos querían, como un solo hombre. No era gente de voluntad lo que faltaba en la compañía. Yo elegí a Hanssen y Bjaaland. Al punto desembarazaron el trineo y fueron con él vacío.

Eran las cinco de la mañana. A las tres de la tarde ya estaban de vuelta, Bjaaland corriendo delante y Hassen guiando el trineo. Hazaña notable por lo que se refiere a hombres y perros. Hassen, Bjaaland y los perros habían recorrido cincuenta millas aquel día; tres millas y media por hora próximamente. El depósito lo encontraron sin necesidad de buscar mucho. Lo más difícil, cuando estuvieron en el terreno ondulado; en algunos trayectos largos hundidos en las depresiones que formaban las lomas se encontraban imposibilitados de ver nada. Una cadena sucedía a otra sin interrupción. Tuvimos cuidado de tener dispuesto todo para cuando volvieran, y principal-

mente grandes cantidades de agua. El agua era lo primero que se necesitaba y generalmente también lo último que se pedía: Algo apagada su sed, denotaron vivo interés por el pemmican. Ya perfectamente restaurados los dos expedicionarios, tomamos la carga del depósito que habían traído, y la repartimos en los dos trineos, y al poco tiempo estuvimos prontos para partir. Mientras tanto, el tiempo se había ido poniendo cada vez mejor, y ante nuestra vista se ofrecían las montañas netamente distintas. Creímos reconocer el Fridtjof Nansen y el Don Pedro Christopher- sen, y tomamos referencias de ellos por si la niebla volvía. En los más de nosotros, las ideas, de noche y día, aparecían embrolladas. A veces se le preguntaba a uno: «¿Qué hora es?»; y respondía, por ejemplo: «Las seis.» «De la mañana», añadía el otro. «Que no», decía a su vez el primero; «son de la noche». Las fechas también eran inciertas, y ya era mucho si se recordaba el año. Sólo cuando escribíamos en nuestros diarios y libros de observaciones, poníamos en claro esta cuestión de las fechas; pero trabajando no teníamos la más remota idea de ellas.

Cuando salimos en la mañana del 3 de Enero hacía un tiempo magnífico. Habíamos acordado ahora ir a la buena de Dios, sin notar si era noche o día, porque en los pasados habíamos llegado a padecer con las largas horas de reposo, y queríamos remediar esto a toda costa. Como ya he dicho, el tiempo no podía ser mejor; espléndidamente luminoso y absolutamente tranquilo. La temperatura, de  $-2-2^{\circ}$  F., se sentía propiamente como si fuera verano, con aquel aire tan claro y brillante. Antes de empezar nuestra marcha nos quitamos toda la ropa que no era necesaria, y la pusimos en los trineos. Parecía todo aquello superfluo, y el vestido con que por fin quedamos, nadie lo hubiera creído a propósito en nuestras latitudes.

Nos refamos y felicitábamos de que hasta entonces ninguna mujer hubiera llegado a las regiones antárticas, pues hubieran reprendido de cierto aquellas vestimentas que a nosotros nos resultaban tan cómodas y útiles. El macizo montañoso aparecía ahora más límpidamente, y era interesantísimo ver en tales condiciones el país que en nuestro primer viaje habíamos recorrido envueltos en brumas densísimas. Habíamos antes caminado a la base misma de aquella inmensa llanura de montañas, sin sospechar siquiera lo próximos que estábamos a ella y sus colosales dimensiones. El suelo, por fortuna, carecía de accidentes en esta parte; y digo por fortuna, porque sabe Dios lo que hubiera sucedido si hubiéramos tenido que andar por una superficie resquebrajada con tiempo tal. Tal vez pasaríamos; mas bien podía suceder lo contrario.

El viaje que teníamos que hacer ahora era trabajoso pues la altura del Matadero excedía en 2.680 pies a la del lugar en donde estábamos. Habíamos creído poder encontrar algunas de nuestras almenaras en seguida, pero no las vimos hasta después de haber recorrido doce millas y media. De pronto vimos una, que fué saludada con gran alegría. De sobra sabíamos que llevábamos buena dirección; pero el encontrar a un antiguo conocido, como era ésta, es siempre motivo de satisfacción. Mucho había calentado el sol aquí mientras nosotros estábamos en el Sur, pues algunas almenaras estaban sumamente torcidas, y sus grandes pinganillos nos manifestaban claramente la fuerza con que el sol había caído en aquellos días. Después de andar más de veinticinco millas, hicimos alto al llegar a la almenara que habíamos edificado junto a la colina en que tuvimos que detenernos, a causa del tiempo lóbrego, el 25 de Noviembre.

El 4 de Enero fué uno de los días que aguardábamos con más afán, porque en él, de marchar, habríamos de ir

al depósito del Matadero. Este depósito, que contenía carne fresca de perro exquisita, era de importancia inmensa para nosotros. No solamente tenían razón nuestros animales para preferir la carne al pemmican, sino, lo que importaba más, este alimento producía incomparables efectos en la mejora de salud. Y no hay que decir que nuestro pemmican era malo; pues, ciertamente, no podía ser mejor; pero la variedad de régimen vale mucho, y parece, en mi sentir y según lo experimentado, que aprovecha aún más a los perros que a los hombres en un viaje largo como éste. Al principio vi que los perros rehusaban el pemmican, quizá porque estaban cansados de él sin más variedad. Consecuencia de esto: los perros enflaquecían y adelgazaban, aunque tenían bastante comida. El pemmican a que me estoy refiriendo había sido preparado como alimento de hombres, por lo que la repugnancia de los perros no puede atribuirse a calidad inferior.

Era la una y cuarto de la mañana cuando salimos. Nuestro sueño no había sido muy largo, pero nos importaba mucho aprovecharnos de este tiempo hermoso y claro mientras durase: sabíamos, por experiencia, que arriba en las cercanías del Matadero no había que contar demasiado con que continuara igualmente bello. Desde el viaje de salida sabíamos que la distancia desde la almenara donde estaba nuestro campamento, hasta el depósito del Matadero, era de trece millas y media. No habíamos puesto más que dos almenaras en todo este trayecto, pero el suelo era de tal naturaleza, que creíamos no nos daría ocasión para extraviarnos. Pronto pudimos descubrir que no era fácil encontrar el camino a pesar de las almenaras. Con aquel tiempo claro, luminoso, y con la vista penetrante de Hanssen, percibimos ambas almenaras. En tanto, nos sorprendió en gran manera la vista de los montes. Como ya hemos indicado, creímos que el tiempo esta-

ba perfectamente despejado cuando llegamos por primera vez al Matadero el 20 de Noviembre. Tomé referencias desde la tienda del camino por donde habíamos de ascender a la meseta que formaban en medio los montes, y las recordé minuciosamente. Después de pasar la última almenara, cuando empezábamos a acercarnos al Matadero, según calculábamos, fuimos gratamente sorprendidos ante el aspecto de la tierra que nos rodeaba. La última vez (20 de Noviembre) habíamos visto montañas al Oeste y al Norte, pero muy lejos. Ahora, toda aquella parte del horizonte parecía llena de masas colosales de montañas que estaban junto a nosotros. ¿Cómo explicarnos esto? Parecía cosa de magia. Casi era cosa de creerlo. Estaría pronto a jurar, de la manera más solemne, que en mi vida había visto aquel paisaje. Ya habíamos recorrido la distancia total propuesta, y según las almenaras, deberíamos ya estar en el sitio a que nos dirigíamos. Era cosa extraordinaria; en la dirección en que había tomado puntos de referencia de nuestra subida, veíamos la falda de una montaña completamente desconocida que emergía de la planicie. No habría absolutamente camino ninguno que condujera al fondo de aquel valle de tan rápido descenso. Únicamente al Noreste daba el terreno señales de consentir alguna: allí parecía formarse una depresión natural que corría hasta la Barrera que veíamos lejos, muy lejos.

Detuvimos y discurrimos sobre la situación. «¡Hola!» exclamó Hanssen de repente. «Alguien ha estado antes aquí.» «Cierto», interrumpió Wisting. «Que me maten si no es éste mi ski roto que yo hiqué junto al depósito.» Y de esta manera, el ski roto de Wisting fué lo que nos sacó de nuestra crítica situación. Fué un acierto el que lo pusiera allí, no sin sentimiento, después de todo. Examiné el sitio con mis anteojos, y al lado de un cúmulo de nieve que mostraba ser nuestro depósito, pero que fácilmente

podiera pasar inadvertido, podíamos ver el ski sobresaliendo, hincado en la nieve. Emprendimos nuestra marcha resuelta hacia aquel punto, pero no llegamos a él hasta después de haber recorrido tres millas.

Fué un placer para nuestra pequeña sociedad ver, al llegar, que habíamos alcanzado la etapa que considerábamos más importante en nuestro viaje de regreso. Y no nos alegraba tanto saber si teníamos por tan necesario encontrar este sitio por motivo de los recursos de víveres que allí se almacenaban, como porque nos daba medios de encontrar el camino que conducía a la Barrera. Y ahora que estábamos en él, reconocimos esta necesidad más que nunca. Porque aunque sabíamos por nuestras referencias con toda exactitud, adónde empezaba el declive, no nos era posible ver nada. La nava parecía alzarse en derecha a la montaña sin ningún paso que encaminase a la región más baja lejana; y, sin embargo, la brújula nos indicaba que tal paso tenía que haberlo y que nos conduciría a ella. La montaña en que habíamos estado todo el día extraviados en nuestro viaje de ida, sin saber nada de ella, era el monte Fridtjof Nansen. La vuelta de la claridad produjo una alteración asombrosa en el aspecto de las cosas.

Lo primero que hicimos en llegando al depósito fué tomar los carcajes de los perros que allí había, y hacer de ellos grandes trozos, que distribuimos entre los perros supervivientes. Estos parecían algo sorprendidos; pues no estaban acostumbrados a tales raciones. Tomamos tres carcajes en los trineos, para de esta manera poderles proporcionar alguna que otra ración extraordinaria en el camino. El Matadero no era en aquella ocasión un sitio muy hospitalario, aunque es cierto que no había el tiempo terribleísimo de la vez anterior, pero no dejaba de soplar una brisa fresca con temperatura de — 9-4° F., que, des-

pués del calor de los días pasados, parecía penetrar hasta la médula, y no convidaba a permanecer en aquel sitio más tiempo del absolutamente necesario. Así que, acabado de dar la comida a los perros y arreglar los trineos nos pusimos en marcha.

Aunque no pareciese que el terreno ofrecía declive, pronto advertimos que así sucedía, en efecto, según marchábamos. Y no un declive cualquiera, sino tan agudo, que para refrenar la velocidad de la marcha hubimos de poner galgas a los trineos. Según avanzábamos, aquella muralla, al parecer sin solución de continuidad, se iba abriendo cada vez más, mostrándonos, por último, nuestra conocida ruta de subida. Ahí se parecía el monte de Ole Engelstad, encapotado de nieve y yerto, como lo habíamos visto a la primera vez. Al darle la vuelta entramos en el áspero reventón en que tanto tuve que admirar el trabajo de mis compañeros y el de los perros, cuando nuestro viaje al Sur. Pero ahora se me presentaba ocasión mejor de ver cuán difícil era en realidad aquella subida. Tuvimos que poner muchos frenos a los trineos y reducir la velocidad a un paso moderado; pero, aun así, trabajamos rápidamente, y pronto dejamos detrás la mayor parte del reventón; y para no vernos expuestos a posibles rachas procedentes de la planicie, dimos el rodeo del monte Engelstad y acampamos a sotavento de él, altamente satisfechos de nuestro trabajo del día. La nieve había caído allí como en nuestra primera visita, alta y fofa, lo que hacía difícil encontrar sitio a propósito para la tienda. Pronto nos dimos cuenta de que habíamos descendido dos mil pies y nos encontrábamos entre montañas. Hacía una calma absoluta y el sol picaba como en uno de los días más calurosos de nuestro país. Creo que también podía notar alguna diferencia en la respiración; me parecía trabajar con más facilidad y alivio; aunque quizá esto fuera no más que imaginación.

A la una de la siguiente mañana estábamos otra vez en camino. La vista que entonces se nos ofreció, al salir de la tienda, es de las que vivirán siempre en la memoria. La tienda se había emplazado en la angosta abertura que formaban los montes Fridtjof, Nansen y Ole Engelstad. El sol, que ahora estaba hacia el Sur, quedaba completamente ocultado por el último de los montes nombrados, y nuestro campamento quedaba de esta suerte sumergido en la sombra más densa. Pero enfrente nuestro, y al otro lado el Nansen levantaba su espléndida cumbre nevada, reverberando y centelleando a los rayos del sol del Mediodía. Su blancura deslumbradora se tornaba con levísima gradación azul pálido, luego intenso añil, hasta que se abismaba en la sombra. Pero más abajo contra el glaciar Heiberg, su falda vestida de nieve se destacaba entre la masa imponente y oscura que se ergía de entre las tinieblas, pero en su cumbre perseveraba una nubecilla leve y bella, en forma de cirrus encarnado, con un reborde áureo. Abajo en la ladera aparecían, en confusión, esparcidas masas de carámbano. Y más lejos hacia Oriente, se alzaba el Don Pedro Christophersen, en una parte sombreado y en otra centelleante al sol, vista maravillosamente bella. Y así por todas partes; casi había temor de perturbar el esplendor incomparable de la escena.

Ahora conocíamos la tierra lo suficiente para poder ir derechamente sin desviarnos nada. Los enormes aludes eran más frecuentes que en el viaje de ida. Masas de nieve se precipitaban unas en pos de otras; Don Pedro se iba desembarazando de su ropaje de invierno. El suelo estaba como antes, ni más ni menos; nieve blanda, profunda, muy profunda. Ibamos, sin embargo, cómodamente sobre ella, y siempre cuesta abajo. En la crestería en que empezaba el descenso del glaciar hicimos alto para efectuar nuestros preparativos. Pusiéronse frenos a los trineos, y

nuestras dos pértigas de skis se ataron sólidamente para componer una más fuerte; porque era necesario poder parar instantáneamente si nos encontráramos una barranca en el camino. Los de los patines íbamos delante. La marcha no podía ser mejor en la rápida pendiente con nieve lo justamente blanda para poder impulsar los skis. Bajamos silbando, y no pasaron muchos minutos que estuvimos en el glaciar Heiberg. Para los conductores de los trineos no era tan fácil el camino. Seguían nuestros pasos, pero con muchísimo cuidado para evitar una caída.

Acampamos aquella noche en el mismo lugar donde habíamos tenido nuestra tienda el 18 de Noviembre, a unos 3.100 pies sobre el nivel del mar. Desde allí podíamos ver el curso del glaciar Axel Heiberg, bajando directamente a unirse con la Barrera. Parecía fina y lisa, y decidimos seguirlo, en vez de trepar por la montaña, como habíamos hecho en el viaje al Sur. Quizá la distancia parecería algo más larga, pero ello no nos proporcionaría un ahorro considerable de tiempo. Ahora habíamos convenido un nuevo arreglo de él; los largos ocios de los altos era lo que casi no se podía soportar. Otro aspecto interesante de la cuestión era el que con un arreglo razonable pudiéramos ahorrar mucho tiempo y llegar a casa algunos días antes de lo que habíamos calculado; después de discutirlo mucho y charlar bastante, convinimos en lo siguiente: Andar nuestras quince millas geográficas, o sean ventiocho kilómetros, dormir seis horas, y en seguida otras cinco millas sin cesar. De esta manera podíamos recorrer una distancia media muy considerable en cada día de marcha.

Nuestro avance por el glaciar Heiberg no ofreció dificultades; únicamente en el paso del glaciar a la Barrera había unas cuantas grietas que era preciso rodear. A las siete de la mañana del 6 de Enero nos detuvimos en el recodo de la tierra que forma la entrada en el glaciar

Heiberg, y desde allí se extiende al Norte. Nosotros no habíamos reconocido todavía nada de la tierra que pisábamos, pero era perfectamente natural, pues la estábamos viendo ahora por el lado opuesto. Sabíamos, sin embargo, que no estábamos muy lejos de nuestro depósito principal en el paralelo  $85^{\circ} 5' S$ .

La tarde del mismo día estuvimos otra vez fuera. Desde una pequeña prominencia que cruzamos inmediatamente después de partir, pensó Bjaaland que podría ver el mencionado depósito en la Barrera, y no tardamos mucho sin que se le presentara a la vista el monte Betty y el camino de subida a él. Y ahora podíamos con seguridad comprobar, valiéndonos de nuestros anteojos, que allí se veía realmente el depósito que Bjaaland pensó haber visto antes. En consecuencia, aceleramos nuestra marcha hacia él, y a los pocos minutos estuvimos nuevamente en la Barrera el 6 de Enero, a la once de la noche, después de una estancia de cincuenta y un días en la tierra alta. El 17 de Noviembre habíamos empezado, en efecto, nuestra subida.

Llegamos al depósito y encontramos todo en orden. El calor debió haber sido muy grande; nuestro sólido y elevado depósito se había derretido al sol, convirtiéndose en un verdadero montón de nieve aplastado. Las raciones de pemmican, que habían estado expuestas a la acción directa de los rayos del sol, habían adquirido formas caprichosísimas y, es claro, que se habían enranciado. Al punto tuvimos prontos los trineos, tomando todas las provisiones del depósito y cargándolas en ellos. Dejamos atrás algunos de los vestidos viejos que habíamos llevado en el viaje al Sur y al regreso hasta entonces. Cuando hubimos completado la carga y tuvimos todo dispuesto, subimos al monte Betty, y recogimos todas las muestras minero-lógicas que podíamos llevar en las manos. Al mismo

tiempo construimos un gran cairn, y depositamos en él un recipiente de diez y siete litros de parafina, dos paquetes de cerillas; en total, veinte cajas y un relato de nuestra expedición. Tal vez alguno pueda utilizar estas cosas en el porvenir.

En este campamento tuvimos que matar a Frithjof, uno de los perros de Bjalaand. Ultimamente había venido dando señales de dificultad en el respirar, y llegó a causarle tanto dolor, que decidimos acabar con el animal. Así terminó el bravo Frithjof su carrera. Al desollarse y abrirle, aparecieron sus pulmones completamente secos; mas con todo eso, desaparecieron sus restos rápidamente en los vientres de sus compañeros. Lo que habían perdido en cantidad no afectaba, según parece, a su calidad. Nigger, uno de los perros de Hassel, se había destrozado en el camino al bajar de la nava. De esta suerte llegamos otra vez a este punto con doce perros, como habíamos calculado, y marchamos de él con once. Veo en mi diario la siguiente anotación: «Los perros están tan buenos como cuando salieron de Framheim.» Pocas horas después, al abandonar aquel lugar, teníamos provisiones en los trineos para treinta y cinco días. Y sin contar con que en cada grado de latitud, hasta el 80°, teníamos un depósito.

Parecía como si hubiéramos llegado a aquel refugio en el momento preciso, porque cuando salimos para continuar nuestro viaje, una tempestad de nieve azotaba toda la Barrera. Una racha con cielo completamente cubierto de nubes, nieve y aguacero unidos, armaban un baile aménisimo y no nos dejaban ver nada. Gracias a que ahora teníamos el viento a favor, y así nos librábamos de que nos entrara toda la nieve en los ojos, como ya estábamos acostumbrados a sufrirla. La barranca enorme que sabíamos corría perpendicular a nuestro camino nos impuso atentísimo cuidado. Para evitar cualquier riesgo, Bjaaland

y Hassel, que iban los primeros, se ataron a una cuerda alpina. La nieve era blanda y muy profunda, y el caminar muy pesado. Afortunadamente, tuvimos aviso a tiempo de que nos acercábamos a las temidas barrancas por la aparición de algunos montículos de hielo sin nieve. Estos nos indicaban claramente los trastornos que habían tenido lugar y que aún los encontraríamos mayores y quizá sin tardar un instante. En este momento la espesa cortina de nubes se desgarró de arriba abajo, y el sol penetró hasta las masas arremolinadas de nieve. Al punto Hanssen gritó: «¡Quieto, Bjaaland!» Estaba cabalmente al borde del abismo. Bjaaland poseía una vista magnífica; pero sus excelentes gafas para la nieve—invención suya—le impedían ver perfectamente. Cierto que Bjaaland no hubiera corrido serio peligro al caer en el precipicio, yendo como iba atado a Hassel, pero sin duda hubiera pasado un rato desagradable.

Como llevo dicho, entiendo que estos grandes trastornos fijan el límite aquí entre la Barrera y el macizo térrero. Lo curioso es que ahora parecían fijar también un lindero entre el tiempo bueno y el malo; porque en el punto más extremo de ellos, al Norte, aparecía la Barrera bañada en sol, y al Sur la tempestad de nieve arreciaba de la manera más cruel. El monte Betty fué el último en recibir nuestro adiós. La tierra de Victoria del Sur se había escondido y ya no volvió a vérsela. Tan pronto como llegamos al paraje soleado, corrimos hacia una de nuestras almenaras lo más directamente que pudimos. Esto no era como correr entre tinieblas. A las nueve de la noche llegamos al depósito establecido en el paralelo 85° S. Ahora empezamos a prodigar el alimento a los perros también; les dábamos raciones dobles de pemmican, y además cuantas galletas de harina de avena podían comer. Teníamos tal cantidad de galletas, que podíamos literalmen-

te tirarlas; sin contar que podíamos dejar allí una gran cantidad de víveres, y era una gran satisfacción vernos tan bien provistos de alimentos, y los perros parecía que no paraban mientes lo más mínimo en el extraordinario peso de sus raciones. En lo que las cosas marcharan como hasta entonces, y perros y hombres aprovisionados de modo tal, nada había que pedir. Pero el tiempo, que hasta entonces nos había mimado, no fué de larga duración. «El mismo tiempo endiablado», son palabras que veo anotadas en mi diario de por aquel entonces. El viento había girado al Nordeste, con aguacero, bruma y nieve torrencial muy molesta. A pesar de estas condiciones desfavorables, dejamos atrás una y otra almenara de las que habíamos alzado a la distancia de diez y siete millas y tres octavos. Pero como antes, debimos esta ventaja a la buena vista de Hanssen.

En nuestro camino al Sur habíamos tomado una gran cantidad de carne de foca, y la habíamos dividido entre los depósitos que habíamos edificado en la Barrera, de tal manera, que pudiéramos ahora comer carne fresca todos los días. No se había hecho sin su cuenta; si llegaba a visitarnos el escorbuto, la carne fresca sería de un valor inestimable. Como estábamos buenos y sanos, como nunca habíamos estado, aquel régimen de carne era una agradable variante, y no otra cosa. La temperatura había ido elevándose desde que entramos en la Barrera, y se mantuvo pronto a unos  $+ 14^{\circ}$  F. Teníamos tal calor en nuestros sacos-camas, que habíamos de volver el pelo de ellos hacia afuera. De esta manera respirábamos más libremente y nos sentíamos más a gusto. «Lo mismito que si entráramos en una bodega de hielo», según notaba alguno. La misma impresión que se siente cuando en un día caluroso del verano pasa uno del sol a la sombra fresca.

9 de Enero.—«El mismo tiempo endiablado; nieve y

más nieve, y siempre nieve. ¿No acabará esto nunca? Nublado a tal punto que no podemos distinguir a diez varas por delante. La temperatura es de  $+ 17-6^{\circ}$  F. Todo se derrite en los trineos. Todo se empapa. No hemos encontrado una sola almenara con este tiempo tan turbio. La nieve, al principio muy profunda, y el piso malísimo; pero, a pesar de todo, los perros se las han arreglado con los trineos muy bien.» Aquella noche mejoró el tiempo, por fortuna, y llegó a ser relativamente claro cuando terminaba la jornada, a las diez de la noche. No mucho después, percibimos una de nuestras almenaras. Estaba situada al Oeste, unas 200 yardas lejos de nosotros; de modo que no nos habíamos desviado de nuestra ruta; fuimos, pues, a ella, pues nos interesaba ver si nuestras cuentas estaban bien. La almenara estaba un tanto deteriorada por el sol y las tormentas, pero encontramos en ella el papel que habíamos depositado, en que constaba cómo la almenara había sido edificada el 14 de Noviembre en los  $84^{\circ} 26'$  S. Nos hablaba también del rumbo que debía señalar la brújula para alcanzar la próxima almenara, que distaba cinco kilómetros de ésta.

Según nos despedíamos de aquella antigua amiga y enderezábamos nuestro rumbo, según nos advertía con asombro inexplicable nuestro, vinieron volando hacia nosotros dos grandes pájaros, cercetas marinas, cuando menos lo esperábamos. Dieron una o dos vueltas alrededor de la almenara y se posaron en ella. ¿Podrá quien estas líneas lea imaginar debidamente el efecto que nos produjeron? Muy difícilmente. Nos traían un mensaje del mundo de los vivientes a este mundo de muerte, un mensaje de cuanto nos era más caro. Y creo que todos pensaban igual que yo. No nos consintieron detenernos aquellos primeros nuncios del otro mundo; estuvieron un rato posados, no sin maravillarse de vernos, y luego levantaron el vuelo hacia el

Sur. ¡Criaturas misteriosas! Estaban ahora a mitad justamente del camino de Framheim al Polo y aun iban a internarse más. ¿Adónde iban en aquella dirección?

Nuestra marcha se detuvo entonces en una de nuestras almenaras en la latitud  $84^{\circ}15'$  S. Era un placer parar junto a ellas, pues nos daba seguro punto de partida para la siguiente etapa. Pusimonos en pie a las cuatro de la mañana, y dejamos el sitio aquél algunas horas más tarde, resultando que el viaje de aquel día nos acercó treinta y cuatro millas a Framheim. Con el presente arreglo podíamos efectuar estas largas jornadas cada día. Nuestros perros no habían menester de mejor prueba: un día, diez y siete millas; el siguiente, treinta y cuatro, y, con todo, tan campantes en todo el viaje de regreso. Aquellas dos aves, que tan agradablemente nos habían impresionado, me hicieron pensar en un asunto que de todo tenía menos de agradable. Pensé si sería aquella pareja no otra cosa que los representantes de una banda más numerosa de aves voraces, y que las que quedaban podían estar ocupadas en consumir toda la carne fresca que tan trabajosamente habíamos transportado con nosotros y almacenado en nuestros depósitos. Es increíble lo que una bandada de estas aves de presa puede hacer desaparecer en poco tiempo; ni les importa que la carne esté helada con la dureza del hierro; ya saben cómo aprovecharla, aunque mucho mayor que la del hierro fuera su dureza. De los carcajes de focas que deberían estar en el paralelo  $80^{\circ}$ , me figuraba yo que no quedarían sino los huesos. De los varios perros que habíamos matado en nuestro camino y puesto en la cima de las almenaras, ni aun esto pensaba yo que habría. Mas, ¿quién sabe si mis pensamientos empezaban a ser harto pesimistas y la realidad se ofrecería más lisonjera?

El tiempo y el piso empezaron a elevarse gradualmen-

te; parecía como si las cosas mejoraran conforme nos alejábamos de la tierra alta. Por fin, uno y otro llegaron a punto que no había más que pedir; el sol brillaba sin que ni una nube lo velase, y los trineos corrían por un suelo liso y llano con toda la facilidad y rapidez que pudiera apetecerse. Bjaaland, que había desempeñado el oficio de precursor en todo el viaje al Polo, cumplía su misión admirablemente; pero el antiguo dicho de que nadie es perfecto, podía también aplicársele. Ninguno de nosotros, sea quien fuere, podía mantenerse en la buena dirección si no encontraba señales para orientarse, y la dificultad se agrava cuando, como nos ocurría a nosotros, había que ir a ciegas. Lo más de entre nosotros, a mi parecer, podía desviarse ya a un lado, ya a otro, y quizá terminar, después de todos estos tanteos, por seguir el verdadero rumbo, pero Bjaaland, no; era un hombre de mano derecha como podía verse ahora; Hanssen le había dado la dirección, fijándose en las indicaciones de la brújula, y Bjaaland hacía un giro, apuntaba sus skis en la dirección indicada y se deslizaba decididamente. Sus movimientos manifestaban claramente que se había empeñado, costara lo que costara, en dirigirse a la derecha. Impulsaba sus skis con firmeza hacia adelante con tal fuerza, que la nieve saltaba a un lado y otro, y miraba hacia adelante; pero siempre era igual el resultado. Si Hanssen dejaba a Bjaaland seguir sin enmendarle, al cabo de una hora o poco más hubiera seguramente descrito un hermoso círculo que le hubiera conducido otra vez al punto de partida. Quizá, después de todo, no era esta falta lamentable, toda vez que conocíamos siempre con certeza absoluta, cuando nos desviábamos de la hilera de las almenaras, que las teníamos a la derecha, y que habíamos de buscarlas en dirección Oeste. Esta consecuencia nos resultó provechosa más de una vez, y poco a poco nos fuimos avezando a esta

propensión *derechista* de Bjaaland, de modo que ya contábamos con ella.

El 13 de Enero, conforme a nuestros cálculos, debíamos alcanzar el depósito del paralelo 83° S. Este era el último de nuestros depósitos que no se había emplazado, formando ángulo recto con el camino, y por ello el último punto crítico. El día no era muy a propósito para buscar una aguja en un pajar. Había calma con niebla densa, tan densa que no podíamos ver a pocas yardas delante de nosotros. No vimos ni una sola almenara en todo el camino. A las cuatro de la tarde habíamos completado la distancia conforme a los taquímetros de trineo, y calculando que estaríamos en los 83° S., junto al depósito, pero no se veía nada. Decidimos plantar, pues, la tienda y aguardar a que clarease. Mientras estábamos ocupados en esto, percibimos un bulto entre la espesa masa de niebla, y allí, no muchas yardas, lejos, y al Oeste, por supuesto, estaba situado nuestro depósito. Levantamos inmediatamente la tienda otra vez, la empaquetamos en el trineo y nos encaminamos al depósito de víveres, que encontramos en orden perfecto. No había señal de que las aves lo hubieran visitado. Pero, ¿qué más daba? Veíanse, en cambio, huellas recientes y profundas en la nieve recién caída, de haber andado por allí perros. Por lo visto, se habían estado al socaire del depósito por espacio de tiempo considerable; sin duda eran los perros extraviados que habíamos perdido en nuestro viaje al Sur: dos hondos hoyos en la nieve nos lo manifestaban claramente. Y sin duda no les había faltado abundante alimento; pero, ¿de dónde diablos lo habían tomado? El depósito estaba enteramente intacto, a pesar de que los trozos de pemmican estaban expuestos a la claridad del día y eran fáciles de coger; además de que la nieve caída no era tan dura que impidiera a los perros arrancarla y comer toda clase de

viveres. En tanto, los perros habían abandonado nuevamente el sitio, y mostraban por el rastro reciente que se dirigían al Norte. Examinamos con todo cuidado las huellas, y sacamos en limpio que no tenían más de dos días de antigüedad. Iban, pues, al Norte, y nosotros les seguimos de cuando en cuando en las siguientes etapas. En la almenara del 82° 45', donde hicimos alto, vimos que aún seguían con rumbo al Norte. En el 82° 24' el rastro empezaba a aparecer más confuso, y terminaba por señalar Oeste franco. Esto es lo último que percibimos del rastro; pero nada nos importaban aquellos perros o, por mejor decir, sus obras. Detuvimos junto a la almenara del 82° 20'. Else, que había sido colocada en su cima, se había caído al pie, y el sol había derretido una gran parte de la edificación. De modo que los perros errabundos no habían estado por allí, pues de estar, no hubiéramos encontrado a Else como la encontramos. Acampamos al final de aquella jornada al lado de la almenara del 82° 15' y distribuimos el cuerpo de Else. Aunque había estado expuesta a los rayos de un sol que calentaba potentemente, la carne era muy buena después de haberle quitado un poco de remusgo. Quizá olía algo a rancia, pero los perros no eran muy delicados en cuestión de carnes.

El 16 de Enero llegamos al depósito en el 82° S. Desde lejos podíamos ver que el orden en que habíamos dejado todo no subsistía ya. Al acercarnos notamos inmediatamente lo que había ocurrido. Las innumerables huellas de los perros, señaladas en la nieve endurecida alrededor del depósito, declaraban llanamente que los vagabundos habían pasado allí bastante tiempo. Muchas de las cajas del depósito se habían caído, probablemente por la misma causa que Else, y los pícaros consiguieron abrir boquete en una de ellas. De las galletas y pemmican que habían contenido no dejaron nada; pero poco nos impor-

taba, ya que teníamos víveres en abundancia. Los dos cuerpos de los perros que habíamos puesto en la cima del depósito, Urano y Jaala, habían desaparecido; ni aun los dientes se veían; y eso que cuando comieron los restos de Lucía, en el  $82^{\circ} 3'$ , los habían respetado. Los ocho cachorros de Jaala aún seguían en lo alto del depósito, pues, caso bien curioso, no se habían caído. Habían devorado además correaes de skis y cosas de todo género. No era pérdida ninguna para nosotros; pero, ¿cuál sería el camino que habían emprendido aquellos animales? Si habían encontrado el depósito del paralelo  $80^{\circ}$ , ya podía ser que por entonces hubiesen consumido toda nuestra provisión de carne de foca. Cosa de lamentar si así había ocurrido, aunque no entrañaba peligro para nosotros ni para nuestros animales. Si lográbamos ir hasta el  $80^{\circ}$ , todo sucedería perfectamente. Por lo pronto, nos consolábamos con ver que no veíamos continuación del rastro hacia el Sur.

En el  $82^{\circ}$  nos permitimos un pequeño festín. El pudding de chocolate que Wisting nos sirvió como postre, está aún reciente en mi memoria: todos convinimos que esto se acercó á la perfección mejor que ninguna otra cosa de las que hasta entonces habíamos tenido la fortuna de gustar. Puedo comunicaros la receta: migas de galleta, leche seca y chocolate, puestos a hervir en una cacerola de agua hirviendo. Lo que hay que hacer luego, yo no lo sé; el que quiera más informes, dirijase a Wisting. Entre los  $82^{\circ}$  y  $81^{\circ}$  entramos en los confines del segundo viaje para hacer depósitos; en esta excursión habíamos señalado la distancia con astillas de cajas de embalar, a cada milla geográfica. Esto había sido en Marzo de 1911, y ahora íbamos siguiendo estas astillas en la segunda mitad de Enero de 1912. Al parecer, seguían igual que las habíamos puesto. Acababan estas señales en el  $81^{\circ} 33' S.$  con dos tablas de una caja sobre un pedestal de nieve.

El pedestal continuaba intacto y en buen estado.

Confiaré a mi diario el cuidado de describir lo que vimos el 18 de Enero: «Hoy, tiempo excepcionalmente hermoso. Ligera brisa del Sur-Sur-Oeste, que en el curso de nuestra marcha aclaró todo el cielo. En el  $81^{\circ} 20'$  pasamos al lado de los montículos enormes y antiguos producidos por compresión. Ahora los veíamos en mayor número que antes. Se extendían hasta donde la vista podía alcanzar corriendo de Noreste a Sureste en cadenas de picachos. Grande fué nuestra sorpresa cuando poco tiempo después percibimos tierra alta, rocosa, en la misma dirección, y luego dos cumbres elevadas y blancas hacia el Sureste, quizá hacia el  $82^{\circ}$  S. Por el aspecto del cielo podía afirmarse que la tierra aquella se extendía desde el Noreste al Sureste. Debía ser la misma que habíamos visto perderse en el horizonte hacia los  $84^{\circ}$  S. cuando nos hallábamos a una altura de unos 4.000 pies y mirábamos a la Barrera durante nuestra ascensión. Ahora teníamos suficientes indicaciones que nos permitieran trazar sin vacilación aquella tierra como continuación de la Tierra de Carmen. La superficie junto a la tierra alta está trastornada violentamente, con grietas y montículos, ondulaciones y valles en todas direcciones. Al día siguiente sentiríamos, de seguro, las consecuencias. Aunque lo que habíamos visto justifica, al parecer, la conclusión de que la Tierra de Carmen se extiende desde los  $86^{\circ}$  S. hasta nuestra posición  $81^{\circ} 30'$  S., y quizá aún más al Noreste, no me he atrevido a señalarlo así en el mapa. Me he contentado con dar el nombre de Tierra de Carmen a la que se extiende entre el  $86^{\circ}$  y  $84^{\circ}$ , y he llamado a lo demás «Apariencia de Tierra». Sería tarea provechosa para un explorador investigar este distrito más detenidamente.

Como habíamos esperado en nuestra etapa anterior, tuvimos que sufrir los efectos del trastorno del suelo.

Tres veces habíamos pasado ya por este trecho de la Barrera sin tiempo despejado. Esta vez hacía claro y pudimos darnos cuenta de lo que era. Los accidentes comenzaban en el  $81^{\circ} 12' S.$  y no se extendían muy lejos de Norte a Sur, sólo unos cinco kilómetros (tres millas y cuarto), y es difícil determinar lo que se alargaba de Este a Oeste, pero, por lo menos, llegaba hasta donde la vista podía alcanzar. Masas inmensas de la superficie se habían derrumbado, formando abismos espantosos, horribles, capaces de tragar muchas expediciones como la nuestra. De estos abismos irradiaban grietas horribles en todas direcciones; además de lo cual, se veía por dondequiera, en profusión, niaras y turgencias, y es quizá lo más notable el que pasáramos por sobre todo aquello sin daño ninguno. Cruzamos al sitio a la mayor velocidad posible y siempre hacia adelante. Hanssen, a mitad del camino, dió en una barranca, pero afortunadamente salió de ella sin dificultad.

El depósito del grado  $81^{\circ} S.$  estaba en orden perfecto: no se veían huellas de perros por allí, y aumentaron nuestras esperanzas de encontrar el del  $80^{\circ}$  intacto también. En el  $80^{\circ} 45' S.$ , el primer perro que habíamos matado, Bone. Estaba notablemente gordo y fué inmensamente apreciado. Ya no se les daba nada a los animales por el pemmican. El 21 de Enero pasamos por la última almenara, erigida en los  $80^{\circ} 23' S.$  Satisfechos de dejarla detrás, no puedo negar que nos causó cierta melancolía verla desaparecer de nuestra vista. Nos habíamos encariñado en modo tal de estas construcciones, que cuando las encontrábamos las saludábamos como a viejos amigos, pues eran muchos y grandes los servicios que aquellos vigías silenciosas nos habían hecho en nuestro camino largo y solitario.

El mismo llegamos al gran depósito del  $80^{\circ} S.$ , y ya

nos considerábamos como de regreso verdad. Al punto notamos que otros habían estado en el depósito después de haberlo dejado nosotros, y encontramos un mensaje del teniente Prestrud, jefe de la expedición de la compañía del Este, en que se decía que él, Stubberud y Johansen, habían pasado por allí el 12 de Noviembre con dos trineos, diez y seis persos y provisiones para treinta días. Todo se nos ofreció en el mejor orden. Inmediatamente que llegamos al depósito soltamos los perros, y éstos hicieron una brecha en el montón de carne de foca que en nuestra ausencia no había sido atacado ni por aves ni por perros. Los nuestros no tanto se abalanzaron a la carne por comerla como por pelear. Ahora ya tenían pretexto real para hacerlo. Dieron la vuelta alrededor de los carcajes de las focas unas cuantas veces, mirándose de través unos a otros, y luego se precipitaron en ruidosa contienda. Cuando concluyeron a satisfacción, salieron y se tumbaron alrededor de los trineos. El depósito del 80° S. es aún muy grande, copioso y bien señalado, de modo que no es imposible poderlo utilizar alguna vez más.

El viaje desde este punto a Framheim se ha descrito tantas veces, que ya no hay nada nuevo que decir sobre él. El 25 de Enero, a las cuatro de la mañana, llegamos otra vez a nuestra agradable vivienda, con dos trineos y once perros, hombres y animales en buen estado de salud y de ánimos. Detuvimos, y aguardamos unos por otros a la entrada de la puerta al principiar la mañana, pues queríamos presentarnos todos juntos. Había mucho silencio y calma, prueba de que adentro estaban durmiendo.

Entramos. Stubberud salió de su lecho y miró para nosotros; parecía, a no dudarlo, que nos tenía por espectadores. Uno tras otro se fueron despertando, sin darse cuenta cabal de lo que sucedía. Luego tuvo lugar un cordial recibimiento por parte de todos. «¿Dónde está el *Fram*?»

fué, como es natural, nuestra primera pregunta. Grande fué nuestra alegría cuando se nos dijo que todos estaban bien. «¿Y el Polo? ¿Habéis estado en él?» «Pues, ¿qué duda tiene? ¿Cómo, si no, nos volveriais a ver?» Púsose inmediatamente al fuego la cafetera, y por muchos días saboreamos el perfume de «los pasteles calentitos», como en otros tiempos convinimos lo bien que se estaba afuera, pero mucho mejor en casa. Nuestra excursión había durado noventa y nueve días, y habíamos recorrido más de 1.860 millas.

El *Fram* había vuelto a la Barrera el 8 de Enero, después de un viaje de tres meses desde Buenos Aires. A bordo, todos estaban bien. Mientras tanto, el mal tiempo le había echado afuera. Al día siguiente el vigía anunció que el *Fram* se acercaba. El campamento bullía de vida por la actividad de los hombres y la animación de los perros. Bien se echaba de ver que no se habían demacrado. Oímos el ruido de las máquinas del navío jadeando, resoplando, y vimos el tope del palo mayor sobresalir por la margen de la Barrera, y por fin, se deslizó en la ensenada rápido y seguro. Yo fui a bordo con ánimo regocijado, y felicité a todos aquellos valientes por haber conducido al *Fram* a su destino en medio de tantas fatigas y peligros, y por haber llevado a efecto tan excelente trabajo en su viaje. Todos parecían complacidos y satisfechos, pero ninguno preguntaba acerca del Polo. Por fin se atrevió Gjertsen: «¿Habéis estado en él?» Decir contento, es poco expresivo para denotar el sentimiento que se pintaba en las caras de mis camaradas; había que intensificar el nombre.

Me encerré en mi gabinete de trabajo con el capitán Nilsen, que me dió mi correspondencia y noticias de todas clases. Tres nombres se alzan por encima de todo, cuando llegó a darme cuenta de lo que se ha llevado a cabo:

los nombres de los tres que me han concedido su protección cuando más la necesitaba. Siempre los he de recordar con gratitud respetuosa:

S. M. El Rey,

El Profesor Fridtjof Nansen,

Don Pedro Christophersen.

## CAPÍTULO XIV

### HACIA EL NORTE

Después de dos días de rebullicio a bordo para llevar las cosas de que teníamos precisión, nos preparamos para zarpar en la tarde del 30 de Enero. Apenas podía haber cosa que nos alegrara tanto como el hecho de estar ya dispuestos en fecha tan temprana para emprender rumbo hacia el Norte, encaminándonos así a aquel mundo del que empezariamos pronto a tener noticias y comunicarle las nuestras. Y, sin embargo, ¿parecía extraño que a nuestro contento se mezclara un ligero tinte de melancolía? No me es permitido dudar que así era, aunque ello parezca constituir evidente contradicción. Pero es que no resulta fácil alejarse de un punto que ha sido el hogar propio durante tanto tiempo, aunque este hogar esté situado en el grado 79 de latitud, y más o menos sepultado en la nieve y los hielos. Las criaturas humanas estamos demasiado ligadas a nuestros hábitos para que podamos de un golpe romper violentamente con ellos y desinteresarnos de aquel ambiente que durante muchos meses hemos llegado a considerar como familiar. El que los que aprecian estas cosas desde fuera, más bien pedirían a Dios que les alejase de tal ambiente de vida no es razón que invalide esta regla. Los más de nuestros compatriotas tendrán seguramente a Framheim por uno de los lugares de nuestro planeta en donde no desearían lo más mínimo encontrarse: un rincón

abandonado, perdido, que no puede ofrecer otra cosa que el colmo de la desolación, malestar y fatigas. Para los nueve que allí vivimos, y que ahora en sus umbrales nos disponíamos a salir de aquel sitio, tenían aspecto algo diferente estas cosas. Aquella sólida casita, que ahora está enteramente oculta bajo la nieve detrás del monte Nelson, ha sido durante un año entero nuestro hogar excelente y grato, en el que después de un trabajo penoso, muchos días hemos hallado todo el sosiego y descanso que apetecíamos. Durante un invierno antártico completo—y ¡qué invierno!,—aquellas cuatro paredes nos han guarecido tan bien, que muchos pobres desamparados en las latitudes más suaves, al vernos, nos hubieran envidiado con todo su corazón. En condiciones tan difíciles, que la vida en cualquiera de sus formas es ahuyentada de aquellos sitios, nosotros hemos vivido en Framheim sin perturbaciones ni molestias, y no ya como animales, sino como seres humanos civilizados, que poseen siempre a su alcance la mayor parte de las conveniencias que no faltan en una casa bien acomodada. La oscuridad y el frío reinaban en el exterior, y las ventiscas de nieve no cejaban en el empeño de borrar toda huella de nuestra actividad; pero estos enemigos nunca penetraron en nuestra excelente morada; en ella disfrutábamos de abrigo, luz y calor. ¿Qué extraño es, pues, que este lugar ejerciera fuerte atracción sobre nosotros en el momento en que íbamos a abandonarlo y alejarnos de él para siempre? Mas allá el mundo civilizado nos irritaba, es verdad, y era mucho lo que podía ofrecernos para que nosotros dilatásemos la aquiescencia a su invitación; pero en el que dejábamos, quedaba ciertamente mucho que no era para olvidar tan pronto. Al pasar cada día con sus afanes y cuidados, podía suceder que en alguno echáramos de menos nuestra existencia pacífica y tranquila de Framheim.

Sin embargo, este sentimiento de melancolía no podía ser tan poderoso que no lográramos con relativa facilidad dominarlo. Al juzgar por los semblantes de cada uno, se podía pensar que el afecto dominante era la alegría, y ¿por qué no? No es de utilidad insistir en el pasado, por muy atractivo que nos haya parecido, y siempre podemos esperar del porvenir algo mejor. ¿Para qué conturbarnos con inquietudes pasajeras? Empavesamos, pues, el *Fram* desde la proa a la popa, y luego nos miramos como si hubiéramos de despedirnos de nuestra morada de la Barrera. La dejaríamos con la conciencia de que el objeto que había determinado nuestra permanencia de un año en ella había sido conseguido, y esta reflexión pesaba aún más que el pensar lo bien que allí habíamos vivido. Una de las cosas que durante los dos años de vida común que hicimos los expedicionarios contribuyó prodigiosamente a que se deslizara nuestra existencia plácidamente, y conservando cada uno pleno vigor y salud, fué la ausencia de lo que podríamos llamar «períodos muertos». Tan pronto como un problema se resolvía, surgía inmediatamente otro. Apenas se alcanzaba un objetivo, otro nos llamaba desde lejos. De este modo teníamos labor a manos llenas, y cuando tal sucede, el tiempo vuela raudo. A menudo se oye preguntar: ¿Cómo es posible pasar el tiempo en excursiones de esta naturaleza? Amigos míos, he de contestar, si algo nos afligía, era pensar de dónde habíamos de sacar el tiempo para llevar a cabo todo lo que teníamos que hacer. Tal vez parezca a algunos que esta afirmación tiene aires de improbabilidad; no hay, sin embargo, cosa más cierta. Los que hayan leído esta narración completamente, habrán recibido, por lo menos, la impresión de que el ocio era un mal absolutamente desconocido en nuestra pequeña comunidad.

En la posición en que ahora nos encontramos con el

objeto principal logrado, había razón para esperar cierto grado de disminución en nuestra diligencia; mas no era así, porque es lo cierto que nada de cuanto habíamos efectuado tenía valor real hasta tanto que no se pusiera en conocimiento de la Humanidad, y esta comunicación había de verificarse con la menor pérdida de tiempo posible. Nadie tenía más interés que nosotros en ser los primeros en abordar esta comunicación, indudablemente. Había probabilidad, desde luego, de que se nos presentara buen tiempo para partir; pero con todo, no pasaba de ser probabilidad. Por otra parte, era absolutamente cierto que teníamos que emprender un viaje de 2.400 millas marítimas hasta Hobart, que había sido elegido como primer puerto de escala de nuestra navegación, e igualmente cierto que este viaje no estaría exento de lentitudes y dificultades. Un año antes, nuestra excursión por el mar de Ross se había convertido casi en un viaje de placer, pero era a mediados del estío. Ahora estábamos en Febrero, cercanos al otoño. Por lo que mira a la zona de los hielos flotantes, el capitán Nilsen opinaba que no había de causarnos retrasos en lo sucesivo. Había descubierto un paso despejado y seguro para salir de ella. Parecerá esto a algunos afirmación atrevida; pero, como se verá más adelante, era tan excelente como se decía. Nuestro mayor apuro sería en la parte occidental, donde nos veríamos obligados al desagradable trance de tentar el vado. La diferencia de longitud entre la bahía de las Ballenas y Hobart, es de unos cincuenta grados. Si hubiéramos de navegar esta distancia longitudinal por las latitudes donde estábamos ahora, en donde un grado de longitud equivale solamente a unas treinta millas marítimas, en poco tiempo la habríamos salvado; pero las ingentes cadenas de montañas de la Tierra Victoria del Norte era un obstáculo serio. Teníamos primeramente que seguir rumbo

al Norte hasta doblar el Cabo Adaro, que es la punta más septentrional del continente Antártico, y las islas de las Ballenas al Norte de este punto. Hasta haberlo hecho así, no encontraríamos camino libre hacia el Oeste; pero entonces daríamos en una región donde, por las trazas, el viento nos sería contrario, embistiendo contra el *Fram*, lo que sería harto enojoso. Todos cuantos iban a bordo, conocían bastante las dificultades que nos aguardaban, y que habían de precaverse de la misma manera que los pensamientos de todos se aunaban para resolver este problema del modo más rápido y perfecto. Este era el objeto importante y común que nos unía y continuaría uniéndonos en un esfuerzo colectivo.

Entre las noticias que de fuera nos habían llegado, hay que contar la comunicación que nos enviaba la expedición Antártica Australiana, dirigida por el Dr. Douglas Mawson, en que decía tendría gusto en hacerse cargo de algunos de nuestros perros si podíamos prescindir de ellos. La base de tal expedición estaba en Hobart, y de continuar nuestras cosas en la forma comenzada, nos sería provechoso ir allí. Tuvimos, pues, a fortuna poder rendir a nuestro estimado colega este pequeño servicio. Al dejar la Barrera teníamos a nuestra disposición un lote de treinta y nueve perros, de los cuales muchos se habían desarrollado durante nuestra estancia de un año en dicho punto. Próximamente la mitad había sobrevivido desde nuestra salida de Noruega, y once habían estado en el Polo Sur. Nuestra intención había sido conservar solamente un número conveniente de padres para constituir un nuevo lote que emplear en el próximo viaje al Océano Artico; pero la petición del Dr. Mawson nos decidió a embarcar todos los treinta y nueve. De ellos, si no ocurría nada imprevisto, podíamos poner a su disposición veintiuno. Terminada la última parte de la carga, no

quedaba otra cosa que hacer que entrar los perros a bordo. Era interesantísimo el ver que varios de aquellos veteranos se encontraban como en casa propia en la cubierta del barco. Coronel, bravo y antiguo perro de Wisting, con sus dos ayudantes Suggen y Arne, tomaron al punto posesión del lugar en que habían vivido durante tanto tiempo en el viaje al Sur, a estribor, junto al palo mayor; los dos gemelos Myius y Ring, favoritos especiales de Helmer Hanssen, empezaron a jugar en el rincón de proa a babor, como si nada hubiera ocurrido. Al contemplar a estos alegres picarillos, nadie hubiera pensado que habían estado trotando a la cabeza de la caravana, tanto a la ida al Polo como a la vuelta. Podía verse también a un perro solitario vagabundo y reservado, como buscando inútilmente algo irremediable ya. Era un perro desaparejado del tiro de Bjaaland. Parecía despreocupado por cuanto pudiera sobrevenir; nadie podía reemplazar a su finado camarada y amigo Fridthjof, que hacía tiempo encontró su sepultura en los estómagos de sus compañeros por muchos cientos de millas en la Barrera.

Así que fué izado a bordo el último perro y sueltas las dos anclas, sonó el telégrafo del cuarto de máquinas, y el motor empezó a funcionar para librarnos de algún choque contra la base congelada de la Bahía de las Ballenas. Nuestra despedida de aquel bien abrigado puerto, apareció como un salto de un mundo a otro; la bruma caía sobre nosotros tan espesa como engrudo, ocultando todos los perfiles de la tierra tras de su pesada cortina, al alejarnos. Después de unas tres o cuatro horas se levantó repentinamente, pero a popa permanecía aún la masa de niebla como una muralla detrás; aquel panorama, que con tiempo claro nos pareció siempre maravilloso y en el que con tanto placer habían descansado nuestras miradas sin hartarnos, quedaba enteramente oculto.

El rumbo que habíamos seguido al venir el año anterior, sería seguramente el mismo en dirección opuesta al salir. Los contornos de la Bahía continuaban sin alteración ninguna de como los habíamos visto la primera vez. Hasta el punto más saliente de la costa en la margen occidental de la Bahía, el Cabo de la Cabeza de Hombre permanecía tranquilamente en su antiguo lugar, y parecía no tener prisa ninguna por apartarse de él; y con seguridad permanecerá muchos años aún, porque si tiene lugar algún movimiento de las masas de hielo en la parte interna de la Bahía, en todo caso es muy leve. Sólo en una cosa había alguna mutación con respecto al año precedente. Así como en el 1911, la mayor parte de la Bahía estaba libre de campos de hielo en época tan temprana como el 14 de Enero, en 1912 no se presentó paso ninguno practicable hasta catorce días después. La capa de hielo continuaba obstinadamente sólida hasta que la brisa fresca del Noroeste que apareció el mismo día en que la Compañía del Sur regresaba, proporcionó rápidamente un canal de agua libre. La rotura no pudo encontrar, pues, ocasión más propicia; aquella brisa nos ahorró mucho tiempo y trabajo; pues el camino hasta donde el *Fram* estaba antes de quebrarse los hielos, era cinco veces más largo que la distancia que ahora teníamos que recorrer. Esta diferencia de catorce días para la desaparición de los hielos entre los dos veranos, manifiesta cuanto fué nuestro acierto en escoger aquel año de 1911, precisamente, para desembarcar allí. El trabajo que hubimos de hacer de transporte, en tres semanas de aquel año, gracias a la rotura de los hielos, nos hubiera costado doble tiempo en 1912, y nos hubiera causado más dificultad y trastorno.

La espesa niebla que ya he dicho se cernía sobre la Bahía de las Ballenas, cuando de ella salimos, nos impi-

dió ver también lo que hacían nuestros amigos los japoneses. El *Kainan Maru* se había hecho a la mar cuando el *Fram*, durante la borrasca del 27 de Enero, y desde entonces no le habíamos vuelto a ver. Los miembros de la expedición que habían quedado en una tienda en la margen de la Barrera, al Norte de Framheim, se habían ido separando mucho también. El día en que salimos, uno de nuestra expedición había tenido una entrevista con dos de aquellos forasteros. Prestrud había ido a buscar la bandera que flameaba en el Cabo de la Cabeza de Hombre, indicando al *Fram* que habían vuelto todos. Al lado de la bandera se había emplazado una tienda que sirviera de refugio a un vigía, en el caso de que el *Fram* tuviera que detenerse. Cuando subió Prestrud, sin duda, se encontró sorprendido ante la presencia de dos hijos del Nipón, que estaban ocupados en examinar nuestra tienda y su contenido, que por cierto no consistía más que en un sacco-cama y un hornillo Primus. Los japoneses abordaron la conversación con frases entusiastas como «¡Hermoso día!» y «Cuánto hielo.» Conviniendo en ello nuestro compañero, trató de obtener informes sobre asuntos de más interés. Los dos extranjeros le dijeron que por el momento ellos eran los únicos habitantes de la tienda situada en la margen de la Barrera. Dos de sus compañeros habían ido a dar una vuelta por la Barrera para hacer observaciones meteorológicas, y habían de emplear en esto una semana próximamente. El *Kainan Maru* había emprendido una travesía en dirección a la Tierra del Rey Eduardo. Por lo que habían convenido, se esperaba que el barco estuviera de vuelta antes del 10 de Febrero, y que todos los miembros de la expedición se embarcarían entonces y navegarían hacia el Norte. Prestrud había invitado a sus dos nuevos conocidos a visitarnos en Framheim, cuanto más pronto mejor; pero ellos retrasaron la visita más de lo

que podíamos aguardar. Si hubieran ido entonces a Framheim habrían podido atestiguar, por lo menos, que no habíamos ahorrado empeño en procurar toda clase de comodidades para nuestros sucesores.

Al levantarse la niebla nos vimos rodeados del mar, puede decirse que libre de hielos en todas direcciones. El mar azul, fosco, entoldado, de un cielo pesado oscuro, no suele contarse entre las cosas que más placen a la vista. Mas para la nuestra era un alivio verdadero mirar aquel fondo en que predominaban los colores oscuros. Habíamos pasado meses enteros deslumbrados por la claridad cegadora de una extensión blanca, teniendo que apelar a medios artificiales para evitar la excesiva profusión de claridad. Por regla general, teníamos que limitar la exposición de nuestras pupilas cuanto podíamos y tener entornados los párpados. Ahora podíamos mirar el mundo con los ojos abiertos, literalmente «sin pestañear», pues cosa tan vulgar como ésta era en nuestra vida a modo de un ensayo. Una ventolina del cuadrante Sur occidental nos permitió emplear las velas, de modo que a los dos días ya nos habíamos alejado unas doscientas millas de la Barrera. Por modesta que aparezca esta distancia, vista en el mapa, era para nuestros ojos imponente. Se ha de tener en cuenta que con los medios de transporte que habíamos utilizado por tierra, nos costaba muchos y muy penosos días recorrer tal distancia.

Nilsen había señalado en su mapa los límites de la zona de hielo durante los tres pasos que el *Fram* había realizado ya. La suposición de que había de encontrarse una entrada de importancia cerca del meridiano 150° quedó confirmada. Los cambios leves de la posición del canal eran producidos, según las experiencias de Nilsen, por variaciones en la dirección del viento. Habíase persuadido de que siempre resultaba provechoso volver y seguir el

curso del viento cuando la masa de hielos ofrecía síntomas de estarse cerrando. Esta manera de andar, claro es que tiene el defecto de hacer algo tortuoso el camino; pero empleándola, hay siempre probabilidad de encontrar el mar libre. En este viaje alcanzamos el límite de la zona de los cúmulos de hielos tres días después de salir de la Barreira. La posición de la zona resultó ser casi exactamente la misma que en los pasos anteriores. Después de haber mantenido la marcha algunas horas, los hielos se adensaron tanto, que parecía ya difícil seguir adelante. Era, pues, llegada la ocasión de ensayar el método de Nilsen; el viento que, dicho sea de paso, era muy flojo, soplabá en dirección francamente al Oeste, y en consecuencia, se hizo girar el timón a estribor y la proa se enfiló al Oeste. Por bastante tiempo anduvimos con este rumbo, y esta desviación nos resultó beneficiosa, pues siguiendo la dirección del viento algunas horas, encontramos numerosos canales. Si hubiéramos seguido según empezamos, no es imposible que sufriéramos largo retraso antes de llegar a un paso libre unas cuantas millas de nosotros.

Después de haber efectuado el primer rodeo largo, nos libramos de tener que hacer más en lo sucesivo. El hielo continuaba rareando, y el 6 de Febrero su rápida creciente hinchazón nos manifestaba que ya habíamos salido de la Banca de hielos del Antártico para siempre.

No sé a punto fijo si vimos una sola foca durante nuestro paso por la zona de los hielos en esta ocasión, y si alguna vimos, apenas nos fué concedido tiempo de tirarla. Había abundancia de excelente comida para hombres y perros entonces, sin tener que recurrir á la carne de foca. Para los perros habíamos embarcado toda la provisión sobrante del excelente pemmican hecho para ellos, que no era pequeña. Además de esto, pescado seco. Un día se le

daba de una cosa y otro día de otra, y con este régimen se mantuvieron en tan excelentes condiciones de salud, que cuando llegamos a Hobart, habían echado otro nuevo pelo y parecía que hubieran estado en cebo un año.

Para nosotros, nuestros camaradas, que habían hecho la travesía a Buenos Aires, habían traído de allá muchos cochinos cebados, que se les trataba regaladamente en la popa, y añadido a esto, tres canales de hermosos carneros pendían en la toldilla. Casi no necesito decir que estas golosinas inesperadas fueron debidamente apreciadas por nosotros. Cierto que la carne de foca nos había hecho excelentes servicios, pero esto no impedía considerar el asado de carnero y el puerco como una mudanza bienvenida, y más acompañada de tan completa sorpresa; apenas pude creer que a ninguno de nosotros se nos ocurriera que habíamos de proporcionarnos carne fresca antes de llegar al mundo civilizado.

A su llegada a la Bahía de las Ballenas había a bordo del *Fram*, entre todos, once hombres. En lugar de Kutschin y Nödtvet, que se habían ido a su país desde Buenos Aires, cuando el barco estaba allí en Otoño de 1911, se habían alistado otros tres, llamados Halvorsen, Olsen y Steller; los dos primeros eran de Bergen y Steller un alemán que había vivido varios años en Noruega, y hablaba el noruego como su lengua propia.

Todos tres eran notablemente serviciales y amables, y era muy grata su relación con ellos. Me atrevo a decir que ellos también se encontraban al lado nuestro como en su propia casa; realmente, sólo habían pensado en ir en el *Fram* hasta el primer puerto en que hiciera escala, pero permanecieron a bordo hasta Buenos Aires, y probablemente continuarán con nosotros.

Cuando la compañía de la costa se embarcó, el teniente Prestrud anunció su primer empleo de primer oficial; los

demás al punto empezaron también sus tareas. Entre todos éramos ahora veinte hombres a bordo, y desde que el *Fram* había navegado un año con tripulación más bien escasa, nunca se había encontrado más numerosamente dotado. En este viaje no teníamos labor especial que desempeñar fuera de la rutina usual, y mientras el tiempo estaba bueno, nuestra vida a bordo era relativamente sosegada. Pero las horas de guardia en el puente se pasan insensiblemente; esto hay que reconocerlo, y teníamos en abundancia materia para charlar; si los que veníamos de tierra mostrábamos alto grado de curiosidad por lo que sucedía afuera, los de la compañía de mar sentían ansiedad semejante por obtener plena y detallada información de cuanto había ocurrido durante nuestra larga estancia en la Barrera. Puede sólo quien haya tenido experiencia de hechos semejantes, formarse idea del chaparrón de preguntas que cayó sobre unos y otros en tal ocasión. De lo que los exploradores de tierra teníamos que hablar, se ha dado ya un apunte en los anteriores capítulos. De lo que fuera había pasado, quizá nada nos interesó tanto como el saber la manera en que fué acogida al tenerse noticia la mudanza de nuestro plan, tanto en la patria como en el extranjero.

Una semana se pasó de menos antes que se atajara sensiblemente el flujo de preguntas y respuestas, semana que se deslizó como un soplo, quizá más pronto de lo que nos importaba, pues resulta que el *Fram* no igualaba su marcha con los días. El tiempo seguía portándose bien, aunque no tanto como deseábamos. Habíamos calculado que el Sureste y el Este, que con tanta frecuencia soplaban alrededor de Framheim, continuaran presentándose en el Mar de Ross; pero, sin duda, se olvidaron enteramente de hacerlo. Teníamos poco viento, y si alguno teníamos, por lo general, soplabá del Norte lo bastan-

te para dificultar la marcha de nuestro viejo y excelente navío. Los primeros ocho días nos fué imposible hacer observaciones por lo encapotado del cielo. Si por casualidad se preguntaba al capitán sobre la posición del barco, lo único que podía decir es que estábamos en el Mar de Ross. El 7 de Febrero, sin embargo, según una buena observación meridiana, supimos que estábamos muy al Norte del Cabo Adaro, y en consecuencia, más acá de los límites del continente Antártico. En el camino hacia el Norte habíamos pasado el Cabo Adaro a una distancia que con un buen día de navegación quedaba recorrida; pero nuestro deseo de ir a verlo, tuvo que ceder ante el objetivo preferente de nuestro viaje: el Norte y nada más que el Norte cuanto antes.

Por lo general reina mucho viento en las inmediaciones de los promontorios muy salientes, y el Cabo Adaro no se exceptúa de esta regla; se le conoce universalmente como foco de mal tiempo; pero en esta ocasión no lo hubiéramos desdeñado, pues seguíamos el mismo camino que él. Dos días de fresco Sureste nos costó pasar con rapidez relativa por las islas de las Ballenas, y el 9 de Febrero nos felicitamos de habernos alejado de la zona fría boreal. Con mucho gozo habíamos cruzado el círculo antártico al ir; con no menos quizá lo cruzábamos ahora en la dirección opuesta.

En la prisa de salir de nuestros cuarteles de invierno, no habíamos tenido tiempo para celebrar de algún modo la afortunada reunión de la Compañía exploradora de tierra con la de mar. Escapada así esta ocasión de festejos, buscamos otras, y convinimos en que el día del paso de la zona fría a la templada ofrecía razonable motivo. La parte preordenada del programa era bien sencilla: una taza extraordinaria de café, debidamente acompañada de ponche y cigarros y algo de música del gramófono. Nuestro

digno gramófono no podía ofrecernos nada interesante por su novedad a los nueve que habíamos invernado en Framheim, pues nos sabíamos bien todo el repertorio de memoria; pero sus conocidas melodías evocaban recuerdos de muchos sábados de agradables noches alrededor de la bien colmada mesa de nuestro abrigado hogar invernal en lo alto de la bahía de las Ballenas, recuerdos que ninguno esquivaba resucitar. A bordo del *Fram* no se había vuelto a oír la música del gramófono desde la Nochebuena de 1910, y los miembros de la Compañía de mar tenían placer en conocer algún número más.

Fuera de los límites del programa hubo espacio para disfrutar de otras diversiones, como la que nos proporcionó un cantor que imitaba el gramófono, empleando un descomunal megáfono para suplir al defecto de su voz, según lo que él mismo afirmaba.

Escondióse detrás de la cortina del camarote del capitán Nilsen, y por medio del megáfono nos endilgó una improvisación en verso, describiendo la vida en la Barrera con estilo humorístico. Fué muy aplaudido, y nos hizo reír de lo lindo. Las composiciones de este género sólo tienen mérito, claro está, para aquellos que han intervenido o conocido de cerca los sucesos que las inspiran. Para que los extraños puedan apreciar algo de lo que esto significa incluiré aquí algunos versos.

Hay que notar que el autor los compuso con la idea de recitarlos en la Navidad, y así propuso que por el momento nos imaginásemos que era llegada esta fiesta. No tuvimos reparo en acceder a esta condición.

Ya estamos aquí reunidos una vez más a gozar,  
Unos venidos de tierra, otros llegados del mar.  
Un año entero ha pasado, hasta que salvos y sanos  
Y olvidadas nuestras cuitas podemos chocar las manos.

¡Navidad! Fiesta feliz. ¡Venga el hirviente licor!  
 ¡Llenad vuestras copas todos en que se ahogue el dolor!

Pues de las cosas que canto

Ha sido noble motivo de la patria el amor santo.  
 Y ahora, amigos marinos, sabed lo que hemos andado:  
 Lo que en invierno no breve sin parar hemos obrado.  
 Mucho cavar en la nieve hasta rendirnos de sueño,  
 Comer quizá demasiado; de ahí nuestro aspecto risueño.  
 Para el almuerzo pasteles calientes que era un portento,  
 Empanadas de carnero, de Lindström sublime invento.

Y en esto mismo que canto

Fué de hartarnos el motivo de la patria el amor santo.  
 Vino Septiembre, salimos para un viaje endemoniado  
 Con nuestras brújulas rotas, que el hielo había pasmado;  
 El licor en la botella del capitán era hielo.  
 Bien vimos hombres y perros que el tiempo era un desconsuelo,  
 y así volvimos a Framheim nuestros pies a deshelar,  
 Pues sin salud y los miembros helados, ¿quién puede andar?  
 Las mordeduras del hielo y demás cosas que canto,  
 Sólo las hace sufribles de la patria el amor santo.  
 Tornó el sol, refocilándonos un poquito cada día;  
 Cinco hombres volvimos fuera a reemprender nuestra vía.  
 Por fin, triunfamos de hielos y de nieve, y sabrá el mundo  
 Que la bandera Noruega se alza en el Polo. Un jocundo  
 Aplauso la siga siempre a las montañas y al llano,  
 Pues la meta fué alcanzada y el triunfador tornó sano.

Digo al final de mi canto

Que a la conquista del Polo nos llevó el patrio amor santo.

Pronto se sabrá, de una manera u otra, que habíamos  
 llegado a latitudes donde la existencia tomaba un aspecto  
 muy diferente del que estábamos acostumbrados a obser-  
 var al Sur del paralelo 66°. El aumento de temperatura  
 fué muy bien recibido por todos nosotros. El mercurio se  
 sostenía ya más frecuentemente por encima del punto del

hielo, y los individuos que a bordo conservaban más o menos prendas del vestido de pieles, fueron despojándose de ellas y substituyéndolas con vestidos más ligeros y a propósito. Los que aguardaron algún tiempo más para hacer esta mudanza eran los que pertenecían a la compañía de tierra. Muchas personas se imaginan que una estancia prolongada en las regiones polares hace que un hombre llegue a ser menos susceptible a los rigores del frío que los demás, pero se engañan por completo. Más bien sucede lo contrario. Un hombre que permanezca largo tiempo en un lugar donde la temperatura descienda a cincuenta grados bajo cero, y aun más, no se sentirá muy mal si lleva un vestido de pieles bueno y práctico; pero que vaya ese mismo hombre vestido a la manera usual en Europa un día de menos de treinta grados, y ande por las calles de Cristianía, y el frío le hará dar diente con diente. Lo que sucede es que en las excursiones polares se defiende uno eficazmente del frío; pero al regreso, y con la sola protección de un abrigo, cuello tieso y sombrero rígido, no puede menos de sentir el frío.

Otro efecto menos grato, que traía aparejado la diferencia de la latitud, era la oscuridad de las noches. Puede admitirse que un día continuo acaba por ser desagradable en viajes largos por la tierra; pero a bordo esta claridad perpetua es ciertamente preferible si se puede lograr. Aun cuando hemos de considerar que la masa principal de los hielos quedaba detrás, aún teníamos que contar con sus desagradables avanzadas las moles de hielo o icebergs. Se ha hecho notar que un vigía experimentado puede percibir la claridad de una mole de hielo de las grandes a mucha distancia de donde él está en medio de la oscuridad; pero cuando se trata de las pequeñas, que sólo dejan sobresalir una porción insignificante, ya no hay tal claridad que avise. Y un trozo pequeño de éstos

es tan peligroso como uno grande; se corre el mismo riesgo de que abra un boquete en la proa o haga otros destrozos en el aparejo. En estas regiones de transición, en que la temperatura del agua es siempre muy baja, no es guía seguro el mismo termómetro.

Las aguas por las cuales ahora navegábamos no son aún lo suficientemente conocidas para poder asegurar que no se encuentre tierra. El capitán Colbeck, que mandaba uno de los barcos de auxilio enviados al Sur durante la primera expedición de Scott, vino a dar, cuando menos lo esperaba, con una pequeña isla al Este del cabo Adaro; a esta isla se le puso luego el nombre del Capitán Scott. Cuando el capitán Colbeck hizo este descubrimiento, seguía la ruta ordinariamente seguida por los buques destinados a navegar dentro de los límites del Mar de Ross. Había, pues, el riesgo de si salíamos de nuestra ruta voluntaria o involuntariamente, encontrar otros grupos de islas en esta parte.

En los mapas ordinarios del Polo Sur hay señalados varios archipiélagos e islas, cuya posición es no poco dudosa. Una de ellas, la isla de la Esmeralda, aparece como si estuviera situada directamente en la misma ruta que llevábamos para ir a Hobart. El capitán Davis, que dirigía el *Nimrod*, barco de Shackleton, al volver a Inglaterra en 1909, navegó, sin embargo, por el mismo punto en que debía encontrarse la isla Esmeralda, según las indicaciones del dicho mapa, y ni la vió siquiera. De modo que si existe, no será donde la carta señala. Para evitar su encuentro, y, sobre todo, para avanzar por el Oeste cuanto fuera posible, entramos en la zona Occidental propiamente dicha, y en ello pusimos nuestro mayor esfuerzo durante una semana bien trabajosa, o más bien, dos; pero un viento persistente del Noroeste pareció por largo tiempo obligarnos a uno de estos dos partidos, a cual más

desagradable: o a dirigirnos al Este o a confinarnos entre los hielos flotantes del Norte de la Tierra de Wilkes.

Estas semanas lo fueron de muy ruda prueba de paciencia para cuantos a bordo sentíamos ansiedad de desembarcar con nuestras noticias o quizá oír las de los que regresaban. Pasadas las tres primeras semanas de Febrero, no estábamos a mucho más de la mitad de camino, cuando en circunstancias algo más favorables ya podíamos haber llegado a nuestro punto de destino. Los optimistas no dejaban de consolarnos diciendo que, más tarde o más temprano, habría cambio favorable, y esto es lo que, al fin, sucedió. Una mudanza favorable nos encaminó en derechura hasta la posición no bien determinada de la isla de la Esmeralda y la verdadera del grupo de las Macquarie, al Norte de ella. Se ha de mencionar, de paso, que por este tiempo la estación de telegrafía sin hilos más meridiana, estaba instalada en una de las islas Macquarie; pertenecía a la expedición antártica del doctor Mawson, quien llevó consigo los aparatos para instalar la estación en el mismo continente Antártico; pero, por lo que a nuestra noticia haya llegado, aún no se ha efectuado en el primer año conexión ninguna.

Durante esta afortunada travesía, habíamos de dirigirnos al Oeste, tanto más, cuanto que nuestro rumbo a Hobart nos aproximaba rápidamente hacia el Norte. Por otra parte, nos hubiera gustado poder aprovecharnos de los vientos predominantes, que eran los occidentales. Estos varían poco de un año para otro, y nosotros los encontramos idénticos a los que teníamos costumbre de conocer: brisas recias y frecuentes que, en general, se sostenían unas doce horas, y luego giraban al Oeste o Suroeste. En lo que el Noroeste soplabá, no había más sino confiarse a él con velamen reducido; cuando sobrevenía el cambio de viento, ganábamos unas cuantas horas en

la buena dirección. En esta forma fuimos arrastrándonos paso a paso con rumbo Norte al punto de nuestro destino; con bastante lentitud, sin duda, pero cada día aumentaba en el mapa algo el recorrido de nuestro viaje, y a fines de Febrero, la distancia que nos separaba de la parte meridional de Tasmania había disminuido en proporciones muy modestas.

Con la constante y pesada marejada del Oeste, el *Fram*, descargado como estaba, padecía del cabeceo aun más de lo que solía, lo que no es decir poco. Este cabeceo nos produjo algún daño en la arboladura, rompiéndose la gavia del palo mayor; sin embargo, este accidente no nos causó retraso, pues al punto se substituyó el palo roto con otro de respeto.

Nuestras esperanzas de llegar antes que terminara Febrero se desvanecieron, pues aún transcurrió una semana entera de Marzo antes de finalizar el viaje.

La tarde del 4 de Marzo vimos por primera vez la tierra; pero como el tiempo no estaba en modo alguno claro, y no tuvimos medios para determinar la longitud con seguridad durante dos días, no sabíamos qué parte de Tasmania teníamos enfrente. Para explicar la situación, es menester una pequeña descripción de la línea de la costa. El ángulo Sur de Tasmania forma tres promontorios; fuera del más oriental, y dividida sólo por un canal estrechísimo, hay una isla fragosa y al parecer inaccesible, llamada isla Tasman. Se puede llegar a ella, sin embargo, pues en su cima, a 900 pies sobre el nivel del mar, hay un faro. El promontorio del medio se llama Cabo Tasman, y entre éste y el oriental está la bahía de las Tormentas, que da acceso a Hobart. La cuestión era saber cuál de los tres promontorios habíamos visto. Esto era difícil, ó más bien, imposible determinarlo á causa de lo vago del contorno que la tierra ofrecía en la atmós-

fera brumosa; desconocíamos por completo el paraje, y ninguno de nosotros había estado nunca en semejante rincón del mundo. Al oscurecer sobrevino lluvia copiosa, y sin poder ver nada anduvimos a tientas toda la noche. Venida la mañana, una brisa fresca del Suroeste despejó la lluvia, con lo que pudimos ver otra vez la tierra. Convinimos en que lo que habíamos visto era el promontorio del medio, el Cabo Tasman, y alegremente hicimos rumbo a la bahía de las Tormentas, que tal pensábamos que era. Al aumentarse rápidamente la brisa fuimos como una saeta, y empezó a parecernos cierta la posibilidad de llegar a Hobart en pocas horas. Con este sentimiento consolador nos habíamos ya sentado a almorzar a la mesa del salón, cuando de repente fué empujada la puerta con una violencia que juzgábamos innecesaria, y en el vano de ella asomó la cara del oficial de guardia. «Nos hemos equivocado de promontorio», fueron sus palabras siniestras, y desapareció. ¡Adiós nuestros planes halagüeños, adiós nuestro almuerzo! Salimos todos al puente a maniobrar, convenciéndonos de que la triste noticia era exacta. Nos habíamos equivocado por motivo de la lluvia densa. El viento, que ahora había redoblado hasta convertirse en ventarrón, había expulsado las nubes de la cima de las colinas, permitiéndonos ver en lo que habíamos tomado por el Cabo Tasman, un faro, y en vez de estar en la bahía de las Tormentas, nos hallábamos en la inmensidad del Océano Pacífico y a barlovento del maligno Cabo. No había más sino trabajar y seguir el viento, aunque sabíamos que nuestra labor se reduciría a poca cosa. La brisa se convirtió en borrasca, y en vez de adelantar, torcíamos, efecto ordinario de la ligereza del *Fram*. Aburridos ya con esto, tratamos de hacer más lentos sus movimientos, valiéndonos de toda la lona que teníamos para corregirlos.

Al principio, nos pareció que habíamos dado en el hito, pero es lo cierto que la distancia a la tierra se hacía cada vez mayor, y como el viento seguía aumentando de fuerza, todo eran pérdidas en nuestra marcha. Hacia el medio día volvimos a tener tierra enfrente; de pronto vino una ráfaga violenta, que rasgó en mil tiras el primer foque, y tuvimos necesidad de abatir la vela mayor, pues de otra suerte la hubiera pronto rasgado, haciendo grandes daños en todo el aparejo. Con las velas que quedaban no se podía intentar nada práctico, sin que nos quedara otro remedio que emplear la máquina y ceñirnos a la tierra hasta que el viento se aplacase. ¡Qué manera de soplar toda la tarde! El humor de la gente de a bordo era, como es natural, poco divertido y se desahogaba en expresiones nada apacibles. El viento, la lluvia, el destino y la vida entera parecían conjurados en contra, pero... poco importa. La península que nos separaba de la Bahía de las Tormentas allí estaba firme e inconvertible, y la borrasca, sin prisa ninguna de permitirnos rodearla, seguía soplando sin tregua. Pasó un día entero y la mayor parte de la noche sin que cambiara la situación. Hasta la mañana del 6 no empezó a mejorar: el viento aflojó y torció más al Sur, que era el rumbo que habíamos de seguir; pero por el atractivo de la costa junto a la cual se remansaban las aguas suavemente, logramos abrirnos paso hasta la isla Tasman, antes de que volviera a oscurecer. La noche trajo calma, que aprovechamos en hacer trabajar al motor de una manera furiosa, y una ligera corriente a favor contribuyó a ponernos en buen camino.

En la madrugada del 7 estábamos muy adentro de la Bahía de las Tormentas y pudimos considerar dominada la situación.

Hacia un día soleado, y nuestras caras brillaban de alegría que podían competir con el sol; todas las huellas

de los dos últimos días molestos se habían borrado. Y el *Fram* también volvió a relucir de nuevo: la pintura blanca de la cubierta cobró nueva vida, merced a un enérgico fregado de agua y jabón, y lo mismo las demás pinturas. Después, el atavío exterior de las personas experimentó cambio sorprendente. Los abrigos polares y aquellos célebres vestidos de mantas de Horten, fueron sustituidos por vestidos de playa del corte más variado, después de dos años de descanso; las navajas de afeitar y tijeras hicieron rico agosto, y las gorras Burberry, última moda ideada por Rönne, el diestro sastre de velas, coronaban muchas cabezas. El mismo Lindström, que hasta la fecha había mantenido entre la gente de tierra su categoría de persona de más peso, más gordura, mostraba signos inconfundibles de haber estado en íntimo contacto con el mar.

Ya nos íbamos acercando a un puesto de piloto, y una lancha bulliciosa de motor iba a nuestro lado. «¿Necesita un práctico, capitán?» El oír aquella voz de hombre, no pudo menos de conmovernos profundamente; ya estaba reanudada nuestra comunicación con el mundo. El piloto, viejo animoso y de buen humor, mirando a su alrededor; como sorprendido, subió a nuestro puente. «Nunca hubiera creído ver todo tan limpio y brillante a bordo de un buque del Polo», decía. «Ni me podía figurar por el aspecto de ustedes, que acaban de llegar de la Antártica. Parecen más bien personas que se han estado llevando buena vida.» Afirmamos ser así, pero no nos prestamos a que obtuviera otros informes, como pudo conocer claramente aquel señor. Por su parte no tenía inconveniente en que le preguntáramos, aunque no eran muchas las noticias que podía suministrar. Nada había oído del *Terra Nova*; del barco del Dr. Mawson el *Aurora*, mandado por el capitán Daoiz, pudo indicarnos que se le esperaba en Hobar de un día para otro. Vigilaban el arribo del *Fram* desde

principios de Febrero, y ya hacía tiempo que desesperaban de vernos; esto no pudo menos de sorprendernos.

Nuestro huésped no manifestó, por cierto, deseo ninguno de probar nuestra cocina; o, por lo menos, rehusó con la mayor vehemencia nuestra invitación al almuerzo. Quizá temía que se le sirviera carne de perro u otros manjares tan extraordinarios como éste. Mas, por otra parte, significó un gran aprecio por nuestro tabaco noruego. Al retirarse llevaba su bolsa llena de él.

La ciudad de Hobart está situada a la orilla del río Derwent, que desemboca en la Bahía de las Tormentas. Sus alrededores son hermosos y su suelo fértil por extremo, sin género de duda; pero sus bosques y campiñas estaban casi abrasados al llegar nosotros; había reinado una sequía prolongada y acabado con todo el verdor del país. Para nuestros ojos, sin embargo, era un puro placer mirar aquellas praderas y selvas, aunque careciera su color de frescura. En este punto no costaba gran dificultad contentar nuestro gusto.

El puerto de Hobart es casi ideal, amplio y bien abrigado. Al acercarnos a la ciudad vino a bordo la acostumbrada procesión de práctico, médico y empleados de la Aduana. El doctor comprendió al punto que no había necesidad de ejercer su empleo, y los aduaneros se convencieron fácilmente de que no llevábamos ningún contrabando. Echamos anclas y pudimos desembarcar. Yo recogí mis cablegramas y acompañé al práctico a tierra.

## CAPÍTULO XV

### EL VIAJE EN TRINEO POR LA PARTE ORIENTAL DE ANTÁRTICA

#### *Relación del teniente K. Prestrud.*

El 20 de Octubre de 1911, la Compañía de expedición al Polo Sur partió para su largo viaje. La partida, tuvo lugar sin excesivas ceremonias y con el gasto menor de palabras. Un cordial apretón de manos basta admirablemente en ocasiones tales. Yo les acompañé hasta el lugar que denominábamos Punto de Partida, en el lado meridional de la Bahía. Después de decir por última vez «Buena suerte», al capitán y a los camaradas, deseo sincero con que mutuamente nos correspondíamos siempre, cinematografié la caravana, que bien pronto se perdió de vista. Aquellos amigos iban a buen paso hacia el Sur, y, como de costumbre, Helmer Hanssen iba a la cabeza en su rapidísimo trineo.

Yo me detuve enteramente solo, y he de confesar que me encontré presa de bien variados sentimientos. ¿Cuándo volveríamos a ver a estos cinco compañeros que acababan de perderse en la infinita llanura, y cómo volverían? ¿Qué tendrían que contarnos como resultado de su viaje? Había amplio espacio aquí para toda clase de augurios, y suficiente ocasión para examinar las distintas probabilidades, las buenas y las malas; pero poco se conseguía con entretenerse en reflexiones de esta clase. Los hechos in-

mediatos eran los que primero reclamaban nuestra atención. Uno ellos era que Framheim estaba a tres millas largas lejos de mí; otro, que el aparato cinematográfico pesaba muchas libras, y, por último, que Lindström podía no estar en casa si yo llegaba tarde a comer. Nuestro cocinero se preciaba de ser un modelo de puntualidad en la cuestión de horas de comida. A casa, pues, y de prisa; pero esta prisa, sin embargo, estaba sujeta a ciertas condiciones, y ya me disponía para arrostrar las consecuencias de un largo retraso. En la otra parte de la bahía divisaba precisamente una pequeña mancha negra que parecía moverse en la dirección en que yo estaba. Pensé primero si sería una foca; pero, afortunadamente resultó, ser Jorge Stubberud, con seis perros y un trineo. Esto me animó del todo, pues en primer lugar me libraba de un peso bien incómodo, y en segundo, podía caminar más aprisa. Pero el tiro de Stubberud lo componían cuatro cachorros indómitos, además de Puss y otro socio de la misma calaña; como consecuencia, nuestra marcha fué poco rápida y nada derecha; así es que llegamos a Framheim dos horas más tarde de la señalada para la comida. Los que conocen algo al señor Lindström y su manera de ser, fácilmente se formarán idea, con mis explicaciones, de su estado de ánimo en el momento en que entramos por la puerta. Sí, estaba indudablemente irritado, pero nosotros íbamos, por lo menos, tan hambrientos; y si algo hay que pueda ablandar el corazón de un proveedor noruego es un apetito voraz en los que tiene que sustentar, atender, siempre, sin embargo, que tenga bastante que ofrecerles, y la despensa de Lindström era positivamente inagotable.

Me acuerdo bien de esta comida: en la misma mesa a que nos habíamos sentado ocho durante tantos meses, habíamos quedado ahora tres solamente: Johansen, Stubberud y yo. Teníamos más sitio, es cierto, pero esta venta-

ja nos satisfacía muy poco. Echábamos de menos, con pena, a los que se habían ido, y nuestros pensamientos los seguían constantemente. Lo primero que discutimos en aquella ocasión fué cuántas millas podrían andar aquel día, ni fué esta la última vez que hablamos sobre este asunto. Durante las semanas y meses que siguieron se sacaba a propósito y nos manifestaba abundante material de conversación, cuando ya habíamos tratado por completo de lo que nos competía. Por lo que toca a este punto, mis instrucciones eran las siguientes:

1. Ir a la Tierra del Rey Eduardo VII, y llevar a ella lo que el tiempo designado para la exploración y las circunstancias nos permitieran.
2. Examinar y señalar en el mapa la Bahía de las Ballenas y sus proximidades.
3. Mantener, en lo posible, en orden la estación de Framheim, previniendo el caso de tener que pasar allí otro invierno.

Por lo que mira al tiempo, mis órdenes eran regresar a Framheim antes de aquel en que razonablemente se pensaba que podía llegar el *Fram*. Esto era, y no tenía más remedio que serlo, inseguro. Cierto es que todos teníamos una alta idea de la capacidad del *Fram* para defenderse del mal tiempo, y el teniente Nilsen había anunciado su intención de estar de vuelta hacia la Navidad o el Año Nuevo; pero de todos modos, un año es mucho tiempo y son muchas las millas de un viaje alrededor del mundo. Contando con que no ocurriera ningún accidente al *Fram* y que saliera de Buenos Aires en la fecha fijada en el plan, 1.º de Octubre de 1911, podría con toda probabilidad estar de vuelta en la Bahía de las Ballenas hacia mediados de Enero de 1912. Con este cálculo decidimos dar por terminado, a ser posible, el viaje en trineo a la Tierra del Rey Eduardo antes de Navidad, y el trabajo

de observación de la Bahía lo dejaríamos para la primera mitad de Enero de 1912. Yo pensé, sin embargo, viendo lo conveniente que sería trabajar cuando la Bahía estuviera helada, consagrar algunos días a la obra preliminar de medición, poniéndonos a este trabajo inmediatamente que saliera la expedición polar; pero no aprovechó. No habíamos contado con el tiempo, y bien nos engañó. Reflexionando ahora sobre ello, parece bastante razonable que la llegada final del buen tiempo en las postrimerías del invierno antártico no había de tener lugar sin graves trastornos de la atmósfera. La expulsión de un mal tenía que efectuarse con ayuda de otro mal; y el tiempo pareció vengarse. Durante las dos semanas que siguieron al 20 de Octubre, sólo hubo tres o cuatro días en que se pudiera trabajar con el teodolito y la mesa de mapas. Nos arreglamos para medir una línea básica de mil metros, sin poder hacer lo mismo con la mayor parte del lado oriental y los más de los puntos prominentes de las inmediaciones de nuestro campamento; había que acechar todas las ocasiones en que como a hurtadillas se podía operar, y todas nuestras excursiones solían terminar con traer a casa los instrumentos cubiertos de nieve por completo.

Si el mal tiempo nos acarreó estorbos sin cuento en el trabajo que con tanta prisa teníamos que hacer, nos proporcionó en cambio una cantidad de tareas imprevistas de que con gusto nos hubiéramos desentendido. Teníamos que estar siempre despejando de nieve los pasos abiertos a las cuatro tiendas de perros que por allí estaban emplazadas; así como a nuestra propia vivienda subterránea, sobre la cual se había ido acumulando la nieve a una altura cada vez mayor. La pared bastante alta que habíamos construído al principio al lado Este de la puerta, estaba enteramente sepultada por los ventisqueros. Nos había servido antes de buena defensa; ahora la nieve im-

pedía el acceso, y la abertura, igual que la bajada al sótano que bajaba a la puerta, se llenaba de nieve a las pocas horas cuando el viento soplabá hacia allí. Lindström movía la cabeza cuando alguna vez le preguntábamos qué sería de él allí solo, si el tiempo seguía portándose de esta suerte. «En lo que no haya más que nieve en el camino, yo me las arreglaré para salir», decía. Un día vino diciendo que ya no podía ir a buscar carbón, y nuestras investigaciones comprobaron que había bastante dificultad. El techo del lugar en que se almacenaba el carbón había cedido a la presión de la masa de nieve, y todo el edificio se había desplomado. No había más remedio que ponernos a trabajar inmediatamente, y después de un grandísimo trabajo, logramos meter la provisión del preciado combustible en el largo túnel de nieve que conducía desde la casa a la carbonera. Con estos nuestros «diamantes negros», estábamos salvados por entonces. Esta faena nos puso tan negros como nuestros «diamantes». Cuando volvimos, el cocinero se había estado dando un baño de los buenos; cosa relativamente rara, y tuvo lugar una sorpresa por ambas partes. El cocinero se admiraba de vernos tan negros; nosotros, de verle a él tan limpio.

Esta faena de despejar de nieve a que nos obligaba el mal tiempo continuo, añadido a los preparativos necesarios para el viaje en trineo, nos proporcionaban abundante ocupación, pero me atrevo a asegurar que a ninguno de nosotros se le ocurre echar de menos aquellos días. Eran dilación que se oponían al trabajo que nos importaba realmente; y si las dilaciones son siempre harto enojosas, lo eran aún más entonces en que el tiempo para nosotros era de gran valor. Como sólo teníamos dos trineos en que transportar víveres para tres hombres y diez y seis perros, sin contar todo nuestro equipo, y como en este viaje no ha-

bíamos de tener depósitos con los cuales contar, la duración de él no podía ser mayor de seis semanas. Para poder estar de vuelta por Navidad, teníamos, por consiguiente, que partir antes de mediados de Noviembre, y aun nada nos estorbaría salir antes; de modo que tan pronto como llegó este mes, aprovechamos la primera ocasión para ponernos en camino.

Para acertar en la mejor dirección, preferimos que la salida tuviera lugar con tiempo claro. Resultaba que teníamos que rodear por el depósito establecido en el paralelo 80° S., y como la Tierra del Rey Eduardo está situada al Este ó más bien al Noreste de Framheim, venía a ser un rodeo muy largo; mas no había otro recurso sino darlo, porque en Septiembre habíamos dejado en aquel depósito todas las provisiones de los trineos embaladas, gran cantidad de nuestros avíos personales, y, por último, algunos de los instrumentos necesarios.

Camino del depósito, a unas treinta millas geográficas al Sur de Framheim, topamos con la maldita superficie agrietada que habíamos encontrado por primera vez en el tercer viaje a los depósitos, en otoño de 1911, ó sea en el mes de Abril. En aquella ocasión habíamos pasado completamente descuidados, y no dejó de ser fortuna que escapáramos con la sola pérdida de dos perros. Esta superficie frágil está en una depresión que dista como una milla al Oeste del camino originalmente señalado; pero, de todos modos, parece que desde la mencionada fecha ejercía una atracción irresistible. En nuestra primer tentativa de ir al Sur, en Septiembre de 1911, caímos derechamente en medio de ella, a pesar de que el tiempo estaba claro. Después he oído que, a despecho de todos sus esfuerzos, la Compañía exploradora del Polo en su viaje definitivo acampó en esta región peligrosa, y que uno de los exploradores se vió en gran apuro para no caer con trineo y

perros. No tenía yo ganas de exponerme a tales riesgos, y teníamos en favor nuestro que estábamos familiarizados con este terreno. Hubiera sido mal comienzo para esta parte independiente de la empresa común. Un día o dos de buen tiempo al empezar, nos permitirían seguir el rumbo previamente marcado y marchar por buen terreno hasta dejar atrás aquel sitio terrible.

En los primeros días de Noviembre las condiciones del tiempo empezaron a mejorar algo; por lo menos cesó el persistente nevazo. Lindström nos pidió, antes de que partiéramos, que trajéramos una cantidad suficiente de focas, para tener en qué estar ocupado el mayor tiempo posible. Las provisiones que habíamos tenido durante el invierno estaban a punto de agotarse; no quedaba más que cierta cantidad de grasa. Tuvimos por bien acceder a su deseo, pues era difícil negocio haber de transportar tan pesadas bestias uno solo, y más no teniendo sino dos cachorros no adiestrados para tirar de ellas. Después supimos que Lindström había realizado algunas experiencias curiosas con ellos durante el tiempo que vivió solo.

Dejando a un lado la cuestión de arrastre, la caza de focas es una diversión muy fácil. Un cazador ártico o un esquimal se admirarían al ver la calma plácida con que las focas antárticas se dejan matar y coger. Les parecería la Antártica como una verdadera Tierra de Promisión, una tierra en la que mana leche y miel, en que las focas abundan y la dificultad de apoderarse de ellas queda reducida a la nada. Lo cierto es que estos animales han adquirido una convicción firme de que están a salvo de todo peligro en lo que no salgan de su tierra o de los hielos. Nunca se han visto atacados allí, y están en absoluto incapacitados para sospechar la más mínima posibilidad de ataque. Sus enemigos naturales están en el agua, y no son por cierto insignificantes, como lo advierte las tre-

mendas heridas que a menudo se ven en los cuerpos de las focas. Estas, para evitar los ataques de sus enemigos, no tienen más que refugiarse en los hielos, donde durante muchas generaciones se han acostumbrado a retozar, sin que nadie las perturbe, a los rayos del sol, sin ver otros vecinos que los pingüinos y pájaros bobos, completamente inofensivos para ellas.

La aparición repentina del hombre en escena ha de producir, por consiguiente, al principio muy poco efecto en la foca antártica. Puede uno ir en derechura hacia ella, sin que ésta haga otra cosa que fijar los ojos de un modo que revela la falta absoluta de comprensión del peligro que la amenaza. Solamente cuando se la toca con un palo u otra cosa por el estilo, es cuando empieza a temer. Si se la inquieta de una manera algo insistente, la foca empieza pronto a dar signos manifiestos de terror. Gruñe, ruge, y al mismo tiempo trata de huir del enemigo visitante; pero rara vez se aleja muchas varas de un golpe, pues los movimientos de la foca son precisamente tan torpes y lentos en la tierra como activos y rápidos en el agua. Cuando se ha arrastrado con gran trabajo a cierta distancia, no da señales de que su turbación haya dejado impresión duradera en ella. Parece como si hubiera sufrido un sueño desagradable o una pesadilla para la que el mejor remedio fuera volverse a dormir lo más pronto posible. Si se dispara a una sola foca, puede ocurrir ello sin que las focas de al lado levanten siquiera la cabeza: Hasta hemos descuartizado una foca mismamente junto a las narices de sus compañeras, sin que esto haya causado la más mínima impresión en ellas.

Hacia los comienzos de Noviembre empezaron las focas a tener crías. Por lo que pudimos anotar, las hembras se pasan fuera del agua varios días sin tomar alimento hasta que la cría está lo suficientemente desarrollada

para poder por sí misma ir al mar; fuera de esto, no parece que las madres se preocupen demasiado por sus hijuelos. Cierta que algunas intentan, en cierto modo, protegerlos si se les inquieta; pero, por lo general, los dejan abandonados a su suerte.

Nosotros, por nuestra parte, dejábamos en paz a las hembras y a sus hijos en cuanto nos era posible. Matamos dos o tres focas recién nacidas para guardar sus pieles en nuestra colección; pero los perros, ya era otra cosa. La caza de focas les resultaba una diversión demasiado gustosa para perdonar ocasión de hacerla; mas contra las focas bien crecidas no podían hacer nada; no ofrecía su cuerpo sitio a propósito para herirlas, y su piel espesa y recia era demasiado dura para los dientes de los perros. Lo más que estos bribones podían era atormentar y aburrir al objeto de sus ataques. Mas con las crías sucedía de muy diferente manera. Con esta caza pequeña los activos cazadores podían satisfacer fácilmente su comezón de matar; que esta canalla mata sólo por matar; no padecían hambre en lo más mínimo, pues tenían toda la comida que se les antojaba. Claro está que nosotros hicimos cuanto estaba de nuestra parte para remediar tal estado de cosas, y en lo que estuvimos todos en la casa veíamos toda la jauría amarrada, pero cuando Lindström se quedó solo, no podía arreglárselas para tenerlos sujetos. Sus tiendas estaban sepultadas en nieve a causa del viento que reinó en Diciembre. No fueron muchos los perros que dejamos a su cargo, pero temo que estos pocos hicieran riza espantosa entre los hijuelos de focas de los hielos de la bahía. Las pobres madres poco podían contra una manada de perros, aunque hubieran sido más valerosas. Sus enemigos eran por demás activos. Para éstos era cuestión de poco tiempo desollar una cría al lado mismo de la madre, sin inquietarse poco ni mucho por la muerte de una infeliz criatura.

Por desgracia, no había leopardos marinos en las inmediaciones de Framheim. Estos, que son más rápidos en sus movimientos que la foca Weddell y están además provistos de unas formidables hileras de dientes, hubieran de seguro hecho a nuestros cazadores de cuatro patas más morigerados en su conducta.

Después de haber llevado a la casa bastantes carcajes de focas para asegurar la comida de diez o doce perros por un buen espacio de tiempo y hubimos descuartizado cantidad suficiente para aprovecharla nosotros en nuestro viaje al paralelo 80° S., utilizamos la primera ocasión que se presentó para ponernos en camino. Antes de comenzar la relación de nuestro viaje, quiero decir unas palabras acerca de mis compañeros Johansen y Stubberud. No hay para qué declarar que constituía gran seguridad para mí tener a mi lado un hombre como Johansen, que poseía la experiencia de muchos años, sobre todo, lo que se refiere a expediciones en trineo, y por lo que toca a Stubberud, no podía yo haber deseado mejor compañero de viaje que él; amigo en grado superior, pronto y eficaz en prometer y cumplir. Después se vió que no se presentaron muchas dificultades, pero rara vez se libra uno, viajando en trineo por aquellas regiones, de algún molesto accidente. Debo agradecimiento a mis camaradas, por la manera en que se esforzaron para facilitar nuestra excursión.

Johansen y Stubberud guiaban los trineos; yo iba como «precursor». Cada uno cuidaba de siete animales. Llevamos tantos, porque no teníamos certeza completa de cuántos de ellos servirían. Como era natural, la expedición polar se había llevado los más y los mejores. Entre los que teníamos a nuestra disposición, había varios que ya habían dado muestras de cansarse pronto. Aunque esto sí sucedió, fué cuando las condiciones se presentaron muy graves. Como luego se vió, nuestros perros se por-

taron mejor de lo que esperábamos, cuando el tiempo abonanzó durante el verano. En la primera parte del viaje, esto es, hasta el par 80° S., las cargas eran moderadas. Además de la tienda, los sacos-camas, nuestros avíos personales e instrumentos, llevábamos víveres para ocho días, consistentes en carne de foca para los perros y alimentos en conserva para nosotros.

El verdadero aprovisionamiento lo habríamos de hacer en el depósito, donde había de todo bastante.

El 8 de Noviembre salimos de Framheim, donde desde entonces había de residir Lindström, como soberano de cuanto estaba a su vista. El tiempo era hermoso a más no poder. Yo me llevé el cinematógrafo para inmortalizar, si era posible, la escena de nuestra partida. Para completar la serie de cuadros, Lindström ocupó el lugar de precursor, que ahora estaba, dicho sea en obsequio de la verdad, a mucha distancia de los que se suponía que guiaba. De la manera más explícita posible encomendé a Lindström que diera a la manecilla del aparato cinco o seis vueltas solamente, y luego corriera a ponerse delante de los conductores de los trineos. Cuando apenas había yo llegado al depósito de víveres, impulsado por fuerte aprehensión, me volví en seguida. Mis temores se confirmaban; al mirar para atrás, observé que el obstinado Lindström no cesaba de dar vueltas a la manecilla, como si le fueran a pagar una moneda de veinticinco pesetas por cada metro de película que mostrase la escena cinematográfica. Amenazándole con una pértiga de ski, hice cesar el persistente movimiento del aparato, y entonces fué a juntarse a Stubberud, que estaba unos cuantos pasos más adelante. Johansen había desaparecido como un meteoro. Lo último que de él vi fueron las suelas de sus botas, pues cuando menos se esperaba, dió un salto airosísimo hacia afuera del trineo al pasar por una pequeña prominencia junto al

depósito de víveres. Los perros, como es natural, dieron un rápido tirón y Johansen tras ellos como el viento. Por fin, todos nos reunimos sanos y salvos en la subida de la Barrera. Dispusimos en orden más propio de marcha y seguimos hacia el Sur.

La Barrera nos recibió con un viento fresco del Sur, que a veces parecía querernos helar la punta de la nariz; no lo consiguió, pero nos hizo retrasar algo. No se necesita mucho viento en esta planicie a nivel para retardar el paso. Pero el sol brillaba muy gayamente para que una bagatela como esta del viento pudiera aguar nuestra alegría. La superficie estaba tan firme, que apenas se notaban señales de nevazo. Como había mucha claridad, seguíamos sin interrupción las banderas de señales, asegurándonos por este medio, de que al menos en el primer día de marcha no sufrió ninguna desviación nuestro rumbo directo.

A las cinco acampamos, y después de dar de comer a los perros y entrar en la tienda, sentíamos cuánto más agradable era en aquella estación todo que no en los primeros viajes de otoño y primavera. Podíamos andar con un viento cómodo a nuestras anchas; si era necesario, nada nos impedía trabajar en cualquier cosa con las manos sueltas, sin miedo a que las yemas de nuestros dedos sufrieran daño. Como yo no tenía trailla de que cuidar, me dediqué a proveer de las necesidades de todos, o, lo que es lo mismo, hice el oficio de cocinero. También esta ocupación se había hecho extremadamente cómoda ahora, a causa de que la temperatura había descendido a 60° F. En esta ocasión se tardaba media hora en convertir la nieve en agua al calor de la olla; yo la derretí en diez minutos, sin riesgo de que mis dedos se helaran durante la operación.

Desde que desembarcamos en la Barrera en Enero

de 1911, estábamos aguardando oír a modo de un violento cañonazo, motivado por el movimiento de la masa de hielo. Ya habíamos vivido un invierno entero en Framheim sin haber observado, que yo sepa, el más insignificante sonido. Esta era una de las muchas indicaciones de que el hielo que había alrededor de nuestro campamento no se movía ni poco ni mucho.

Creo que ninguno haya advertido tampoco nada del esperado rumor en el viaje en trineo, pero en el lugar en que acampamos la noche del 8 de Noviembre oímos algo. En el espacio de dos minutos lo oímos una vez, no muy recio, pero perceptible. Sonaba mismamente como si disparase una batería entera de cañones pequeños, bajo nuestros pies a gran profundidad. A unos centenares de yardas hacia el Oeste del campamento había muchos montículos pequeños, que indicaban la presencia de hendiduras, pero fuera de esto la superficie parecía bastante llana. Los cañoncitos produjeron un vivo fragor durante toda la noche, combinándose con el bullicio de los perros para interrumpirnos el sueño. Pero la primera noche de un viaje en trineo suele ser mala siempre. Stubberud declaró que no había podido cerrar los ojos a causa del «maldito rumor». Quizá temía que el hielo se abriese y lo tragara cada vez que lo oía. La superficie, sin embargo, se mantuvo sólida, y el siguiente se presentó con el mejor cariz que podía desearse. No se requería mucha fuerza de voluntad para salir del saco-cama. Los calcetines que habíamos dejado colgados la noche antes pudimos volver a ponerlos más secos que un esparto; el sol se había encargado de secarlos. Nuestras botas de ski estaban tan flexibles como de ordinario, sin señal ninguna de que se hubieran helado. Era muy curioso ver lo que los perros hacían cuando apareció la primera cabeza por la puerta de la tienda al venir la mañana. Saludaban al amo con los sig-

nos más claros de alegría, aunque, naturalmente, comprendían que a este encuentro se seguirían muchas horas de trabajo, y tal vez alguna ración de latigazos; pero desde el momento en que el amo empieza a manejar el trineo, los perros miran para él, como si otra cosa no desearan más vivamente que ser aparejados y arrancar. En días como éste sus dificultades no eran muchas; la carga ligera y el camino bueno nos permitían recorrer cómodamente diez y nueve millas geográficas en ocho horas. El tiro de Johansen iba pisándome los talones constantemente y los animales de Stubberud seguían muy animosos inmediatamente detrás. De cuando en cuando veíamos las huellas de los trineos muy claramente; todo el día teníamos también a la vista las banderas de demarcación. Con relación a la temperatura que teníamos que pasar, eran nuestros vestidos relativamente ligeros, mucho más sin duda de lo que la gente se figura; porque hay una especie de verano, hasta en la Antártica misma, aunque las indicaciones diarias del termómetro hagan pensar a nuestros amigos de Noruega que se trata de los fríos rigurosos del invierno.

Al emprender un viaje en trineo, en primavera o en otoño, hay que adoptar precauciones extraordinarias para protegerse contra el frío. Los vestidos de pieles son los únicos que pueden usarse entonces; pero en este tiempo del año, en que el sol está en el horizonte las veinticuatro horas completas se puede caminar largo tiempo sin más abrigo que un leñador en el bosque. Durante la marcha, nuestro vestido consistía ordinariamente en lo siguiente: dos juegos de vestidos de franela, de los cuales, el que se ajustaba a la piel era muy liviano. Por encima de la camisa llevamos o un chaleco ordinario o un jubón de lana, relativamente delgado; y por encima de todo esto, nuestros excelentes vestidos Burberry, calzones y casaca.

Cuando estaba el tiempo tranquilo y el sol en su mayor fuerza, la casaca Burberry era de excesivo abrigo y podíamos andar todo el día en mangas de camisa. Y para que en caso de apuro no nos faltase nada, llevábamos a nuestra disposición vestidos de piel de reno de los más ligeros; pero no recuerdo que los usáramos mucho, a no ser como almohadas o colchones.

Muchas vueltas se le había dado, sin duda, al asunto de los sacos-camas en todas las expediciones polares. No sé cuántas veces lo discutimos, ni puedo recordar el número de ensayos más o menos afortunados que salieron a luz como fruto de estas discusiones. De todas maneras, es lo cierto que los partidarios del saco-cama individual constituyeron una mayoría aplastante, y no sin razón. Como en lo que toca a los destinados a dos personas, no hay duda que poseían la ventaja de conservarse calientes por más tiempo; pero siempre resulta difícil disponer de espacio suficiente en un solo saco para dos hombres corpulentos, y si usan el saco para dormir, y uno de los ocupantes empieza a roncar al oído del otro, la situación es altamente intolerable. En las temperaturas que pasamos en los viajes de verano no era difícil conservar calor bastante con los sacos individuales, y todos los empleamos así.

En el primer viaje al Sur, en Septiembre, Johansen y yo empleamos un saco doble para los dos; con el frío intenso que entonces se padecía nos arreglamos para pasar la noche sin helarnos; pero si el frío es tan intenso que no puede uno mantener el calor de su cuerpo con uno de estos sacos-camas amplios individuales, claro es que no servirá para un viaje en trineo.

*10 de Noviembre.* — Inmediatamente que nos pusimos en marcha aquella mañana, probamos a ver cómo nos las arreglaríamos para viajar sin que ninguno hiciera de precursor. En lo que no dejáramos de ver la hilera de las ban-

derolas, no había dificultad; los perros galopaban de la una a la otra; sin embargo, me las ingeniaba para sujetarme al trineo de Stubberud. A eso de medio día, dejamos a un lado el terreno irregular y hondo de que ya he hecho mención, el mismo que en el tercer viaje de depósitos realizado el último otoño nos tenía presos en una verdadera red de barrancas. Ahora nos habíamos dado cuenta del peligro, y lo dejamos a la izquierda; pero en el último momento el tiro delantero se desvió hacia el lado peligroso, y nos obligó a cruzar la parte Este de la zona terrible. Gracias a que la salvamos a galope tendido. Es posible de todo punto que mi deseo íntimo en aquel momento fuera de ver nuestro peso disminuído en unas cuantas libras, según pasábamos los livianos puentes de nieve a través de los cuales se veía el color azulino de los espantosos abismos que celaban. Pero después de transcurridos algunos minutos, nos felicitamos de no haber perdido nada de peso.

Por nada del mundo hubiera yo andado esta milla sin los skis ajustados a mis pies; hubiera sido lo mismo que exponerse a caer a cada momento; sería mucho pretender una seguridad absoluta con ellos de salvar todas las barrancas, pero sería ciertamente tener muy mala suerte hundirse cuerpo y skis juntamente.

*11 de Noviembre.*—En tiempo como éste, andar viene a ser como ir a una fiesta; tienda, sacos-camas y vestidos se mantenían secos como el esparto. El termómetro marca unos — 4° F. A uno que se le trajera de repente a este medio desde el mundo civilizado, no dejaría de impresionarle una temperatura tan baja; pero hay que tener en cuenta que nosotros habíamos abandonado hacia largo tiempo las ideas ordinarias de la gente civilizada, por lo que se refera a los rigores de la temperatura. Nos estuñábamos aquel tiempo que considerábamos primaveral, es-

pecialmente al recordar el de hacía dos meses, en que el termómetro marcaba — 76° F. y la escarcha se amontonaba una pulgada encima de la tienda, con peligro de taparlo todo al menor movimiento. Ahora no se veía escarcha; el sol brillaba con toda potencia. Porque a esto se le podía llamar sol; no a la débil imitación de aquel que asomaba su roja faz por encima del horizonte al septentrión en Agosto; era el sol amigo de las latitudes más cálidas, con su riqueza de luz y calor.

Después de dos horas de marcha, a las diez de la mañana llegamos a la vista de dos chozas de nieve que habíamos construído en el anterior viaje. Fuimos directos hacia ellas, pensando que podíamos quizás encontrar algunas huellas de los expedicionarios del Polo Sur. Hicimoslo así, aunque en manera muy diferente de la que habíamos esperado. Estaríamos como a una milla de las chozas, cuando de repente nos detuvimos los tres y miramos hacia ellas. «Allí hay un hombre—dijo Stubberud.» Por lo menos, se veía una cosa negra que se movía, y después que pasaron por nosotros ideas confusas sobre japoneses, ingleses, etc., sacamos los anteojos. No había hombres, sino un perro. De todas maneras, la presencia de un perro en aquella parte, a setenta y cinco millas de la Barrera, era en sí una cosa notable. Debía ser, sin duda, alguno de los perros de la expedición polar, pero era un misterio averiguar cómo se las habría arreglado el prófugo para vivir solo todo aquel tiempo. Al acercarnos, vimos pronto que era uno de los de Hassel, que se llamaba Peary. Al principio estaba algo avergonzado, pero así que oyó su nombre, comprendió pronto que éramos amigos que iban visitarlo, y no vaciló más en acercarse a nosotros. Estaba gordo y redondo, y sin duda le contentó volver a vernos. El ermitaño se había sustentado de los lamentables restos de la pobre Sara, que nos fué preciso matar

allí en Septiembre. El cuerpo flaco y helado de Sara no parece que se adaptara grandemente a engordar a nadie, y, sin embargo, nuestro amigo recién hallado Peary tenía el aspecto de haber estado en perpetuo festín semanas enteras. Tal vez empezaría por devorar a Neptuno, otro de sus compañeros que había dado también esquinazo a los de la expedición Polar, según se encaminaban al depósito del 80° S. Como quiera que fuese, la holganza de Peary tuvo un desenlace algo violento. Stubberud, sin más, lo enganchó á su trineo.

Habíamos pensado en llegar al depósito antes que terminara el día, y podríamos conseguirlo fácilmente si hubiera seguido el buen camino; pero durante la tarde la superficie se volvió tan blanda, que los perros se hundían en ella hasta los pechos, y a eso de las seis, cuando el taquímetro del trineo marcaba veintiuna millas geográficas, los animales estaban tan rendidos que no era práctico hacerles seguir.

A las once de la mañana siguiente, domingo 12 de Noviembre, llegamos al depósito. El Capitán Amundsen había prometido dejar en él una breve relación cuando pasara por allí, y lo primero que hicimos claro está, que fué buscar el documento en el lugar designado. No eran muchas las palabras que contenía aquella hoja de papel, pero expresaban satisfactorio concepto: «Todos bien hasta la presente.»

Habíamos pensado que los perros que llevaban habrían consumido la mayor parte, si no el total, de la carne de foca que habíamos dejado allí en Abril; mas no fué así, por fortuna. Habían dejado una gran cantidad, tanta que pudimos dar alimento restaurador a nuestros perros, sin temor ninguno. Ya llevábamos nosotros también, y no fué una pequeñez lo que habían comido. Los cuatro días de trote desde Framheim habían sido bastante para produ-

circles un apetito descomunal. Había un cachorro en el tiro de Johanssen que hacía sus primeras armas en el fatigoso viaje de trineos. Era un animalejo que respondía por el nombre de Lillegut. El cambio repentino de la breve ración ordinaria a la abundancia, resultó excesivo para su pequeño estómago, y el pobre bicho se quedó dando alaridos en la nieve en las últimas horas de la tarde.

Aquel día nos preocupamos también de nuestras provisiones: teníamos primeramente abundancia de carne fresca de foca; además, nos aprovisionamos en los copiosos depósitos que allí había con los víveres necesarios para un viaje en trineo de cinco semanas; tres cajas de pemmican de perros, una caja de pemmican para nosotros que contenía noventa raciones, veinte libras de leche seca, cincuenta y cinco de galletas de harina de avena y tres latas de leche malteada, además de instrumentos, cuerdas alpinas y vestidos. Trajimos con nosotros de Framheim la cantidad suficiente de chocolate, pues de nada de esto había de economizarse en el viaje. Nuestra reserva de parafina era de seis galones y medio, distribuida en dos tanques, uno en cada trineo. Nuestros avíos de cocina eran igual que los que llevaron los expedicionarios del Polo.

Los instrumentos que llevamos eran: un teodolito, un hipsómetro, dos aneroides, uno de los cuales no abultaba más que un reloj de los ordinarios; dos termómetros, un cronómetro, un reloj ordinario y una cámara fotográfica Kodak de 3 x 3 pulgadas, a propósito para películas y placas. Teníamos tres carretes de película y una docena de placas.

Nuestro equipo medicinal era muy sencillo. Consistía solamente en una caja de píldoras laxantes, tres rollos pequeños de gasa para vendajes y un par de tijeras pequeñas con lo necesario para arreglar la barba. Tanto píldoras como gasas, volvieron intactas; puede inferirse de

esto que nuestro estado de salud durante el viaje era excelente.

Mientras los conductores estaban empaquetando y liando sus cargas, que pesaban ya cerca de 500 libras, yo escribí una relación al jefe, y tomé una observación azimutal para determinar la dirección de nuestro viaje. Conforme a nuestras instrucciones, debíamos emprender desde éste punto una dirección invariablemente Norte-Este; pero como nuestros perros parecían capaces de realizar trabajo mayor y mejor de lo que habíamos esperado, y contábamos con la posibilidad de encontrar la tierra alta al Este del lugar en que nos hallábamos, en esta dirección estricta decidimos emprender nuestro rumbo.

Nuestra enemiga la niebla había hecho su aparición durante la noche, y ahora caía del cielo gris y desapacible cuando levantamos el campamento que habíamos emplazado junto al depósito en la mañana del 13 de Noviembre. Pero no era tan densa que nos impidiera seguir las banderolas que señalaban el depósito del Este.

Mi misión de precursor se vió inmediatamente más facilitada que antes con mucho. Con el peso grandemente aumentado que los perros arrastraban, a duras penas podían seguirme si yo marchaba a un paso ordinario de paseo. A las once de la mañana pasamos la banderola más oriental a cinco millas del depósito, y entonces nos encontramos en terreno nunca antes hollado. Una leve brisa del Sur se levantó muy oportunamente para barrer las nieblas; el sol volvió a brillar sobre la Barrera, que se extendía ante nosotros deslumbrante y llana, como nuestros ojos tenían costumbre de verla. Mas había una diferencia: a cada milla que recorriamos había posibilidad de ver algo nuevo. La marcha era excelente, aunque un poco más blando el suelo de lo que hubiéramos deseado. Los skis se deslizaban por él suavemente sin duda; pero los pies de

los perros y las zapatas de los trineos se hundían. Creo que nunca hubiera yo podido andar sin skis por estos sitios; hubiera sido un terrible castigo, pero con los skis en los pies se convertía el viaje en un verdadero placer.

Mientras tanto, tardaban en dejarse ver las nuevas vistas que aguardábamos. Marchamos cuatro días en dirección Este invariable, sin ver ni indicios de modificación en la superficie; era el mismo terreno ondulado que ya conocíamos tan bien por las anteriores expediciones. Las lecturas del hipsómetro daban los mismos resultados todos los días; la subida que aguardábamos no aparecía.

Stubberud, que los dos primeros días desde que dejamos el depósito había estado constantemente enderezándose sobre las puntas de los pies, tratando de ver cimas de montañas, adquirió finalmente la convicción firme de que esta Tierra del Rey Eduardo, que queríamos conquistar, era una tierra quimérica en absoluto. Los demás no estábamos dispuestos a compartir tal opinión; por mi parte, más bien me hubiera inclinado a admitir la teoría que supone la existencia de una prolongación meridional de la Tierra del Rey Eduardo, a lo largo del meridiano  $158^{\circ}$ ; esta teoría había adquirido cierta solidez durante el invierno, y se apoyaba principalmente en el hecho de que en el segundo viaje que hicimos para establecer depósitos, habíamos visto entre los paralelos  $81^{\circ}$  y  $82^{\circ}$  algunas hileras de montículos considerables, que hacían pensar en la tierra continental en dirección Sureste.

El 16 de Noviembre nos encontramos en el meridiano  $158^{\circ}$ . Pero a un lado y otro veíamos la superficie nevada, lisa, e ininterrumpida, y no otra cosa. ¿Seguiríamos siempre así? Cosa era ésta que nos llamaba la atención bastante, habiendo la probabilidad de que más tarde o más temprano encontraríamos algo; pero había un punto en nuestras instrucciones que deberíamos seguir, que de-

cía: «Id hacia el sitio que señala tierra en el mapa.» Este punto se hallaba ahora a más de 120 millas geográficas al Norte de donde nosotros estábamos. Así es que, en vez de seguir al Este con incertidumbre, decidimos volver a la izquierda y marchar hacia el Norte. Determinamos la posición del lugar en que cambiamos rumbo, y lo señalamos con una almenara de nieve de siete pies de alta, en cuya cima colocamos una caja de hoja de lata que encerraba una relación breve.

En la parte del camino que ahora teníamos ante nosotros había poca esperanza de encontrar sorpresas; no las echamos de menos. En marchas diarias, que variaban de diez y siete a veinte millas geográficas, avanzamos por un camino completamente llano. La naturaleza del suelo al principio era ideal; pero, según avanzamos hacia el Norte y nos acercamos al mar, nuestros progresos fueron estorbados por un gran número de ondulaciones de nieve (*sastrugi*), que probablemente habían sido formadas durante el largo período de mal tiempo que precedió a nuestra partida de Framheim. No dejó de producirnos perjuicios esta superficie tan mala. Stubberud quebró la parte delantera del ski de reserva, que había sujetado bajo su trineo, y el trineo de Johansen también sufrió con el continuo traqueteo contra los duros *sastrugi*. Afortunadamente, había pensado a tiempo traer un tablero de madera de hickoria, que pude adaptar exactísimamente a la parte quebrada.

Según seguíamos la dirección del meridiano, o en otras palabras, nuestro rumbo era Norte franco, las observaciones diarias contrastaban derechamente con las indicaciones del taquímetro. Por lo general, coincidían a cada minuto. Mientras tomaba yo la altura meridiana, mis compañeros podían elegir entre tomar su comida al lado de los trineos, o instalar una tienda bajo la cual se cobi-

jaban. Generalmente optaban por esto último, compensando este descanso con caminar una hora más por la tarde. Además de las observaciones astronómicas, se anotaban tres veces al día la presión barométrica, la temperatura, fuerza y dirección del viento y la cantidad de nubes. También se leía todas las noches la indicación del hipsómetro.

Si hubiera de acometer la descripción de una larga serie de días como éstos que transcurrieron mientras caminábamos por la parte llana de la Barrera, temería que mi narración produjera el mismo efecto que aquel celebrado poema de ciento veinte versos con el mismo consonante. Se figurarán algunos que esta monotonía haría parecer largo el tiempo, mas sucedía precisamente todo lo contrario. Nunca he conocido tiempo que más rápido pasara que el de estas jornadas de trineo, y rara vez he visto hombres más felices y contentos de la existencia que nosotros tres, cuando después de una jornada venturosa nos sentábamos para tomar nuestra frugal comida, seguida de una pipa de tabaco picado. Nuestro régimen era exactamente igual todos los días, lo que quizá parezca irregular a muchos; pues se supone que lo esencial es la variedad de manjares. Nada de variedad, digo yo: lo que importa es el apetito. Para el que tiene verdadera hambre, lo que haya de comer es cosa muy secundaria; lo principal es tener algo con que satisfacer el hambre.

Después de andar en dirección Norte siete días, encontramos, según las indicaciones del taquímetro, que debíamos estar en las cercanías del mar. Así era, en efecto. Mi diario del 23 de Noviembre dice así:

«Hoy hemos podido ver algo que no fuera cielo y nieve. Una hora después de haber levantado el campo esta mañana, dos petreles de las nieves vinieron bogando hasta nosotros; y poco más tarde, una pareja de pájaros

bobos. Dimos la bienvenida a las primeras criaturas vivientes que veíamos después de haber salido de Framheim. El cielo nuboso, que constantemente se hacía más fosco hacia el Norte, tiempo hacía que nos venía avisando que nos íbamos aproximando hacia el mar; y la presencia de aquellas aves nos decía que no estaba lejos. Los pájaros bobos se situaron muy cerca de nosotros, y los perros, que sin duda los habían tomado por hijuelos de foca, se disponían ya a cerrarles el paso, pero su entusiasmo cesó cuando advirtieron que la caza aquella tenía alas.

»La margen de la Barrera era difícil de ver, y sabiendo por anteriores experiencias lo fácil que es caer cuando la luz es tan mala, avanzamos con grandísima cautela. A las cuatro creímos ver el precipicio. Hicimos alto a una distancia que ofreciera seguridad, y yo me adelanté para observar. Con gran sorpresa mía hallé que junto a la orilla misma de la Barrera empezaba el mar libre. Hubiéramos esperado ver extenderse los hielos flotantes un buen trecho todavía, estando aún en los comienzos del verano; pero era mar, en cambio, lo que se veía libre de hielos, hasta donde llegaba el horizonte. Sombrío y torvo de ver, pero no sin causar agradable contraste con la infinita llanura nevada por donde nos habíamos venido hundiendo, en una distancia de 300 millas geográficas.

»La caída perpendicular de 300 pies que forma la linde entre la Barrera y el mar, con su variado hormiguelo de vida, es, en verdad, una transición brusca e imponente. El panorama desde lo alto de la muralla de hielo es siempre grandioso, y bello sin disputa. En día soleado, y aun más en noche de luna, es de una belleza mágica. Mas hoy, su cielo oscuro agobiador se cierne sobre un mar aún más oscuro, y la muralla de hielo que brilla a la luz con deslumbrante y puro albor, más se parece a una pared enjal-

begada que a otra cosa cualquiera. No corre un soplo de viento; el sonido de la resaca al fondo del precipicio llega de cuando en cuando a mis oídos—y es la única cosa que interrumpe el vasto silencio.—Se encuentra uno apocado y mezquino en medio de tan magnífico escenario, por lo que me sirve de singular consuelo tornar a la compañía de los camaradas.»

En esta situación, con el mar libre delante, junto a la Barrera misma, nuestro proyecto de cazar focas en el borde mismo del hielo parece difícilillo. A la mañana siguiente, sin embargo, unas cuantas millas más al Este, encontramos una bahía de unas cuatro millas de larga y casi cerrada por todas partes. Aún conservaba su cáscara de hielo, y en ella se veían focas a docenas. Había aquí alimento bastante para nosotros y nuestros perros y acogolmar nuestras provisiones. Acampamos, y luego fuimos a examinar el lugar más detenidamente. Había abundancia de hendiduras, pero se halló un sitio por donde bajar con facilidad, y en tiempo brevísimo despachamos tres focas en pleno desarrollo y una gorda cría. Subimos, valiéndonos de una cuerda alpina, la mitad de una de estas focas hacia donde teníamos el campamento. Según estábamos haciendo esfuerzos grandísimos para izar por el áspera pendiente aquel trofeo, oímos la voz de Stubberud, que gritaba: «¡Aquí! ¡bajad!», y vimos que caía como una piedra en un pozo. Se había hundido por la trabécula de nieve en que se sostenía, pero un saliente bienhadado evitó el que nuestro amigo cayera del todo, a lo que se añadió el que tuvo tiempo de arrollarse la cuerda a la muñeca. Así que fué luego cosa relativamente fácil volverle arriba. Este pequeño accidente se hubiera ahorrado si tuviéramos puestos los skis, pero la pendiente era tan rápida y lisa que no podíamos emplearlos. Después de unos cuantos intentos logramos llevar la foca a la tienda, en donde a

poco tiempo desapareció cantidad grande de ella por los tragaderos de quince perros hambrientos.

El hielo de la bahía estaba marcado de numerosos canalillos, y mientras los cazadores se empleaban en descuartizar las focas yo procuré encontrar un vado; pero no tuve bastante ni aun con treinta palmos de cuerda alpina para hallar fondo, ni se le hallaba en parte alguna. Después de haber comido algo, volvimos de nuevo para sondearla otra vez si era posible. Esta vez ya íbamos provistos de una verdadera sonda, dos mazos de cuerda, un pasador y nuestro martillo de ensayos geológicos.

Primero se echó el pasador con su cuerda, ni más ni menos que si fuera una caña de pescar. Una foca curiosa y cándida intentó por todos los medios morder la plomada; pero fuera que ésta resultara demasiado dura o sus dientes demasiado blandos, logramos después de no floja tarea recoger el pasador de nuevo y hundir en la recia piel del atrevido animal que había vuelto a la superficie a respirar la punta de una pértiga de ski. Este inesperado tratamiento no debió gustarle, y después de manifestarlo así con sus rugidos, volvió a sumergirse en los abismos. Con esto pudimos operar mejor. El pasador descendía cada vez hasta alcanzar la profundidad de 130 palmos que se embebieron de la cuerda. Al sacarla otra vez salió adherida una pequeña cantidad de algas en ella, pero el peso no volvió a aparecer. Como era más bien algo liviano, tal vez la fuerza de la corriente en tan gran profundidad debió arrastrarlo; decidimos, pues, emplear el martillo que, siendo considerablemente más pesado, servía mejor para atestiguar el resultado. Pero el martillo, por otra parte, era tan pesado, que no ofrecía tampoco mucha seguridad respecto a lo delgado de la cuerda, mas hubimos de intentar el ensayo con él. Esta sonda improvisada la untamos bien con grasa, y cayó tan rápidamente, que al punto se

disipó toda duda sobre lo correcto del anterior ensayo, pues indicó la dicha profundidad de 130 palmos. Con exquisito cuidado conseguimos retirar el martillo sin detrimento ninguno, pero esta vez no venía adherida ninguna cosa a la sonda.

Al volver al campamento llevamos arrastrando el carcaje de la foca. Eran ya las tres cuando nos metimos en nuestros sacos-camas, por lo que en esta noche dormimos con un sueño más prolongado que de costumbre hasta la siguiente mañana. Al medio día se ocuparon Johansen y Stubberud en acarrear otra foca desde la bahía y en cargar en los trineos toda la carne que pudieron. Como la carne fresca es un artículo que llena mucho espacio en proporción con su peso, la cantidad que pudimos cargar no fué muy grande. Nuestra principal ventaja consistió en poder almacenar abundante provisión de ella en el lugar mismo en que estábamos, para poderla utilizar al volver, caso de sufrir algún retraso o percance en el camino.

Yo tomé las observaciones de longitud y latitud, hallé la altura por medio del hipsómetro, y saqué algunas fotografías. Dejando luego el depósito, y alzando unas almenaras, levantamos el campo á las tres de la tarde. Al Sur de la punta de la bahía había cierto número de prominencias y masas, producidas por presión iguales exactamente á las formaciones que se levantaban por los alrededores de Framheim. Al Este aparecía una alta crestería que, vista con el antejo, parecía extenderse tierra adentro con rumbo Sureste. Según nuestras observaciones, debía ser la misma que el Capitán Scott había señalado en su mapa, indicando tierra oscura.

Hicimos un rodeo considerable fuera de los montículos de presión que ofrecían peor aspecto, y luego nos encaminamos en dirección Este-Noreste, hacia la otra cres-

tería. La subida a ella era sumamente penosa, lo que no era cosa que pudiera alegrar a los perros. Se habían tupido brutalmente de carne de foca, y, para no aguarles la fiesta del todo, nos detuvimos tan pronto como conocimos que habíamos remontado la principal parte de la pendiente y el suelo parecía más cómodo relativamente; porque en la depresión que se formaba alrededor de la bahía había sitios peligrosos.

A la mañana siguiente (domingo, 26 de Noviembre) tuvimos racha del Noreste y nevazo espeso que borraba los límites entre el cielo y la Barrera. Esto impidió llevar adelante nuestro plan de camino para el domingo. En medio de nuestro disgusto, se nos ocurrió repentinamente una idea feliz. Era el cumpleaños de la Reina Maud. Ya que no podíamos continuar, ¿por qué no celebrar aquel día de la manera modesta que pudiéramos? En una de las cajas de víveres venía una lata Stavanger, que contenía carne de vaca salada y guisantes. Abrámosla al punto, y su contenido nos proporcionó un verdadero banquete, más saboreado que si se tratara de una exquisita minuta de platos. Pensando en él, no puedo menos de figurarme el goce que causaría á muchos de los que se hallan cómodamente instalados en sus propias casas, si poseyeran un apetito como el nuestro. La señora de casa no necesitaba temer las consecuencias de cualquier equivocación culinaria por sería que ésta fuera. Pero volvamos a nuestra fiesta. Brindamos á la salud de la Reina Maud bebiendo un trago pequeño, pero delicioso, de *aquavit*, servido en cubiletes de hierro esmaltado. Sin duda que el llevar alcohol estaba rigurosamente prohibido, si he de decir verdad; pero todo el mundo sabe que las prohibiciones no son siempre fáciles de atender, y esto ocurría en la misma Antártica. Lindström tenía la costumbre de meter algún bulto de sorpresa entre los que se preparaban

para toda expedición en trineo, y al emprender nosotros las nuestras había deslizado aquel paquetito, que sólo de bería abrirse en ocasión solemne. Nosotros tuvimos por tal la del cumpleaños de nuestra Reina. Al examinar el mencionado bulto, hallamos en él un pequeño frasco de licor, y convinimos en beberlo á la salud de ella.

El 27 presentó el mismo tiempo detestable, y el 28 no lo trajo mucho mejor, mas no tan malo que nos impidiera salir. Después de trabajar penosamente para sacar nuestros efectos, que estaban sepultados en la nieve, partimos siguiendo nuestra caminata hacia el Noreste. No era que digamos muy placentera la mañana; viento impetuoso con nieve copiosa que nos daba de lleno en la cara. Después de sufrir su hostigo un par de horas, oí el grito de Stubberud, que decía: «¡Alto!» La mitad de su trailla estaba colgando de las guarniciones en el borde de una barranca. Yo la había salvado sin advertir nada, sin duda a causa de la nieve que me azotaba el rostro. Podrá creerse que los perros se alarmarían al acercarse a tal lugar. Mas no es así; antes se dejan hundir hasta que el puente de nieve se rompe bajo su peso. Gracias a que las guarniciones les sujetaban, de modo que en un momento se sacaron los animales del atolladero. Parece que no sea cosa de juego, ni para un perro, verse colgando de cabeza sobre un temeroso abismo, y, sin embargo, parecía que accidentes tales no les alteraban lo más mínimo y los dejaban dispuestos para repetir el experimento otras cuantas veces.

Por lo que á mí toca, me cuidé muy bien en lo sucesivo de andar con más atención, y aunque había otras muchas barrancas tremendas en la última parte de la subida, las salvamos todas sin el menor daño.

Por muy molestas que sean estas barrancas, no implican necesariamente peligro directo si el tiempo es favorable y la atmósfera despejada. Por la apariencia de la

superficie puede uno juzgar dónde está el peligro que le amenaza; y si se ven a tiempo, siempre se encuentra sitio a propósito por donde pasarlas. Pero cuando hay niebla o nevazo espeso, o la luz es tal que no se distinguen las irregularidades del camino, es caso muy distinto. Y esto ocurre muy a menudo con el cielo anubarrado, en que si se quiere, se ve destacarse en la blanca superficie las prominencias del suelo más elevadas hasta que uno está encima de ellas. En condiciones tales, lo más seguro es tantear el camino con la pértiga del patinador, si bien esto es más trabajoso que eficaz.

El 28 terminamos la subida, y con ella acabaron las barrancas. Cayó un viento muy rápido, y a la nieve cegadora sucedió un claro día de sol. Ya habíamos subido lo suficiente para poder dominar con la vista el mar hacia el Noreste. Con el viento impetuoso se había acumulado una gran cantidad de hielo hacia el mar; de modo que no se veía el mar libre en un gran trecho, sino numerosas moles de hielos fctantes. Por la distancia a que veíamos el horizonte del mar, calculamos la altura a unos mil pies; el hipsómetro aquella noche probó que nuestro cálculo había sido muy cercano a la exactitud.

*29 de Noviembre.*—El tiempo y el suelo, al levantar el campo esta mañana, se ofrecen a medida de nuestro deseo. Ante nosotros se extiende una planicie a nivel que parece completamente libre de estorbos. Al detenernos para hacer la observación meridiana señala el taquímetro diez millas geográficas de camino hecho; y antes de llegar la noche tenemos andadas las veinte. Nuestra latitud era entonces  $77^{\circ} 32'$ . La distancia al borde Norte de la Barrera era, según cálculo, de otras veinte millas. Ahora habíamos avanzado gran trecho á lo largo de la Península, cuya punta Norte denominó el Capitán Scott Cabo Colbeck, y un buen trecho también al Este del meridiano en que él

señaló tierra alta en su mapa. Nuestra altura sobre el nivel del mar, que no bajaba de los mil pies, era demostración evidente de que pisábamos tierra firme, si bien con estratos de hielo todavía. En este sentido no ofrecía el paisaje mutación alguna con respecto al que habíamos aprendido a denominar «la Barrera». No puede negarse que en esta sazón empezaba yo a sustentar dudas con relación a la existencia de tierra desnuda en esta parte.

Ni disminuyeron estas dudas terminado otro día de marcha hacia el Este el 30 de Noviembre. Según nuestras observaciones, estábamos entonces precisamente bajo la punta en que deberfan empezar las montañas de la Reina Alejandra, pero no se notaban señales de montaña. La superficie, un poco áspera tal vez, pero nada más. No era tiempo aún para abandonar la esperanza, sin embargo. Ni era de razón exigir cierto grado de exactitud al mapa que teníamos a la vista, pues estaba construído en escala demasiado grande. Fuera más que probable que nuestras determinaciones de longitud se resintieran de algo dudosas.

Teniendo en cuenta la corrección aproximada del mapa, y que continuando hacia el Noreste encontraríamos pronto la orilla del mar, proseguimos en esta dirección. El 1.º de Diciembre, al medio día, vimos que todo está conforme con nuestros datos. Desde lo alto de una prominencia era visible el mar en dirección Norte invariable, y al Este se perfilaban dos cimas en forma de cúpula, al parecer bastantes altas para merecer el nombre de montañas. Estaban cubiertas de nieve; pero en el lado Norte había un precipicio abrupto en el que se acusaban muchos manchones negros que se destacaban entre el claror de la nieve. Era aún demasiado pronto para decidir si se trataba de riscos desnudos, o no; también podían ser hendiduras de la masa de hielo. La apariencia de las cimas estaba

en armonía con la descripción que el Capitán Scott había hecho de cuanto se veía desde el puente del *Discovery*. Suponía él que los manchones negros eran riscos que sobresalían de entre las pendientes nevadas. Como se verá después, nuestro precursor había acertado.

Para examinar la naturaleza de la orilla del mar empezamos a acelerar nuestro rumbo hacia ella; pero en esto sobrevino un cambio desfavorable de tiempo. El cielo se anubló y la luz se enturbió por extremo. Lo que teníamos apuro por saber era si encontraríamos allí algún muro en que terminara la Barrera, o si se juntaba la superficie de ésta con el mar de hielo, mediante un declive suave. Con la luz que teníamos muy bien pudiéramos estar encima de un despeñadero de cien pies de alto sin advertirlo. Atados fuertemente con cuerdas, iniciamos nuestro descenso hasta que nos detuvo la marcha una elevación del terreno enorme, determinada por la presión, y que, por lo que a nosotros se nos alcanzaba, podía muy bien ser el límite entre la tierra y el mar de hielo. Mas era imposible en tales circunstancias percibir claramente lo que nos rodeaba, y así, empujando hacia atrás los trineos que habíamos dejado parados en la cuesta, dimos vuelta hacia el Este, con intención de examinar más de cerca las mencionadas cimas. Yo iba delante, como de costumbre, con la lisonjera esperanza de que sólo teníamos ante nosotros un trecho llano, pero me engañé mucho en mis cálculos. Mis skis empezaron a deslizarse con terrible rapidez, y fué resolución prudente enfrenarlos. En cuanto a mí, con facilidad pudo efectuarse, pero con los perros variaba mucho la cuestión. Nada les podía detener cuando notaban que el trineo corría empujado por su propio peso; entonces cogían un galope desaforado, cuyo final no era fácil prever. Parecerá cosa fantástica, pero es lo cierto, que a nuestros ojos el suelo parecía horizontal. Nieve, horizonte y skis

corrían envueltos en un caos de blancura en que todas las líneas de demarcación quedaban borradas:

Afortunadamente, no ocurrió nada de lo que temíamos, es a saber: que pudiera ser el fin de nuestra carrera precipitarnos en algún abismo insidioso. Atajóla una pantoja que surgía en dirección opuesta, y tan pronunciada al parecer como la que acabamos de recorrer. Si nuestro paso antes había sido exageradamente rápido, no teníamos ahora motivo de queja por ir más lentamente. Poco a poco fuimos escalando la cumbre de la loma; pero antes de seguir adelantemente, observábamos con atención el terreno.

Durante la tarde hicimos camino por entre una serie complicada de lomas y hondonadas intermedias. Aunque no podíamos ver nada, era evidente que el escenario en que ahora estábamos presentaba un carácter del todo diferente de lo que teníamos costumbre de ver. Las dos cumbres de las montañas habían desaparecido tras de vellosos de niebla, pero la desigualdad creciente del suelo nos indicaba que estábamos cerca de ellas. Por entonces consideré poco prudente instalarnos en paraje más próximo, en tanto que no pudiéramos servirnos de nuestra vista, por aquello del ciego que guía a otro ciego, y en consecuencia, acampamos aquí mismo. Por primera vez, durante el viaje, tuve un conato de oftalmía polar aquella tarde. Esta calamidad tan molesta, y con razón temida, la habíamos evitado hasta entonces con el recto empleo de nuestras gafas para la nieve. Entre mis deberes de guía se contaba el de conservar invariable la dirección, lo que a veces implicaba una contención muy penosa de los ojos. Con tiempo tan turbio es muy fácil rendirse a la tentación de quitarse las gafas protectoras, ilusionado con la idea de que así se verá mejor. Aunque yo sabía muy bien las consecuencias que de esto podían derivarse, aque-

lla tarde quebranté el mandamiento de la prudencia. El insignificante escozor que sentía en los ojos me lo curé con tener puestas las gafas un par de horas después que hubimos entrado en la tienda. Como todas las demás dolencias, este mal de los ojos se hace desaparecer acudiendo á tiempo.

A la mañana siguiente asomó el disco del sol entre un velo de delgadísimos estratos, con lo que su luz volvía a ser más o menos normal. Tan pronto como pudimos ver cómo era el lugar que nos rodeaba, nos confirmamos totalmente en lo acertado que fué detener nuestro juego de la gallina ciega, que tal era el viaje que llevábamos el día anterior. De no haberlo hecho así, hubiera terminado mal. Siguiendo derechamente el rumbo que llevábamos, y como a unas 500 yardas de nuestro campamento, estaba tan quebrada la superficie, que más se parecía a un harnero que a otra cosa cualquiera. En la lejanía se amontonaban masas de nieve en descomunales pilas a lo largo de un rápido reventón, en la vertiente Noroeste de las dos montañas. Fué imposible hacer caminar los trineos más adelante en la dirección que hasta entonces veníamos siguiendo, pero durante el día efectuamos un rodeo de gran longitud por la base de la más occidental de las montañas. Nos hallábamos entonces a unos 1.000 pies sobre el nivel del mar; al Norte teníamos la bajada fragosa ya mencionada, y por el Sur era enteramente lisa. Por el Oriente cerraban nuestra vista las dos montañas; fué nuestra primera idea escalar sus cimas, pero la potencia del viento impidió plenamente nuestro designio. Un recio vendaval empezó a soplar, convirtiéndose al cabo de media hora en más que mediano huracán. Como nada correspondía a nuestros proyectos, no hubo otro recurso que guarecernos en la tienda. Durante un mes entero apenas si habíamos tenido otra cosa sino buen tiempo, y lo ade-

lantado del verano nos hacía temer que persistiera; mas he aquí, que cuando menos nos convenía sobrevino una mudanza extraordinaria.

La breve noche del verano antártico transcurría mientras los azotes del viento se estrellaban y reventaban en las delgadas paredes de nuestra tienda; el viento Sureste no venía acompañado de nevada, pero la nieve blanda del suelo se arremolinaba en ventisqueros que formaban como un muro impenetrable alrededor de la tienda. Después de media noche se aplacó un poco, y a eso de las cuatro hacía, relativamente, buen tiempo. Pusímonos al punto en pie, recogimos la cámara fotográfica, los anteojos, aneroides, hachas, cuerdas alpinas y algunos trozos de pemmican para comer por el camino, y luego partimos para un paseo matutino hacia el más próximo de los dos cerros que teníamos a la vista. Salimos todos tres, dejando a los perros la custodia del campamento. No estaban tan restaurados todavía que no aceptasen sin alegría el descanso que les era ofrecido. No teníamos que temer invasión de extraños; la tierra por donde andábamos parecía totalmente desprovista de criaturas vivientes de toda especie.

El cerro estaba muy lejos y más elevado de lo que primero habíamos pensado; el aneroide señalaba una subida de 700 pies cuando llegamos a su cima. Como nuestro campamento quedaba ya a 1.000 pies, resultaba una altura de 1.700 pies sobre el nivel del mar. La falda por donde subíamos estaba cubierta de *nevé*, que, a juzgar por la profundidad de las grietas, debía haber sido copiosísimo. Según nos acercábamos a la cumbre y el horizonte de nuestra vista se agrandaba, se iba debilitando nuestra creencia de que estos cerros tuvieran escarpes de la Tierra del Rey Eduardo. No se veía más que blancura por todas partes, sin un solo manchoncillo de muestra, por

más que examinamos cuidadosamente todo. ¡Y pensar que habíamos soñado con encontrar grandes masas montañosas por el estilo de las del Paso de Mc Mardo, con repliegues soleados, pingüinos a millares, focas, etc.! Todas estas visiones habían de irse desmoronando lenta, pero seguramente, en un mar interminable de nieve, y cuando por último ascendimos a la cumbre más elevada, ya no quedaba la más mínima posibilidad de que nuestras esperanzas resurgieran.

Más lo inesperado llegó, a pesar de todo. En el abrupto lado septentrional del cerro contiguo, nuestros ojos toparon con roca viva, primera aparición de verdadera tierra firme que se nos presentó durante todo el año que llevábamos viviendo en la Antártica. Nuestra primera idea fué ver cómo podríamos llegar hasta allí y coger algunas muestras, y con este propósito al punto empezamos a escalar el vecino cerro, que en cuanto a altura era una bagatela si se le comparaba con el que acábamos de visitar. Mas el precipicio era un verdadero tajo vertical con una disforme cornisa de nieve adosada a él. Bajarlo por una cuerda hubiera sido procedimiento arriesgado; fuera de que una longitud de 30 yardas no daba mucho de sí. De llegar a la roca, habíamos de intentarlo por abajo. Mientras tanto, nos aprovechamos de la oportunidad que nos ofrecía el buen tiempo, para examinar más detenidamente las cercanías. Desde la cumbre aislada de 1.700 pies de alto, la vista que se abarcaba era muy dilatada. Hacia el mar por la parte Norte, la distancia era de más de cinco millas geográficas. La superficie descendía en navazuelas hacia la orilla del mar, donde la Barrera terminaba en bajísima muralla. Según nos habíamos figurado, el trecho de campo de hielo estaba interrumpido por numerosas grietas que hacían inaccesible su paso.

Al Este se alargaba una cadena de montañas bien pro-

nunciadas, de una longitud de veinte millas, algo más baja que el cerro en que ahora estábamos. Eran los montes de Alejandra. No podía denominarse la cordillera imponente, y estaba cubierta de nieve de un cabo al otro. Únicamente en el espolón más occidental asomaba la roca viva.

Al Sur y al Sureste no se veía otra cosa que la consabida superficie ondulada de la Barrera. La Bahía de Biscoe, como la ha llamado el Capitán Scott, era por entonces un allegadero de témpanos numerosos; uno o dos de ellos parecían unidos a la tierra. El ángulo más interno de la Bahía estaba cerrado por el mar de hielo. En la parte oriental, el borde de la Barrera se veía continuar de la misma manera que lo describe el Capitán Scott en su mapa; pero hacia esta región no se presenta indicio ninguno de tierra firme.

Construída una almenara de nieve de seis pies de altura, nos calzamos otra vez skis y bajamos la pendiente oriental del cerro a paso raudo; por esta parte había un estribo a nivel del Norte del precipicio, y nos aprovechamos de él. Vista desde abajo la cumbre de la montaña, aparecía verdaderamente grandiosa, con un tajo vertical de no menos de 1.000 pies. El despeñadero estaba cubierto de hielo hasta una altura de 100 pies, y esto prometía ser un obstáculo serio para nuestra empresa de coger algunas muestras de roca; pero en cierto lugar se alzaba una aguja rocosa de hasta 250 pies, enfrente del precipicio y su acceso no ofrecía grandes dificultades.

Una pared de riscos, de apariencia enteramente ordinaria, no es cosa que se suele contar entre las más propias para atraer las miradas del hombre con gran interés; y sin embargo, nos paramos a contemplarlas, como si tuviéramos delante algo extraordinariamente bello y sorprendente. Se explica muy fácilmente con recordar lo que

tantas veces se ha dicho sobre el encanto de la variedad. El marinero que durante meses no ve más que mar y cielo, contempla embelesado un pequeño islote, por estéril y desolado que sea. Para nosotros, que durante un año no habíamos tenido ante nuestros ojos más que la blancura deslumbrada de una infinita llanura de nieve y hielo, era como un descubrimiento encontrar un pedacito de la corteza de la tierra. Ni teníamos para qué considerar la esterilidad y pobreza de este fragmento.

La simple vista de la roca desnuda fué, sin embargo, no más que un placer preliminar. Otro más importante era el sentimiento de creernos nuevamente con un suelo firme y seguro bajo nuestros pies. Hasta pudiera ser que al llegar a tierra firme nos comportáramos como chiquillos, entreteniéndonos en rodar un canto enorme y luego otro, por las paredes pendientes del risco. Por lo menos, tenía nuestra diversión el encanto de la novedad.

Este pequeño picacho estaba formado por los materiales más heterogéneos. Como resultado práctico de nuestra visita, trajimos una cantidad copiosa de muestras de todas las rocas que allí se encontraban. Como no soy especialista, no intentaré su clasificación. Quédese para los geólogos el hacerla, así como el obtener, si es posible, alguna información sobre la estructura de esta región. Solamente he de mencionar el hecho de que algunas piedras eran tan pesadas, que de seguro contenían veta metálica de alguna especie. Al volver al campo aquella noche, las ensayé con la aguja de la brújula, y con una ó dos muestras señaló cierta alteración, lo que hace inferir que contenían hierro.

Este escarpe que ha sido sumamente batido por la compresión de los hielos y las injurias del tiempo, ofrecía poca coyuntura para encontrar lo que más hubiéramos deseado: ejemplares de fósiles, de tal manera, que la in-

vestigación más diligente no hubiera obtenido mejores resultados. Por hallazgos que se han hecho en otras partes de la Antártica, se sabe que en los primeros períodos geológicos, en la época jurásica, aun este desolado continente poseía una vegetación rica y lozana. El jefe de la expedición sueca a la Tierra de Graham, Dr. Nordenskjöld, y su socio Gunnar Andersson, fueron los primeros en hacer este descubrimiento extraordinariamente interesante y grande.

Ya que no nos fué dado conseguir alguna prueba de flora más temprana de la Tierra del Rey Eduardo, encontramos, al menos, plantas de las actuales en su forma más primitiva. En el más mezquino islote del Océano glacial está cubierta la roca en muchos sitios de musgo denso. ¿Cómo puede criarse allí el musgo? Su existencia puede quizá citarse en apoyo de la hipótesis, que cree derivarse la vida orgánica de la materia muerta. Quede así ahora esta controvertida cuestión; pero no dejaré de mencionar, en relación con ella, que encontramos restos de nidos de aves en muchos sitios de las rocas. Tal vez los habitantes de estos nidos acarrearón el musgo.

Fuera de esto, los indicios de la vida de las aves eran muy escasos. Uno o dos petreles de las nieves volaban solitarios en torno de la cumbre en que estábamos, y no más.

Era de mucha importancia sacar algunas fotografías esmeradas de aquel lugar. Disponíame a realizar los preparativos necesarios, cuando uno de mis compañeros me hizo notar el aspecto cambiante del cielo. Solícito por otras cosas, me había olvidado por completo de observar el tiempo, omisión que, como puede verse, podíamos pagar muy cara. Afortunadamente, otro había vigilado por mí, y llegó a tiempo el aviso. Una mirada fué bastante para convencerme de que estaba próxima una tempestad

de nieve; el rojo vivo del cielo y el halo denso del sol hablaban claramente de lo que se avecinaba. Una hora tardaríamos en llegar a la tienda, y el trance de que nos sorprendiera la tormenta antes de llegar, venía a ser lo mismo que si no llegáramos nunca.

Recogimos al punto nuestras cosas y bajamos del picacho lo más pronto posible. En los agudos declives que conducían a la planicie en que estaba instalada la tienda anduvimos lentamente, a pesar del afán de aguijar. No había necesidad de inquietarnos por el rumbo. Las huellas de nuestros skis nos bastaban en lo que continuaran visibles. Pero la nieve empezaba a borrarlas, y si lograba hacerlo, resultarían inútiles todos nuestros esfuerzos por alcanzar la tienda. Un largo, interminable cuarto de hora, que nos parecía retardarse demasiado, pasamos con angustia, hasta que al fin dimos vista a la tienda, con lo que nos consideramos a salvo. Habíamos escapado de la tormenta a tiempo; pocos minutos después reventó con toda su furia, y la nieve arremolinada se hizo tan densa, que hubiera sido imposible ver la tienda a una distancia de diez pasos, pero por entonces estábamos sanos y salvos al abrigo de ella. Con un hambre de lobos, después de las doce horas que habían transcurrido, desde la que podía llamarse nuestra última comida, cocimos una considerable porción extraordinaria de pemmican y otro tanto de chocolate, y con este suntuoso repasto celebramos el acontecimiento del día—el descubrimiento de la tierra firme.—De lo que habíamos visto en el curso del día, podía mirarse como cierto que se defraudarían nuestras esperanzas de encontrar campo más grande e interesante para nuestros trabajos en esta región; la Tierra del Rey Eduardo estaba todavía demasiado sepultada en nieve y hielo para proporcionárnoslo. Pero el afirmar este hecho, en cierto modo inesperado, señalaba a nuestros ojos un

aumento efectivo del saber humano respecto al territorio que lleva el nombre del Rey Eduardo VII; y con las muestras geológicas que habíamos recogido, estábamos en posesión de una prueba tangible de la existencia actual de una región sólida, que en lo demás producía la impresión de semejanza más completa de lo que llamábamos la «Barrera», o, por lo menos, de la que se ve en las cercanías de nuestros cuarteles de invierno en Framheim.

*Lunes 4 de Diciembre.*—La borrasca perseveró con la misma fuerza toda la noche, y más se aumentó que se mitigó al venir el día. Como de ordinario, vino la tormenta acompañada de una brusca elevación de temperatura. En la observación meridiana dió el termómetro  $+ 26.6^{\circ}$  F. Esta fué la temperatura más alta que habíamos tenido durante todo el viaje, y con mucho más alta de lo que nos convenía. Cuando el mercurio queda tan cerca del grado del hielo, el piso de la tienda está siempre húmedo.

Este día, una vez sola, durante el camino, hemos tenido nevadas bastantes. Nevó intensamente en copos duros y grandes como granizo. Al derretirse en la cacerola para guisar, la masa medio fundida recordaba por su aspecto la sopa de tapioca. Los pesados copos de nieve sueñan a través de la tienda de una manera que recuerda la válvula de seguridad de un gran pote hirviendo. Dentro de la tienda es difícil hacernos entender; cuando tenemos que decir algo, hemos de dar voces.

Estos días de inercia forzada de los viajes en trineo pueden con seguridad contarse entre los de más difícil prueba para los que no poseen grandes recursos de paciencia racional. Nada digo del malestar puramente físico de tener que pasar el día en un saco-cama. Tal cosa puede sufrirse por lo menos si el saco no se humedece. Pero es cosa difícil conformarse con perder horas y horas, que podían emplearse en objetos útiles, con la conciencia dis-

gustada por el hecho de que cada migaja que se come es un dispendio a costa de la provisión limitada con que se cuenta; en un lugar como éste nos hubiera gustado invertir el tiempo en explorar las cercanías y aun de alargar nuestras exploraciones. Si hubiéramos continuado, teníamos toda probabilidad de coger focas a regular distancia de donde estábamos. Con la cantidad de comida que nos quedaba para los perros no podíamos continuar arriba de tres días.

La que habíamos dejado bastaría justamente para el regreso, aunque no encontráramos el depósito de carne fresca que hicimos en el camino. Teníamos el recurso de matar perros, si nos hacía falta avanzar hacia el Este lo más posible; pero eran muchas las razones que me impedían utilizar este expediente. No nos podíamos formar idea de lo que sucedería a los animales que llevaban los de la expedición al Sur. Podía ser que quedaran sin ellos al regreso. Suponiendo que su tardanza fuera tan larga que hiciera necesario pasar otro invierno en la Barrera, difícilmente podrían traerse los víveres del barco en el tiempo necesario con el auxilio de diez cachorros sin domesticar que tenía Lindström a su cargo. Habíamos entresacado los mejores, y pensaba yo que si la necesidad se ofreciera, podían emplearse con más provecho en este trabajo que el que se obtendría de matarlos ahora y ganar algo de camino al mismo tiempo; y, sobre todo, a juzgar por las apariencias, había pocas esperanzas de encontrar algonuevo y de interés que verdaderamente valiera la pena.

*Martes 5 de Diciembre.*—Parece que nos ha llegado la hora de poner a prueba nuestra paciencia. En el exterior, el mismo estado de cosas: el barómetro sigue bajando; durante las últimas veinticuatro horas ha caído una enorme masa de nieve. Los ventisqueros de la parte de la tienda expuesta al viento no han dejado de aumentar; si continúa

así un poco más, llegarán a lo más alto de la tienda. Los trineos están completamente sepultados y lo mismo les sucede a los perros, que tenemos que sacarlos uno por uno en medio del día. A los más se les ha soltado, pues no se ve nada expuesto a los ataques de sus dientes. Ahora está soplando una racha con violencia no interrumpida; la dirección del viento es francamente Este. De cuando en cuando vienen ráfagas huracanadas. Menos mal que la misma mole de nieve nos defiende, pues estamos al socaire de un verdadero monte, pues de otra suerte lo pasaríamos mal en nuestra tienda. Hasta ahora no ha habido nevada, pero ya empieza a sentirse humedad en el interior. La temperatura sigue siendo alta (+ 27-2° F. a medio día), y la masa de nieve, apretando las paredes de la nieve, da lugar a la formación de escarcha.

Para pasar el tiempo como se pudiera en circunstancias tan copiosas, puse en mi diario al salir de Framheim unas páginas sueltas de una gramática rusa; Johansen se entretenía con unos números del *Aftenpost*; por lo que puedo recordar la novela que coleccionaba de ellos se titulaba «La rosa encarnada y la blanca». Por desgracia, se acababa pronto de leer; pero Johansen remediaba este inconveniente empezándole a leer de nuevo. Mi lectura tenía la ventaja de ser incomparablemente más fuerte. Los verbos rusos son de una digestión excepcionalmente difícil, y no se echan al colete en un dos por tres. A falta de pasto intelectual, se consolaba Stubberud con la pipa, pero su goce se disminuía al considerar que su provisión de tabaco se iba reduciendo a proporciones alarmantemente exiguas. Siempre que llenaba su pipa, le veía yo dirigir miradas ansiosas a mi bolsa, que estaba todavía relativamente llena. No pude menos de prometerle una porción fraternal, en el caso de que se le acabase, a lo que nuestro amigo dió un suspiro de alivio.

Por más que consultaba el barómetro, por lo menos cada media hora, no subía éste. A las ocho de la tarde había bajado a 27,30, lo cual quería decir, si algo decía, que aún tendríamos el placer de estar encerrados otro día, y escasamente nos consolaba recordar la satisfacción con que llegamos a la tienda, apurados, el día anterior. Una tormenta tan duradera como aquélla, sin embargo, hubiera sido para nosotros irresistible a la intemperie.

*Miércoles 6 de Diciembre*—El tercer día de inacción transcurrió tan tediosamente como los predecesores. No se notaba variación relevante. El tiempo había sido tan riguroso como antes hasta las ocho de la tarde, pero el viento manifiesta ligera tendencia a moderarse. Seguramente estaba cansado, pues tres días y tres noches sin cesar ya era bastante. La nevada densa continúa, y gruesos y húmedos copos siguen danzando entre el hoyo que forma el ventisquero alrededor de la tienda de la que sólo puede verse la punta. En estos días ha caído más nieve aquí que en diez meses en Framheim. Sería curioso comparar nuestro boletín meteorológico con el de Lindström, porque él también habrá tenido su ración de tormenta, lo que si así ha sucedido, le habrá deparado ocasión para ejercitarse en desenterrar la nieve con la pala.

La humedad comienza á ser molesta ya; muchas de nuestras prendas están empapadas, y este destino sufrirán pronto los sacos-camas. El ventisquero es ya tan alto que nos quita casi toda la luz del día; estamos como en el crepúsculo. Al día siguiente tendremos que despejar de nieve la tienda, haga el tiempo que haga, para no quedar enteramente sepultados, y correr, por añadidura, el peligro de que se rasgue la tienda con el peso de la nieve. Temo que nos lleve un día entero despejar la tienda y los dos trineos, pues tenemos una pala solamente.

Una subida ligera del barómetro y del termómetro

nos anuncia que estamos en vísperas del cambio de tiempo tan suspirado. Stubberud dice que está seguro de que mañana lo habrá bueno. A mí me falta muchísimo para estarlo igualmente, y apuesto con mucha insistencia que no habrá cambio. Dos pulgadas de pasta de tabaco no-ruego son el valor de la apuesta, que yo ansío fervientemente sea ganada mañana por Jörgen.

*Jueves 7 de Diciembre.*—Al comenzar la mañana confesé que había perdido la apuesta, pues el tiempo podía decirse que no mostraba ya los mismos caracteres de tempestad; pero Stubberud opinaba lo contrario. «A mí me parece exactamente lo mismo», decía, y tenía mucha razón, pero esto no le impidió persuadirle a que aceptara lo apostado. Fué nos forzoso tratar de despejar la tienda sin preocuparnos del tiempo, pues ya no podía aguantarse más nuestra situación. Toda la mañana estuvimos esperando que mejorase; pero como no lo conseguimos, hubimos de ponernos al trabajo a las doce. Nuestras herramientas se distinguían por su originalidad y diversidad; una pala pequeña, una lata de galletas y una cacerola. La mole de nieve se resistía a más y mejor, pero nosotros la atacamos briosamente. Fuera de los tirantes de la tienda costaba más trabajo cavar. Después de seis horas de trabajo penoso, conseguimos despejar la tienda unas cuantas yardas de la parte que miraba al viento. El sitio excavado era ahora un pozo de unos siete pies de profundidad. Desgraciadamente, no había medio de immortalizar esta escena de la excavación. Hubiera sido gran cosa reproducirla fotográficamente, pero la nevada era un obstáculo serio, sin contar con que la cámara fotográfica quedaba en el trineo de Stubberud, sepultado bajo cuatro pies de nieve.

Durante nuestro trabajo tuvimos la desgracia de hacer tres o cuatro desgarrones grandes en la delgada lona

de la tienda, y no tardó mucho en entrar por ellos la nevada, cuando la tienda volvió a asomar por encima de la nieve. Para concluir la jornada tuve que hacer de sastre, mientras los otros dos compañeros seguían cavando para sacar comida a los perros, que llevaban dos días a media ración. Aquella noche estuvimos algo necesitados de sueño. Vulcano, el perro más viejo de la trailla de Johansen, fué causa de ello principalmente, que ya viejo, se sentía afligido por el achaque de mala digestión, pues ni los perros esquimales se libran de este padecimiento, a pesar de su fortaleza, generalmente reconocida. La continuada tormenta le había producido un ataque del que daba señales con incesantes aullidos. No era muy propia esta música para dormirnos, y ya eran las tres o las cuatro de la mañana cuando pegamos los ojos. Durante unos momentos en que yo empezaba a descansar, veo el sol filtrarse débilmente por la tienda. Esta vista, ya desacostumbrada, desvaneció al punto todas nuestras preocupaciones de sueño; encendiése el Primus, tomamos una taza de chocolate y salimos. Stubberud y Johansen se aplicaron a la tarea de excavar para sacar los trineos; había que ahondar cuatro pies para llegar a ellos. Yo saqué los vestidos mojados y los sacos-camas fuera de la tienda y los puse a secar. Durante la mañana hicimos observaciones astronómicas para determinar la longitud y latitud geográficas, y tomamos unas cuantas vistas fotográficas con que dar idea de lo que era nuestro campamento después de una tempestad de nieve.

Reparados los daños y puesta cada cosa en el orden debido, volvimos a escalar nuestros picachos para obtener algunas fotografías, aprovechando la luz favorable. Esta vez pudimos conseguir nuestro propósito. «Los Nunataks de Scott, llamados así a causa del Capitan Scott, que fué quien los vió primero, quedaron reproducidos por

obra de nuestro aparato fotográfico. Antes de alejarnos de su cumbre plantamos en ella la bandera noruega, erigimos una almenara de nieve, y en ella depositamos un informe de nuestra visita. No perseveró despejado el tiempo; antes de estar de vuelta en el campamento bajó niebla densa, y una vez más nos valió seguir las huellas de nuestros skis señaladas en el camino. Durante el tiempo en que habíamos estado detenidos forzosamente en aquel lugar, nuestros víveres disminuyeron de una manera tremenda. No habían quedado sino los justos para una semana pelada, y en menos de una semana era difícil que pudiéramos volver a casa; lo más probable es que tardáramos más de una. Si así fuera, contábamos con el depósito que habíamos dejado en la Bahía de las Focas. Con lo que teníamos a la vista no se hallaba nada para poder completar nuestra provisión si continuaba aquel tiempo tan desfavorable. En consecuencia, resolvimos la mañana del 9 de Diciembre dar por terminado el viaje y regresar a casa. Tres días más tuvimos que luchar con vientos impetuosos y nieve copiosa; pero según estaban las cosas no podíamos elegir otro término que seguir, y en la noche del 11 nos encontramos con cincuenta millas geográficas recorridas hacia el Oeste. El tiempo aclaró durante la noche y, por fin, el 12 de Diciembre tuvimos un verdadero día de sol. Olvidamos todas nuestras calamidades, y todo se arregló bien. En nueve horas corrimos veintiséis millas aquel día, sin gran esfuerzo de perros ni de personas.

En nuestro descanso del mediodía, nos encontramos frente a la bahía, en el sitio en que durante nuestro viaje de exploración habíamos dejado el depósito de carne de foca. Mi pensamiento era volver al depósito aquél y completar nuestra provisión de carne como precaución; pero Johansen aconsejaba que ahorráramos este rodeo y

siguiéramos directamente a casa. Con esto corrimos riesgo de encontrarnos faltos de víveres; mas Johansen opinaba que era mayor el peligro de atravesar aquel terreno insidioso antes de ir a la bahía, y, después de meditarlo algo, comprendí que tenía razón.

Por entonces no sobrevino ninguna dificultad, y rápidamente nos íbamos encaminando a nuestro destino en marchas regulares de veinte millas por día. Después de haber dado su ración diaria a los perros y distribuido entre nosotros la nuestra, la noche del 15, vimos que las cajas del trineo quedaban absolutamente vacías, pero según nuestras últimas observaciones, no nos quedaban más que veinte millas a Framheim.

*Sábado 16 de Diciembre.*—Levantamos el campo a la hora de costumbre, con tiempo algo pesado, pero perfectamente claro, y comenzamos la caminata, última de nuestro viaje. A Oeste y Noroeste caía sobre la Barrera cerrazón de cielo, señal de que allí se abría el seno marítimo de la Bahía de las Ballenas. Seguimos caminando hasta las diez y media, sin variar de rumbo, a Oeste, cuando nos hizo desviar hacia el Noreste una punta de hielo que confundimos con la punta extrema del lado occidental de bahía. Poco después llegamos a la margen de la Barrera, cuya dirección era aquí de Suroeste a Noreste. Cambiamos rumbo y seguimos la margen a distancia más conveniente, hasta que vimos un témpano flotante con cuya vista estábamos familiarizados, que se había desgajado al Norte de Framheim, y detenido por el mar de hielo, que en aquella parte era muy denso. Con esta excelente señal, el resto del viaje fué facilísimo. El taquímetro de trineo señaló 19.5 millas, y al llegar la tarde dimos vista a nuestra morada de invierno. Allí seguía tranquila y sosegada, aún más cubierta de nieve, si era posible, de como la habíamos dejado. Al principio no se, notaban se-

ñales de vida, pero pronto los catalejos descubrieron un vagabundo solitario que se encaminaba desde la casa al «Instituto meteorológico». Lindström, pues, seguía vivo y en el cumplimiento de sus deberes.

Cuando le dejamos, nuestro amigo había manifestado su satisfacción por «vernos en camino»; pero tengo la sospecha de que ahora sentía mucho placer en vernos de regreso. No estoy seguro, sin embargo, de que nos viera al pronto, pues parecía afectado de oftalmía polar como el que más. Lindström era la persona de quien menos podía temerse tal cosa. Al preguntarle cómo es que salía, parecía tener poca gana de dar explicaciones; pero a poco nos hizo saber que el accidente aquel le había sobrevenido dos días antes, en ocasión en que había salido tras de las focas. Su trailla, compuesta no más que de cachorros, se había extraviado, y embestido contra un montículo grande que se forma en la punta occidental, a diez millas de la casa. Pero Lindström, que era un hombre decidido, no se rindió hasta que tuvo en su poder nuevamente a los descarriados, lo que le hizo mucho daño a los ojos, pues no llevaba gafas. «Cuando volví a casa—nos dijo,—no me era posible ver ni aun qué tiempo hacía, y debía ser alrededor de las seis de la mañana.» Cuando conseguimos que se pusiera mucha pomada roja en los ojos y se colocara unas gafas muy buenas que le dimos, se curó en seguida.

En Franheim había habido tempestades pertinaces y grandes nevazos. Muchas mañanas, el dueño de la casa había tenido que cavarse un camino por entre la pared de nieve que se levantaba delante de la puerta para poder salir; pero en los tres últimos días buenos se había arreglado para hacerse un pasaje, no sólo hacia la puerta, sino hacia la ventana también. La luz del día entraba en la sala por una abertura de nueve pies de larga. Esto re-

presentaba un trabajo colosal; pero, como he indicado antes, no había cosa que arredrase a Lindström cuando se le ponía algo en la cabeza. Su provisión de carne de foca se había reducido a mínima cantidad; la poca que quedaba se disipó en un momento al comparecer nuestros famélicos perros. Nosotros, por nuestra parte, no nos mostramos exigentes; no más que las confituras provocaban nuestro apetito.

Un día reposamos en casa. Después de traer dos cargas de carne de foca, llenar nuestras cajas de víveres, efectuar algunas pequeñas composturas y comprobar nuestros relojes, volvimos a salir el lunes 18. No nos daba mucha pena salir de casa; la vida dentro de ella se había hecho algo incómoda por motivo del constante gotear del techo. Durante el invierno se había acumulado en él cierta cantidad de hielo, como a nuestro regreso estaba siempre encendido el fogón de la cocina, la temperatura se había elevado lo bastante para derretir aquel hielo, y esto daba lugar a que destilara agua constantemente. Lindström estaba aburrido de ello e intentó quitar el inconveniente; subióse a la cambrá y nos mandó una granizada de cárambanos, paja de embalar botellas, cajas rotas, preciosidades por estilo. Huímos del chaparrón y salimos de la casa. Ahora teníamos que verificar nuestras instrucciones, tales como explorar el largo brazo oriental de la Bahía de las Ballenas. Durante el otoño habíamos hecho muchos domingos excursiones a lo largo de esta singular formación; pero aunque algunos de los corredores de skis se habían alejado hasta más de doce millas en ciertas direcciones, no encontraron indicios de que terminaría la serie de montículos. Estas grandes alteraciones de la masa de hielo tenían una causa, y la única que podía concebirse era que la capa inferior de tierra había producido la rotura de la superficie. Porque ya en el Sur había sin duda tie-

rra, pues la superficie se alzaba bruscamente a una altura de mil pies; pero esta tierra estaba cubierta de nieve. Era posible que la roca hubiese emergido a consecuencia de fuertes presiones en la base misma del declive; y tenida en cuenta esta posibilidad, emprendimos una excursión de cinco días, siguiendo la gran hendidura o «bahía», como generalmente la llamábamos, sin parar hasta la punta, que estaba a una distancia de veintitrés millas al Sur de nuestros cuarteles de invierno.

Aunque no pasamos por ninguna roca desnuda, y en este sentido fué nuestro viaje una desilusión, era con todo muy interesante observar los efectos de las poderosas fuerzas que habían trabajado en esta parte para lograr la rotura de la sólida capa de hielo mediante el movimiento de la rocosa, aún más sólida.

El día antes de Nochebuena estuvimos de regreso en Framheim. Lindström había empleado bien el tiempo durante nuestra ausencia. Había hecho desaparecer el hielo del techo y con él la lluvia que destilaba. Había puesto linoleo nuevo sobre la mitad del pavimento, y eran visibles las muestras de haber retocado el techo. Es posible que todos estos trabajos los llevase a cabo teniendo puesta la mira en la festividad que se acercaba; pero por ciertos motivos nos abstuvimos de celebrarla. No estaba en armonía con el tiempo del año; el sol, alumbrando radioso y sin interrupción durante las veinticuatro horas, no armonizaba con la idea que la gente del Norte nos formamos de la Navidad. Y, por lo mismo, la habíamos celebrado seis meses antes. La Nochebuena cayó en domingo, y la pasamos como otro domingo cualquiera. Quizá la única diferencia consistió en que aquel día nos afeitamos con navaja, en vez de raparnos las barbas con tijeras. El día de Navidad fué fiesta, pero sencilla, en la que Lindström nos preparó un banquete de pájaros bobos. Por desprecia-

ble que a muchos pueda parecer este plato, de ave era seguramente, y a eso sabía.

Las numerosas casas de nieve estaban ahora en muy mal estado. Bajo el peso de la masa que constantemente se aumentaba, los techos de la mayor parte de estos edificios se habían oprimido tanto, que casi tocaban con el suelo, no dejando espacio más que para andar a gatas. En el Palacio de Cristal y en el Almacén de Ropas guardábamos todos nuestros vestidos de pieles, además de otros muchos avíos que había que llevar a bordo del *Fram* cuando llegara la compañía de exploración del Polo Sur. Si continuaban derrumbándose estas piezas, habría que trabajar penosamente para sacar aquellos enseres, y para tenerlo todo prevenido, nos dispusimos a dedicar algunos días a esta labor inmediatamente. Sacábamos la nieve de estas habitaciones por un hoyo de doce pies, valiéndonos de garfios. Era un faena penosa; pero una vez acabada, quedaron tan bien como antes. No teníamos tiempo de emprenderla con el Baño de Vapor, ni con la Carpintería por entonces. Faltábanos aún examinar el ángulo Suroeste de la Bahía de las Ballenas y sus cercanías. En un viaje en trineo de ocho días, saliendo el día de Año Nuevo, dimos cima a esta operación. Allí nos sorprendió ver dividida la sólida Barrera en islotes pequeños, separados por canales relativamente anchos. Estas masas de hielo aisladas es de creer que no estuvieran flotando, aunque la hondura de uno o dos parajes (en dos nos fué posible hacer sondeos) no bajaba de doscientos palmos. La única explicación que concebíamos como razonable era que debía haber allí un grupo de islas subyacentes o por lo menos bajíos. Estas «islas de hielo», si así puede llamárselas, tenían una altura de noventa pies, y se escurrían suavemente en el agua en la mayor parte de su periferia. Uno de los canales que penetraban en la

Barrera a corta distancia del seno que formaba el cabo occidental de la bahía, continuaba hacia el Sur, y poco a poco se estrechaba hasta convertirse en una mera rendija. Seguimoslo hasta que desapareció a unas treinta millas al interior de la Barrera.

El último día de esta excursión, jueves 11 de Enero, no se borrará nunca de nuestra memoria; pues acaecieron sucesos de un género que no es para olvidado. Salimos de mañana, a la misma hora exactamente que teníamos de costumbre. Teníamos bastante seguridad de llegar a Framheim en el mismo día, pero este asunto, por el pronto, no nos preocupaba. Con el tiempo que teníamos nos ofrecía nuestra tienda un asilo tan cómodo y seguro como nuestra morada cubierta por la nieve invernal. Lo que nos hacía pensar en nuestro regreso con alguna ansiedad era la posibilidad de volver a ver el *Fram*, y este pensamiento nos dominaba a todos aquella mañana de Enero, aunque no habláramos gran cosa de ello. Después de dos horas de marcha dimos vista al Cabo Oeste a la entrada de la bahía, en la misma dirección que seguíamos, y un poco más tarde divisamos una oscura banda de mar confundida con el horizonte. Como de ordinario, se veían numerosos témpanos de todos tamaños flotando en aquella banda, con variedad de tonos de sombra desde el gris oscuro al blanco, según la luz caía en ellos. Un bulto de aquéllos nos pareció tan singularmente oscuro, que apenas se podía pensar que fuera hielo; pero muchas veces nos habíamos engañado al hacer conjeturas de éstas, para intentarlas nuevamente.

A cierta señal echaron a correr los perros: Johansen iba delante sin ayuda mía, pues yo caminaba al lado del trineo de Stubberud. Este miraba fijamente al mar sin decir palabra. Al preguntarle yo qué diantres contemplaba, me replicó: «Casi juraría que allí hay un barco, pero

claro que no será sino un condenado témpano flotante.» Ya estábamos de acuerdo en esto, cuando de repente Johansen se detuvo, empezó a escudriñar afanosamente con su anteojo largo. «¿Vais a mirar el *Fram*?»—le pregunté yo irónicamente.—«Sí, eso miro—respondió, y al apuntar el catalejo hacia el objeto dudoso que se veía en el Mar de Ross, nos detuvimos unos cuantos segundos interminables. «El *Fram* es con toda seguridad tan cierto, como estoy vivo»—fué la grata nueva que cortó nuestra suspensión. Miré a Stubberud, y vi su cara iluminada con la más amable sonrisa. Aunque no abrigaba duda sobre la exactitud de las afirmaciones de Johansen, le pedí me dejara el anteojo, y un instante bastó para convencerme. Se reconocía fácilmente el barco aquél; era nuestro viejo *Fram*, que tornaba salvo.

Aún nos faltaban catorce largas millas para llegar a Framheim y con viento pertinaz que nos daba en la cara; pero aquella parte del camino la recorrimos volando. Al llegar a casa a las dos de la tarde, esperábamos encontrar multitud de personas frente a la casa; pero no se veía alma viviente. Hasta Lindström permanecía escondido, aunque, por lo general, se le encontraba siempre a la puerta cuando pensaba que había de llegar alguno. Pensando que quizá le hubiera repetido el accidente de ceguera polar, entré a avisarle de nuestro regreso. Lindström estaba ante el fogón, en óptimo estado de salud, cuando entré en la cocina. «El *Fram* ha venido»—exclamó antes de que yo cerrara la puerta.—«Decidme lo que sepáis—dije yo,—y sed tan amable que me deis un vaso de agua con algo de jarabe, si es posible.»—Parecióme que el cocinero tenía una leve arruga en la cara cuando me trajo lo que le había pedido, pero con la sed que me había producido la presurosa caminata, sólo puse atención en la bebida. Ya había tomado casi todo el contenido, cuando

Lindström fué para su cabina, y me preguntó si acertaría yo lo que había allí escondido. No tuve tiempo de conjeturar nada, pues al punto cayeron las mantas al suelo, y tras ellas saltó un mocetón barbado, vestido de elástica y un capotillo de color y antigüedad indefinibles. «¡Hola!»—gritó el mocetón, en cuya voz reconocí al Teniente Gjertsen. Lindström se deshacía de risa mientras yo permanecí con la boca cerrada contemplando la aparición; buena sorpresa me habían dado. Convínimos en hacer lo mismo con Johansen y Stubberud, y tan pronto como se les sintió llegar, se metió otra vez Gjertsen entre las mantas. Pero Stubberud había olfateado algo de todos modos. «En esta habitación hay más de dos»—dijo apenas entró; y no le sorprendió encontrar un individuo del *Fram* en la cabina de Lindström.

Cuando nos dijeron que el visitante había estado bajo nuestro techo un día entero, supimos que en aquel tiempo ya le habría contado Lindström cuanto a nosotros se refería. Así es que no teníamos intención de hablar de nosotros mismos; necesitábamos saber noticias de fuera, y Gjertsen se mostró propicio a dárnoslas. El *Fram* había llegado dos días antes perfectamente. Después de pasar a la orilla un día y una noche observando curiosamente a los «naturales», Gjertsen había manifestado tan vivos deseos de saber lo que ocurría en Framheim, que pidió permiso al Capitán Nilsen para desembarcar. El prudente Capitán había vacilado algún tiempo antes de otorgárselo; había mucha distancia a la casa y el mar de hielo estaba cortado por innumerables canalillos, algunos bastante anchos. Por fin se cumplió el deseo de Gjertsen, y dejó el barco trayéndose una bandera de señales. Halló al principio que le era difícil reconocer los lugares cercanos; una punta de hielo se confundía con otra; pasaron por su imaginación temerosas ideas de haberse desmoronado la Barrera, hasta

que al fin percibió el Cabo de la Cabeza de Hombre, de lo que dedujo que los cimientos de Framheim no se habían hundido. Confortado con este pensamiento, se dirigió al Monte Nelson, pero al llegar a la cima de las lomas desde las cuales se da vista a Framheim, se le cayeron las alas del corazón al explorador audaz. Donde un año antes descollaba sobre la superficie de la Barrera nuestra casa con airosa presencia, ahora no se veía casa ninguna. Todo lo que los ojos del visitante alcanzaban a ver, no era sino un montón oscuro de ruinas. Pero su angustia desapareció prontamente cuando vió asomar un hombre de entre aquel caos. Aquel hombre era Lindström, y las supuestas ruinas las obras más ingeniosas de nuestros cuarteles de invierno. Lindström no sabía nada de la llegada del *Fram*, y se podía dar dinero por ver la cara que puso al encontrarse con Gjertsen.

Satisfecha nuestra primera curiosidad, nuestros pensamientos se volvieron hacia los otros camaradas del *Fram*. Tomamos algún alimento, y partimos luego para el mar de hielo, dirigiéndonos por la pequeña bahía en dirección Norte, invariable de la casa. Nuestro tiro, bien enseñado, no tardó en llegar a la bahía; pero sentíamos algún temor al cruzar las grietas que se formaban en el hielo, pues algunos de los perros, especialmente los pequeños, tenían miedo al agua.

El *Fram*, bogaba a cierta distancia de la orilla, pero nos acercamos lo bastante para que pudieran vernos; aceleraron su marcha hacia la costa. En verdad, era nuestro excelente barquito tan flamante como cuando lo habíamos visto la última vez; el largo viaje alrededor del mundo no había producido averías en su robusto casco. A lo largo de los parapetos aparecían una fila de caras sonrientes, que reconocíamos fácilmente a pesar de la profusión de barbas que tapaban a muchas de ellas. Cuando queda-

ron mondas y lirondas a la moda de Framheim, ¿quién iba a pensar que las volveríamos a ver con aquellas barbas caudalosas? Al llegar al portalón cayó sobre nosotros una granizada de preguntas. Pedí que me permitieran un momento dar un apretón de manos al Capitán y a la tripulación, y luego, reunidos todos, empecé a hacerles sucinta relación de los sucesos más importantes acaecidos durante el año. Terminado el relato, el Capitán Nielsen me condujo al cuarto de derrota, en donde tuvimos una conversación que se prolongó hasta las cuatro de la mañana, y que fué para ambos de las más interesantes que hayamos tenido en nuestra vida. Al preguntarme Nielsen sobre la Empresa de la Compañía de Exploración del Sur, me atreví a asegurarle que con toda probabilidad tendríamos a nuestro jefe y compañeros, de regreso, dentro de muy pocos días, con el Polo en los bolsillos.

Las cartas de nuestro país sólo contenían buenas noticias. Lo que más nos interesaba de los periódicos, claro está que era la noticia que daban del cambio de itinerario que se había dado a la expedición.

A las ocho de la mañana dejamos el *Fram* y volvimos a casa. Durante algunos días estuvimos ocupados en la tarea de observar y hacer mapas, en que tardamos poco relativamente, a causa de la bondad del tiempo. La tarde del 17, al volver, terminada la labor del día, encontramos al Teniente Gjertsen, que había llegado antes. Nos preguntó si sabíamos la novedad del día, y como no acertáramos, nos dijo que había llegado el barco de la expedición japonesa. Sacamos apresuradamente nuestra máquina fotográfica, y con toda la rapidez que consintió la marcha de los perros salimos á verlos, pues Gjertsen pensaba que su visita no sería de larga duración.

Cuando divisamos el *Fram*, tenía izada la bandera, y justamente cerca de la punta más próxima estaba el *Kai-*

*nán Maru*, con la enseña del sol naciente en el tope. ¡*Banzai!*, llegábamos a tiempo. Aunque era ya algo de noche, Nielsen y yo decidimos hacerles una visita, y si podíamos, ver al Jefe de la expedición. Fuimos recibidos en el portalón por un sujeto joven, risueño, cuya alegría se acrecentó al pronunciar yo la única palabra japonesa que sabía: *Ohcio*. Buenos días. Detúvose la conversación al punto, pero en seguida comparecieron unos cuantos hijos del Nipón, llenos de curiosidad, que entendían algo el inglés, pero no era bastante ciertamente. Sacamos en limpio que el *Kainán Maru* había hecho una travesía en dirección de la Tierra del Rey Eduardo VII, pero no pudimos saber de cierto si habían intentado desembarcar o no.

Como el jefe de la expedición y el capitán del barco se volvían, no quisimos molestarles prolongando nuestra visita, pero no nos dejaron salir antes de que el atento oficial nos hiciera aceptar un vaso de vino y un cigarro, que tomamos en el cuarto de derrota. Se nos invitó a volver al día siguiente, y obtenido permiso para sacar algunas fotografías, tornamos al *Fram*; pero no pudo ser la segunda visita proyectada a nuestros amigos japoneses. Ambos navíos fueron arrastrados mar adentro por una galerna durante la noche, y antes de que se nos ofreciera ocasión de volver a bordo del *Kainán Maru*, encontramos de regreso a nuestros compañeros del Sur.

Los días que precedieron inmediatamente a la salida de la expedición para el Norte, coincidieron con la mitad del corto verano antártico, precisamente en el tiempo en que la copiosa vida animal de la Bahía de las Ballenas se muestra más lozana.

El nombre de Bahía de las Ballenas se debe a Shackleton, y es bastante apropiado; porque desde el tiempo de la rotura de los hielos, éste espacioso seno formado en la Barrera sirve de campo de recreo favorito a estos animales,

de los cuales veíamos a menudo bandadas enteras de hasta cincuenta retozando horas y horas. No teníamos medios de interrumpirles en sus diversiones pacíficas, aunque la vista de estos monstruos, cada uno de los cuales equivale a una fortuna, nos producían la comezón del cazador. El genio de la pesca de ballenas nos obsesionaba.

Para quien no posea conocimiento especial de la industria ésta, es difícil formarse una opinión ordenada de si esta parte del Antártico es a propósito para llegar a ser una factoria de balleneros. Con seguridad que si esto ocurre, ha de tardar mucho tiempo en verificarse. En primer lugar, su distancia al país habitado más próximo es grandísima, unas 2.000 millas, y, además, hay un obstáculo serio constituido por la zona de los hielos en la disposición particular que presenta, que a veces es muy estrecha y movediza, y exige siempre el empleo de barcos de madera para el transporte.

Las condiciones predominantes de la Bahía de las Ballenas ofrecerán, de seguro, gran dificultad para el establecimiento de una estación permanente. Nuestra casa de invierno quedó tapada por la nieve en sólo dos meses, lo que para nosotros era un motivo de satisfacción, pues nuestra morada resultaba así más abrigada; pero es dudoso que una estación de balleneros encontrara esto ventajoso.

Ultimamente debo decir, que si bien en la Bahía misma se ven grandes bandadas de ballenas, no parece que haya muchas en el Mar de Ross. Las especies que se encuentran más comúnmente son la ballena de aletas, y en segundo término la ballena azul.

En cuanto a focas, se veían en gran cantidad en los bordes de la Barrera mientras tuvieran a mano el mar de hielo; pero cuando éste se rompía, se refugiaban preferentemente en la Bahía de las Ballenas, en que pasaban todo.

el verano. La causa estaba en que por aquí tenían acceso más fácil a la superficie sólida, en donde suelen abandonarse a su recreo favorito de revolcarse a los rayos del sol.

Durante toda nuestra estancia habíamos matado doscientas cincuenta, de las que corresponde la mayor parte al otoño que sucedió a nuestra llegada. Esta menuda carnicería no se notaba casi. Los innumerables sobrevivientes que fueron testigos oculares de la muerte súbita de sus compañeros, no se dieron la más mínima cuenta de que la Bahía de las Ballenas empezaba a serles lugar inseguro para su residencia.

A principios de Septiembre, según los hielos se iban extendiendo millas y millas en el Mar de Ross, encontró ocasión la primera foca de llegar a la luz del día, pasando por una de las numerosas grietas de la Bahía. Esto era para nosotros el primer signo seguro de la primavera; para la foca fué un salto a la eternidad.

De las tres especies diferentes, que encontramos, a saber: la Weddell, el leopardo marino y la cangrejera, la más numerosa era la Weddell, sin comparación. Esta foca es un animal torpón y extraño, que sabe perfectamente el arte de andar despacio; hablo de cuando está fuera del agua, naturalmente. Un macho, en pleno desarrollo, es casi tan grande como una morsa, y llega a pesar seguramente sus ochocientas libras. Su cuerpo pesadote termina en una cabeza ridícula de pequeña que es, y su boca está provista de dientes tan inofensivos como los de una vaca doméstica. El color de su piel varía de blanco pizarroso a moreno oscuro.

El leopardo marino era mucho más raro en aquellos parajes; no se le encontraba en la Bahía misma; los pocos ejemplares que vimos los encontramos en el mar de hielo. Creo recordar que sólo pudimos capturar dos. El leopardo

marino es animal mucho más peligroso que su pariente la foca de Weddell. De tamaño casi igual, su cuerpo es mucho más ágil y esbelto; tiene la boca armada de numerosos dientes largos y afilados, y no se descuida de emplearlos. No se le puede acercar sin cierta precaución, y en el agua debe ser adversario desagradable por extremo.

El nombre de *comedor de cangrejo* o *cangrejero*, hará creer a algunos que se trata de un bicho feroz. Nada menos cierto. El animal que así se nombra es, sin disputa, el más manso de las tres especies. Tiene el tamaño aproximado de nuestras focas, es vivo y ágil en sus movimientos, y constantemente se divierte en dar grandes saltos del agua a la orilla. Sobre el hielo mismo puede caminar tan aprisa como un hombre, y ha de correr mucho quien lo alcance. Su piel es bellísima, gris, con relumbre argentino y motitas negras.

A menudo se nos ha preguntado si no tendrá la carne de foca algún sabor a aceite de ballena, porque parece ésta la creencia general, y es errónea; su aceite y el gusto aceitoso quedan sólo en la capa de grasa de una pulgada de espesor que recubre el cuerpo de la foca como armadura protectora, pero la carne no contiene grasa ninguna; además, es muy abundante de sangre, y su sabor, por ello, recuerda el de las moreillas. La carne de la foca de Weddell, es de color muy oscuro; en la sartén se vuelve negra del todo. La carne de la cangrejera es de color poco más o menos como el de la vaca, y, para nuestro gusto al menos, de tan buen sabor. Así es que siempre procurábamos coger focas cangrejas para nuestra comida.

Los pingüinos nos entretenían tanto, como útiles nos eran las focas. Se ha escrito recientemente tanto de estas singulares criaturas, y se han fotografiado y cinematografiado tantas veces, que todos las conocen. Mas el que ve

un pingüino vivo por primera vez, siente curiosidad e interés siempre por él; ya se trate del majestuoso pingüino Emperador, que tiene tres pies de estatura, ya del pequeño Adelia, bullicioso.

No sólo en su andar tieso, sino también en sus maneras y movimientos grotescos, recuerdan estas aves vivamente a ciertos seres humanos. Se ha hecho notar que un pingüino Emperador es la imagen exacta de «un viejo caballero de levita», y esta semejanza es verdaderamente notable. Y aun lo parece más, cuando esta ave, como es su costumbre de siempre, se acerca a un extraño con una serie de reverencias ceremoniosas; ¡es tan cortés su educación!

Concluidas las ceremonias, el pingüino, de ordinario, se acerca aún más; no es nada suspicaz y no se asusta aun cuando se dirija uno hacia él despacio. Mas si se acerca uno rápidamente, entonces sí se asusta y huye volando. A veces ocurre que se dispone a luchar, y entonces es prudente ponerse lejos de sus pinzas, porque posee en ellas arma poderosísima con que puede romper fácilmente el brazo de un hombre. Si le queréis atacar, lo mejor es hacerlo por detrás, sujetárselas firmemente y doblárselas hacia atrás; así se le vence.

El pequeño Adelia es un sér cómico siempre. Al encontrar un bando de estos alborotadores, el hombre de más mal humor no puedo menos de romper en carcajadas. Durante las primeras semanas de nuestra estancia en la Bahía de las Ballenas, según descargábamos las provisiones, teníamos animada diversión contemplando una bandada de pingüinos Adelia, que serían hasta una docena, cómo saltaban de repente del agua, como a una voz de mando, y luego se quedaban quietos unos momentos y rígidos de asombro ante las cosas extraordinarias que veían. Repuestos de su primera sorpresa, por lo general,

volvían a zambullirse en el mar; pero su curiosidad intensa los estimulaba pronto a volver a mirarnos más de cerca.

Contrastando con su calma y sosiego relativo los pingüinos Emperadores, estos animalitos tienen un temperamento sumamente altanero, que les hace enfurecerse a la menor intrusión en sus cosas, lo que concurre, naturalmente, a que aparezcan más jocosos aún.

Los pingüinos son aves de paso; los inviernos viven en varios grupos pequeños de islas diseminadas por el Océano Austral. A la llegada de la primavera se trasladan al continente donde tienen sus nidos para los que buscan la tierra desnuda de nieve. Tienen gusto singular por vagabundear, y luego que los hijuelos crecen, jóvenes y viejos emprenden sus correrías juntos. Y no más que en calidad de turistas acudieron los pingüinos a visitar Franheim y sus alrededores; porque es claro que allí no veían tierra escueta que les pudiera ofrecer acomodo para fijar su residencia. Por esto vimos pocos relativamente; un Emperador era muy raro visitante de Franheim, pero las pocas ocasiones en que encontramos este singular pueblo volátil de la Antártica, serán para nosotros uno de los más gratos recuerdos de nuestra estancia en la Bahía de las Ballenas.

## CAPÍTULO XVI

### EL VIAJE DEL «FRAM»

*Por el primer Teniente Thorvaldo Nilsen.*

#### I

#### De Noruega a la Barrera.

Después que al *Fram* se le hicieron reparaciones de importancia en el Arsenal de Horten, y se cargaron en él las provisiones y avíos en Cristianía, salimos del último puerto en 7 de Junio de 1910. Según el plan, teníamos que hacer primeramente una travesía oceanográfica de unos dos meses por el Atlántico Septentrional, y luego volver a Noruega, donde el *Fram* había de entrar en dique y embarcar el resto del equipo y los perros.

Esta travesía oceanográfica dió los mejores resultados en muchos sentidos. En primer lugar, nos familiarizamos con el barco, y se adaptó cada cosa para el futuro viaje largo; pero lo más ventajoso fué llegar a conseguir un conocimiento útil de nuestra máquina auxiliar. Era un motor Diesel de 180 caballos, construído para alimentarlo con petróleo, del que habíamos tomado unos 90.000 litros. Relacionado con esto, hay que advertir que consumíamos unos 500 litros por día, y que el radio de acción del *Fram*

llegaba así a seis meses. El primero y segundo día funcionó bien la máquina, pero después se fué debilitando su marcha hasta que finalmente se paró. Le sucedió lo que llaman «constiparse la máquina». Esto sucedió varias veces en un solo viaje; había que sacar cada momento los vástagos de los pistones y limpiarles de una espesa capa negra. Como tal vez el resultado definitivo de la expedición al Polo Sur dependiera de que el motor funcionara bien, hubo que abreviar la travesía proyectada y después de un lapso de tres semanas, hicimos rumbo a Bergen, donde cambiamos el petróleo por parafina refinada, y al mismo tiempo desmontamos por completo el motor.

Desde entonces no se ha vuelto a ver tropiezo ninguno en la máquina.

De Bergen fuimos a Christiansand, donde el *Fram* entró en dique, y, como ya se ha dicho, embarcamos los aprestos que quedaban y los perros con su comida.

El número de individuos vivos a bordo cuando salimos de Noruega se componía de diez y nueve hombres, noventa y siete perros, cuatro puercos, seis palomos mensajeros y un canario.

Por fin estuvimos prontos para salir de Christiansand el jueves 9 de Agosto de 1910, y a las nueve de la noche levamos anclas y echó a andar el motor. Después de la actividad de aquellos días, no hay duda que estábamos todos contentos de partir. Como nuestra salida no se hizo pública, sólo nuestro piloto y unos cuantos amigos nos acompañaron un trecho. Había un tiempo magnífico, y todos nos estuvimos en el puente hasta bien entrada la noche mirando cómo la tierra iba desapareciendo poco a poco. Los noventa y siete perros estaban amarrados con cadenas alrededor en la cubierta, en la que teníamos carbón, petróleo, madera y otras cosas que no dejaban mucho espacio para movernos con desahogo.

El resto del navío estaba totalmente lleno. Baste como citar ejemplo la entrada al salón, en que habíamos colocado cuarenta y tres cajas de trineos, llenas de libros, regalos de Navidad, ropas interiores y otras cosas. Además de esto, un centenar de guarniciones completas para los perros, todos nuestros skis, pértigas de skis, calzado para la nieve, etc. Los objetos pequeños se habían estibado en los camarotes, y cada uno tenía algunos. Cuando yo me quejaba, lo que sucedía muchas veces, de que no podía figurarme dónde colocaría tal o cual cosa, el jefe de la expedición solía decir: «Bah, eso se puede acomodar muy bien en el camarote.» Así es que había en él de todo lo que puede pensarse, desde toneles de parafina y cachorros recién nacidos, hasta material de escribir y cartas.

Como la relación de este viaje ya se ha referido, pasaré ligeramente sobre ella. Después de mucho retraso que nos causaron los vientos reinantes en el Canal de la Manga, alcanzamos el Noreste a la altura de Gibraltar próximamente, y llegamos a Madera el 6 de Septiembre.

A las nueve de la tarde de dicho mes levamos anclas por última vez y salimos de Madera. Al perder de vista la tierra volvimos a tener Noreste, que se sostuvo más o menos fresco hasta los 11° de latitud Norte, próximamente.

Desde la salida de Madera me encargué de la guardia de cuatro a ocho de la mañana; Prestrud y Gjertsen se distribuyeron el resto del día.

Para hacer caminar algo más a nuestro barco, si se podía, se le puso una vela rastrera y un petifoque con dos toldos; no aumentaría esto mucho la velocidad, pero algo la ayudaría sin duda.

La temperatura más alta que observamos fué de 84° F. Con los vientos alisios veíamos constantemente peces voladores; pero no sé que se encontrara ninguno en la cu-

bierta. Si alguno caía, en un momento lo despachaban los perros.

Hacia la latitud 11° Norte se nos acabó el Noreste, y así entramos en la «zona de las calmas», que se extiende a un lado y otro del Ecuador, entre la jurisdicción de los vientos Noreste y Sureste. Aquí se encuentran, por lo general, violentos aguaceros; para los barcos de vela y para nosotros esta lluvia densa es agradable, pues permite reponer la provisión de agua. Nosotros sólo un día tuvimos la fortuna de que lloviera; pero como hacía mucho viento en ráfagas, no pudimos coger toda el agua que necesitábamos. Todos los hombres de a bordo pusieron mano a la tarea de acarrear agua: unos cubiertos con hules, otros en el traje de Adán; el jefe con un blanco vestido ligero, y si no recuerdo mal, con chanclos. Como éstos eran algo escurridizos y el *Fram* se inundó de repente, se le resbalaron los pies y quedó sentado en la cubierta, vertiéndose encima toda el agua de la vasija que llevaba. Pero todo era «por amor patrio», y así no le dió cuidado. Cogimos unas tres toneladas de agua, y con la que había en los depósitos se completaron, disponiendo de unas treinta toneladas cuando cesó la lluvia; durante el resto del viaje cogimos alguna más, pero nunca fué mucha, y si no hubiéramos tenido cuidado, no hubiera durado lo bastante el agua que llevábamos.

El 4 de Octubre atravesamos el Ecuador. Los alisios del Sur no eran tan frescos como habíamos esperado, y no hubo otro remedio que hacer trabajar la máquina todo el tiempo.

Al comienzo de Noviembre entramos en la zona de los vientos occidentales, y desde entonces caminamos al Este haciendo mucho camino.

Fuénos bien, sin faltarnos viento fuerte por espacio de siete semanas seguidas. Con aquel mar grueso pudimos

apreciar lo que era navegar con el *Fram*; es barco que cabecea constantemente y no se aquietta un momento. Los perros eran sacudidos de atrás adelante sobre la cubierta, y cuando uno caía sobre otro, se tomaba la cosa como agravio personal que era seguido al punto de combates. Pero con todo, el *Fram* tiene muy bien el mar, y rara vez embarca agua. Si no fuera así, mucho peor lo hubieran pasado los perros.

El tiempo en los 50° ofrece una copiosa variedad de ventiscas, calmas, nieblas, tempestades de nieve y otras amenidades por el estilo. Por lo general, teníamos preparado siempre el motor para dar máquina atrás si se presentaba un témpano flotante. Mas, por fortuna, no vimos ninguno hasta las primeras horas de la mañana del día 1 de Junio de 1911, en que encontramos de los típicos de Antártica, que son enteramente tabulares. Nuestra latitud era entonces un poco por cima de los 60° S., y no estábamos lejos de la banca de los hielos; el primero y segundo días navegamos hacia el Sur, sin ver otra cosa que témpanos diseminados y una cantidad de fragmentos de hielo que se iban apelotonando cada vez más, lo que indicaba que nos íbamos acercando. A las diez de la tarde del 2 entramos en los hielos flotantes; el tiempo estaba hermoso, por lo que mantuvimos nuestra marcha lo más cerca que pudimos en la dirección de la Bahía de las Ballenas, sitio destinado para emplazar nuestra estación.

Veíanse reposando muchísimas focas sobre los témpanos, y al acercarnos más disparamos sobre algunas. Al traer la primera a bordo probaron nuestros perros el primer bocado de carne desde que salimos de Madera. Se les dió cuanta quisieron, y comieron hasta hartarse. Nosotros también tuvimos nuestra porción correspondiente de ella, y desde entonces en adelante no nos faltaron ningún día excelentes tajadas de carne fresca de foca para el al-

muerzo; la encontramos excelente después de medio año que no comíamos otra carne que la conservada en latas. Servíanse las tajadas con arándano, que realza mucho su mérito. La foca más grande que cogimos en la banca de los hielos tenía más de doce pies de longitud, y pesaba casi media tonelada. También matamos algunos pingüinos, por la mayor parte de los Adelia. Animales son éstos extraordinariamente divertidos, por la curiosidad que manifiestan. Cuando algunos de ellos nos veía, se acercaba más para enterarse minuciosamente de los huéspedes intrusos. Si nos cansaban con su demasiada impertinencia, no vacilábamos en capturarlos, porque su carne, sobre todo el hígado, era excelente. Los abatros, que nos habían seguido desde la zona de los vientos del Oeste, se habían marchado ya, y en su lugar vinieron los vistosos petreles de las nieves y los petreles antárticos.

Durante el paso por los hielos no nos faltó niebla, poca o mucha. Únicamente a la media noche del 5 vimos el sol, y disfrutamos de buen tiempo por primera vez. Difícil es imaginarse mañana más bella que la que siguió: claridad deslumbradora, a causa de los hielos espesos que se veían por todas partes hasta donde alcanzaba la vista; los canalillos que entre ellos se formaban relucían al sol y sus cristales reverberaban como millares de diamantes. Era un placer sin igual pasear por la cubierta y absorber aquel aire fresco; diríase que se tornaba uno otro hombre nuevo. Creo que no había a bordo ninguno que no encontrase este paso por los hielos como la parte más interesante del viaje, que tenía por añadidura el encanto de la novedad. Los que no habían estado antes entre los hielos, como me pasaba á mí, y que por primera vez se pusieron a cazar corrían tras de las focas y los pingüinos y se divertían como chiquillos.

A las diez de la tarde del día 6 estábamos ya fuera de

los hielos, después de haber andado por entre ellos cuatro días justos. Mucho nos había gustado, y el *Fram* caminaba entre ellos con gran facilidad.

Después de salir de la banca continuamos nuestro crucero por el mar libre de Ross hasta la Bahía de las Ballenas, la cual, según la descripción previa, debería hallarse hacia los 164° de longitud O. La tarde del 11 vimos enfrente como un gran resplandor blanquecino, que procedía de una considerable masa de hielo que reverberaba, cosa muy semejante al claror que se percibe a distancia siempre que se llega a una gran ciudad de noche. Al punto conocimos que venía el resplandor de la soberbia Barrera de Ross, llamada así del nombre de su descubridor Jaime Clark Ross, que la vió el primero en 1841. La Barrera es una muralla de hielo de muchos cientos de millas de longitud y de unos cien pies de altura que forma el límite meridional del Mar de Ross. Ibamos muy atentos, como es de suponer, a notar la impresión que su vista nos produjera; pero en cuanto a mí, no se me representó tan imponente como me la había imaginado. Tal vez se deba esto a que ya estaba yo algo familiarizado con ella, en cierto modo, por las muchas descripciones que había visto. Creíamos encontrar una entrada relativamente angosta en la Ensenada del Globo, como nos lo parecían indicar las fotografías que teníamos a la vista; pero al pasar por delante de la Barrera el 12, no encontramos ninguna entrada. En la longitud 164° O. sí que había una gran brecha en la pared, que daba lugar a un Cabo (Cabo Oeste); de aquí al otro lado de la Barrera había más de ocho millas, y al Sur una bahía llena de hielos flotantes. Mantuvimos al Este del campo de hielos y a lo largo de la Barrera hasta pasada media noche; pero como no encontrábamos la Ensenada del Globo, volvimos a la mencionada brecha del Cabo Oeste, donde permanecemos

hasta la mañana del 13, pues los hielos eran tan espesos, que no permitían adelantar nada. Al medio día ya clareaban los hielos y empezaban a disiparse; entonces entramos, y adelantándonos cuanto pudimos, amarramos el *Fram* fuertemente a la base de hielo del lado Occidental de la gran bahía en que habíamos entrado. Resultaba que la Ensenada del Globo se había fundido con otra para formar una gran bahía exactamente descrita por Sir Ernesto Shackleton, y nombrada por él la Bahía de las Ballenas.

Después de amarrar aquí, el jefe y uno o dos más salieron a hacer una vuelta de exploración; pero empezó a nevar copiosamente, y, por lo que puedo recordar, no se hizo otra cosa que averiguar cómo la Barrera se deslizaba suavemente en el límite meridional de la Bahía en el mar de hielo; pero entre éste y el declive que se formaba estaba el mar libre; así es que no pudieron ir más allá. Toda la noche anduvimos por los hielos, que se rompían sin cesar, y durante aquel tiempo matamos varias focas y pingüinos. Hacia la mañana del 14 se despejó el tiempo, lo que nos proporcionó una vista magnífica de aquellos parajes. Directamente hasta Oriente de la bahía nos pareció que se veía más mar libre; por lo que seguimos a lo largo de la base de hielo, y amarramos en la parte exterior de la Barrera a eso de las tres de la tarde. El Cabo de la Barrera que teníamos cerca fué bautizado con el nombre de Cabo de la Cabeza de Hombre, a causa de su figura que lo recuerda. Todo el tiempo que navegábamos junto a la Barrera disparábamos a las focas, de modo que al fondear últimamente encontramos abundancia de carne.

Por mi parte no tuve mucha fortuna como cazador, entonces. Había cuatro focas reposando en la base de la Barrera; yo salté con un rifle y cinco cartuchos; no se me ocurrió tomar algunos de reserva porque me tenía por un excelente cazador, y creía que con un tiro por foca tendría

bastante. Las tres primeras murieron sin proferir un chillido; pero la cuarta dió la alarma y escapó a toda prisa. Apunté con mi último tiro, pero no hizo tanto efecto como debiera, y la foca seguía huyendo a toda prisa dejando un rastro de sangre. No me parecía bien dejar escapar una foca herida, y como no tenía más que un cartucho, necesitaba acercarme a ella para asegurarla mejor. Salí, pues, corriendo detrás, pero la foca era más ligera que yo, y esto dió lugar a una persecución animadísima y pintoresca. Ya debía estar la foca a la mitad de camino del Polo Sur, cuando me acordé de utilizar el último cartucho que disparé. Si la bala hizo blanco o no, nada podré afirmar. Lo que sé es que al llegar a bordo me encontré con risas burlonas y que se habían divertido mucho a mi costa.

Como ya he dicho antes, salimos de Noruega el 9 de Agosto de 1910, y llegamos a nuestro último fondeadero el 14 de Enero de 1911, no habiendo hecho escala durante todo el viaje más que en la Isla de la Madera. La Barrera dista 16.000 millas geográficas de Noruega, que recorrimos nosotros en cinco meses. Desde la Madera navegamos ciento veintisiete días en alta mar, y con esto terminó la primera parte de nuestro viaje.

## II

### Salida a la Barrera.

Luego que hubimos amarrado, el jefe, Prestrud, Johansen y yo saltamos a la Barrera para reconocer aquellos parajes. La subida del mar de hielo en la Barrera era suave, una rampa ligerísima. A no más de una milla del barco encontramos un sitio bueno en que emplazar un campamento para los perros, y otra milla al Sur acordamos establecer nuestra vivienda en la pendiente de

una colina, donde estaría menos expuesta a las galernas del Sureste, que predominaban allí según las descripciones que conocíamos. Arriba de la Barrera todo estaba absolutamente tranquilo sin la menor señal de vida; y verdaderamente, ¿qué sér podría vivir allí? Esta agradable caminata en skis se prolongó un poco más al Sur, y al cabo de dos horas volvimos a bordo. Durante nuestra ausencia había seguido la matanza de focas, de las que podían cogerse en abundancia, pues había centenares posadas en los hielos.

Después de una tan larga navegación y la vida de encierro a bordo, era un deleite sentir la tierra firme bajo los pies y poderse mover uno un poco. Algo así sentían evidentemente los perros; tan pronto como pisaron el continente se revolcaban en la nieve, y corrían para un lado y otro con deleite. Durante toda nuestra estancia empleamos una gran parte del tiempo en excursiones en skis y en cacerías de focas, variación gustosa.

El domingo 15 lo empleamos en instalar las tiendas del primer campamento de perros y las de Framheim, que así llamamos a nuestra estación de invierno. Servímonos de una trailla de perros, y como no estaban acostumbrados a tirar, no es de extrañar que unos se tumbaran en tierra, otros se pusieran a reñir y unos cuantos quisieran ir a bordo; pero difícilmente podía apreciar ninguno de ellos lo serio de la nueva situación, o comprender que se les había acabado la buena vida. El lunes fueron desembarcados todos los perros, y al siguiente empezamos a llevar provisiones a la costa.

El desembarco de las cajas lo efectuamos del modo siguiente: los marineros sacaban a cubierta todas las cajas que los trineos podían llevar en un viaje, y cuando estaban los trineos al pie del barco, se echaban abajo las cajas por medio de tirantes, en el hielo mismo, para abreviar

la operación. No habíamos de poner las cajas en el suelo antes que los trineos estuvieran de vuelta, pues en caso de que se rompieran, teníamos que volver a bordo todas, o si no, se estropeaban. Por la noche no podíamos dejar ninguna fuera.

Antes de llegar a los hielos, nos habíamos figurado que la mitad de los días habíamos de pasarlos ociosos, pues según las descripciones conocidas, habríamos de tener tan mal tiempo, que el *Fram* se vería obligado a cambiar de fondeadero constantemente. En cuanto a esto, fuimos más afortunados de lo que esperábamos; sólo dos veces hubimos de desamarrarlo. La primera vez fué la noche del 25 de Enero, en que hubo ventarrón tan fuerte del Norte con algo de marejada, que el navío se golpeaba contra la margen de hielo rudamente. Saltaban sobre nuestras cabezas trozos de carámbanos, y así, para no ser encontrados por ningún témpano grande que de pronto pudiera desgajarse de la punta de la Barrera que llamábamos Cabo de la Cabeza de Hombre, recogimos los cables a bordo y salimos de allí. Cuando los compañeros de tierra vinieron a la mañana siguiente, como de costumbre, vieron con sorpresa que el *Fram* se había marchado. Durante el día mejoró el tiempo e intentamos volver a medio día; pero la Bahía estaba tan llena de hielos, que no podíamos llegar a la base sólida del hielo de la orilla. A las nueve de la noche se veía desde la cofa que los hielos se disgregaban; tratamos, pues, de volver, y a media noche pudimos amarrar de nuevo.

Pero la compañía de tierra no malgastó el día, porque el anterior, Kristensen, L. Hanse y yo, habíamos salido en skis a cazar focas, que se llevaron al campamento mientras nosotros estábamos fuera.

Sólo una vez o dos nos dejamos el fondeadero original, hasta que el 7 de Febrero, en que casi todos los hielos ha-

bían salido de la bahía, pudimos amarrar sólidamente junto a la Barrera, en su parte más baja, y de allí no se movió el barco hasta que emprendimos el viaje formal.

La vida animal abundaba en aquellos parajes. Numerosas ballenas se acercaban a nuestro navío, parándose a contemplarnos con extrañeza, como a intrusos. Las focas venían desde los hielos en derechura a nosotros, ni más ni menos que los pingüinos. Estos últimos son seres extraordinariamente fisgones. Dos pingüinos Emperadores venían frecuentemente a nuestro último fondeadero a ver cómo soltábamos anclas de agarrar en el hielo o levábamos una guindaleza; miraban de un lado y otro, y parecía que hablaban confidencialmente. Por esto les llamábamos «el Capitán del Puerto y su señora».

Gran número de aves, pájaros bobos, petreles de las nieves y antárticos, volaban alrededor del barco, proporcionándonos, muchas veces, buenos asados.

La mañana del 4 de Febrero, ya a medio día, Beck el vigía vino a avisarme de que estaba entrando un barco. Supuse, naturalmente, en seguida, que era el *Terra Nova*. Pero debo confesar que casi no hice esfuerzos por verlo; izamos, sin embargo, la bandera.

Luego que amarró, me dijo Beck que algunos de sus tripulantes habían desembarcado, creyendo que a ver la casa. No la encontraban, y a las tres de la mañana me volvió Beck a decir que venían a bordo del *Fram*. Salí a recibirlos. Eran el Teniente Campbell, jefe de la segunda compañía de exploración de Tierra del Capitán Scott, y el Teniente Pennell, Capitán del *Terra Nova*. Como es natural, nos hicieron multitud de preguntas, y es evidente que les costaba trabajo creer que fuera aquel barco el *Fram*. Le habían tomado primeramente por un ballenero. Ofreciéronse a llevar nuestra correspondencia a Nueva Zelanda, pero no la teníamos preparada, y rehusamos,

agradecidos, su ofrecimiento. Ya a medio día vinieron varios oficiales del *Terra Nova* a Framheim a almorzar, y el Capitán Amundsen, Prestrud y yo les acompañamos. A las dos de la tarde volvió el *Terra Nova* a zarpar.

El viernes, 16 Febrero, salieron unos cuantos de mis compañeros a establecer depósitos. Nosotros limpiamos el barco, llenamos de nieve los depósitos de agua y nos preparamos para hacernos a la vela, acabando estas operaciones la noche del 14.

### III

#### De la Bahía de las Ballenas a Buenos Aires.

La partida de mar constaba de diez hombres, que eran los siguientes: Thorvaldo Nilsen, L. Hansen, H. Kristensen y J. Nosdtvedt; H. F. Gjertsen, A. Beck, M. Rønne, A. Kutschin y O. K. Sundbeck. Los cuatro primeros formaban una guardia, de las ocho a las dos, y los cinco restantes la otra, de dos a ocho. El último, pero no en importancia, era K. Olsen, cocinero.

Dispuestos para navegar, recogimos la amarra el 15 de Febrero de 1911, a las nueve de la mañana. Hassel, Wisting, Bjaaland y Stubberud, vinieron a vernos. Como durante los últimos días se había roto el hielo al extremo de la bahía, remontamos al Sur todo lo más posible, para practicar un sondeo; la profundidad mayor que alcanzamos fué de 155 brazas y  $\frac{3}{4}$  (285 metros). La bahía terminaba en una prominencia de hielo hacia el Este, que luego continuaba al Norte, de modo que en el lugar en que nos habíamos detenido la Barrera estaba al punto más meridional en que podía fondear un navío, en lo que las condiciones de la Barrera no se modificaran. La latitud más alta era de  $78^{\circ} 41' S$ . Cuando vino el *Terra Nova*,

tanto él como nuestro barco estábamos en la latitud 78° 38' S.

Los dos últimos días antes de nuestra partida había estado tranquilo el tiempo, con una densa bruma que se cernía sobre toda la bahía, tanto que el *Fram* se extravió y tuvimos que mantener una dirección invariable hasta que salimos del canal. Allí veíamos centenares de focas tumbadas sobre los témpanos flotantes; pero como teníamos carne en abundancia, las dejamos en paz por un momento.

Antes de que el jefe comenzara la excursión a los depósitos, me entregó las siguientes instrucciones:

«Al primer Teniente Thorvaldo Nilsen.

»Al salir el *Fram* de la Barrera de hielo os encargareis del mando del buque. De acuerdo con nuestro plan, hemos convenido:

»1. En que os dirigiréis a Buenos Aires, donde se harán las reparaciones necesarias, se tomarán víveres a bordo y se completará la tripulación.

»2. Hecho lo anterior, zarparéis de Buenos Aires a efectuar observaciones oceanográficas en el Océano Atlántico meridional. Sería conveniente investigar las particularidades de este Océano, entre Sur América y Africa, en dos secciones. Estas investigaciones, sin embargo, estarán en relación con las condiciones climatológicas reinantes y el tiempo de que se pueda disponer. Cuando termine éste, regresareis a Buenos Aires.

»3. Allí se harán los preparativos finales para el viaje de regreso a la Barrera en que habrá que recoger a la compañía de tierra. Cuanto más pronto estéis de vuelta en la Barrera, mejor, dentro del 1912. No determino tiempo, porque ello dependerá de las circunstancias, y os dejo facultad de obrar conforme creáis mejor.

»En todo lo demás que se refiere a los intereses de la expedición, quedáis en entera libertad de acción.

»Si a vuestro regreso a la Barrera resultara que no puedo continuar, por enfermedad o muerte, al frente de la expedición, dejo la dirección en vuestras manos, y os ruego vivamente que llevéis a efecto el plan original de la expedición, o sea explorar la cuenca polar del Norte.

»Agradecido al tiempo que hemos pasado juntos, y con la esperanza de que al volvernos a encontrar habremos alcanzado nuestros respectivos objetivos, me ofrezco sinceramente vuestro,

ROALD AMUNDSEN.»

Cuando Sir Jaime Ross estuvo por primera vez en estas aguas, en 1842, señaló «aparición de tierra» en la longitud 160° y latitud 78° S. aproximada. Después, en 1902, el Capitán Scott llamó a esta tierra la «Tierra del Rey Eduardo VII». Uno de los propósitos del *Terra Nova* era explorar esta tierra; pero cuando encontramos este barco, el 4 de Febrero, nos dijeron a bordo que, a causa de la manera de ser del hielo, no habían podido desembarcar. Como nadie lo ha hecho, pensé que sería interesante ir a visitar esta parte. Por consiguiente, dirigimos nuestro rumbo a lo largo de la Barrera, a Noreste. Durante la noche sobrevino densa niebla, y sólo de cuando en cuando podíamos ver la Barrera en lo alto. De repente nos acercamos a una alta mole de hielo, tan próximos, que tuvimos que hacer rapidísima maniobra de timón para que nos cerrara el camino. El *Fram* boga maravillosamente cuando está bien aparejado, y da la vuelta con gran facilidad como si girara sobre un quicio; además, estaba el mar sereno.

Según avanzaba el día, el tiempo se despejaba cada vez más, y al medio día estaba perfectamente claro. Veía-

mos a estribor la Barrera y a babor unos cincuenta témpanos flotantes, grandes y pequeños. La Barrera se elevaba, de unos 100 pies que alcanzaba en la orilla, a cosa de 1.200 más adentro.

Seguimos la Barrera a cierta distancia, pero en las cercanías del Cabo Colbeck encontramos masas de hielo, y yo no tenía intención de caminar entre éstas y la Barrera, por lo que desviamos la dirección al Noroeste. Además, era una incomodidad para un propulsor como el nuestro, susceptible de desarmarse y que había que limpiar a menudo, y ahora mismo nos era preciso hacerlo antes de entrar en el campo de hielos, tardando lo menos posible. Así que, después de haber seguido a lo largo de la Barrera durante día y medio sin ver tierra firme, enderezamos nuestro rumbo al Noroeste hacia alta mar, y después de haber andado algún camino, nos asaltó un golpe de viento de Levante, para aprovechar el cual, desplegamos velas. Aún seguimos viendo durante toda la noche la tierra cubierta de nieve y el resplandor que de ella salía.

No habíamos marcado todavía el cambio de fecha; al hacerlo, nos hallábamos en la del 15 de Febrero (1).

A medio día del 16 levantamos el propulsor, y no se tardó en desmontar más que hasta el día siguiente, verdadera hazaña, a pesar de la temperatura. Nuestros maquinistas eran cosa extraordinaria en el trabajo.

---

(1) Un barco que navegue continuamente hacia el Este, hace que el reloj gane cada día una hora por cada quince de longitud; y el que navega a Poniente la pierde en la misma proporción. A los 180° de longitud, el uno habrá ganado doce horas y el otro las habrá retrasado; la diferencia será, pues, de veinticuatro. Al cambiar de longitud, por consiguiente, habrá que tener esto en cuenta en los cálculos de las fechas, pues al pasar de longitud Este a Oeste, tendrá el mismo día dos veces, y al pasar de Oeste a Este, un día menos.

El 15 vimos el sol a media noche por última vez, afortunadamente. Aquella misma noche vimos a babor una cosa oscura; con la luz que había semejaba un islote. Preparamos la sonda, y los que habíamos estado de guardia ya nos consideramos descubridores. Ya estábamos dándole vueltas al nombre que habíamos de poner al islote que pareciera más apropiado; pero ¡ay!, cuando vimos con más claridad «el descubrimiento», no encontramos otro que ponerle que «el islote de la Ballena Muerta», nombre no muy sugestivo; pues resultaba ser, en efecto, una ballena disforme, inchada, a la deriva, cubierta de pájaros.

Hacia el Noroeste navegábamos algo lentamente a fuerza de viento. En la mañana del 17 vimos un resplandor de hielo a estribor, y sobre las doce nos encontramos junto a la banca de los hielos misma; estaban sumamente apiñados, hasta el punto de que la presión levantaba a algunos de modo que no se podía pensar en pasar por entre ellos.

Tuvimos que seguir, por consiguiente, al Oeste de ellos. Inmediatamente después vimos en el cielo el mismo resplandor que se percibía por encima de la Gran Barrera de los Hielos, lo que tal vez demuestre que la Barrera se vuelve hacia el Norte y Noroeste; fuera de que las masas de hielo que aquí se aprietan parecen indicar que se encuentra un obstáculo á su progreso y que no es otro que la Barrera misma. Cuando salimos en 1912, encontramos los mismos hielos dispuestos de un modo igual.

Nuestra marcha seguía hacia el Oeste a lo largo de la banca, y hasta el 20 no volvimos a mirar al Norte. Porque entonces hubo mudanza, brisa recia del Sureste con nieve copiosa que nos impulsaba favorablemente. En general, el *Fram* se portaba ahora mucho mejor que en nuestro viaje al Sur; sus fondos, sin duda, quedaron más

limpios con el agua fría y con los hielos que rascando se llevaban toda suciedad, y además llevaba la tercera parte de carga que cuando salimos de Noruega.

La noche del 20 tuvimos que encender los faroles de bitácora otra vez, abreviándose cada vez más los días. Quizá en tierra sea a veces ventajoso que las noches sean oscuras; pero en el mar se precisa luz siempre, especialmente en estas aguas, que no siempre son conocidas y están llenas de masas de hielo.

A las cuatro de la tarde del 22 encontramos campos de hielo a los 70°,5 de latitud S. y 177°,5 de longitud E. Los hielos eran más altos y disformes que cuando navegábamos hacia el Sur; pero como por todas partes los había hasta donde podía alcanzar la vista, lo mismo a un lado que a otro, no hubo más remedio que entrar resueltamente por ellos.

Las focas, que al Sur de los hielos nos habían venido siguiendo en número cada vez menor, habían desaparecido ya casi por completo, y, lo que es bien raro, no solía vérselas sino en cantidad muy escasa en los hielos. Sin embargo, Gjertsen y los que le acompañaban en la guardia tuvieron la fortuna de coger tres focas, y por espacio de una semana saboreamos la carne de la llamada vaca marina, y con nombre más vulgar «vaca cocodrilo». La comíamos tres veces al día, vaca marina con arándano. ¡Delicioso! (1).

Navegamos relativamente bien por entre los hielos, aunque por la noche, de nueve a una, teníamos que disminuir la velocidad, porque era imposible caminar seguro a causa de la oscuridad, y hacia la mañana cayó una nevada copiosa, de suerte que no se veía nada. Hubo que parar el motor. Cuando aclaró, ya a las nueve, topamos

---

(1) En español en el texto.

con una barrera, de la que, por fortuna, pudimos librar fácilmente metiéndonos en un seno que hacía. Estaba formada por centenares de témpanos, muchos de los cuales se fundían entre sí, formando una mole apelmazada. Al Oeste de ella estaba la ensenada adonde nos dirigimos, y a las diez de la tarde del 23 de Febrero volvimos a salir a alta mar. Nuestra latitud era 69° S. y la longitud 175°,5 E.

Es muy extraño encontrar tiempo tan sereno en el mar de Ross; en dos meses que estuvimos en él apenas si tuvimos una brisa fuerte. Por ejemplo, cuando me relevaron a las dos de la mañana del 25, pude escribir en mi diario: «... calma completa, ni una arruga en el agua. Los tres hombres de guardián pasean arriba y abajo por la cubierta. De cuando en cuando se oyen gritos de pingüinos *cuá cuá* alternando únicamente con el *taf taf* del motor repetido 220 veces por minuto. ¡Qué incansable trabaja el tal motor! Ya lleva mil horas sin limpiar, cuando en la travesía por el Atlántico el pasado año se detenía de repente a las ocho horas de andar... Por cima de nuestras cabezas vemos la Cruz del Sur, a su alrededor las espléndidas estrellas Australes, y en un fondo oscuro se percibe la masa brilladora de un témpano flotante...»

El 26 cruzamos el Círculo Antártico, y aquel mismo día se elevó la temperatura del aire y del agua por cima de los 32° F.

No sin dolor de nuestros corazones consumimos la última tajada de «vaca cocodrilo», más yo confiaba en coger muchos y excelentes albatros tan pronto como nos viéramos fuera de la zona de los hielos. Hablo en general de la especie de los albatros oscuros; esta ave, de vuelo incansable, que suelerodear solitaria a los navíos, y es tan difícil capturar, que rara vez se deja atraer ofreciéndole de cebo tocino, a que está acostumbrada. Cuando por pri-

mera vez vi yo estas aves, siendo grumete, me dijeron que se llamaban párrocos, porque eran las almas de los malos sacerdotes que están condenados a no descansar hasta el día del Juicio.

Más o menos dentro de nuestra ruta al Cabo de Hornos suponíamos encontrar dos grupos de islas, el de Nemrod, hacia los 158° de longitud Oeste, y la isla Dougherty, próxima a los 120° O. Ambas están señaladas con una «D» (Doubtful, dudoso) en los mapas ingleses. El Capitán Davis que mandaba el *Nimrod*, barco del Teniente Shackleton, las anduvo buscando, pero no halló ni unas ni otra; mas se dice que la isla Dougherty ha sido vista dos veces. Nosotros, pues, enderezamos rumbo hacia el grupo de *Nimrod*. Por algún tiempo iba la cosa bien, pero luego vinieron dos semanas de vientos Norte; es decir, de proa, y cuando por fin se presentó el viento favorable estábamos ya tan al Sur de las islas, que hubiera sido un disparate ir a comprobar su existencia, en lo que hubiéramos gastado semanas enteras. Por tal razón, nos encaminamos a la Dougherty. Soplaron vientos del Oeste durante más de dos semanas, y no se requerían ya más que dos o tres días de navegación a vela para llegar a la citada isla, cuando de repente se cambió el viento en Nordeste recio, que duró tres días y terminó por convertirse en huracán, procedente del mismo cuadrante. Pasada esta borrasca, teníamos que andar, según cálculo aproximativo, unas ocho millas náuticas al Suroeste de la isla; la marejada que persistió algunos días nos disuadió de hacer uso del motor hacia allá. Apenas veíamos sol ni estrellas, y se pasaban las semanas sin poder hacer ninguna observación astronómica; así es que con este motivo podíamos habernos equivocado en un grado o dos en nuestros cálculos. Contentámonos, pues, con continuar mirando la existencia de estas islas como dudosas.

Moraleja: No intentéis viajes de descubrimientos, amigos míos; no servís para el caso.

Así que salimos del Mar de Ross y entramos en el Sur del Océano Pacífico, volvieron a comenzar las piruetas de marras, o, en otros términos, el *Fram* empezó su cabeceo continuo de babor a estribor. Cuando la situación se agudizaba y los platos y copas se ponían a bailar un fandango en la cocina, el único deseo del cocinero era: «¡Ah, cuándo estaremos en Buenos Aires!» Porque no es cosa fácil desempeñar el oficio de cocinero en tales circunstancias; pero el nuestro estaba siempre de buen humor, cantando y silbando el día entero.

El siguiente episodio enseñará qué bien entendía el *Fram* lo del cabeceo.

Una tarde estábamos dos de nosotros sentados, tomando café sobre una caja de herramientas que había colocada fuera de la cocina. En uno de los ímpetus del cabeceo se aflojaron las cuerdas con que estaba amarrada, y la caja salió disparada contra la cubierta. De repente tropezó con un obstáculo, y uno de los que estaban sentados saltó como si fuera volando por la puerta de la cocina, pasando por encima del cocinero como un tigre, hasta que vino a caer al otro extremo de la cocina, siempre agarrado a su taza como si quisiera sujetarse a ella. La cara que ponía después de aquella triunfal hazaña de aviación, era por demás cómica, y los que la vieron padecieron un verdadero acceso de hilaridad.

Como ya se ha dicho, el viaje, desde que entramos en el Pacífico, se realizaba en condiciones excelentes; buen viento que duró catorce días completos, y ya empezaba a tener confianza de que no tardaríamos en llegar a la zona propia de los vientos Occidentales. Sin embargo, no hay gozo perfecto en el mundo; aquí había también masas de hielo, y alternativamente nos afligían brumas y ramala-

zos de nieve; éstas las preferíamos, naturalmente, porque se sucedían con intervalos; pero la niebla es el enemigo peor. Había veces que teníamos que estar toda la noche la tripulación completa maniobrando, y nunca menos de dos observando. También teníamos todo dispuesto para hacer funcionar la máquina en el momento preciso. Un ejemplo bastará a mostrar lo entrenada que estaba la tripulación para maniobrar en cualquier momento.

La tarde de un domingo, estando Hansen, Kristensen y yo de guardia, empezó el viento a soplar de proa, de modo que tuvimos que dar bordadas. Era frescarrón, mas no consideré necesario llamar a la guardia de reserva, que estaba necesitada de descanso. Hansen y yo bastábamos a maniobrar. Kristensen estaba al timón, pero nos auxiliaba cuando se requería su concurso. Como el viento restrallaba en el barco y las velas empezaban a chascar violentamente, todos los de la guardia de reserva, despertándose, vinieron apresurados al puente en menos de lo que se cuenta y empezaron a amainar. Quiso la suerte que en el mismo momento entreviéramos en la niebla una masa de hielo que derechamente iba a abordarnos de proa. No fueron muchos los minutos en que nosotros despachamos nuestra faena, ni los que la guardia de reserva se detuvo en el puente. Tan ligeramente vestidos como estaban no era ciertamente un placer salir a la intemperie con aquel aire frío y brumoso. Dormían sueño tan ligero, que no se necesitó más ruido que aquel para despertarlos. Cuando pasado aquello pregunté a uno de ellos—me parece que fué Beck—qué es lo que les había movido a subir, me contestó que se figuraban íbamos a chocar con un iceberg y quisieron evitarlo.

Algunas noches ha sucedido ver la claridad del hielo a una distancia de ocho millas, y siendo así, no hay nada que temer; pero otras, en medio del día, hemos navegado

bien cerca de los hielos, que sólo pocos minutos antes de abordarlos hemos podido ver. Como el viaje era largo navegábamos, por lo general, a gran velocidad; pero dos o tres noches hubimos de reducir nuestra marcha al mínimo, porque no éramos capaces de ver ni el cabo del bauprés.

Después de dos o tres semanas de navegación empezaron a disminuir las masas de hielo, y confiaba yo que pronto las dejaríamos de ver; pero el domingo, 5 de Marzo, estando el tiempo muy claro, divisamos hacia medio día un grupo entero de masas enormes a proa. Uno de la guardia de abajo, que acababa de subir al puente, exclamó: «¿Qué diablos venís a buscar aquí?» Bien podía preguntarlo, porque aún seguimos viendo aquella tarde no menos de cien masas de hielo. Eran grandes y planas, casi todas de la misma altura, de unos cien pies, tan altas próximamente como la cofa más alta del *Fram*. No estaban nada mermadas, pero parecía que acababan de desgajarse. Como ya he dicho, hacía un día muy claro, que aprovechamos para hacer una observación astronómica (obtuvimos latitud 61° S. y longitud 150° O.), y como teníamos viento Oeste, sorteamos con agilidad las masas de hielo una tras otra. El mar que había estado toda la mañana tan alborotado que rociaba la cima de los témpanos más altos, poco a poco se fué aplacando, y por la noche estaba enteramente plano como el agua de un puerto. Durante ella pasamos por entre otros muchísimos témpanos, y al día siguiente no vimos más que veinte, poco más o menos.

En varias descripciones de viajes por estas aguas se dividen los dictámenes sobre la cuestión de la temperatura que ofrecen las que rodean a los témpanos flotantes. Que disminuye su calor rápidamente, según se acerca uno a ellos, es cosa indiscutible; mas no es así la que se-

para los bloques alejados unos de otros que depende de otras circunstancias.

Cierta noche, a las doce, era la temperatura del agua de 34-1° F.; a las cuatro de la madrugada, 33-8° F., y a las ocho de la mañana, 33-6° F.; a las de la mañana habíamos pasado junto a una masa de hielo. A medio día se elevó esta temperatura a 33-9° F. Siendo así, puede, pues, afirmarse que la temperatura avisa de la proximidad de los hielos, pero en las latitudes altas no ha variado ni antes ni después de haberlas pasado.

En la Nochebuena de 1911, cuando efectuábamos nuestro segundo viaje al Sur, vimos el primer iceberg de verdad, y entonces bajó la temperatura, en cuatro horas, de 35-6° F. a 32-7° F. Dejada atrás la masa de hielo, volvió a elevarse rápidamente a 35° F.

En la zona de los vientos del Oeste creo que se puede, con cierto grado de seguridad, decir cuándo se aproxima una masa de hielo. A mediados de Noviembre de 1911, entre la Isla del Príncipe Eduardo y las Islas de Crozet (cerca de los 47° de lat. S.), descendió la temperatura. Por la mañana hice observar a alguno que, «por la temperatura del agua, se podía creer que estábamos cerca de un témpano». Poco antes de medio día pasamos junto a uno pequeño; la temperatura volvió a subir a su grado normal, y no volvimos a encontrar ninguno más hasta la víspera de Navidad.

El sábado, 4 de Marzo, antes de encontrar la gran concentración de hielos, bajó rapidísimamente la temperatura de 33-9° F. a 32-5° F. No habíamos visto entonces hielo desde hacía casi veinticuatro horas. Al mismo tiempo, el color del agua se tornó de un verde raro, y es posible que nos hubiéramos metido en una corriente fría. La temperatura persistió tan baja hasta la mañana del domingo, en que a las ocho ascendió a 32-7° F.; á las

doce, estando junto a una masa de hielo, teníamos 32-9° F., y una milla a sotavento, 33° F. Continuó subiendo, y a las cuatro de la tarde, cuando los hielos estaban más apiñados, había 33-4° F.; a las ocho, 33-6° F., y a media noche, 33-8° F. Si hubiera habido niebla, hubiéramos creído con seguridad que nos alejábamos de los hielos en vez de acercarnos; es extrañísimo también, el que la temperatura no sea más constante en presencia de una gran cantidad de hielos; mas, como ya he dicho, puede ello deberse a alguna corriente.

En la semana siguiente, el 5 de Marzo, disminuyó el número de las masas de hielo, pero siguió reinando el mismo tiempo. Nuestra marcha nada dejaba que desear, y en un día, de sol a sol, recorrimos una distancia de 200 millas náuticas, o sea, en proporción, 8  $\frac{1}{2}$  nudos por hora, que fué la jornada mejor que hasta entonces había hecho el *Fram*. El viento, que había sido occidental y Noroeste, gradualmente se cambió en Norte y terminó en huracán del Noreste, el domingo 12 de Marzo. Citaré aquí lo que encuentro escrito en mi diario el día 13:

«Perfectamente, ya hemos experimentado el primer huracán a bordo del *Fram*. El 11, sábado, por la tarde, sobrevino viento Noreste, con brisa ordinaria acompañada de lluvia. El barómetro ha oscilado entre 744 y 745 milímetros. Durante la tarde empezó a bajar y á las ocho de la noche marcó 743 milímetros, sin que el viento refrescase lo más mínimo. Hemos quitado, sin embargo, un foque. A media noche ha descendido el barómetro, ha descendido a 737, convirtiéndose el viento en brisa huracanada. Hemos quitado la vela de trinquete, la vela mayor y un foque interior, y no hemos dejado sino un juanete y la de mesana. Poco a poco se ha convertido el viento en galerna.

»A las cuatro de la mañana del sábado ha vuelto a

bajar el barómetro a 728 milímetros, y a las seis de la mañana hemos afianzado las garras (1).

»El viento aumentó y el mar se encrespó furiosamente, pero no embarcamos mucha agua. A las ocho de la mañana señaló el barómetro 719 milímetros, y a las nueve 718, cuando de pronto cesó de bajar y permaneció tranquilo hasta medio día, soplando todo este tiempo un huracán furioso. Las nubes adquirieron un color oscuro, achocolatado; no recuerdo haber visto nunca un cielo más espantoso. Poco a poco volvió el viento al Norte, y navegamos con las dos velas de mesana. Por fin el mar se aplacó, y el *Fram* se mostró triunfal como el mejor velero del mundo. Es cosa extraordinaria la manera como se portó. Marejada enorme le embestia de proa, y nosotros, que estábamos en el puente, nos volvíamos de espaldas para librarnos.

»Alguno decía al verlas llegar: «Ahí viene otra canalla.» Pero el mar no entraba nunca. A pocas yardas del barco se levantaba como para mirar sobre la altura de los parapetos aullando. Pero en el instante preciso el *Fram* hacía un esguince de su cuerpo y quedaba inmediatamente en lo alto de las olas, que se deslizaban bajo su casco. ¿Podrá nadie sorprenderse de que se tome afecto por un barco tal? Luego caía como un rayo desde la cumbre de una loma de agua hasta la hoya que formaba, caída de catorce ó quince yardas. Cuando de este modo se hundía sentíamos la impresión de uno que desciende de la altura

---

(1) Para los que saben lo que son brioses de una vela, debo hacer notar que nosotros, además de los ordinarios de una gavia, teníamos otros seis de respeto alrededor de toda la vela, para recogerla muy fuertemente; nosotros la aseguramos sin que se rasgara, pero nos costó la operación más de una hora. Teníamos esta precaución de emplear muchos brioses, porque nuestra tripulación era más bien escasa.

de un piso doceno hasta el suelo en un elevador express americano. Como si todo lo que lleva uno dentro hiciera el mismo movimiento, y tan rápido, que parecía que nos iba a arrancar de cubierta. En este subir y bajar pasamos toda la tarde y toda la noche, hasta que entrada ésta se mitigó paulatinamente el viento y el mar se sosegó. Puede inferirse que la tormenta no fué de larga duración, por lo mismo que fué tan repentina, según aquel refrán inglés que dice:

«Lo predicho con tiempo, tiempo dura,  
lo que viene de súbito, súbito pasa»,

que en esta ocasión salió ciertísimo.

»Cuando un viento fuerte sopla de través, el *Fram* no cabecea mucho por lo general, excepto si sobreviene accidentalmente algún golpe brusco; ni con ser tan alborotado este mar embarcó cantidad excesiva de agua. La guardia fué relevada como de costumbre, y todos hubiéramos podido entregarnos al descanso si no hubiera sido menester vigilar los hielos. Pero quiso la suerte que aquel día del huracán fuera el primero, desde que habíamos dejado la Barrera, que no viéramos hielos, o sea que la marejada alta nos los ocultase, o que realmente ya no quedaba ninguno. Durante la noche nos alumbró la luna nueva, lo que dió ocasión al timonel para saludarla con vítores, y no sin razón, pues habíamos estado esperando mucho tiempo que la luna nos ayudara a ver los hielos.

»En tiempo semejante no se advierte nada de extraordinario estando en el puente. Apenas se oye nada de viento, y en la cámara, que está bajo la línea de flotación, se está con mucha comodidad. El cocinero que pasa la vida allá abajo, adivina a veces el mal tiempo conforme al movimiento del barco, y no por las borrascas, niebla o lluvia.

En el puente no nos curamos mucho de si sopla el viento, con tal que esté claro el tiempo y el viento no nos sea contrario. Lo poco que se oye en el puente, puede comprenderse por el hecho de que la mañana anterior, cuando el huracán rugía, nuestro cocinero llegaba á nosotros tarareando, según era su costumbre, aquellos dos versos de la canción que empieza: «El zagal que silba en el bosque...» Cuando llegaba a la mitad del primer verso le dije que teníamos huracán, y que si quería ver cómo era. «Sí ya lo sé—me contestó;—lo he notado por el fuego de la cocina que tira perfectamente, nunca ha ardido tan bien; carbón que se echa, parece que se derrite y se evapora por la chimenea»;—y luego empezó a silbar el segundo verso. Sin embargo, no se pudo sustraer a la curiosidad de mirar. Pronto se volvió abajo diciendo: «¡Palabra, que está soplando y que las olas llegan al cielo!» Nada, nada; más caliente y cómodo se estaba abajo entre las sartenes y las ollas.

»Para la comida, que hicimos como de ordinario en grata conversación, teníamos menestra de guisantes, solomillo, asado, un vaso de aquavit y tarta de caramelo; por esto se puede conocer que el cocinero no se había estado ocioso mientras el huracán. Después de la comida saboreamos nuestro cigarro dominguero, mientras el canario favorito de Kristensen, que lo tenía en su camarote, cantaba que se las pelaba.»

El 14 de Marzo vimos el último témpano; durante todo el viaje habíamos visto y dejado atrás de 500 a 600.

El viento se mantuvo vivo con dirección Noreste durante semana y media, y ya empezaba yo a temer que nos íbamos a quedar clavados en aquel sitio dando vueltas como a una noria. Había todas las señales de viento Oeste, pero tal viento no llegaba. La noche del 17 se despejó el cielo; ligeros cirros le cubrían, y la luna presenta-

ba un halo. Todo esto, junto con la hinchazón de las olas y el descenso del barómetro, indicaba que algo iba a ocurrir de importancia. Y no falló; el domingo 19 de Marzo vino un ciclón. Maniobrando según las prácticas acostumbradas para esquivar el ciclón en el hemisferio Austral, conseguimos salir de su radio de acción, o por lo menos llegar a sitio de menor atracción. A las cuatro de la tarde estaba el barómetro a 700 milímetros, que es la indicación más baja que he leído en mi vida. Desde medio día hasta las cuatro de la tarde hacía calma y mar gruesa. Inmediatamente después saltó una ráfaga Noroeste, y en el espacio de dos días se convirtió poco a poco en brisa moderada del mismo cuadrante.

Tres curvas del barométrografo señaladas durante una semana, manifiestan la interesante variación que tuvo lugar de un lunes al otro.

En la primera, hay desniveles grandes y variados; en la segunda, una línea más uniforme, pero muy comba, y en cambio, la tercera, que señala viento del Noreste, es casi una recta, indicadora de brisa constantemente moderada y buen tiempo.

En este viaje se convirtió la cámara de proa en taller de velas, adonde llegaron Rönne y Hansen para continuar su labor al mismo tiempo que hacían la guardia. La de popa se usaba de comedor, porque es más caliente, y el movimiento se siente mucho menos que delante.

Desde mediados de Marzo parecía que se hubieran acabado ya las ráfagas equinociales, porque tuvimos tiempo bellissimo todo el viaje hasta Buenos Aires. Doblamos el Cabo de Hornos el 31 de Marzo con el tiempo más agradable, brisa suave de Oeste, sin una nube en los cielos, y solamente un poco de marejada del Oeste. ¿Quién hubiera creído que habíamos de encontrar tiempo semejante en

aquellos parajes? Y eso en Marzo, mes tempestuoso, si los hay.

El Teniente Gjertsen y Kutschin cogían animáculos del casco de la nave. ¡Con qué satisfacción sonreía el último cuando lograba sacar en su red alguno que otro bichejo!

Desde las islas Falkland en adelante se limpió y pintó el *Fram* para que no ofreciese una apariencia demasiado «Polar» a su rumbo a Buenos Aires.

Mencionaré como suceso extraño, que la nieve con que habíamos llenado nuestros depósitos de agua no se derretió hasta que estuvimos en el Río de la Plata, lo que demuestra cómo conservaba la temperatura el casco de nuestro buque.

Sobre el medio día del Domingo de Ramos llegamos a la desembocadura del Río de la Plata, pero sin ver aún la tierra. Durante la noche el tiempo abonanzó completamente, con brisa del Sur, cielo con luna y estrellas, y remontamos el río haciendo observaciones astronómicas hasta la una de la mañana del lunes, en que vimos de frente el faro de la Recalada. No habíamos vuelto a ver faros desde que dejamos la isla de la Madera el 9 de Septiembre. A las dos y media llegó un piloto a bordo, y a las siete de la noche anclamos en la bahía de Buenos Aires.

Habíamos dado entonces casi una vuelta alrededor del mundo, y durante más de siete meses estuvimos sin anelar en parte alguna.

Habíamos calculado en dos meses el viaje desde los hielos, y nos costó sesenta y dos días.

## IV

## La travesía oceanográfica.

Conforme a nuestro programa, tenía que hacer el *Fram* una travesía oceanográfica por el Sur del Atlántico, y las órdenes que yo llevaba eran de hacerlo con arreglo a las circunstancias. Calculé para esta travesía tres meses. Habíamos de salir de Buenos Aires en Octubre, y estar de vuelta en los hielos para Año Nuevo.

Como éramos pocos para gobernar el barco, hacer sondeos, etc., contraté a los cuatro hombres siguientes: H. Halvorsen, A. Olsen, F. Steller y J. Andersen.

Por fin estuvimos dispuestos, y el *Fram* zarpó de Buenos Aires el 8 de Junio de 1911, aniversario de nuestra salida de Horten para la travesía hidrográfica del Norte del Atlántico. Sospecho que no había a bordo en 8 de Junio de 1910 ninguno que soñase siquiera con hacer al año siguiente un viaje semejante por el Sur.

Fué con nosotros embarcado el piloto hasta Montevideo, adonde llegamos la tarde del 9; pero a causa del viento pampero, que se iba haciendo muy recio, tuvimos que anclar allí día y medio, pues el piloto no podía marcharse.

La tarde del sábado 10 llegó un remolcador a bordo del cual iba el secretario del consulado noruego. Este caballero nos preguntó si entraríamos en el puerto, pues la gente quería ver el barco. Prometile que al volver entraríamos si teníamos tiempo.

El domingo 11, por la mañana, levamos anclas y salimos con el tiempo más delicioso que se puede imaginar. Poco a poco iba desapareciendo la tierra, y durante la noche dejamos de ver las luces. Otra vez estábamos en el

Atlántico, y al punto volvieron todas las cosas a la rutina cotidiana.

Para economizar nuestra provisión de conservas lo más posible, tomamos cierta cantidad de aves vivas, y no menos de veinte ovejas vivas que encerramos en el «aprisco» de babor junto a la proa. Ovejas y gallinas vivían en comunidad, y siempre se percibía un agradabilísimo olor a heno; así que respirábamos no sólo aire de mar, sino además de «campo». A pesar de aire tan delicioso, tres o cuatro compañeros de tripulación fueron atacados de catarro gripal, y tuvieron que guardar cama algunos días.

Conté con estar de vuelta en Buenos Aires a principios de Septiembre, y de hacer escala siquiera un día. La distancia, calculada a bulto, era de unas 8.000 millas, y me propuse el siguiente plan: ir hacia el Este, subiendo primero al Norte con vientos de Norte y Noroeste predominantes, a la costa de Africa, y de allí coger los alisios del Sureste. Si no llegábamos al Africa antes de aquella fecha, entonces volver el 22 de Julio, y seguir con los alisios rumbo para Santa Elena, adonde podríamos llegar antes del 1 de Agosto; de allí volver con el mismo viento a la Trinidad del Sur (el 11 o el 12 de Agosto); con vientos otra vez Este y Noreste para seguir la ruta meridional hasta el 22 de Agosto, poco más o menos, en que se concluirían las observaciones, y luego, en el más breve tiempo posible, hacer rumbo a Buenos Aires.

Este fué el plan que emprendimos. Como el agua del Río de la Plata es dulce, no empezamos allí a coleccionar las muestras del agua. Un viento de proa Noreste nos hizo estar parados algunos días. También tuvimos brisa recia en demasía, que contribuyó a dilatar aún nuestros sondeos hasta el 17°.

Para tomar muestras de aguas se emplea un carrete, al que se arrolla una cuerda de sonda de hasta 5.000 me-

tros, de la que cuelgan uno o varios tubos para coger el agua; nosotros usábamos tres a la vez para economizar el tiempo. Supongamos, pues, que se ha de tomar el agua y las temperaturas a profundidades de 300, 400 y 500 metros, se descolgará primero el tercer aparato a unos 20 metros de cuerda de la que pende un pequeño peso; se deja descender más hasta que la rueda indicadora por donde pasa la cuerda señala 100 metros; se pone entonces el segundo aparato que desciende otros 100 metros. Añáde-sele después el primero descendiendo otros 100 metros de cuerda, esto es, hasta que la rueda indicadora señala 500. Entonces el aparato superior queda a 300 metros, el segundo a 400 y el tercero a 500. Bajo el primero y segundo cuelga un peso deslizante de ocho centímetros de largo y tres de diámetro. A los cogedores de aguas se ajustan unos termómetros apropiados a la operación.

Estos cogedores, o cata-aguas, constan de un cilindro de bronce de unos 38 centímetros de longitud y 4 de diámetro (que hacen un medio litro de agua), y guarnecidos de un bastidor. A la mitad del cilindro hay unos cojinetes conectados con el bastidor que permiten girar al cilindro de arriba abajo 180 grados.

Cuando se ha descendido, el cilindro en posición invertida está abierto por los dos extremos, de modo que el agua pasa por él sin detenerse. Pero en sus extremos tiene válvulas que funcionan con muelles y se ajustan herméticamente. Cuando todo el aparato se suelta, gira el cilindro y sus válvulas cierran automáticamente sus extremos. El agua que así queda captada en el cilindro a la profundidad deseada, se retiene en él mientras se le sube, y luego se recoge en frascos. [Cuando se hace parar el aparato, se rompe la columna de mercurio del termómetro, con lo que se puede obtener la lectura del calor del agua en el lugar mismo que se tomó.

Para hacer funcionar automáticamente el aparato se procede de la siguiente manera: se bajan todos los cilindros a la profundidad que se desea; allí se les dejan colgando algunos minutos para que los termómetros tengan la temperatura normal antes de la rotura en la columna del mercurio. Luego se hace caer el peso deslizante por la cuerda; cuando este peso golpea al aparato, aprieta un muelle, que suelta una aldabilla que mantenía cerrado el cilindro, y éste gira completamente. Esto se hace con el primer aparato. En él las válvulas antes mencionadas cierran los extremos del cilindro, que queda fijo en su primera posición mediante un gancho que hay en el fondo del bastidor. En aquel punto sigue bajando el peso deslizante para hacer lo mismo en el segundo, en que ocurre lo mismo, y de éste al tercero, cuando todos han funcionado se les vuelve a la superficie.

Apretando la cuerda con un solo dedo se podría saber, en tiempo tranquilo, cuándo choca el peso contra los cilindros; pero yo prefería mirar el reloj, sabiendo que el deslizante tarda medio minuto en bajar 100 metros.

Todos los datos necesarios se anotan en el correspondiente libro.

El 17 por la mañana se amainaron las velas, y el *Fram* empezó a cabecear peor que si las tuviera desplegadas. Primeramente procuramos hacer un sondeo con una plomada de 66 libras y un tubo para recoger ejemplares del lecho del Océano. A 2.000 metros ó más, la cuerda (que era de alambre de piano) se rompió, y allá se fueron al fondo tubo, plomada y 2.000 metros de cuerda sin impedimento alguno. También intenté tomar muestras de agua a 4.000, 3.000 y 2.000 metros, y así sucesivamente, y coloqué los cilindros á 2.000 metros. Mas esto invirtió seis horas. Al día siguiente, a causa de tener mar gruesa, no pudimos tomar muestras más que á 100 me-

tros; al tercer día intentamos estudiar el fondo mismo. Esta vez conseguimos ejemplares del lecho del mar a unos 4.500 metros, pero el izarlos y tomar muestras de aguas y temperaturas nos llevó ocho horas, desde las siete de la mañana a las tres de la tarde, toda una tercera parte del día. Siguiendo así, nos hubieran sido precisos lo menos nueve meses en el camino; pero como, desgraciadamente, no podíamos disponer de este tiempo, nos conformamos con tomar las muestras del lecho marino y del agua a profundidades menores de 1.000 metros. En el resto del viaje tomamos temperaturas y muestras a las profundidades siguientes: a 0,5, 10, 25, 50, 75, 100, 150, 200, 250, 300, 400, 500, 750 y 1.000 metros. Total, 15 muestras en cada estación, y desde entonces en adelante proseguimos con una estación diaria. Al fin nos arreglábamos a izar a mano dos cilindros con la misma cuerda, sin gran dificultad, pues antes lo hacíamos con motor y máquina de sondar; mas esto llevaba mucho tiempo; así es que nos avezamos a emplear nada más que un carrete de mano poco pesado. Sólo dos horas tardamos en adquirir la necesaria práctica en este ejercicio.

Estas dos horas las pasábamos mejor que el resto de las veinticuatro, pues nos entreteníamos en contar toda clase de lances chistosos, especialmente cosas que nos habían ocurrido en Buenos Aires, habiendo cada día algo nuevo que referir. Véase como muestra lo siguiente:

Uno de los individuos de la expedición había sido atropellado por una motocicleta en una de las calles más concurridas; detúvose el vehículo y, como es natural, se reunió una multitud de gente. Nuestro camarada estaba tendido en el suelo, sorprendido de no haber muerto, o a lo menos haberse roto una pierna, y pensando en lo que le convendría para exigir indemnización. En esta forma, según el público le estaba examinando para ver si tenía

algún daño, se acuerda de repente de que llevaba medio peso en el bolsillo. Teniendo este dinero, poco le importa ya la indemnización. Salta nuestro amigo como una pelota de caucho, y en un segundo se perdió entre la multitud que miraba estupefacta cómo se evaporaba el muerto.

Nuestra marcha la regulamos de manera que quedara una distancia, a ser posible, de 100 millas entre una y otra estación, y debo decir que el tiempo nos favoreció de una manera extraordinaria. Hicimos dos secciones paralelas con intervalos relativamente regulares entre las estaciones, tan regulares, por lo menos, como se podía pretender con un barco que, como el *Fram*, tenía en realidad poco velamen y motor de poca fuerza. En total, fué el número de estaciones 60, y las muestras de agua que se tomaron 891. De muestras orgánicas se enviaron á nuestro país 190. El examen detenido de estas muestras dirá si los materiales recogidos tienen o no valor, y si los resultados de la travesía son satisfactorios.

Por lo que hace al tiempo que siguió haciendo en el resto del viaje, fué uniformemente bello. A veces soplaba mucho con marejada y cabeceo; pero, por lo general, no pasaba de brisa fresca. Con los alisios del Sureste caminamos un buen trecho sin utilizar la máquina, que desmontamos por completo. De paso se nos ofreció ocasión de asear el barco, que lo necesitaba en gran manera. Limpiamos el hierro de toda la herrumbre y pintamos la cubierta de arriba abajo. Los puentes mismos se barnizaron con una mezcla de aceite, alquitrán y trementina, después de bien raspada la madera. Examinóse toda la arboladura. Mientras estuvo anclado en Buenos Aires, fué pintado enteramente de nuevo palos y vergas, el exterior del barco y todas las partes interiores, casamatas, botes, poleas, bombas, etc. En el cuarto de máquinas brillaban todos los metales como si estuvieran recién pintados, y era tal el

orden y limpieza, que era un contento verlo. Resultado de todas estas operaciones de limpieza fué que cuando llegamos al muelle de Buenos Aires estaba el *Fram* más flamante de lo que creo haya estado nunca desde que se construyó.

Durante el viaje se limpió también la cala y se volvieron á estibar las provisiones, haciéndose inventario de ellas.

Un juego completo de velas se había deteriorado completamente durante el viaje; pero, ¿qué otra cosa se pedía en un barco donde se maniobra todos los días, amainando, desplegando y afianzando las velas, tanto en la calma como en la tormenta? Este trabajo me recordaba todos los días la corbeta *Ellida*, en que la orden era: «todo el mundo a los mástiles». Por lo general, la operación principal era amainar, porque cuando practicábamos los sondeos habíamos de hacerlo de frente al viento, y había que evitar que la cuerda de sondeo tropezara en el fondo del barco y se rompieran los aparatos. De esta manera sólo perdimos un termómetro en casi unos novecientos sondeos.

Por motivo de este desgaste y rotura de velas, no descansó un momento Rönne, lo mismo en el mar que en Buenos Aires, remendando y componiendo velas, pues no quedaban casi más que retazos de las que se habían empleado, y en el viaje que se aproximaba (de regreso á la Barrera) se hacía preciso tener material de primera calidad luego que rebasáramos la latitud 40°.

El 30 de Junio de 1911 es día señalado en los anales del *Fram*, pues en él cortamos nuestra ruta de Noruega á la Barrera, completando así el *Fram* su primera circunnavegación del globo. ¡Bien por el *Fram*! Y más bien si se considera la mala fama que nuestro barco tenía como velero y como marinero. Para honrar el acontecimiento

tuvimos una comida mejor que la ordinaria, y todos los presentes felicitamos al *Fram* por lo bien que se había portado.

La noche del 29 de Julio pasamos a vista de Santa Elena. Era la primera vez que veía yo la histórica isla. Maravilla el pensar que «el genio más grande de cien siglos», como algún autor ha llamado a Napoleón, hubiera de terminar su vida en esta isla solitaria del Sur del Atlántico.

El 12 de Agosto, al rayar el día, divisamos la pequeña isla de Martín Vaz, enfrente y un poco después la Trinidad del Sur (en 1910 habíamos pasado por ante esta isla el 16 de Octubre). Verificamos nuestros cronómetros, que andaban en perfecto acuerdo. Del medio día a las dos de la tarde, estando detenidos haciendo observaciones hidrográficas, pasó al Norte de nuestro navío un barco de vela que marchaba directamente al Sur. Hízonos su saludo enarbolando bandera, correspondiéndole nosotros. Era una barca noruega, despachada para Australia. Fuera de ésta, no vimos más que cuatro o cinco barcos en todo el viaje, y eso muy lejos.

Nunca, desde que salimos de Madera (Septiembre 1910), habíamos sido molestados por animales o insectos de ninguna especie; pero estando en Buenos Aires, por primera vez entró en el barco una invasión de lo menos medio millón de moscas. Confiaba yo en que se volvería a tierra luego que el *Fram* se diera a la vela, pero no fué así; nos acompañaron hasta que, poco a poco, fueron exterminadas por el papel atrapamoscas.

Mala cosa eran las moscas, pero aún hubo otra peor: las ratas, que eran nuestro azote y espanto, y en lo sucesivo nuestro mortal enemigo. Las primeras señales de su existencia las encontramos en mi camarote y en la mesa de la cámara de proa; no eran escasas. Lo que les dije en

esta ocasión no es para publicado en letras de molde, aunque no hay expresión que resulte bastante fuerte para dar desahogo al disgusto que me causó su descubrimiento. Pusimos ratoneras; pero ¿de qué valdrían, toda vez que el cargamento consistía casi exclusivamente en víveres?

Una mañana Rönne, que estaba sentado trabajando en sus velas, percibió «una sombra» que pasaba como una exhalación a sus pies, y, según contaba, fué adentro de la cámara de proa. El cocinero gritaba: «¡Una rata en la cámara de proa!» Siguióse una escena animadísima; la puerta se cerró, y todo el mundo se puso a cazarla apresuradamente. Se vaciaron todos los camarotes de arriba abajo; haste el piano se registró; a todo se le dió la vuelta, pero la rata se había volatilizado.

Cosa de medio mes más tarde, noté yo un olor a carroña en el camarote de Hassel que estaba desocupado. Oliendo más de cerca y examinando lo que sería, resultó ser la rata muerta, una rata negra, enorme, y por desgracia, macho. El pobre bicho se había muerto de hambre y había intentado salvarse devorando un par de novelas que había en un cajón cerrado. Me pasma cómo pudo entrar la rata en aquel cajón.

Al limpiar la parte de la sala en donde se encerraban los víveres, observamos que habían hecho allí sus nidos las ratas; seis matamos, pero escaparon por lo menos otras tantas, así es que no había duda; teníamos una colonia entera. Ofrecióse un premio de diez cigarros por cada rata; se ensayaron las trampas otra vez, pero todo esto aprovechó poco. Cuando volvimos a Buenos Aires la segunda vez, embarcamos un gato; sin duda las tenía a raya, pero al llegar a la Barrera fué muerto. En Hobart nos proveímos de unas cuantas trampas, en que cayeron muchas; mas difícilmente pudimos desembarazarnos de ellas

hasta que desembarcamos las provisiones, y las fumigamos.

También padecimos una plaga de polilla; hasta entonces su única hazaña fué hacerme dos agujeros en los mejores pantalones que tenía.

En toda la travesía llevamos armada una cuerda de pescar, pero estuvo un mes entero colgada, sin que apareciera el menor indicio de pesca, a pesar de un vistosísimo trozo de tela blanca que pusimos en el anzuelo. Una mañana, el más ducho de los pescadores tanteó la cuerda. Al fin había caído uno y, ¡caramba si era grande! Apenas se podría alzar con la cuerda. Dió una voz para que le ayudaran: «¡Aquí, muchachos! ¡A ver quién me da una mano! ¡Ha caído un pez gordo!» Fueron volando a ayudarle con todos los esfuerzos de que eran capaces. «¡Anda...! ¡Qué hermoso es y reluciente; soberbio para proporcionarnos un banquete de pescado fresco!» Por fin apareció el pez sobre el agua; pero, ¡oh dolor! Vimos que no tenía cabeza. Era un vulgarísimo bacalao seco, de una vara de largo, que algún bromista había colgado de la cuerda durante la noche. No hay para qué decir que se celebró la ocurrencia con francas carcajadas de los mismos pescadores que la tomaron a buena parte.

Como pesquero, no es el *Fram* barco exageradamente afortunado. El único pescado que cogimos, además del susodicho bacalao, fué un pez vivo de verdad; pero, desgraciadamente, se cayó del anzuelo antes de poder izarlo. Según la relación de uno de los que lo vieron, medía seis pies de largo y uno de ancho.

No nos quedaron más ganas de pescar.

El 19 de Agosto dimos por terminadas las observaciones hidrográficas, y emprendimos rumbo a Buenos Aires, en cuya bahía echamos anclas a las doce de la noche del 1 de Septiembre.

## V

## En Buenos Aires.

Llegar a Buenos Aires en la primera parte del 1911 no era un placer absoluto, y más no teniendo dinero. La expedición del *Fram*, por las trazas, no era muy popular en aquel tiempo, y nuestro balance de caja daba un total de cerca de cuarenta pesos; pero esto no podía dar mucho de sí; nuestros víveres se reducían a casi nada, y no teníamos bastante para salir del puerto. Me habían dicho que había un crédito a favor del *Fram* para nuestra estancia en Buenos Aires; pero no vi ni supe nada de él ni donde podría estar, y no me queda duda que debía ser algo imaginario.

Si hubiéramos podido volver y traer a los otros compañeros, aún se podía haber encontrado dinero. Estábamos muy mal de velas y cuerdas; los víveres eran escasos y el petróleo casi exhausto; había que obtener todas estas cosas. A lo peor podía interrumpirse la travesía oceanográfica y tener que seguir en Buenos Aires; luego como no podía dejarse a nuestros compañeros en los hielos expuestos a perecer, sería preciso que nos enviaran de Noruega recursos para regresar; pero esto sería dar por concluida la expedición, pues en este caso el *Fram* tenía órdenes de volver a Noruega.

Como de costumbre, la buena estrella del *Fram* nos auxilió una vez más. Pocos días antes de salir de Noruega nuestro distinguido compatriota en Buenos Aires, D. Pedro Christophersen, había cableografiado ofreciendo que corría de su cargo facilitarnos lo que nos hiciera falta, si al salir de Madera hacíamos escala en Buenos Aires. Claro es que no estaba él enterado en aquella sazón de que el viaje se

extendería hasta el Polo Sur, y que el *Fram* al llegar a Buenos Aires iría vacío, en vez de llevar un cargamento completo; pero esto no le impidió auxiliarnos. Inmediatamente le cité, así como a su hermano, ministro de Noruega en la Argentina; por fortuna, ambos supieron con entusiasmo el cambio de plan de nuestro jefe.

Cuando en la visita siguiente expresaba yo mi admiración por no ser atendidos desde nuestro país, me dijeron que el capital de la expedición estaba agotado, y el señor Christophersen, al darle yo cuenta de los apuros en que estábamos, me prometió pagar todos nuestros gastos en Buenos Aires, y aprovisionarnos de víveres y combustibles. Esto resolvía de un golpe todas nuestras dificultades, y ya no necesitamos inquietarnos por el porvenir.

Cada uno de los de a bordo recibió una cantidad para sus gastos personales de la colonia noruega del Río de la Plata, y se nos invitó a una comida el 17 de Mayo, Día de la Independencia.

Nuestra segunda estancia en Buenos Aires fué muy grata; todos rivalizaban en dispensarnos amabilidades y agasajos. Embarcamos las provisiones que habían enviado de Noruega por orden de D. Pedro Christophersen, entre las cuales se contaban 50.000 litros de petróleo, aprestos náuticos y otras cosas; lo bastante para un año. Y no paró en esto, sino que poco antes de marchar nos dijo el Sr. Christophersen que nos enviaría una expedición de socorro si para determinada fecha no había vuelto el *Fram* a Australia; pero, como todo el mundo sabe, afortunadamente no hubo necesidad.

Durante las tres semanas que permanecemos en el puerto nos ocupamos de embarcar todo y disponer lo preciso para emprender el viaje. Acabamos la tarde del martes 4 de Octubre, y a la mañana siguiente ya estaba el

*Fram* preparado para comenzar la segunda circunnavegación del globo.

En Buenos Aires dejamos amarrado al mismo muelle el *Deutschland*, barco de la expedición antártica alemana.

A. Kutschin y el segundo maquinista J. Nödttvedt, se fueron a Noruega, y el marinero J. Andersen dió por terminado su contrato.

## VI

### De Buenos Aires a la Barrera de Ross.

En el viaje de Buenos Aires a la Barrera de Ross se distribuyeron las guardias en el orden siguiente: De ocho a dos, T. Nilsen, L. Hansen, Halvorsen y A. Olsen; de dos a ocho, H. Gjertsen, A. Beck, M. Rønne y F. Steller. En el cuarto de máquinas: K. Sundbeck y H. Kristensen. Finalmente, K. Olsen, cocinero. Total, once individuos.

Se ha dicho que «lo que bien empieza está medio hecho», y casi podría decirse que lo que empieza mal, mala continuación ha de tener. Cuando salimos de la zona Norte, en la mañana del 5 de Octubre, soplabá viento de proa, y nos costó menos de veinticuatro horas haber de prescindir del servicio del piloto en la Recalada. Al cabo de poco volvió la calma, e hicimos algún progreso por el Río de la Plata, hasta que el 6, por la noche, dejamos de ver la tierra y desaparecieron las luces en el horizonte.

Hablando con propiedad, deberíamos haber entrado en la zona de los vientos del Oeste tan pronto como salimos; la marcha de las nubes y el movimiento del barómetro registrador eran consultados a cada momento, lo menos veinticuatro veces al día; mas siempre acusaban calma. Por fin, transcurridos algunos días, llegó viento fresco leve de Sudoeste con granizadas, y entonces ya

conflamos en poder acelerar la marcha; pero, desgraciadamente, este cambio duró sólo una noche, aguándose así nuestra alegría.

Sacamos de Buenos Aires quince ovejas y quince cochinitos vivos, para los cuales construimos dos albergues en la popa; como, a pesar de todo, encontramos muerto uno de los cochinos a la mañana siguiente, después de la brisa Suroeste que acabo de mencionar, supuse que fué a causa del frío, e hice construir otro albergue para ellos entre los puentes (en el taller), que estaba muy abrigado. Allí pasaron todo el tiempo; pero como se limpiaba su albergue dos veces al día, y habíamos echado paja en el suelo, no nos causaban mucha molestia; además de que se había construído un pie más alta que el puente mismo, de modo que el espacio inferior estaba siempre limpio. Los animales se acostumbraron muy bien allí, y los veíamos gruñendo sin cesar; al llegar a la Barrera sólo teníamos nueve vivos.

El albergue de las ovejas estaba más reparado con una cubierta de cáñamo embreado, y engordaban de día en día; bien podíamos advertirlo, pues matábamos una cada domingo hasta que llegamos a la zona de los hielos, donde tendríamos carne de foca. Nos quedaban cuatro ovejas cuando llegamos a la Barrera.

En Octubre nos fué mal; sólo tuvimos calmas y vientos del Este; por lo que toca a la distancia, fué el mes peor desde que salimos de Noruega, a pesar de haber tenido el *Fram* en dique seco, estar limpio de fondos y con muy poca carga. Cuando había mar gruesa, con viento contrario, apenas se movía; viento recio favorable era lo que necesitábamos para poder seguir adelante. Alguien dijo que caminábamos tan mal por causa de los trece cochinitos que llevábamos a bordo; otro, por los muchos pájaros que matábamos; yo cogí no menos de catorce albatros y cua-

tro palomas del Cabo. De todos modos, hay mucho de lo que llamaré superstición marinera. Cierta ave trae el buen viento; otras, las tormentas; es muy de notar el camino por donde nada la ballena o el delfin brinca; el éxito de la caza de focas depende de que la primera que se ve se encuentre a proa o a popa, y así sucesivamente. Bueno, dejemos esto.

Marchó Octubre, y trajo Noviembre brisa fresca del Sur Suroeste, con la que pudimos ganar nueve nudos y y medio. Era muy buena promesa la de este mes, pero no logramos su cumplimiento. Continuamente teníamos viento Norte o Sur, generalmente un poco al Este de uno u otro punto, y creo que no aventuro mucho con decir que en «la zona de los vientos del Oeste» estuvimos presos con viento *Este* de una y otra banda los dos tercios del camino. Tres días no más, en tres meses, tuvimos viento franco del Oeste, viento que con el Suroeste y Noroeste había yo calculado aprovechar el 75 por 100 de la travesía desde Buenos Aires a la longitud de Tasmania.

En mi entusiasmo por este viento, había llegado a escribir en mi diario, a las dos de la mañana del 11 de Noviembre: «Tenemos viento del Oeste, y con la vela de trinquete y un juanete estamos haciendo nueve nudos. El mar está muy escrespado y se deshace contra ambos costados de la nave, formando una masa de rocío alrededor nuestro. A pesar de ello, no entra ni una gota de agua en la cubierta, y está todo tan seco, que los hombres de guardia pueden andar en babuchas; por mi parte llevo unas de fieltro, que no se mojarán. En el cuarto de derrota tenemos botas para el agua e impermeables de hule (*Sures-tes*), para por si lleve. En una guardia como la de esta noche, en que la luna tiene la bondad de alumbrar, todo el mundo está del mejor humor en la cubierta, silbando, charlando y cantando. Todos hacen observaciones sobre

el barco, tales como: «¡Qué bien coge el mar!» «Parece que vuela de veras.» Decir «bien», es expresión insuficiente; habría que decir «de manera elegante» o «garbosa». Estas son expresiones que convienen al *Fram*... ¿Qué más se puede pedir?» Etc.

Pero esta felicidad no duró más que tres días, y vuelta a empezar el detestable tiempo de antes. Lo que escribí del viento de proa y de las calmas tendría que reproducirlo ahora amargamente. Este hizo bueno al otro.

Gracias a que ahora el *Fram* navegaba mucho mejor que en 1910, pues de no ser así, hubiéramos tardado seis meses en llegar a la Barrera. Cuando teníamos viento, lo aprovechamos hasta el último soplo; pero no sin perder una o dos cosas; un foque nuevo se rompió dos veces, y en una noche perdimos un botalón y un barbuquejo. A la vela de trinquete y al juanete no hubo que afianzar ni tomar rizos durante todo el viaje.

La última vez que se rompió el foque había brisa impetuosa del Suroeste y mar gruesa; pusimos todas las velas con excepción de la gallarda, pues el barco no hubiera podido adelantar con ella. El foque estaba reforzado; pero, a pesar de eso, se rompió la lona y la verga con un espantoso crujido. En un minuto se arriaron la mayor y la de mesana, para mitigar la marcha y poder reponer el foque. En un momento quedó encorvado, y lo mismo ocurrió con otro que se puso. El timonel, que tenía la culpa, reprendido por mí, me contestó: «No hay quien pueda gobernar, pues da el barco volteretas en la cumbre de los caballones.» Llegamos a hacer diez nudos, y más que esto no debíamos andar.

Bien cabeceó el *Fram* aquel día. Al empezar la tarde (serían las dos), cuando la gente de guardia había bajado a comer y estaban ya en los postres, que eran de peras en conserva, experimentamos un bamboleo extraordinario.

Todo estaba sujeto con abrazaderas a la mesa; pues a pesar de ello, platos, carne, patatas y demás saltó por encima de las abrazaderas, sin importársela de ellas un comino, y fueron a parar al camarote de Beck. Yo cogí una de las peras al vuelo, pero el plato, con el resto de ellos, salió disparado. Esto nos hizo, como es natural, reír con ganas, pero se nos cortó al oír un ruido violento en el puente por cima de nuestras cabezas; me figuré al punto que un depósito de agua vacío se había roto, y con la boca llena de pera murmuré: «¡El depósito!», y corrí al puente, seguido de toda la guardia, que me pisaba los talones. Una ondada había entrado en el barco por la popa y había desprendido el depósito de sus amarras. Todos sujetaron el depósito hasta que el agua se desparramó por la cubierta, y se volvió a colocar en su sitio. Hecho esto, cada uno fué a su lugar de guardia, y se encendieron las pipas como si nada hubiera sucedido.

El 13 de Noviembre pasamos por delante del punto más septentrional de la isla del Príncipe Eduardo, y el 18 de Junio a la isla de los Pingüinos, que es la más al Suroeste de las Crozet. En las cercanías de ésta vimos una gran cantidad de aves, muchas focas y pingüinos, y hasta un pequeño iceberg.

Acercámonos á tierra para contrastar los cronómetros que la observación y referencias de la isla demostraba seguían con buena marcha.

Caminamos luego hacia la isla de Kerguelen, pero íbamos demasiado al Norte de ella para poderla ver, pues durante dos semanas era el viento del Sureste y del Sur, y las bordadas que hacíamos cuando el barco se ceñía demasiado, nos alejaban cada día un poco hacia el Noreste. Cuando navegábamos por aquellos parajes en 1910, teníamos galernas incesantes; así es que no pudimos acercarnos a Kergueleu, por la *fuerza* del viento entonces, ni

ahora por la *dirección*. En ningún sentido puede compararse el primer viaje con éste. Nunca nos hubiéramos figurado que en aquella latitud se dieran diferencias tan completas en el espacio de dos años en la misma estación. En la «zona de las nieblas» del paralelo 50 y siguientes, el tiempo era bello y despejado, sin que se presentara niebla hasta el 58° S.

Por lo que se refiere al camino hecho el mes de Noviembre de 1911, ha sido el mejor para el *Fram*.

En Diciembre, que comenzamos con una velocidad de nudo y medio, calma, mar gruesa en contra y el motor a toda marcha, tuvimos buen viento tres días, y los demás, calmas y vientos contrarios; la primera parte del mes, de Noreste y Este, así que corrimos mucho hacia el Sur; aun en la longitud 170° E., teníamos de latitud 60° S. En la semana de Navidad hubo calmas y vientos moderados del Sureste, lo que nos permitió adelantar al Este al meridiano 170° E. en la latitud 65° S., donde cerca de la banca de los hielos sobrevino brisa impetuosa del Norte-Noreste; es decir, propia para lanzarnos contra los hielos.

Entre Buenos Aires y la zona de los hielos cazamos, como he dicho, muchas aves excelentes, la mayor parte albatros, de que preparó Hansen unas treinta pieles. El mayor de estos pájaros medía doce pies de punta a punta de las alas, y el más pequeño era una especie del continente, no mucho mayor que un guainambi.

De los albatros es muy entretenido e interesante observar su vuelo elegante cuando el viento es impetuoso; sin mover las alas lo más mínimo, vuelan unas veces a favor, otras en contra del viento; en unos momentos rozan la superficie de las aguas con las puntas de las alas, y de pronto salen volando a lo alto como saetas. Estudio instructivo y de interés para un aviador.

Cuando hay cierto número de ellos revoloteando en

torno a un barco y hace viento, se precipitan hacia el mar en seguimiento de cualquier cosa que se lance por la borda; pero es claro que resulta inútil tratar de cogerlos cuando el barco navega demasiado aprisa; es mejor esperar a hacerlo cuando el viento es más moderado.

Se suelen coger con un triángulo de hierro, armado en una tabla para que flote. En el vértice, que es muy agudo, el hierro está aguzado como la hoja de un cuchillo, y en cada uno de los lados se pone un trozo de tocino. Cuando se echa en la estela del barco, el pájaro se lanza al agua para tomar el cebo. La parte superior de su pico es ganchuda como de ave de rapiña, y cuando el albatros abre el pico y muerde en el cebo, se da un tirón de modo que el triángulo agarre la parte superior del pico por dos pequeñas muescas, y el ave queda colgando. Si se rompe la cuerda, se cae todo el artificio y el pájaro sale sin daño. Al arrastrarlo, por consiguiente, hay que tener mucho cuidado de que la cuerda se mantenga tensa, aunque el pájaro vuele hacia donde está el cazador, pues de otra suerte podría caerse. Aunque varias veces se le prenda, el pájaro vuelve al cebo.

La noche del 11 de Diciembre vimos una aurora excepcionalmente bella; duró más de una hora y se movía de Oeste a Este.

El 14 se lavó todo lo pintado de blanco; la temperatura era de 43° F. Ibamos en mangas de camisa.

Durante toda la semana que precedió a Navidad, el cocinero estuvo muy solfeito cociendo pasteles para esta fiesta. Fuerza es decir que era muy laborioso, y también que el día antes de Nochebuena matamos uno de los cochinitillos llamado Tulla. El porquero A. Olsen, de quien era predilecto, tuvo que esconderse durante la matanza para no descubrir su emoción.

Para celebrar la Navidad paramos la máquina a las

cinco de la tarde, y todos fuimos al comedor. Desgraciadamente, no llevábamos gramófono, como en 1910; para substituirle se hizo una orquesta que ejecutó el «Glade Jul, hellige Jul», cuando todos estábamos sentados. La orquesta se componía de Beck, que tocaba el violín; Sundbeck, la mandolina, y un servidor, la flauta. Yo inflaba los carrillos cuanto podía, que no es poco decir, de modo que los demás pudieran ver de lo que yo era capaz. No puedo creer que fuera un triunfo músico, pero los oyentes no eran quisquillosos ni ceremoniosos. Ibamos vestidos de elásticos. La comida constaba de sopa, asado de cerdo, con patatas frescas y arándano, de aquavit de diez años de fecha, y cerveza noruega de vino clarete y «pastel real» con champaña. Brindamos á la salud de Sus Majestades el Rey y la Reina, de D. Pedro Christophersen, del Capitán Amundsen y del *Fram*.

Yo había adornado el salón modestamente con flores artificiales, recamos y gallardetes para dar un poco de animación. La comida fué seguida de cigarros y distribución de regalos de Navidad. L. Hansen tocaba el acordeón, y el Teniente Gjertsen y Rønne bailaban «danzas populares»; la última fué tan divertida, que nos destornillábamos de risa.

A las diez se acabó la fiesta, se echó a andar otra vez la máquina, una guardia se fué a dormir y otra al puente. Olsen limpió la pocilga como solía hacer todas las noches, y así acabó la Navidad de este año.

Como antes se ha dicho, Sir Jaime Ross estuvo aquí en 1840. Por dos años sucesivos navegó del Pacífico al Mar de Ross con dos barcos que no tenían máquina auxiliar. Supongo, pues, que si pudo entrar tan fácilmente fué porque habría algún paso entre la Tierra de Victoria del Sur y la Barrera (o continente) por el otro lado, donde había poco o ningún hielo. Siguiendo esta suposición, in-

tenté marchar al mar de hielo Occidental (que está situado fuera de la Tierra Victoria del Sur) y navegar a lo largo de él hasta que estuviéramos en el Mar de Ross, o, por lo menos, hasta que encontráramos lugar por el que pudiéramos pasar fácilmente. Es muy posible tuviera esa suerte en la ocasión en que encontró la zona de hielos, y que navegara solamente con la atmósfera clara. Nosotros no teníamos tiempo que perder, sin embargo, sino emplear el viento que hubiera, aunque no pudiéramos avanzar mucho.

El 28 de Diciembre, a las cinco de la tarde, en la latitud  $65^{\circ}$  S. y longitud  $171-5^{\circ}$  E., se dió aviso de que habíamos llegado a los hielos. Mucho me sorprendió, porque las expediciones últimas no lo habían encontrado hasta el grado  $66-5^{\circ}$  S., o más cien millas más al Sur, ni había precedido señal ninguna de que estábamos tan cerca de los hielos. El viento en los últimos días había sido Sureste, pero por el momento había calma; en consecuencia, nos mantuvimos con rumbo Este a lo largo del campo de hielos, teniéndolo a estribor. Hacia media noche refrescó el viento del Norte, y fuimos ceñidos al borde los hielos hasta mitad del día 29, en que la dirección de los hielos variaba más al Sur. El viento Norte, que poco a poco se fué convirtiendo en brisa recia, era bastante para hacernos caminar; pero iba acompañado de su inevitable cortejo de nieves y brumas tan espesas como un verdadero muro, con lo que durante dos días navegábamos completamente a ciegas.

Fuera del barco propiamente dicho va una larga corriente de hielos flotantes y dispersos, que se van haciendo más apiñados según se acerca uno al banco. Durante dos días navegamos constantemente junto a los témpanos; cuantos más veíamos, más al Este era nuestra carrera, hasta que empezaron a disminuir cuando tomamos la di-

rección Sur. De esta manera pasamos en cuarenta y ocho horas de la latitud  $65^{\circ}$  S. y longitud  $174^{\circ}$  E. a la latitud  $69^{\circ}$  S. y longitud  $178^{\circ}$  E., distancia de doscientas cincuenta millas náuticas, sin tener que entrar en el banco de hielos. Una vez estuvimos muy a punto de caer en el atolladero, pero afortunadamente nos escapamos de él. El viento era tan fresco, que ganamos ocho nudos y medio; navegando de esta forma por entre los témpanos diseminados, muchas veces nos encontramos con alguno que caía bajo la quilla misma del barco y nos desviábamos para dejarlo pasar.

Durante la tarde del 31 la corriente de hielos se hizo mucho más densa, y entonces incurrimos en el error de continuar navegando hacia el Este; cuando debimos, por el contrario, marchar en dirección o con ligera inclinación Occidental, dejando los hielos a babor. Cuanto más avanzamos, más expuestos íbamos a meternos en el banco de hielos. Se ha de recordar, sin embargo, que a causa de la bruma y la nevada copiosa no pudimos ver nada en dos días. Naturalmente, no hicimos ninguna observación decoordenadas; nuestra velocidad había variado de dos a ocho nudos y medio, y teníamos toda clase de velocidades. No hay para qué decir que nuestros cálculos a bulto no podían ser muy exactos en tales circunstancias, y una observación que hicimos el 2 de Enero nos demostró que nos habíamos desviado más al Este de lo que habíamos contado. La noche del 31 de Diciembre se alzó algo la niebla y no veíamos en torno nuestro más que hielos. Nuestro rumbo era entonces francamente al Sur. Habíamos llegado en derechura al grado  $69,5^{\circ}$  S., y confié que pronto nos veríamos libres de los hielos; en 1910 salimos de ellos en el  $70^{\circ}$  S., y en la misma longitud en que estábamos ahora.

Al presente nuestros progresos eran por esto muy len-

tos, y el año terminaba de una manera que no se podía juzgar muy satisfactoria. La bruma era tan densa, que puedo decir con toda seguridad no veíamos nada más allá de cincuenta yardas a proa del barco, y eso que debíamos ver el sol a media noche; los hielos y acumulaciones de nieve tan espesos eran, que nos impedían a veces todo movimiento. El viento, desgraciadamente, se había mitigado, pero aún teníamos una leve brisa del Norte, de modo que había que auxiliar la acción de las velas con la máquina. Ibamos sencillamente a la aventura; de cuando en cuando teníamos la suerte de entrar en canales anchos y hasta verdaderos lagos, pero luego los hielos se cerraban por completo. No se podrían en rigor llamar hielos, sin embargo, sino más bien cúmulos de nieve, de unos dos pies de espesor, tan blandos como una masa de harina; parecía que acababan de despojarse de una sola acumulación más grande. Los hielos flotantes suelen presentarse más apiñados, y se podían ver los encajes en que se juntaban unos con otros. Continuaron así más o menos densos hasta que estuvimos definitivamente en el paralelo  $73^{\circ}$  S. y en el meridiano  $179^{\circ}$  O.; la última parte estaba formada por hielos de antigua fecha.

Desde aquí hasta la Bahía de las Ballenas ya vimos pocas y diseminadas corrientes de témpanos flotantes y algunas moles grandes.

Matamos unas cuantas focas para poder disponer de cantidad suficiente de carne fresca y economizar las ovejas y cerdos hasta que embarcaran los compañeros de tierra.

Se hizo el mapa del Mar de Ross para que sirviera especialmente de guía en expediciones futuras. Puede tenerse por cierto que el mejor sitio para flanquearlo es entre dos meridianos,  $176^{\circ}$  E. y  $180^{\circ}$ , y el tiempo más a propósito a principios de Febrero. Por ejemplo, nuestra ruta en 1911-12

puede servir perfectamente; como se ha dicho, no encontramos hielos antes del paralelo 65° S., y no nos vimos libres de ellos hasta el 73° S. Entre los 68° y 69° la línea tiene ciertas interrupciones, y por esto decía yo que fué un error no encaminarnos al Sur.

Sigamos ahora el itinerario desde la Bahía de las Ballenas en 1912. Sólo vimos los hielos hacia el paralelo 75° (casi lo mismo que en 1911), y los seguimos. Después ya no volvimos á ver más, de modo que en curso de mes y medio cerca, todos los hielos que en el viaje anterior habíamos encontrado se habían retirado ya.

El sol de media noche no lo vimos hasta el 7 de Enero de 1912; más abajo del paralelo 77° S. estaba á 9.5° sobre el horizonte.

La noche del 8 de Enero dimos vista a la Barrera, con un tiempo riguroso por demás. Vientos Noroeste y Sur, que persistieron varios días, y atmósfera clara; pero en la noche mencionada caía nevada copiosa y poco a poco se mitigó el viento, y luego sobrevino una brisa del Sureste, hostigo de nieve y ventisqueros de hielo. La máquina marchaba lentamente, y el barco capoteaba al viento. Hacia media noche aclaró un poco y divisamos una línea oscura, que resultaba ser la Barrera. Aceleramos la marcha del motor y desplegamos las velas para poder encaminarnos rápidamente a la parte que termina en un tajo vertical. Poco a poco se iba amortiguando el resplandor de los hielos, y en seguida nos encontramos tan cerca, que sólo nos quedaba el espacio preciso para buscar fondeadero. La Barrera se extiende en esta parte de Este a Oeste, y aprovechando viento Sureste, fuimos a lo largo de ella hacia Levante. La guardia que se había retirado á las ocho cuando estábamos en alta mar, volvió a las dos a relevarnos cuando ya estábamos al pie del muro de hielo, objeto de nuestros deseos.

Pasáronse algunas horas de este modo, pero luego el viento cambió al Este completamente de proa, lo que nos obligó a efectuar algunas bordadas hasta las seis de la tarde del mismo día, cuando nos encontramos en la punta occidental de la Bahía de las Ballenas.

Los hielos están situados enfrente mismo del cabo Occidental; cruzamos la desembocadura de la bahía y nos pusimos a sotavento de la Barrera oriental para encontrar, si era posible, agua libre o menos cuajada de hielos; mas no lo conseguimos; en esta parte precisamenté estaban los hielos más densos. Resultó que no podíamos avanzar más abajo de los  $78^{\circ} 30'$ ; es decir, once millas náuticas más al Norte que el año anterior, y no menos de quince millas de Framheim, si se considera el rodeo de la bahía.

Habíamos, pues, regresado al mismo lugar que dejamos el 14 de Febrero de 1911, con lo que habíamos circunnavegado el globo. La distancia recorrida en este viaje llegaba a 25.000 millas náuticas, de las cuales corresponden 8.000 a la travesía oceanográfica del Sur del Atlántico.

No estuvimos al abrigo de la Barrera oriental más que cuatro horas; el viento que había soplado con tanta frecuencia en contra nuestra, siguió haciéndolo hasta el fin. Su dirección, naturalmente, era Norte, y empujaba contra la bahía. Los hielos del Mar de Ross se iban metiendo en ella, y en la media noche del 9 al 10 de Enero salimos otra vez.

Había pensado enviar un hombre a Framheim para que avisara de nuestra llegada; mas el estado del tiempo no me lo permitió. Añádase a esto que no había a bordo más que un par de skis de mi propiedad, y por ello solamente se podía enviar a un individuo. Valía más que fueran varios.

Durante la tarde del 10 aclaró el tiempo paulatinamente; el viento se apaciguó y paramos cerca de la costa otra vez. Como a la vez el barómetro subía rápidamente, el Teniente Gjertsen fué a tierra con el par de skis, a eso de la una.

Al acabar la tarde llegó un perro corriendo por el mar de hielo, y yo me figuré que había seguido el rastro de Gjertsen; pero, según se me dijo después, se trataba de uno de los perros semisalvajes que siempre andaban vagando por aquellas partes y jamás se dejaban ver por el campamento.

En tanto, volvió el viento a refrescar; hubimos de continuar afuera otras veinticuatro horas y hacer primero un trayecto y luego otro con rizos en las velas; después el viento se tornó favorable y entramos; a las cuatro de la tarde del 11 volvió el Teniente Gjertsen con el Teniente Prestrud, Johansen y Stubberud. No hay para qué decir lo que nos alegró volver a verlos y las preguntas de todas clases con que nos asaltamos unos a otros. El Jefe y sus acompañantes no habían regresado. Aún tardaron en venir a bordo hasta el 12; recibieron sus cartas y un gran montón de periódicos y volvieron a tierra; seguimoslos con los anteojos cuanto nos era posible para irlos a recoger si no podían pasar por la superficie agrietada de los hielos.

Durante los días sucesivos amarrábamos más o menos cerca, según el tiempo que hacía.

A las siete de la tarde del 16 experimentamos cierta sorpresa al ver un navío que llegaba. Supuse que sería el *Aurora* del Dr. Mawson. Venía muy despacio, cuando al fin vimos que traía la bandera japonesa. Yo no sabía que mis compañeros de expedición habían salido otra vez. El barco vino derechamente; pasó dos veces por delante de nosotros y amarró a lo largo de los hielos flotantes. En

seguida subieron diez hombres, armados de picos y palas, a la Barrera, mientras los otros se entregaban a una caza incesante de los pingüinos, de que se oían los tiros toda la noche.

Al día siguiente, el Capitán del *Kainan Maru*, llamado Homura, vino a bordo. Aquel mismo día instalaron una tienda en la margen de la Barrera, y depositaron en el hielo cajas, trineos y otras cosas. *Kainan Maru* significa, según me han dicho, «El barco que descubre el Sur».

Prestrud y yo fuimos a bordo del barco japonés al terminar aquel mismo día, para ver cómo era, pero no encontramos al jefe de la expedición ni al Capitán. Prestrud llevaba el aparato cinematográfico, y sacó una serie de fotografías.

El jefe de la expedición japonesa ha escrito en alguna parte, que la razón de que se perdieran todas las jacas de Shackleton se debe a que no las encerraba de noche en las tiendas, y las dejaba a la intemperie. Creía él que las jacas debían guarecerse en las tiendas y los hombres quedarse afuera. De esto se puede inferir el cariño que tienen a los animales, pero a mí no me lo pareció así; ¡con decir que han metido pingüinos en cajas pequeñas para llevárselos vivos al Japón! En la cubierta del barco yacían montones de pájaros bobos, muertos o a medio morir. En los hielos que estaban junto al barco se veía una foca con las entrañas fuera, pero aún viva. Ni Prestrud ni yo llevábamos arma con que poderla rematar, y así, pedimos a los japoneses que lo hicieran ellos, pero no nos contestaron sino con gestos y risas. Un poco más allá, dos de ellos venían por los hielos con una foca delante; la iban empujando con dos grandes palos, con los que la pinchaban cuando se negaba a andar. Si se caía en una grieta, cavaban y la sacaban como cuando se saca piedra de una

cantera; ya no le quedaba vida bastante para librarse de sus torturadores. Todo esto acompañado de risas y chistes. Al llegar al barco, el animal iba casi muerto, y allí le dejaron hasta que expiró.

El 19 tuvimos viento fresco del Suroeste, que barrió hacia fuera muchos hielos. Los japoneses estuvieron ocupados casi toda la noche en desembarcar perros, cajas y otras cosas, de modo que en un día ya tenían desembarcada una gran cantidad de artículos. Según los hielos se alejaban, se iba acercando el *Fram* hasta entrar en la latitud  $78^{\circ} 35' S.$ , mientras el *Kainan Maru* se retiraba, hasta que por fin se perdió de vista. No volvimos a ver el barco, si no sólo dos hombres que instalaron una tienda en la Barrera y allí se estuvieron todo el tiempo que continuamos nosotros en la bahía.

La noche del 24 hubo brisa recia del Oeste, y nos alejamos tanto para evitar la nieve copiosa, que no pudimos volver a recuperar nuestro camino hasta la tarde del 27, y eso por entre una verdadera masa de hielos. En dos días se rompieron y disgregaron muchos, lo que nos permitió avanzar hasta el grado  $78^{\circ} 39' S.$ ; es decir, casi a Framheim, lo que era una gran suerte. Remontada gran parte de la Bahía de las Ballenas, divisamos una gran bandera noruega de navío, flameando en la Barrera, sobre el Cabo de la Cabeza de Hombre, por lo que conocí que había regresado la expedición del Polo Sur. Aceleramos la marcha todo lo posible hacia el Sur, e hicimos sonar una potente sirena; y no tardamos mucho en reunirnos ocho hombres embargados de emoción y de entusiasmo indescriptible. El primero que subió a bordo fué el Jefe. Tan absoluta certeza tenía yo de que había llegado al Polo, que no le pregunté nada. Sólo una hora más tarde, después de discutidos multitud de asuntos, es cuando le dije: «Y bien, naturalmente, ¿habréis estado en el Polo Sur?»

Seguimos allí un par de días. Como era tan poca la distancia desde Framheim, llevamos a bordo víveres, avíos, etc. Si no se hubieran acumulado en los últimos días tan grandes montones de hielo, nos hubiera costado una semana o dos embarcar la misma cantidad.

El 30 de Enero de 1912, a las nueve y media de la noche, en medio de una espesa niebla, recogimos los cables y dimos un adiós a la gigantesca Barrera.

## VII

### Desde la Barrera a Buenos Aires, por Hobart.

El primer día después de nuestra salida de la Barrera empezamos a ordenar todas las cosas que habíamos embarcado y metido en la bodega, de suerte que no se creería que volvíamos el doble de gente o que habíamos embarcado un centenar de cajas y una partida completa de aprestos de la expedición. El único cambio que se notaba en la cubierta eran los 39 perros robustos, que formaban un concierto de aullidos que duraba todo el día, y el aspecto del salón de proa, que ahora estaba completamente cambiado. Este salón, después de haber estado un año desierto, se veía ahora completamente lleno de personas; y era un regalo estar en él; sobre todo, porque siempre había alguien que tenía cosas que contar: el Jefe, acerca de su expedición; Prestrud, de la suya, y Gjertsen y yo, del viaje del *Fram*.

Sin embargo, no sobraba mucho tiempo para permanecer ocioso. El Jefe empezó en seguida a escribir cablegramas y conferencias, que Prestrud y yo traducíamos al inglés, y Amundsen luego las copiaba a máquina. Agréguese a esto mi trabajo de hacer mapas todo el tiempo, así es que cuando llegamos a Hobart ya estaba todo dis-

puesto; el tiempo pasaba rápido, aunque el viaje era tremendamente largo.

Por lo que hace al banco de los hielos, tuvimos mucha suerte. Seguía en el mismo lugar en que lo habíamos encontrado en 1911, o sea en el paralelo 75° S. Fuimos a lo largo de él un poco de tiempo, y luego lo perdimos de vista. Pasados los 75° al Norte, no vimos sino muy pocas masas de hielo, pequeñas.

Hacíamos progresos terriblemente exigüos, lentitud que se puede apreciar por esta cita de mi diario del 27 de Febrero:

«Este viaje es más lento que ninguno de los que hasta ahora hemos hecho; de cuando en cuando logramos caminar dos nudos por hora, en un día de los que andamos algo. En los últimos cuatro días hemos recorrido una distancia que aún sería escasa para un día solo. Casi un mes hemos estado como clavados, y ahora mismo estamos entre los paralelos 52° y 53° S. Rachas del Norte es lo que prevalece, etc.» Como quiera que sea, es un mal viento que no sopla gran cosa, y habíamos de emplear el tiempo completamente en tantas cosas como había que hacer.

Después de una lucha de cinco semanas llegamos por fin a Hobart, y anclamos en su espléndido puerto el 7 de Marzo.

Nuestros víveres, traídos de Buenos Aires, se acababan precisamente entonces; las últimas patatas se terminaron dos días antes de nuestra llegada, y el último cerdo lo matamos dos días después.

El *Fram* permaneció en Hobart trece días, que principalmente se invirtieron en reparar el propulsor y limpiar la máquina; añádase que se nos había roto la vela de mesana por mitad, y no teníamos ocasión de adquirir una nueva.

La primera semana a bordo fué muy sosegada por ra-

zón de las circunstancias, pues no teníamos comunicación con la costa; pero después se llenó el barco de visitantes, de tal suerte, que ya teníamos ganas de salir otra vez.

Regalamos veintiún perros al Dr. Mawson, Jefe de la expedición australiana, y sólo dejamos a bordo los que habían estado en el Polo Sur y unos cuatro cachorros, entre unos y otros diez y ocho.

Mientras estábamos en Hobart entró el *Aurora*, barco del Dr. Mawson. Yo estuve a bordo de él un día, y de esta manera lo he estado en todos los de las expediciones antárticas actuales. En el *Terra Nova*, la inglesa, el 4 de Febrero de 1911, en la Bahía de las Ballenas; en la alemana, *Deutschland*, en Septiembre y Octubre de 1911, en Buenos Aires; en la japonesa, *Kainan Maru*, el 17 de Enero de 1912, en la Bahía de las Ballenas; y finalmente, en el *Aurora*, en Hobart. No hay que olvidar al *Fram*, que naturalmente tengo por el mejor de todos.

El 20 de Marzo levamos anclas y salimos de Tasmania.

Al principio adelantábamos poco, pues tuvimos calmas casi tres semanas, a pesar de estar en el mes de Marzo y en la zona de los vientos occidentales del Sur del Pacífico. La mañana del 7 de Abril, domingo de Pascua, sopló primero viento fresco del Noroeste, un día y otro día, con brisa recia y rachas alternadas, de modo que caminábamos excelentemente en dirección a las islas Falkland, a pesar de haber tenido que dar rizas a la vela de mesana durante cinco semanas por el mal estado de la lona. Me figuró que todos o casi todos teníamos ganas de acelerar el viaje, que al presente estaba terminado en sus fines principales, y los que dejaban familia en su país, naturalmente, querían estar con ella lo más pronto posible, y a esto quizá se deba que camináramos tan bien.

El 1.º de Abril, la señora Snappesen dió a luz ocho

perritos; matamos cuatro y dejamos vivir dos de cada sexo.

El Jueves Santo, 4 de Abril, estábamos en el meridiano 180 y cambiábamos de fecha, de modo que teníamos dos Jueves Santos en una semana; esto determinaba tener muchos días de fiesta, y no es fácil explicar si es agradable el caso: lo mejor es que venga como un día de semana cualquiera.

El 6 de Mayo pasamos el Cabo de Hornos con atmósfera muy despejada; es cierto que hubo ventiscas de nieve huracanadas, pero no duraron más de media hora. Durante unos días mantúvose la temperatura un poco bajo cero, pero subió rápidamente en cuanto llegamos al Atlántico.

Desde Hobart al Cabo de Hornos no vimos nada de nieve.

Después de pasar las islas Falkland tuvimos viento de frente, de modo que no nos podemos felicitar de la última parte del viaje.

El 21 de Mayo por la noche salimos de Montevideo, adonde el Jefe había llegado unas cuantas horas antes. De aquí, remontando el Río de la Plata, continuamos tan despacio por tener el viento contrario, que no pudimos anclar en la Bahía de Buenos Aires hasta la tarde del 23, casi en el tiempo exacto en que el Jefe desembarcaba en Buenos Aires. Cuando desembarqué a la mañana siguiente y encontré al Sr. Christophersen, estaba nuestro amigo contentísimo. «¡Si parece un cuento de hadas!»—decía,—y no se puede negar que era interesante. El Jefe, no hay para qué decir que estaba igualmente satisfecho.

El 25, Fiesta Nacional Argentina, amarró el *Fram* en el mismo muelle que habíamos dejado el 5 de Octubre de 1911. Al salir entonces no había en el muelle más de siete personas a despedirnos; pero ahora se veían muchas

más a esperar nuestra llegada, y puede inferirse, por periódicos y otros datos, que en un par de meses se había acrecentado en gran manera la popularidad de esta tercera expedición del *Fram*.

Para concluir, mencionaré aquí algunos datos. Desde que el *Fram* salió de Cristianía, el 7 de Junio de 1911, habíamos dado la vuelta al mundo dos veces y media; la distancia recorrida ascendía a unas 54.400 millas náuticas; la indicación barométrica más baja durante este tiempo fué de 700 milímetros en Marzo de 1811, navegando por el Océano Pacífico, y la más alta, de 783 milímetros, en Octubre de 1911 en el Sur del Atlántico.

El 7 de Junio de 1912, segundo aniversario de nuestra salida de Cristianía, todos los de la expedición, excepto el Jefe y yo, marcharon a Noruega, y así llegó a feliz término la primera parte de la expedición.

FIN

# ÍNDICE

	Págs.
Capítulo X.—Partida para el Polo .....	1
XI.—Entre montañas .....	35
XII.—En el Polo .....	89
XIII.—Vuelta a Framheim .....	112
XIV.—Hacia el Norte .....	147
XV.—El viaje en trineo por la parte oriental de antártica. Relación del Teniente K. Prestrud .....	170
XVI.—Viajes del <i>Fram</i> , por el primer Teniente Thorvaldo Nilsen .....	233
I.—De Noruega a la Barrera .....	233
II.—Salida de la Barrera .....	241
III.—De la Bahía de las Ballenas a Buenos Aires .....	245
IV.—La travesía oceanográfica .....	263
V.—En Buenos Aires .....	273
VI.—De Buenos Aires a la Barrera de Ross .....	275
VII.—De la Barrera a Buenos Aires, por Hobart .....	291

# PUBLICACIONES DE «LA ESPAÑA MODERNA», MADRID

	<u>Pesetas</u>		<u>Pesetas</u>
<b>Aguanno.</b> —La génesis y la evolución del Derecho civil (Dos tomos).....	15	mercio, de la Industria y de la Economía política, para uso especialmente de los Institutos técnicos y de las Escuelas superiores de Comercio.....	10
—La Reforma integral de la legislación civil.....	4	<b>Boissier.</b> —Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo de César.	8
<b>Albert.</b> —La Prosa.....	6	—La Oposición bajo los Césares	7
<b>Amiel.</b> —Diario íntimo.....	9	<b>Bruchot.</b> —Historia de la literatura antigua.....	6
<b>Amundsen.</b> —El Polo Sur... ..	7	<b>Bourget.</b> —Hipólito Taine... ..	0,50
<b>Andreief.</b> —Los ahorcados... ..	3	<b>Bréal.</b> —Ensayo de Semántica. (Ciencia de las significaciones).....	5
<b>Anónimo.</b> —¿Académicas?....	1	<b>Bredif.</b> —La Elocuencia política en Grecia.....	7
—Currita Albornoz al Padre Luis Coloma.....	1	<b>Bret Harte.</b> —Bloqueados por la nieve.....	2
<b>Antoine.</b> —Curso de Economía Social, 2 volúmenes... ..	15	<b>Brooks Adams.</b> —La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos.....	7
<b>Arenal.</b> —El Delito colectivo. —El Derecho de gracia....	1,50	<b>Bryce.</b> —La República Norteamericana, dos tomos... ..	13
—El Visitador del preso....	3	—El gobierno de los Estados en la República Norteamericana.....	7
<b>Arnó.</b> —Las servidumbres rústicas y urbanas.—Estudio sobre las servidumbres prediales.....	7	—Los partidos políticos en los Estados Unidos.....	6
<b>Asensio.</b> —Fernán Caballero. —Martín Alonso Pinzón....	1	—La opinión pública... ..	5
<b>Asser.</b> —Derecho Internacional privado.....	6	—Las Instituciones sociales en los Estados Unidos....	8
<b>Audinet.</b> —Derecho internacional privado. (Dos tomos.)	12	<b>Bunge.</b> —La Educación.....	12
<b>Bagehot.</b> —La Constitución inglesa.....	7	<b>Burgess.</b> —Ciencia política y Derecho constitucional comparados (dos tomos).....	14
—Leyes científicas del desarrollo de las naciones en sus relaciones con los principios de la selección y de la herencia... ..	4	<b>Burnouf.</b> —Las religiones, literatura y constitución social de la India.....	7
<b>Baldwin.</b> —Elementos de Psicología.....	8	<b>Buylla.</b> —Economía (dos tomos).....	10
<b>Balzac.</b> —César Birotteau... ..	3	<b>Caillaux.</b> —Los Impuestos en Francia (tres tomos).....	18
—Eugenia Grandet.....	3	<b>Cambroero.</b> —Las Cortes de la Revolución.....	4
—La Quiebra de César Birotteau.....	3	—Crónicas del tiempo de Isabel II.....	7
—Papá Goriot.....	3	<b>Campe.</b> —Historia de América (dos tomos).....	6
—Ursula Mirouet.....	3	<b>Campoamor.</b> —Cánovas....	1
<b>Barbey d'Aurevilly.</b> —El Cabecilla.....	3	—Doloras, cantares y humoradas.....	3
—El Dandismo y Jorge Brummel.....	3	—Ternezas y flores.....	3
—La Hechizada.....	3	<b>Carlyle.</b> —La Revolución francesa (tres tomos).....	24
—Las Diabólicas.....	3	—Pasado y presente.....	7
—Una historia sin nombre... ..	3	<b>Caro.</b> —Costumbres literarias.	3
—Venganza de una mujer... ..	3		
—Barthelemy-Saint-Hilaire.—Buda y su religión... ..	7		
<b>Becerro de Bengoa.</b> —Trueba	1		
<b>Bergeret.</b> —Eugenio Mouton (Merinos).....	1		
<b>Berzeviczy.</b> —Beatrix de Aragón, Reina de Hungría... ..	7		
<b>Boccardo.</b> —Historia del Co-			

<b>Caro.</b> —El pesimismo en el siglo XIX.....	3	<b>Emerson.</b> —Ensayo sobre la naturaleza.....	3,50
—El suicidio y la civilización.....	3	—Inglaterra y el carácter inglés.....	4
—La filosofía de Goethe....	6	—Veinte ensayos.....	7
<b>Castro.</b> —El libro de los galicismos.....	3	<b>Engels.</b> —Anti-Dühring o revolución de la ciencia, de Eugenio Dühring.....	7
<b>Colombey.</b> —Historia anecdótica de El Duelo en todas las épocas y en todos los países.....	6	<b>Faguet.</b> —Los amores de literatos célebres.....	8
<b>Collins.</b> —Resumende la filosofía de Spencer ( <i>dos tomos</i> ).....	15	—Leyendo a Nietzsche.....	8
<b>Comte.</b> —Principios de Filosofía positiva.....	2	<b>Fernández Guerra.</b> —Hartzenbusch.....	1
<b>Coppée.</b> —Un idilio.....	3	<b>Fernán Flor.</b> —Tamayo.....	1
<b>Couperus.</b> —Su Majestad....	3	—Zorrilla.....	1
<b>Champcommunal.</b> —La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado..	10	<b>Ferrán.</b> —Obras completas... 3	
<b>Chassay.</b> —Los deberes de la mujer en la familia.....	3	<b>Ferraz.</b> —Filosofía del deber. 8	
<b>Cherbuliez.</b> —Amores frágiles... ..	3	<b>Finot.</b> —Filosofía de la longevidad.....	5
—La tema de Juan Tozudo....	3	<b>Fisher.</b> —Economía política y geométrica.....	8
—Meta Holdenis.....	3	<b>Fitzmaurice-Kelly.</b> —Historia de la Literatura española.....	10
—Mis Novel.....	3	<b>Flaubert.</b> —Un corazón sencillo.....	3
—Paula Meré.....	3	<b>Flint.</b> —La Filosofía de la Historia en Alemania.....	7
<b>Darwin.</b> —Viaje de un naturalista alrededor del mundo ( <i>dos tomos</i> ).....	15	<b>Foucher de Careil.</b> —Hegel y Schopenhauer.....	6
<b>Daudet.</b> —Cartas de mi molino.....	3	<b>Fouillée.</b> —Historia de la filosofía ( <i>dos tomos</i> ).....	12
—Cuentos y fantasías.....	3	—La ciencia social contemporánea.....	8
—Jack ( <i>dos tomos</i> ).....	6	—Novísimo concepto del derecho en Alemania, Inglaterra y Francia.....	7
—Novelas del lunes.....	3	—Historia de la filosofía de Platón ( <i>dos tomos</i> ).....	12
<b>Delorme.</b> —César y sus contemporáneos.....	6	—Compendios de los grandes filósofos ( <i>dos tomos</i> ).....	12
<b>Deploige.</b> —El conflicto de la Moral y de la Sociología... 7		<b>Flournoy.</b> —Espíritus y Mediums (Metapsíquica y Psicología), dos tomos.....	13
<b>Deschaneil.</b> —Lo malo y lo bueno que se ha dicho de las mujeres.....	7	<b>Fournier.</b> —El ingenio en la historia.—Investigaciones y curiosidades acerca de las frases históricas.....	3
<b>Dollinger.</b> —El Pontificado.. 6		<b>Framarinodel Malatesta.</b> —Lógica de las pruebas en materia criminal ( <i>dos tomos</i> ).. 15	
<b>Dorado.</b> —Concepción Arrenal.....	1	<b>Fromentin.</b> —La pintura en Bélgica y Holanda.....	6
<b>Dostoyusky.</b> —La novela del presidio.....	3	<b>Gabba.</b> —Cuestiones prácticas de Derecho civil moderno ( <i>dos tomos</i> ).....	15
<b>Dowden.</b> —Historia de la literatura francesa.....	9	<b>Garnet.</b> —Historia de la Literatura italiana.....	9
<b>Dumas.</b> —Actea.....	2	<b>Garofalo.</b> —Indemnización a las víctimas del delito.....	4
<b>Eltzbacher.</b> —El anarquismo, según sus más ilustres representantes.....	7	—La criminología.—Estudio sobre el delito y la teoría de	
<b>Ellen Key.</b> —El amor y el matrimonio.....	6		
<b>Ellis Stevens.</b> —La Constitución de los Estados Unidos, estudiada en sus relaciones con la Historia de Inglaterra y de sus colonias.....	4		
<b>Emerson.</b> —La ley de la vida. 5			
—Hombres simbólicos.....	4		

la represión, con un Apéndice sobre los términos del problema penal, por Luis Carelli.....	10
—La superstición socialista...	5
—El delito como fenómeno social.....	4
—Justicia y Civilización.....	4
Gautier.—Bajo las bombas prusianas.....	3
—Enrique Heine.....	1
—Madama de Girardin y Balzac.....	3
—Nerval y Bandelaire.....	3
Gay.—Los Salones célebres.	3
George.—Protección y libre cambio.....	9
—Problemas Sociales.....	5
Giddings.—Principios de Sociología.....	10
—Sociología inductiva.....	6
Girard.—La Elocuencia ática	4
—El sentimiento religioso en la Literatura griega.....	7
Giuriati.—Los errores judiciales.....	7
—El Plagio.....	8
Gladstone.—Lord Macaulay	1
Goethe.—Memorias.....	5
Gómez Villafranca.—Indice de <i>La España Moderna</i> , tomos 1 a 264, formados aplicando el sistema de clasificación bibliográfica decimal.	12
Gonblanc.—Historia general de la Literatura.....	6
Goncourt.—Germinia Lacertoux.....	3
—Historia de María Antonieta.....	7
—La Elisa.....	3
—La Faustin.....	3
—Las favoritas de Luis XV.	6
—Querida.....	3
—Renata Mauperin.....	3
—La Du-Barry.....	4
—La Clairon.....	6
—La mujer en el siglo XVIII	5
Godduow.—Derecho administrativo comparado ( <i>dos tomos</i> ).....	12
Goschen.—Teoría de los cambios extranjeros.....	7
Gosse.—Padre e Hijo: Estudió dos temperamentos..	3
Grave.—La sociedad futura.	8
Green.—Historia del Pueblo inglés ( <i>cuatro tomos</i> ).....	25
Gross.—Manual del juez....	12
Guizot.—Abelardo y Eloísa.	7
Gumpłowicz.—Derecho político filosófico.....	9

—Lucha de razas.....	8
—Compendio de Sociología..	9
—La Sociología y la política.	4
Guyau.—La educación y la Herencia.....	8
—La moral inglesa contemporánea, o sea Moral de la utilidad y de la evolución.,	12
Hailman.—Historia de la Pedagogía.....	2
Hamilton.—Lógica parlamentaria.....	2
Harmignié.—El Estado y sus agentes.....	8
Haussonville.—La juventud de Lord Byron.....	5
Heiberg.—Novelas Danesas.	3
Heine.—Memorias.....	3
—Alemania.....	6
Höfding.—Psicología experimental.....	9
Hume.—Historia de la España contemporánea.....	8
—Historia del Pueblo Español	9
—Reinas de la España antigua	7
Hunter.—Sumario del Derecho romano.....	4
Huxley.—La educación y las ciencias naturales.....	6
Ibsen.—Casa de muñeca....	3
—Los Aparecidos y Edda Gabler.....	3
Jitta.—Método de Derecho internacional.....	9
Justi.—Estudios de arte español ( <i>dos tomos</i> ).....	12
Kells Ingram.—Historia de la Economía política.....	7
Koch y otros.—Estudios de higiene general.....	3
Korolenko.—El desertor de Sajalin.....	2,50
Krafft-Ebing.—Medicina legal ( <i>dos tomos</i> ).....	15
Kropotkine.—Campos, fábricas y talleres.....	6
Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano.....	7
Lagerlof.—El esclavo de su fiaca.....	3
Lagortte.—La Guerra: Estudio de sociología ( <i>dos tomos</i> ).....	14
Lange.—Luis Vives.....	2,50
Larcher.—Las mujeres juzgadas por las malas lenguas.....	4
Larcher y Juillien.—Opiniones acerca del matrimonio y del celibato.....	5
Laveleye.—Economía política	7

Pesetas		Pesetas
	— El Socialismo contemporáneo.....	8
	<b>Lemcke.</b> — Estética.....	8
	<b>Lemonnier.</b> — La Carnicería (Sedán).....	3
	<b>Leroy-Beaulieu.</b> — Economía política.....	8
	<b>Lester Ward.</b> — Factores Psíquicos de la Civilización... ..	7
	<b>Lewis-Pattée.</b> — Historia de la Literatura de los Estados Unidos.....	8
	<b>Liesse.</b> — El trabajo desde el punto de vista científico, industrial y social... ..	9
	<b>Lombroso.</b> — La Escuela criminológico-positivista.....	7
	— Medicina legal ( <i>dos tomos</i> ).....	12
	<b>Lubbock.</b> — El empleo de la vida.....	3
	<b>Lynch.</b> — Viaje al Clondic... ..	4
	<b>Macaulay.</b> — Estudios jurídicos.....	6
	<b>Mac-Donald.</b> — El criminal tipo.....	3
	<b>Manduca.</b> — Procedimiento penal.....	5
	<b>Marie.</b> — Misticismo y locura... ..	5
	<b>Marshall.</b> — Tratado de Economía política (tres tomos)... ..	21
	<b>Martens.</b> — Derecho internacional (público y privado) ( <i>tres tomos</i> ).....	22
	— Tratado de Derecho internacional. — Apéndice. — La Paz y la guerra.....	8
	<b>Martin.</b> — La Moral en China... ..	4
	<b>Mattirolo.</b> — Instituciones de Derecho Procesal Civil... ..	10
	<b>Maupassant.</b> — Emilio Zola... ..	1
	<b>Max-Muller.</b> — La ciencia del lenguaje.....	8
	— Origen y desarrollo de la religión.....	6
	— Hist. de las religiones.....	8
	— La Mitología comparada... ..	7
	<b>Menéndez y Pelayo.</b> — Martínez de la Rosa.....	1
	— Núñez de Arce.....	1
	<b>Meneval.</b> — María Estuardo... ..	6
	<b>Mercier.</b> — Curso de Filosofía: Lógica.....	8
	— Psicología ( <i>dos tomos</i> ).....	12
	— Ontología.....	10
	— Críteriológia general.....	9
	<b>Merejkowsky.</b> — La Muerte de los Dioses.....	2
	<b>Merimee.</b> — Colomba.....	3
	— Mis perlas.....	3
	<b>Merkel.</b> — Derecho penal... ..	10
	<b>Meyer.</b> — Derecho administrativo.....	4
	<b>Miraglia.</b> — Filosofía del Derecho ( <i>dos tomos</i> ).....	15
	<b>Molins.</b> — Bretón de los Herreros.....	1
	<b>Mommsen.</b> — Derecho público romano.....	12
	— Derecho penal romano ( <i>dos tomos</i> ).....	18
	<b>Morley.</b> — Estudios sobre grandes hombres.....	5
	— Voltaire.....	6
	<b>Mouton.</b> — El deber de castigar.....	4
	<b>Murray.</b> — Historia de la Literatura clásica griega... ..	10
	<b>Nansen.</b> — Hacia el Polo... ..	6
	<b>Nardi-Greco.</b> — Sociología jurídica.....	9
	<b>Neera.</b> — Teresa.....	3
	<b>Neumann.</b> — Derecho Internacional público moderno... ..	6
	<b>Nietzsche.</b> — Así hablaba Zarathustra.....	7
	— Más allá del bien y del mal... ..	5
	— La Genealogía de la moral... ..	3
	— Humano, demasiado humano... ..	6
	— Aurora.....	7
	— Últimos opúsculos.....	5
	— La Gaya ciencia.....	6
	— El viajero y su sombra... ..	6
	<b>Nisard.</b> — Los cuatro grandes historiadores latinos.....	4
	<b>Nourrison.</b> — Maquiavelo... ..	3
	<b>Novicow.</b> — Los despilfarros de las Sociedades modernas... ..	8
	— El porvenir de la raza blanca.....	4
	— Conciencia y voluntad sociales.....	6
	— La guerra y sus pretendidos beneficios.....	1,50
	<b>Papini.</b> — Lo trágico cotidiano y El piloto ciego.....	3
	— El Crepúsculo de los Filósofos.....	3
	<b>Pardo Bazán.</b> — Alarcón... ..	1
	— Campoamor... ..	1
	— El P. Luis Coloma.....	2
	<b>Passarge.</b> — Ibsen.....	1
	<b>Pepin y Ransson.</b> — La reforma de la Magistratura y el Arte de Juzgar.....	6
	<b>Perrot.</b> — Derecho público de Atenas.....	4
	<b>Picón.</b> — Ayala.....	1
	<b>Piepers.</b> — La reforma del Derecho ( <i>dos tomos</i> ).....	10
	<b>Potapenko.</b> — La novela de un hombre sensato.....	2
	<b>Prevost Paradol.</b> — La Historia Universal ( <i>tres tomos</i> )... ..	16

(Continúa.)

**Giddings.**—Principios de Sociología, 10 pts.  
—Sociología inductiva, 6 pesetas.  
**Gladstone.**—Vida de Lord Macaulay, 1 p.  
**Goethe.**—Memorias, 5 pesetas.  
**Gómez Villafranca.**—Indice de LA ESPAÑA MODERNA, tomos 1 á 264, formatos aplicando el sistema de clasificación bibliográfica decimal, 12 pesetas.  
**Goublanc.**—Historia general de la literatura, 6 pesetas.  
**Goucourt.**—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Las Favoritas de Luis XV, 6 pesetas.—La Du Barry, 4 pesetas.—Querida, 3 pesetas.—René Maupérin, 3 pesetas.—Germinia Lacerteux, 3 pesetas.—La Elisa, 3 pesetas.—La Faustín, 3 pesetas.—La Clairon, 6 pts.—La mujer en el siglo XVIII, 5 pts.  
**Goodnow.**—Derecho administrativo comparado, dos tomos, 12 pesetas.  
**González.**—Derecho usual 5 pesetas.  
**Goschen.**—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.  
**Gosse.**—Padre é hijo. Estudio de dos temperamentos, 3 pesetas.  
**Grave.**—La Sociedad futura, 8 pesetas.  
**Green.**—Historia del pueblo inglés, 4 t., 25 ps.  
**Gross.**—Manual del Juez, 12 pesetas.  
**Guitot.**—Abelardo y Eloisa, 7 pesetas.  
**Gumplovicz.**—Derecho político filosófico, 10 pesetas.—Lucha de razas, 8 pts.—Compendio de Sociología, 9 pts.—La Sociología y la política, 4 pts.  
**Guyau.**—La Educación y la herencia, 8 pts.—La Moral inglesa Contemporánea, 12 pts.  
**Hailman.**—H.<sup>o</sup> de la Pedagogía, 2 pesetas.  
**Hamilton.**—Lógica parlamentaria, 2 pts.  
**Haussonville.**—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.  
**Heiber.**—Novelas dunesas, 3 pesetas.  
**Helne.**—Alemania, 6 pesetas.—Memorias, 3 p.  
**Hilffding.**—Psicología Experimental, 9 pts.  
**Hume.**—Historia del Pueblo Español, 9 pts.—Historia de la España Contemporánea, 3.—Reinas de la España Antigua, 7 pesetas.  
**Hunter.**—Sumario de Derecho romano, 4 pts.  
**Huxley.**—La Educación y las Ciencias Naturales, 6 pts.  
**Ibsen.**—Casa de muñeca, 3 pesetas.—Los apapricados, 3 pesetas.  
**Pitta.**—Método de Derecho internacional, 9.  
**Justi.**—Estudios de arte español, dos tomos, 12 pesetas.  
**Kells Ingram.**—Historia de la Economía Política, 7 pesetas.  
**Kochs, Hirsch, Stokvis y Würzburg.**—Estudios de Higiene general, 3 pesetas.  
**Korolenko.**—El desierto de Sajalin, 2,50.  
**Krafft-Ebing.**—Medicina legal, dos tomos, 15 pesetas.  
**Kropotkin.**—Campos, fábricas y talleres, 6.  
**Krugler.**—Historia, fuentes y literatura del Derecho Romano, 7 pesetas.  
**Lagerlof.**—El esclavo de su finca, 3 pts.  
**Lagarrette.**—La guerra: Estudio de Sociología general, dos tomos, 14 pesetas.  
**Lange.**—Luis Vives, 2,50 pesetas.  
**Larcher.**—Las mujeres juzgadas por las mala lenguas, 4 pts.—Opiniones acerca del matrimonio y del celibato, 5 pts.  
**Laveleye.**—Economía política, 7 pts.—El Socialismo contemporáneo, 8 pesetas.  
**Lemcke.**—Estética, 8 pesetas.  
**Lemonnier.**—La Carnicería (Sedán), 3 pts.  
**Leroy-Beaulieu.**—Economía política, 8 pts.  
**Lesterward.**—Factores Psíquicos de la Civilización, 7 pesetas.  
**Lewis Pattee.**—Historia de la Literatura de los Estados Unidos, 8 pts.  
**Liesse.**—El Trabajo, 9 pesetas.  
**Lombroso.**—Medicina legal, dos tomos con multitud de grabados, 12 pesetas.  
**Lombroso, Perry, Garofalo y Florenti.**—La Escuela Criminológica Positivista, 7 pesetas.  
**Lubbock.**—El empleo de la vida, 3 pesetas.  
**Lynch.**—Viaje al Clondic, 4 pesetas.  
**Macaulay.**—Estudios jurídicos, 6 pts.—La Educación, 7 pts.—Vida, memorias y castas, dos tomos, 14 pesetas.  
**MacDonald.**—El criminal tipo, 3 pesetas.  
**Majorana.**—Arte de hablaren público, 3 ps.  
**Manduca.**—Procedimiento penal, 5 pesetas.  
**Marie.**—Misticismo y locura, 5 pesetas.  
**Marshall.**—Economía política, 3 ts., 21 pts.  
**Martens.**—Derecho Internacional, 4 t., 80 p.

**Martin.**—La moral en China, 4 pesetas.  
**Mattiroio.**—Instituciones de Derecho Procesal Civil, 10 pesetas.  
**Maupassant y Alexis.**—Vida de Zola, 1 p.  
**Max-Müller.**—Historia de las Religiones, 8 pts.—La Ciencia del lenguaje, 8 pts.—La Mitología comparada, 7 pts.—Origen y desarrollo de la religión, 6 pts.  
**Menéndez y Pelayo.**—Vida de Núñez de Arce, 1 peseta.—Vida de Martínez de la Rosa, 1 peseta.  
**Meneval y Chantelauc.**—María Estuardo, 6 pesetas.  
**Mercier.**—Lógica, 8 pesetas.—Psicología, 2 tomos, 12 pesetas.—Ontología, 10 pesetas.—Criteriología general ó tratado de la certeza, 9 pesetas.  
**Merimé.**—Colomba, 3 pesetas.—Mis perlas, 3 pesetas.  
**Merejkowsky.**—La Muerte de los Dioses, 2  
**Merkel.**—Derecho penal, 10 pesetas.  
**Meyer.**—Derecho administrativo.  
**Miraglia.**—Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.  
**Molins.**—Vida de Bretón, 1 peseta.  
**Mommsen.**—Derecho público romano, 12 pts.—Derecho público romano, dos tomos, 18 pts.  
**Morley.**—Estudios sobre grandes hombres, 5 pesetas.—Voltaire, 6 pesetas.  
**Mouton.**—El deber de castigar, 4 pts.  
**Murray.**—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.  
**Nansen.**—Hacia el Polo, 6 pesetas.  
**Nardi-Greco.**—Sociología jurídica, 9 pts.  
**Neera.**—Teresa, 3 pesetas.  
**Neumann.**—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.  
**Nietzsche.**—Así hablaba Zaratustra, 7 pts.—La Genealogía de la Moral, 3 pts.—Más allá del bien y del mal, 5 pts.—Humano, demasiado humano, 6 pts.—Aurora, 7 pts.—Últimos opúsculos, 5 pts.—La Gaya ciencia, 6 pts.—El viajero y su sombra, 6 pts.  
**Nisard.**—Los cuatro grandes historiadores latinos, 4 pesetas.  
**Nourrisson.**—Maquiavelo, 3 pts.—Historia de los progresos del pensamiento humano, 7  
**Novicow.**—Los desfilzaros de las Sociedades modernas, 8 pesetas.—El Porvenir de la raza blanca, 4 pesetas.—Conciencia y voluntad sociales, 6 pesetas.—La guerra y sus pretendidos beneficios, 1,50 pesetas.  
**Papini.**—Lo trágico cotidiano y El Piloto ciego, 3.—El crepúsculo de los Filósofos, 3.  
**Pardo Bazán.**—El P. Coloma, 2 pesetas.—De Alarcón, 1 peseta.—Campanor, 1.  
**Passarge.**—Vida de Ibsen, 1 peseta.  
**Pepin y Rawsson.**—La reforma de la Magistratura y El Arte de juzgar, 6 pesetas.  
**Perrot.**—El derecho público en Atenas, 4 p.  
**Picón (J. O.).**—Vida de Ayala, 1 peseta.  
**Piepers.**—La reforma del Derecho, dos tomos, 10 pesetas.  
**Potapenko.**—La Novela de un hombre senato, 2 pesetas.  
**Prévost-Paradol.**—Historia Universal 3 tomos, 16 pesetas.  
**Quinet.**—El Espíritu nuevo, 5 pesetas.  
**Renán.**—Estudios de Historia Religiosa, 8  
**Ribbing.**—La higiene sexual, 3 pesetas.  
**Ricci.**—Tratado de las pruebas, dos tomos, 20 pts.—Derecho Civil, 20 tomos, 140 pts.  
**Rocco.**—La sentencia civil, 4 pesetas.  
**Rogers.**—Sentido económico de la Historia 10 pesetas.  
**Rod.**—El silencio, 3 pesetas.  
**Roguin.**—Las reglas jurídicas, 8 pesetas.  
**Roosevelt.**—Nueva York, 4 pesetas.  
**Rossi.**—Sociología y Psicología colectiva, 8.  
**Rozañ.**—Locuciones, proverbios, dichos y frases, 3 pesetas.  
**Ruskin.**—Las siete lámparas de la Arquitectura, 7 pesetas.—Obras escogidas, 2 tomos, 13 pts.—Las piedras de Venecia, 6 pts.  
**Sainte-Beuve.**—Estudio sobre Virgilio 5, pesetas.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.  
**Saisset.**—Descartes, sus precursores y sus discípulos, 7 pesetas.  
**Sansonetti.**—Derecho Constitucional, 9 ps.  
**Sarcey.**—Crónica del sitio de París, 6 pts.  
**Sardou.**—La perla negra, 3 pesetas.  
**Seneclé y Mombert.**—La explotación de las riquezas por el Estado y por el Municipio, 4.

**Schopenhauer.**—El mundo como voluntad y como representación, 3 vols. 30 pesetas.—Endemología (tratado de mundología á arte de bien vivir), 5 pts.—Estudios de Historia Filosófica, 4 pesetas.—La Nigromancia, 3 pts.—Ensayos sobre Religión, Estética y Arqueología, 4 pts.

**Schorn.**—El pianista Listz, 7 pesetas.

**Schuré.**—Historia del drama musical, 5 pesetas.—Ricardo Wagner, sus obras y sus ideas, 6 pts.

**Selva.**—Guía del buen decir, 8 pesetas.

**Sienkiewicz.**—Orso. En vano, 2 pesetas.

**Sieroszewski.**—Yang-Hun-Tay, novela, 2 pesetas.

**Sombart.**—El Socialismo y el movimiento social en el siglo XIX, 3 pesetas.

**Sohn.**—Derecho privado romano, 14 ps.

**Spencer.**—La Justicia, 7 pts.—La Moral, 7 pts.—La Beneficencia, 4 pts.—Las Instituciones eclesiásticas, 6 pts.—Instituciones sociales, 7 pts.—Instituciones políticas, dos tomos, 12 pts.—El Organismo social, 7 pts.—El Progreso, 7 pts.—Exceso de legislación, 7 pts.—De las Leyes en general, 8 pts.—Ética de las prisiones, 8 pts.—Los datos de la Sociología, dos tomos, 12 pts.—Las Inducciones de la Sociología y las Instituciones domésticas, 9 pts.—Instituciones profesionales, 4 pesetas.—Instituciones industriales, 8 pesetas.—Psicología, 4 tomos, 29 pesetas.

**Squillace.**—Las Doctrinas sociológicas, 2 tomos, 10 pesetas.—Problemas constitucionales de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.

**Stahl.**—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

**Starke.**—La Familia en las diferentes sociedades, 5 pesetas.

**Stirner.**—El Único y su propiedad, 9 pts.

**Stourm.**—Los Presupuestos, 2 tomos, 15 ps.

**Strafforello.**—Después de la muerte, 3 ps.

**Stuart Mill.**—Estudios sobre la Religión, 4.

**Sumner-Maine.**—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra, según el Derecho internacional, 4 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

**Supino.**—Derecho Mercantil, 2 tomos, 12 p.

**Suttner.**—High-Life, 3 pesetas.

**Taine.**—Historia de la literatura inglesa: 5 tomos 34 pesetas.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 6 tomos, 40 pts.—Los filósofos del siglo XIX, 6 pts.—Notas sobre París, 6 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Tito Livio, 4 pesetas.

**Tancera.**—La Guerra Franco-Alemana de 1870-1871, 4 pesetas.

**Tarde.**—Las Transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—La criminalidad comparada, 3 pesetas.—Filosofía penal, dos tomos, 14 ps.

**Teckhof.**—Un duelo, 1 pt.

**Todd.**—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, dos tomos, 15 pesetas.

**Tolstoy.**—Los hambrientos, 3 pts.—¿Qué hacer?, 3 pts.—Lo que debe hacerse, 3 pts.—Mi infancia, 3 pts.—La sonata de Kreutzer, 3 pts.—Marido y mujer, 3 pts.—Dos generaciones, 3 pts.—El ahorcado, 3 pts.—El Príncipe Nekhli, 3 pts.—En el Cáucaso, 3 pesetas.—Los cosacos, 3 pts.—Iván el imbécil, 3 pts.—El canto del cisne, 3 pts.—El camino de la vida, 3 pts.—Placeres viciosos, 3 pts.—El dinero y el trabajo, 3 pts.—Mi confesión, 3 pts.—El trabajo, 3 pts.

**Tougan-Baranowski.**—Las crisis industriales en Inglaterra, 5 pesetas.

**Trevelyan.**—La educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.—Vida, memorias y cartas de Lord Macaulay, dos tomos, 14 pesetas.

**Turgeneff.**—Ilumo, 3 pesetas.—Nido de hidalgos, 3 pesetas.—El judío, 3 pesetas.—El rey Lear de la Estepa, 3 pesetas.—Un desesperado, 3 pesetas.—Primer amor, 3 pesetas.—Aguas primaverales, 3 pesetas.—Demetrio Rudin, 3 pesetas.—El Reloj, 3 pesetas.—La Guillotina, 3 pesetas.

**Uriel.**—Historia de Chile, 8 pesetas.

**Vaccaro.**—Las bases sociológicas del Derecho y del Estado, 9 pesetas.

**Valera.**—Vida de Ventura de la Vega, 1 pt.

**Wagner.**—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.

**Varios autores.**—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pts.

**Idem.**—Novelas y Capítulos, 3 pesetas.—Ramillete de cuentos, 3 pesetas.—Tesoro de cuentos, 3 pesetas.—Cuentos escogidos, 3 ps.

**Los grandes discursos de los máximos oradores ingleses modernos,** 7 pesetas.

**Virgili.**—Manual de Estadística, 4 pesetas.

**Vivante.**—Derecho Mercantil, 10 pesetas.

**Vocke.**—Principios fundamentales de Hacienda, dos tomos, 10 pesetas.

**Wadleigh Chandler.**—La novela picaresca en España, 4 pesetas.

**Wallace.**—Rusia, 4 pesetas.

**Waliszewski.**—Historia de la Literatura rusa, 9 pesetas.

**Wharton.**—Los millonarios de los Estados Unidos y el país del placer, 5 pesetas.

**White.**—Historia de la lucha entre la ciencia y la teología, 8 pesetas.

**Witt.**—Historia de Washington, 7 pesetas.

**Wentworth.**—Historia de los Estados Unidos, 8 pesetas.

**Westermarck.**—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

**Whitman.**—La Alemania Imperial, 5 pts.

**Willoughby.**—La legislación obrera en los Estados Unidos, 3 pesetas.

**Wilson.**—El Gobierno Congresional, 5 pts.

**Woolf.**—Un Gobierno Internacional, 7 pts.

**Wundt.**—Compendio de Psicología, 8 pts.—Hipnotismo y sugestión, 2 pesetas.—Principios de Filosofía, 9 pesetas.

**Zahn.**—Biblia, Ciencia y Fé, 6 pesetas.

**Zola.**—Vidas de personajes ilustres: Jorge Sand, 1 peseta.—Victor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta.—Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas (hijo), 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Musset, 1 peseta.—Teffilo Gautier, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Estudios literarios, 3 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.—Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, dos tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, dos tomos, 6 pesetas.—El Doctor Pascual, dos tomos, 6 pesetas.

### OBRAS RECÍEN PUBLICADAS por LA ESPAÑA MODERNA

**Krafft Ebing.**—Medicina legal, 2 tomos, 15 pesetas.—**Tancera.**—La guerra franco-alemana de 1870 a 1871, 4 pesetas.—**Hume.**—Reinas de la España antigua, 7 pesetas.—**Selva.**—Guía del buen decir, 8 pesetas.—**Lagorgette.**—La guerra: Estudio de Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—**Bryce.**—La opinión pública, 5 pesetas.—Las Instituciones sociales en los Estados Unidos, 6 pesetas.—**Faguet.**—Los amores de literatos célebres, 8 pesetas.—Leyendo á Nietzsche, 5 pesetas.—El Anticlericalismo, 6 pesetas.—**Spencer.**—Psicología, 4 tomos, 29 pesetas.—**Flournoy.**—Espíritus y Médiums (Metapsíquica y Psicología), 13 pesetas.—**Woolf.**—Un Gobierno Internacional, 7 pesetas.—**Albert.**—La Prosa, 6 pesetas.—**Ferraz.**—Filosofía del deber, 8 pesetas.—**Foucher de Careil.**—Hegel y Schopenhauer, 6 pesetas.—**Amundsen.**—El polo Sur, 7 pesetas.—**Nourrisson.**—Historia de los progresos del pensamiento humano, 7 pesetas.—**Faguet.**—El anticlericalismo, 6 pesetas.—**Majorana.**—Arte de hablar en público, 8 pesetas.—**Carlyle y Emerson.**—Epistolario, 6 pesetas.—**Bry.**—Derecho Internacional Público, 5 pesetas.

### LA ESPAÑA MODERNA

Los 312 tomos que forman la colección completa de esta magnífica enciclopedia, en la cual va resumido el movimiento intelectual del mundo en los últimos veintiséis años, con un Índice general de autores y materias clasificadas con todo detalle, magnífico volumen de 375 páginas a dos columnas, total 313 tomos, se venden por 600 pesetas.

R. AMUNDSEN

EL

POLO SUR

TOMO II

Preso.

6 pesetas.

755/2